JOHN STEINBECK

Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros

CONTEMPORÁNEA

DEBOLSILLO

BURLINGAME PUBLIC LIBRARY
480 PRIMROSE ROAD
BURLINGAME CA 94010

Burlingame Public Library
3 9042 07377420 7

2/07

WITHDRAWN FROM
BURLINGAME PUBLIC LIBRARY

CONTEMPORÁNEA

John Ernst Steinbeck nació en California en 1902, y murió en Nueva York en 1968. Entre sus obras se destacan *La taza de oro*, *Tortilla Flat*, *Of mice and men* (conocida en español como *La fuerza bruta*), *Viñas de ira*, *La luna se ha puesto*, *La perla* y *Al este del paraíso*. En 1962, fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura.

En 1976 se editó *Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros*, que Steinbeck reescribiera en base a la obra de Sir Thomas Malory y otras fuentes más antiguas.

Biblioteca

JOHN STEINBECK

Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros

Según la obra de Sir Thomas Malory y otras fuentes

Traducción de
CARLOS GARDINI

DEBOLSILLO

Foto de tapa: Edmund Blair Leighton, *The Accolade*, 1901 (detalle).

Steinbeck, John
Los hechos del rey Arturo. – 1ª ed. – Buenos Aires: Debolsillo, 2004.
336 p. ; 19x13 cm.

ISBN 987-566-026-4

Traducción de: Carlos Gardini

1. Narrativa Estadounidense. I. Título
CDD 813

Primera edición: diciembre de 1977
Quinta edición y primera bajo este sello: noviembre de 2004

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.
© 1977, Editorial Sudamericana S.A.®
Humberto Iº 531, Buenos Aires.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

© Elaine Steinbeck, 1976

ISBN 987-566-026-4

www.edsudamericana.com.ar

Publicado por Debolsillo bajo licencia de Editorial Sudamericana S.A.®

Título original en inglés:
The Acts of King Arthur and his Noble Knights

[A los nueve años ocupé un sitial en la cofradía de los caballeros del rey Arturo, con tanto orgullo y dignidad como el que más.

En esos días harto escaseaban los escuderos aguerridos y de noble corazón que portaran escudo y espada, ciñeran arnés y socorrieran a los caballeros heridos.

Entonces acaeció que los deberes escuderiles recayeron en mi hermana de seis años, cuya gentil bravura era incomparable.

A veces ocurre, para tristeza y lamentación, que quien sirve con fidelidad no es reconocido como fiel servidor, y así permanecieron en la sombra los trabajos escuderiles de mi bella y leal hermana. Por lo tanto, en el día de hoy hago las enmiendas que están a mi alcance, y la nombro caballero y le rindo mi homenaje. Y a partir de esta hora llámesela sir Marie Steinbeck de Valle Salinas.

Dios le dé gloria sin mengua.

John Steinbeck de Monterrey
Caballero]

Whan of IX wyntre age

I toke siege wyth Kinge Arthures felyship emonge knyghtes
most orgulus and worshyppful as ony on lyve
In tho dayes grate lack was of squyres of hardynesse and noble
herte to bere shylde and glayve to bockle harnyss and succoure
wounded knyghtes
Than yt chaunced that squyre lyke dutyes fell to my syster of
VI wyntre age that for jantyl prouesse had no felawe lyvynge
Vt haps somtymes in saddnesse and pytie that who faythful servys
ys not faythful sene so my fayre and sikker syster squyre dures
yet undubbed
Wherfore thys daye I mak amendys to my power and rayse
hir knyghte and gyff hir londis
And fro thys hower she shall be hyght syr Mayrie Stynebec
of the Vayle Salynus
God gyve hir worshypp saunz jaupardye

Jehan Stynebec de Montray
Miles

INTRODUCCIÓN

Hay muchas personas que olvidan, cuando crecen, lo mucho que les costó aprender a leer. Quizá se trate del mayor esfuerzo emprendido por un ser humano, y debe afrontarlo cuando niño. Un adulto rara vez sale triunfante de esa empresa, la de reducir la experiencia a un orbe de símbolos. Los seres humanos han existido durante mil millares de años, y sólo han aprendido esta artimaña —este prodigio— en los diez últimos millares de los mil millares.

No sé hasta qué punto mi experiencia es común a todos, pero en mis hijos he observado el pasmado tormento del aprendizaje de la lectura. Ellos, al menos, comparten mi experiencia.

Recuerdo que las palabras —manuscritas o impresas— eran demonios, y los libros, que tanto me torturaban, mis enemigos.

Cierta literatura impregnaba la atmósfera que respiré. Absorbí la Biblia por los poros. Mis tíos sudaban Shakespeare, y el *Pilgrim's Progress* de Bunyan vino mezclado con la leche de mi madre. Pero esas cosas me entraron por los oídos. Eran sonidos, ritmos, imágenes. Los libros eran demonios impresos, las pinzas y las empulgueras de un suplicio ultrajante. Hasta que ocurrió que una tía, con fatua ignorancia de mis rencores, me regaló un libro. Contemplé con odio la impresión en negro, y luego las páginas paulatinamente se abrieron y me permitieron la entrada. El prodigio ocurrió. La Biblia, Shakespeare y el *Pilgrim's Progress* eran patrimonio común. Pero este libro era mío. Era un ejemplar ilustrado de la *Morte d'Arthur* de Thomas Malory según la edición de Caxton. Adoré la anticuada ortografía de las palabras, y también las palabras en desuso. Es posible que haya sido este

libro el que inspiró mi fervoroso amor por la lengua inglesa. Descubrir paradojas me deleitaba: que *cleave* significa tanto unir como separar; que *host* alude tanto a un enemigo cuanto a un amigo hospitalario; que *king* ('rey') y *gens* ('pueblo') proceden de la misma raíz. Por un tiempo, gocé de una lengua secreta: *yclept* y *hyght* para decir 'llamado', *wist* para 'conocer', *accord* para decir 'paz', *entente* para decir 'propósito', y *fyaunce* para decir 'promesa'. Moviendo los labios, pronunciaba la letra llamada *thorn,* como una "p" a la cual se parece, y no como una "th". Pero en mi pueblo, la primera palabra de *Ye Olde Pye Shoppe* ('La vieja pastelería') se pronunciaba *yee* [ji:], así que supongo que mis mayores no estaban mucho mejor que yo. Fue sólo mucho más tarde cuando descubrí que la "y" sustituía a la *thorn* perdida.[1] Pero al margen de que fueran gloriosas y secretas —*And when the chylde is borne lete it be delyvered to me at yonder privy posterne uncrystened*—,[2] yo, curiosamente, conocía las palabras de tanto susurrármelas a mí mismo. La misma extrañeza del lenguaje bastaba para hechizarme y sumirme en una escenografía antigua.

Y esa escenografía enmarcaba todos los vicios que hubo siempre, además del coraje, la tristeza y la frustración, y sobre todo el heroísmo, acaso la única cualidad humana forjada por Occidente. Creo que mi percepción del bien y del mal, mi sentimiento de *noblesse oblige,* y todas mis reflexiones contra los opresores y a favor de los oprimidos provinieron de este libro secreto. Este libro no ultrajaba mi sensibilidad como casi todos los libros infan-

1. La letra rúnica *thorn* se utilizaba, en inglés antiguo y medieval, para los sonidos que en inglés moderno se transcriben con *th (there, theatre).* Los primeros impresores la transcribieron como "y", de ahí que el artículo definido, *the,* llegara a pronunciarse *yee. (N. del t.)*

2. "Y cuando nazca el niño, séame entregado sin bautizar en aquella poterna secreta". Son palabras de Merlín, en un pasaje de Malory. Steinbeck lo cita por su arcaica sonoridad. *(N. del t.)*

tiles. No me asombraba que Uther Pendragon codiciara a la mujer de su vasallo y la tomara mediante engaños. No me asustaba descubrir que había caballeros malignos además de caballeros nobles. También en mi pueblo había hombres que lucían los hábitos de la virtud pero cuya maldad me era conocida. En medio del dolor, la pesadumbre o el desconcierto, yo volvía a mi libro mágico. Los niños son violentos y crueles, y también bondadosos; yo era todas estas cosas y todas estas cosas estaban en el libro secreto. Si yo no sabía escoger mi senda en la encrucijada del amor y la lealtad, tampoco Lanzarote sabía hacerlo. Podía comprender la vileza de Mordred porque también él estaba en mí; y también había en mí algo de Galahad, aunque quizá no lo bastante. Pese a todo, también estaba en mí la apetencia del Grial, hondamente arraigada, y quizás aún lo esté.

Más tarde, como el hechizo perduró, acudí a las fuentes: al *Libro negro de Caermarthen,* al "Mabinogion y otros cuentos galeses" del *Libro rojo de Hergest,* al *De Excidio Britanniae* de Gildas, a la *Giraldus Cambrensis Historia Britonum,* y a muchos de los *Freensshe books,* los "libros franceses" de que habla Malory. Y con las fuentes, leí los sondeos y tanteos de los especialistas —Chambers, Sommer, Gollancz, Saintsbury—, pero siempre volvía a Malory, o quizá debería decir al Malory de Caxton, puesto que ése era el único Malory que había hasta hace más de treinta años, cuando se anunció que un manuscrito desconocido de Malory se había descubierto en la Biblioteca del Winchester College. El descubrimiento me exaltó, pero como yo no era un especialista sino apenas un entusiasta, no tuve la oportunidad ni la cualificación para examinar el hallazgo hasta 1947, cuando Eugène Vinaver, profesor de Lengua y Literatura Francesas de la Universidad de Manchester, dio a conocer una edición en tres volúmenes de las obras de sir Thomas Malory hecha por la Universidad de Oxford, tomando el manuscrito Winchester. Ningún hombre podía ser más apto para esa tarea que el profesor Vinaver, con su gran conocimiento no sólo de los "libros france-

ses" sino también de las fuentes galesas, irlandesas, escocesas, bretonas e inglesas. Aportó a su obra, además del enfoque erudito, ese matiz de gozo y maravilla tan infrecuente en la metodología del académico.

Durante mucho tiempo quise verter a la lengua moderna las historias del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda. Esas historias perduran hasta en aquellos que no las leyeron. Y es posible que hoy día nos impacienten las viejas palabras y los solemnes ritmos de Malory. No todos comparten mi inicial y persistente fascinación por esas cosas. Quise verterlas a la lengua llana de hoy para mis jóvenes hijos, y para otros hijos no tan jóvenes, verter el significado de esas historias tal como fueron escritas, sin excluir ni añadir nada quizá para competir con las distorsiones del cine y la historia, que constituyen la única fuente accesible para esos muchachos y para otros que se impacientan con la escritura de Malory y con el uso de palabras arcaicas. Si puedo hacerlo y a la vez preservar la maravilla y la magia, me daré por contento y satisfecho. No tengo la menor intención de reescribir a Malory, ni de reducirlo, transmutarlo, atenuarlo o sentimentalizarlo. Creo que las historias tienen la suficiente grandeza como para sobrevivir a mi intromisión, que en el mejor de los casos hará el texto más accesible para mayor número de lectores, y en el peor de los casos no puede perjudicar a Malory en exceso. Después de tanto tiempo, hoy renuncio al Caxton de mi primer amor por el Winchester, que me parece más consustanciado con Malory. Mi gratitud al profesor Eugène Vinaver por hacer asequible el manuscrito Winchester.

Por mi parte, sólo me resta solicitar a mis lectores que me incluyan en la súplica de sir Thomas Malory, cuando dice: "Y ruego a todos vosotros, los que leéis este relato, que oréis por aquel que lo escribió para que Dios le conceda la liberación, y sea pronto y rápido —Amén".

JOHN STEINBECK

MERLÍN

Cuando Uther Pendragon era rey de Inglaterra recibió noticias de que su vasallo, el duque de Cornualles, había perpetrado actos de guerra contra su reino. Entonces Uther ordenó al duque que compareciera en la corte acompañado por su esposa Igraine, famosa por su discreción y hermosura.

Cuando el duque se presentó ante el rey, los grandes señores del consejo concertaron las paces entre ambos, de modo que el monarca le brindó su amistad y hospitalidad. Entonces observó Uther a lady Igraine y comprobó que era tan bella cuanto su fama lo proclamaba. Se prendó de ella, la deseó y le suplicó que yaciera con él, pero Igraine era una esposa leal y rechazó su propuesta.

Habló en privado con su esposo el duque, y le dijo:

—Creo que no te mandaron llamar a causa de una transgresión. El rey ha planeado deshonrarte a través de mí. Por lo tanto te ruego, esposo mío, que evitemos este peligro y cabalguemos hacia nuestro castillo al caer la noche, pues el rey no ha de tolerar mi negativa.

Y, según los deseos de lady Igraine, huyeron tan subrepticiamente que ni el rey ni el consejo notaron la fuga.

Cuando Uther descubrió que habían huido montó en cólera. Convocó a los señores y les refirió la traición del duque. Los nobles vieron y temieron su furia, y aconsejaron al rey que despachara mensajeros ordenando al duque que él y su esposa regresaran en el acto, pues dijeron:

—Si se niega a obedecerte, tendrás el deber y el derecho de hacerle la guerra y destruirlo.

Y así se hizo. Los mensajeros galoparon en pos del duque y volvieron con la lacónica respuesta de que ni él ni su esposa retornarían.

Entonces el airado Uther le envió un segundo mensaje aconsejando al duque que armara sus defensas, porque en el lapso de cuarenta días el rey lo desalojaría del más fortificado de sus castillos.

Así advertido, el duque aprovisionó y armó sus dos mejores fortalezas. Envió a Igraine al castillo de Tintagel, los altos riscos a orillas del mar, mientras él se disponía a defender Terrabil, una fortaleza de gruesas murallas con muchas puertas e innúmeras entradas secretas.

El rey Uther reunió un ejército y marchó sobre el duque. Alzó sus tiendas en las cercanías del castillo de Terrabil e inició el sitio. Muchos hombres perecieron durante los asaltos y la enconada defensa sin que ningún bando aventajara al otro, y al fin Uther cayó enfermo de furia y frustración y por añoranza de la bella Igraine.

Entonces el noble caballero sir Ulfius fue a la tienda de Uther y lo interrogó con respecto a la índole de su enfermedad.

—Te lo diré —dijo el rey—. Estoy enfermo de furia y de amor, y para eso no hay remedio alguno.

—Mi señor —dijo sir Ulfius—. Iré en busca de Merlín el Mago. Ese hombre sabio y sagaz puede elaborar un remedio para dar contento a tu corazón. —Y sir Ulfius partió en busca de Merlín.

Este Merlín era un hombre sabio y sutil con extraños y secretos poderes proféticos, capaz de esos trastornos de lo ordinario y lo evidente que reciben el nombre de magia. Conocía los tortuosos senderos de la mente humana y sabía además que un hombre simple y abierto es muy receptivo cuando algo misterioso lo confunde, y Merlín se complacía en el misterio. Así fue como el caballero sir Ulfius se encontró, como por casualidad, con un mendigo en harapos que le preguntó a quién buscaba.

El caballero no estaba habituado a que lo interrogaran gentes de tan baja ralea, y no se dignó responderle. Entonces el hombre en harapos rió y le dijo:

—No es necesario que me lo digas. Buscas a Merlín. No busques más. Yo soy Merlín.

—¿Tú...? Tú eres un mendigo —dijo sir Ulfius.

—También soy Merlín —dijo el mago, riéndose de su propia broma—. Y si el rey Uther me promete la recompensa que deseo, le daré cuanto anhela su corazón. Y la gracia que deseo redundará más en su honra y beneficio que en el mío.

Sir Ulfius, maravillado, declaró:

—Si es verdad lo que dices y tu demanda es razonable, puedo prometerte que la obtendrás.

—Entonces vuelve junto al rey; te seguiré tan rápido como pueda.

Sir Ulfius quedó satisfecho, volvió grupas y cabalgó a todo galope hasta que al fin llegó a la tienda donde Uther yacía enfermo, y le comunicó al rey que había encontrado a Merlín.

—¿Dónde está? —inquirió el rey.

—Mi señor —dijo Ulfius—, viene a pie. Llegará tan pronto como pueda. —Y en ese momento vio que Merlín ya estaba parado a la entrada de la tienda, y Merlín sonrió, pues le complacía causar asombro.

Uther lo vio y le dio la bienvenida y Merlín dijo con brusquedad:

—Señor, conozco cada rincón de tu corazón y tu mente. Si estás dispuesto a jurar, como rey ungido, que me otorgarás cuanto deseo, obtendrás lo que sé que anhela tu corazón.

Y tan grande era la ansiedad de Uther que juró por los cuatro Evangelistas cumplir con su promesa.

—Señor —dijo entonces Merlín—, éste es mi deseo. La primera vez que hagas el amor con Igraine ella concebirá un hijo de tu sangre. Cuando nazca el niño, debes entregármelo para que yo haga con él mi voluntad. Pero prometo que esa voluntad obrará en favor de tu honra y en beneficio del niño. ¿Estás de acuerdo?

—Se hará como tú digas —dijo el rey.

—Entonces levántate y prepárate —dijo Merlín—. Esta misma noche yacerás con Igraine en el castillo de Tintagel junto al mar.

—¿Cómo es posible? —preguntó el rey.

Y Merlín dijo:

—Mediante mis artes la induciré a creer que tú eres su esposo el duque. Sir Ulfius y yo iremos contigo, aunque bajo el aspecto de dos de los caballeros de confianza del duque. Debo advertirte, no obstante, que cuando llegues al castillo hables lo menos posible para evitar que te descubran. Di que estás fatigado y enfermo y acuéstate de inmediato. Y en la mañana cuídate de levantarte hasta que yo venga en tu busca. Ahora prepárate, pues Tintagel está a diez millas de aquí.

Se prepararon, montaron a caballo y partieron. Pero el duque, desde las murallas del castillo de Terrabil, vio que el rey Uther se alejaba de las filas de los sitiadores y, enterado de que las fuerzas del rey no tenían quién las capitaneara, aguardó la caída de la noche para atacar con todas sus mesnadas desde las puertas del castillo. El duque murió en el combate, unas tres horas antes de la llegada del rey a Tintagel.

Mientras Uther, Merlín y sir Ulfius cabalgaban hacia el mar a través de las tinieblas rasgadas por la luna, la niebla flotaba imprecisa sobre las ciénagas, como una turba de tenues fantasmas envueltos en ropas vaporosas. Esa amorfa multitud los escoltaba, y las formas de los jinetes eran tan cambiantes como las imágenes dibujadas por las nubes. Cuando llegaron a las puertas de Tintagel, erguido sobre un peñasco abrupto y filoso asomado al rumoroso mar, los centinelas saludaron a las conocidas figuras del duque, sir Brastias y sir Jordanus, dos de sus hombres de confianza. Y en los penumbrosos pasadizos del castillo, lady Igraine acogió a su esposo y puntualmente lo condujo a su cámara. Entonces el rey Uther yació con Igraine y esa noche ella concibió un niño.

Cuando llegó el día, Merlín se presentó tal como lo había prometido. Y bajo la brumosa luz, Uther besó a Igraine y se apresuró a partir. Los centinelas somnolientos abrieron las puertas a su presunto señor y sus acompañantes, y los tres se perdieron en las nieblas del amanecer.

Y más tarde, cuando Igraine tuvo noticia de que su esposo había muerto, y de que ya estaba muerto cuando

su imagen vino a yacer con ella, la invadió la consternación y quedó tristemente perpleja. Pero ahora estaba sola y atemorizada, y lloró a su señor en privado y no hizo comentario alguno.

Muerto el duque, no se justificaba la guerra, y los barones del rey le suplicaron que hiciese las paces con lady Igraine. El rey sonrió para sus adentros y se dejó persuadir. Solicitó a sir Ulfius que gestionara un encuentro, y la dama y el rey no tardaron en reunirse.

Entonces sir Ulfius habló a los barones en presencia del rey y de Igraine.

—¿Qué motivo de disputa hay aquí? —declaró—. Nuestro rey es un caballero fuerte y fogoso y no tiene mujer. Mi señora Igraine es discreta y hermosa... —hizo una pausa y luego prosiguió—, y libre de contraer matrimonio. Sería una alegría para todos nosotros que el rey consintiera en convertir a Igraine en su reina.

Entonces los barones vocearon su consentimiento y urgieron al rey a realizar ese acto. Y Uther, siendo un fogoso caballero, consintió que lo persuadieran, y con apresuramiento y alegría y júbilo se casaron por la mañana.

Igraine tenía tres hijas del duque y, por voluntad y sugerencia de Uther, cundió la fiebre nupcial. El rey Lot de Lothian y Orkney desposó a la hija mayor, Margawse, y el rey Nentres de Garlot casó con la segunda hija, Elaine. La tercera hija de Igraine, Morgan le Fay, era demasiado joven para el matrimonio. La internaron en un convento para que la educasen, y allí aprendió tanto de magia y nigromancia que se convirtió en una experta en dichos arcanos.

Luego, al cabo de medio año, la reina Igraine engrosó del niño que estaba por nacer. Y una noche, cuando Uther yacía junto a ella, puso a prueba su lealtad y su inocencia. Le preguntó, por la fe que le debía, quién era el padre de su hijo. La reina, profundamente consternada, vaciló en responder.

—No desfallezcas —dijo Uther—. Dime sólo la verdad, sea cual fuere, y te amaré más que antes por ello.

—Señor —dijo Igraine—. Por cierto te diré la verdad,

bien que yo no la comprendo. Durante la noche en que murió mi esposo, y después que él fue muerto en batalla, si no mienten los informes de sus caballeros, se introdujo en mi castillo de Tintagel un hombre exactamente igual a mi esposo en su habla y figura, así como en otras cualidades. Y con él venían dos de sus caballeros, de mí conocidos: sir Brastias y sir Jordanus. De modo que me acosté con él, según me cumplía hacerlo con mi señor. Y esa noche, lo juro por Dios, concebí este niño. Estoy perpleja, mi señor, pues no puede haber sido el duque. Y no sé y no comprendo otra cosa que esto.

Uther quedó satisfecho al comprobar la sinceridad de la reina.

—Ésa es la verdad —exclamó—, es tal como dices. Pues fui yo mismo quien llegó a ti con la figura de tu esposo, por obra de los secretos artificios de Merlín. Por lo tanto, renuncia a tu perplejidad y tus temores, pues yo soy el padre de tu hijo.

Y la reina se sosegó, pues ese enigma la había perturbado profundamente.

Al poco tiempo Merlín se presentó ante el rey, diciéndole:

—Señor, el momento se acerca. Debemos planear la entrega de tu hijo cuando nazca.

—Recuerdo mi promesa —dijo Uther—. Todo se hará según tus consejos.

—Propongo pues a uno de tus señores —dijo entonces Merlín—, un hombre fiel y honorable. Se llama sir Ector y posee tierras y castillos en muchas partes de Inglaterra y Gales. Haz que este hombre se presente ante ti. Y si te satisface, requiérele que ponga a su hijo al cuidado de otra mujer, para que su esposa pueda amamantar al tuyo. Y cuando nazca tu hijo, debe serme entregado, según me lo prometiste, sin bautizar y sin nombre; y yo se lo llevaré secretamente a sir Ector.

Cuando sir Ector se presentó ante Uther le prometió hacerse cargo del niño, y a causa de esto el rey le dio por recompensa vastas heredades.

Y cuando la reina Igraine dio a luz, el rey ordenó a los caballeros y a dos damas que envolvieran al niño en tela

de oro y lo sacaran por una poterna para entregárselo a un pobre hombre que aguardaba a las puertas.

Así el niño le fue entregado a Merlín, quien se lo llevó a sir Ector, cuya esposa le dio de mamar de su propio pecho. Luego Merlín trajo un sacerdote para bautizar al niño, a quien llamaron Arturo.

A los dos años del nacimiento de Arturo, un mal implacable se abatió sobre Uther Pendragon. Entonces, viendo la impotencia del rey, sus enemigos saquearon el reino y derribaron a sus caballeros y mataron a muchos de sus hombres. Y Merlín despachó un mensaje al rey, urgiéndolo con aspereza: "No tienes derecho a yacer en tu cama, sea cual fuere tu enfermedad. Debes salir a batallar al frente de tus hombres, aunque debas hacerlo tendido sobre una litera, pues tus enemigos nunca serán derrotados hasta que tú mismo les hagas frente. Sólo entonces obtendrás la victoria".

El rey Uther escuchó estas palabras y sus caballeros lo llevaron fuera y lo depositaron sobre una litera entre dos caballos, y en esas condiciones condujo a sus mesnadas contra las del adversario. En St. Albans chocaron con un gran ejército de invasores del norte y presentaron batalla. Y ese día sir Ulfius y sir Brastias realizaron grandes hechos de armas, y los hombres del rey Uther cobraron ánimos y atacaron con reciedumbre y ultimaron a muchos enemigos y obligaron al resto a darse a la fuga. Concluido el combate, el rey regresó a Londres para celebrar su victoria. Pero había perdido las fuerzas y cayó en un sopor profundo, y por tres días y tres noches estuvo paralítico y sin habla. Sus barones, contristados y temerosos, le preguntaron a Merlín qué convenía hacer.

Entonces dijo Merlín:

—Sólo Dios posee el remedio. Pero si es vuestra voluntad, venid ante el rey mañana por la mañana, y con la ayuda de Dios intentaré devolverle el habla. —Y por la mañana comparecieron los barones, y Merlín se acercó al lecho donde yacía el rey y dijo en alta voz:— Señor, ¿es tu voluntad que tu hijo Arturo sea rey cuando tú hayas muerto?

Entonces Uther Pendragon se volvió y tras duros esfuerzos dijo al fin, en presencia de todos sus barones:

—Le doy a Arturo la bendición de Dios y la mía, y pido que él ruegue por mi alma. —Luego Uther reunió sus fuerzas para gritar:— Si Arturo no reclama la corona de Inglaterra con justicia y honor, sea indigno de mi bendición. —Y con esas palabras, el rey cayó hacia atrás y no tardó en morir.

El rey Uther fue sepultado con toda la pompa digna de un soberano, y su reina, la bella Igraine, guardó luto por él junto a todos sus barones. La pesadumbre invadió la corte y durante mucho tiempo el trono de Inglaterra permaneció vacante. Entonces surgieron peligros por todas partes: pueblos enemigos asediaron las fronteras y señores ambiciosos hostigaron el reino. Los barones se rodearon de gentes armadas y muchos ansiaron adueñarse de la corona. En medio de esta anarquía nadie estaba a salvo y las leyes no eran respetadas, de manera que Merlín finalmente se presentó al arzobispo de Cantórbery y le aconsejó que convocara a todos los señores y caballeros armados del reino para que se reunieran en Londres en Navidad, amenazando con la excomunión a quien se negara a concurrir. Puesto que Jesús había nacido en Nochebuena, creíase que quizás en esa noche sagrada les ofreciera una señal milagrosa para indicar a quién le correspondía el trono del reino. Cuando el mensaje del arzobispo llegó a oídos de los señores y caballeros, muchos de ellos se sintieron llamados a purificar sus vidas para que sus plegarias resultaran más aceptables a Dios.

En la iglesia más imponente de Londres (probablemente la Catedral de San Pablo), los señores y caballeros se reunieron para orar mucho antes del alba. Y cuando concluyeron los maitines y la primera misa, se vio en el patio de la iglesia, en un sitio muy próximo al altar mayor, un gran bloque de mármol, y en el mármol había un yunque de acero atravesado por una espada. Tenía esta inscripción en letras de oro:

QUIENQUIERA EXTRAIGA ESTA ESPADA
DE ESTA PIEDRA Y ESTE YUNQUE
ES REY DE INGLATERRA
POR DERECHO DE NACIMIENTO

Las gentes se asombraron y llevaron las nuevas del milagro al arzobispo, quien les dijo:

—Volved a la iglesia y rezadle a Dios. Y que hombre alguno toque la espada hasta que se cante la Misa Mayor. —Y así lo hicieron, pero en cuanto concluyó el servicio todos los señores fueron a ver la piedra y la espada y algunos trataron de sacar la hoja, pero sus tentativas fueron en vano.

—No está aquí el varón capaz de extraer esa espada —declaró el arzobispo—, pero sin duda Dios nos lo mostrará. Hasta entonces —prosiguió—, sugiero que diez caballeros famosos por su virtud sean designados para custodiar esta espada.

Así se ordenó, y más tarde se pregonó que todo hombre que quisiera probar suerte podía tratar de sacar la espada. Para el día de Año Nuevo se anunció un gran torneo, proyectado por el arzobispo a fin de que los señores y caballeros permanecieran juntos, puesto que calculaba que para ese momento Dios les permitiría conocer al hombre capaz de conquistar la espada.

El día de Año Nuevo, al concluir los oficios sagrados, los caballeros y barones se dirigieron al campo donde habían de librarse las justas, en las cuales dos hombres con armadura se enfrentarían en singular combate intentando derribar a su oponente. Otros se unieron al torneo, deporte militar que solía congregar a grupos selectos de hombres armados y de a caballo. Mediante esta práctica los caballeros y barones conservaban su destreza y se entrenaban para la guerra, además de conquistar honra y renombre por su gallardía y pericia con el caballo, el escudo, la lanza y la espada, pues todos los barones y caballeros eran gente de armas.

Sucedió que sir Ector, quien poseía tierras en las cercanías de Londres, vino a unirse a las justas acompaña-

do de su hijo sir Kay, armado caballero recientemente, el día de Todos los Santos, y también del joven Arturo, quien había sido criado en la casa de sir Ector y era hermano de leche de sir Kay. Cuando cabalgaban rumbo al torneo, sir Kay advirtió que había olvidado la espada en la casa de su padre y solicitó al joven Arturo que volviera en su busca.

—Lo haré con sumo placer —dijo Arturo, y volvió grupas y galopó en busca de la espada de su hermano de leche. Pero cuando llegó a la casa la encontró desierta y cerrada con trancas, pues todos se habían marchado para ver las justas.

Entonces Arturo se encolerizó y se dijo a sí mismo:

—Muy bien, cabalgaré hasta la iglesia y arrancaré la espada incrustada en la piedra. No quiero que mi hermano sir Kay esté hoy sin espada.

Cuando llegó a la iglesia, Arturo desmontó y sujetó la cabalgadura al portillo. Se dirigió a la tienda y no encontró allí a los caballeros custodios, pues también ellos habían asistido al torneo. Entonces Arturo aferró la espada por la empuñadura y con ímpetu y facilidad la extrajo del yunque y la piedra, y luego montó a caballo y cabalgó velozmente hasta alcanzar a sir Kay, a quien le dio la espada.

En cuanto sir Kay vio la espada, notó que era la que estaba en la piedra y rápidamente fue hasta su padre y se la mostró.

—¡Señor, mira esto! Tengo la espada de la piedra y por lo tanto debo ser rey de Inglaterra.

Sir Ector reconoció la espada y llamó a Arturo y a sir Kay y los tres regresaron rápidamente a la iglesia. Y allí sir Ector hizo declarar a sir Kay, bajo juramento, dónde había conseguido la espada.

—Me la trajo mi hermano Arturo —respondió sir Kay.

Entonces sir Ector se volvió hacia Arturo.

—¿Dónde obtuviste esta espada?

—Cuando regresé en busca de la espada de mi hermano —dijo Arturo—, no encontré a nadie en casa, así que no pude traerla. No quería que mi hermano estuvie-

ra sin espada, de modo que vine aquí y tomé la que estaba en la piedra para dársela.

—¿No había ningún caballero custodiando la espada? —preguntó sir Ector.

—No, señor —dijo Arturo—. No había nadie.

Sir Ector guardó silencio un instante y luego dijo:

—Ahora comprendo que tú debes ser rey de estas tierras.

—No entiendo —dijo Arturo—. ¿Por qué razón yo debo ser rey?

—Mi señor —dijo sir Ector—, es la voluntad de Dios que sólo el hombre capaz de extraer esta espada de la piedra tenga derecho a la corona del reino. Ahora déjame ver si puedes devolver la espada a su sitio y volver a sacarla.

—No es difícil —dijo Arturo, e introdujo la espada en el yunque. Entonces sir Ector trató de sacarla y no pudo, y le dijo a sir Kay que lo intentara. Sir Kay tiró de la espada con todas sus fuerzas pero no pudo moverla.

—Ahora te toca a ti —le dijo sir Ector a Arturo.

—Muy bien —dijo Arturo. Y extrajo la espada sin dificultad.

Entonces sir Ector y sir Kay se hincaron de rodillas ante él.

—¿Qué es esto? —exclamó Arturo—. Padre y hermano míos, ¿por qué os arrodilláis ante mí?

—Mi señor Arturo —dijo sir Ector—, no soy tu padre ni somos de la misma sangre. Creo que eres de sangre más noble que la mía. —Entonces sir Ector le refirió a Arturo cómo lo había tomado a su cargo por orden de Uther, y también le refirió la intervención de Merlín.

Al enterarse de que sir Ector no era su padre, Arturo sintió una tristeza que se agudizó cuando sir Ector le dijo:

—Señor, ¿contaré con tu bondad y protección cuando seas rey?

—¿Por qué habría de ser de otro modo? —exclamó Arturo—. Te debo más que a nadie en el mundo, a ti y a tu esposa, mi madre y señora, quien me amamantó y me cuidó como a un hijo propio. Y si, como dices, es volun-

tad de Dios que yo sea rey, pídeme lo que quieras, que no he de fallarte.

—Mi señor —dijo sir Ector—, sólo una cosa te pediré, y es que nombres a mi hijo sir Kay, tu hermano de leche, senescal y protector de tus tierras.

—Se hará eso y mucho más. Por mi honra, que nadie sino sir Kay ejercerá esa función mientras yo viva.

Luego los tres fueron ante el arzobispo y le contaron cómo la espada había sido extraída de la piedra, y él dio órdenes de que volvieran a reunirse los barones, quienes nuevamente intentaron sacar la espada. Todos fracasaron excepto Arturo.

Muchos de los señores, presas de la envidia y el furor, dijeron que era vergonzoso e insultante que el reino fuera gobernado por un muchacho cuya sangre no era real. La decisión se postergó hasta Candelaria, tras acordar una nueva reunión para esa fecha. Se designaron diez caballeros para vigilar la espada y la piedra. Se alzó una tienda para protegerla y a toda hora había cinco caballeros de guardia.

En Candelaria acudió un número aún mayor de señores para intentar sacar la espada, pero nadie pudo lograrlo. Arturo, al igual que antes, lo consiguió sin esfuerzo. Entonces los airados barones postergaron la resolución hasta Pascua, y de nuevo Arturo fue el único capaz de extraer la espada. Algunos de los grandes señores se oponían a que Arturo ciñera la corona y demoraron la prueba definitiva hasta Pascua de Pentecostés. Tan enfurecidos estaban que la vida de Arturo corría peligro. El arzobispo de Cantórbery, aconsejado por Merlín, convocó a aquellos caballeros a quienes Uther Pendragon había hecho depositarios de su amor y su confianza. Hombres de la talla de sir Bawdewyn de Bretaña, sir Kaynes, sil Ulfius y sir Brastias, todos ellos y muchos más permanecieron día y noche cerca de Arturo para protegerlo hasta la Pascua de Pentecostés.

Cuando llegó Pentecostés, se reunió una gran multitud y hombres de toda ralea se esforzaron por sacar la espada de la piedra, sin que ninguno tuviera éxito. Luego

Arturo subió a la piedra en presencia de todos los señores y de las gentes comunes, y extrajo la espada con facilidad y la exhibió ante todos ellos. El pueblo quedó convencido y declaró, a viva voz y al unísono:

—Queremos que Arturo sea nuestro rey sin más demora. Evidentemente, es voluntad de Dios que sea rey y mataremos a todo el que se interponga en su camino.

Y así, ricos y humildes se arrodillaron y solicitaron el perdón de Arturo por haber demorado tanto tiempo. Arturo los perdonó, y luego tomó la espada en sus manos y la depositó en el altar mayor. El arzobispo tomó la espada y tocó a Arturo en el hombro y lo armó caballero. Luego Arturo juró ante todos los señores y las gentes comunes que sería un rey justo y leal hasta el fin de sus días.

Ordenó a los señores que habían recibido honores y tierras de la corona que cumplieran con las obligaciones debidas a él. Y luego escuchó las quejas y acusaciones de los crímenes y desmanes perpetrados en el reino desde la muerte de su padre Uther Pendragon, que aludían a territorios y castillos tomados por la fuerza, a hombres asesinados, a caballeros, damas y gentiles hombres asaltados y despojados durante ese período en que no había rey ni justicia. Y Arturo hizo devolver las tierras y posesiones a sus auténticos propietarios.

Cumplida esa tarea, el rey Arturo organizó su gobierno. Designó a sus caballeros más fieles para los altos cargos. Nombró a sir Kay senescal de toda Inglaterra, a sir Bawdewyn de Bretaña condestable, para que guardara el orden y la paz. A sir Ulfius lo nombró chambelán, y a sir Brastias guardián de las marcas del norte, pues del norte procedía la mayor parte de los enemigos de Inglaterra. En pocos años, Arturo conquistó el norte y tomó Escocia y Gales y, si bien algunas regiones se le opusieron por un tiempo, a todas concluyó por dominarlas.

En cuanto impuso la paz y el orden en todo el reino y demostró que era un auténtico rey, Arturo se trasladó con sus caballeros a Gales para ser formalmente coronado en la antigua ciudad de Caerleon. Escogió Pentecos-

tés como día de la coronación y dispuso una gran fiesta para todos sus súbditos.

Muchos grandes señores se reunieron en esa ciudad con sus servidores. El rey Lot de Lothian y Orkney asistió acompañado por quinientos caballeros, y el rey de Escocia, que era muy joven, vino acompañado de seiscientos, y el rey de Carados de quinientos. Y finalmente llegó uno a quien llamaban el Rey de los Cien Caballeros, cuyos hombres estaban maravillosamente armados y equipados.

A Arturo le complacía esta multitud, pues esperaba que todos acudieran a rendirle honores el día de su coronación, y, exaltado por el acontecimiento, envió presentes a los reyes y a los caballeros que habían venido juntos. Pero sus esperanzas eran vanas. Los reyes y los caballeros rechazaron los presentes e insultaron a los portadores. Por toda explicación, declararon que no podían aceptar los obsequios de un mozo imberbe y sin linaje, y manifestaron a los mensajeros del rey que los dones que ellos traían para Arturo eran la espada y la guerra, pues les avergonzaba que una tierra tan noble estuviera en manos de un niño sin nobleza, y que ése era el motivo que los congregaba.

Cuando el rey Arturo recibió esa amenazadora respuesta, sus esperanzas de paz se disiparon. Reunió en consejo a sus caballeros fieles, quienes le aconsejaron que se instalara en una torre amurallada, con armas y provisiones. Arturo llevó consigo a quinientos de sus caballeros más diestros y valientes.

Entonces los señores rebeldes pusieron sitio a la torre, pero no pudieron tomarla porque estaba bien defendida.

Quince días duraba el sitio cuando Merlín apareció en la ciudad de Caerleon, y los señores le dieron la bienvenida porque confiaban en él. Inquirieron por qué el joven Arturo había ocupado el trono de Inglaterra.

Entonces Merlín, que se complació en causar asombro, les dijo:

—Señores míos, os diré la razón. Arturo es hijo del rey Uther Pendragon, nacido de Igraine, quien fue esposa

del duque de Tintagel, y por eso le corresponde ser rey de Inglaterra.

—En ese caso, Arturo es un bastardo, y un bastardo no puede ser rey —exclamaron los caballeros.

—No es verdad —dijo Merlín—. Arturo fue concebido más de tres horas después de la muerte del duque, y trece días más tarde Uther desposó a Igraine y la convirtió en su reina. Por lo tanto, Arturo nació en el seno del matrimonio y no es un bastardo. Y os anuncio que pese a quienes o a cuantos se le opongan, Arturo es el rey y derrotará a todos sus enemigos y por mucho tiempo reinará sobre Inglaterra, Irlanda, Escocia y Gales, así como sobre otros reinos que no me molestaré en nombrar.

El mensaje de Merlín provocó el estupor de algunos de los reyes, quienes creyeron en la verdad de sus palabras. Pero el rey Lot y otros se burlaron incrédulamente de ellas e insultaron a Merlín, llamándolo brujo y charlatán. A lo sumo, se comprometían a escuchar a Arturo en caso de que él se dignara hablarles.

Entonces Merlín se introdujo en la torre y le habló a Arturo y le dijo lo que había hecho.

—No temas —añadió—. Sal fuera y háblales con entereza, como su rey y su jefe. No te acobardes ante ellos, pues está escrito que los gobernarás quiéranlo o no.

Arturo reunió coraje y salió fuera de la torre, pero para precaverse contra cualquier traición vistió doble cota de malla de acero debajo de la túnica. El arzobispo de Cantórbery lo acompañó, y lo propio hicieron sir Bawdewyn de Bretaña, sir Kay y sir Brastias, sus caballeros más diestros y esforzados.

Cuando Arturo salió al encuentro de los señores rebeldes, en ambos bandos se alzaron palabras fuertes y airadas. Arturo declaró con firmeza que los forzaría a aceptar su mandato. Entonces los reyes se retiraron enfurecidos y Arturo los vituperó e irónicamente les suplicó que se cuidaran, y ellos le retrucaron que también a él le convenía velar por su salud. Luego Arturo regresó a la torre y él y sus caballeros se armaron y se dispusieron a defender la plaza.

Entonces Merlín se reunió con los furibundos señores.

—Sería prudente que obedecierais a Arturo —les dijo—, pues aunque decuplicarais vuestro número él os derrotaría.

—No somos la clase de hombres que se asustan por lo que diga un embaucador y un lector de sueños —le respondió el rey Lot.

Entonces Merlín desapareció de allí y apareció en la torre al lado de Arturo. Le aconsejó al rey que atacara pronta y fieramente mientras los rebeldes estaban desprevenidos y no habían llegado a un acuerdo, consejo que resultó muy atinado, pues doscientos de los mejores hombres abandonaron a los señores y se unieron a Arturo, quien se sintió animado y fortalecido.

—Mi señor —dijo Merlín—, ahora lánzate al ataque, pero no luches con la milagrosa espada de la piedra a menos que te veas en serios apuros y en peligro. Sólo entonces podrás desenvainarla.

En seguida se abrieron las puertas de la torre para dar paso a Arturo y sus mejores caballeros, quienes sorprendieron a sus enemigos en el campamento y cayeron sobre ellos dando tajos a diestro y siniestro. Arturo los condujo y luchó con tal ferocidad y destreza que sus caballeros, al ver su vigor y habilidad, sintieron redoblarse su valor y su confianza y se lanzaron al combate con renovadas fuerzas.

Algunos de los rebeldes irrumpieron por la retaguardia y rodearon y atacaron por la espalda a las fuerzas de Arturo, pero Arturo volvió grupas y repartió mandobles a uno y otro lado, internándose en lo más tupido de la batalla hasta que le mataron el caballo. Cuando Arturo quedó sin montura, el rey Lot se abalanzó sobre él, pero cuatro de sus caballeros se lanzaron a rescatarlo y le trajeron otro corcel. Sólo entonces el rey Arturo desenvainó la milagrosa espada de la piedra, cuya hoja despidió un resplandor que encegueció a sus adversarios, a quienes hizo retroceder con gran pérdida de hombres.

Entonces los pobladores de Caerleon se sumaron a la lucha armados con palos y garrotes, derribando a mu-

chos caballeros y dándoles muerte. Pero la mayor parte de los señores se mantuvo unida y, guiando a sus restantes caballeros, se retiró en orden defendiendo la retaguardia. En este momento Merlín apareció ante Arturo y le aconsejó no perseguirlos, pues sus hombres estaban fatigados por el combate y eran pocos en número.

Luego Arturo reposó y celebró con sus caballeros. Y al poco tiempo, cuando se restableció el orden, marchó de regreso a Londres y convocó a todos sus barones leales a un consejo general. Merlín predijo que los seis señores rebeldes proseguirían la guerra con esporádicas irrupciones y correrías por el reino. Cuando el rey preguntó a los barones qué convenía hacer, ellos respondieron que no podían ofrecerle sus consejos, sino sólo su fuerza y lealtad.

Arturo les agradeció su valor y su apoyo, pero les dijo:

—Ruego a cuantos me amáis que habléis con Merlín. Sabréis lo que él hizo por mí. Él conoce muchas cosas extrañas y secretas. Cuando estéis con él, pedidle consejo acerca de nuestras próximas decisiones.

Los barones asintieron, y cuando Merlín vino a ellos le suplicaron ayuda.

—Puesto que me lo preguntáis os lo diré —dijo Merlín—. Os advierto que vuestros enemigos son excesivamente poderosos para vosotros y que son tan buenos guerreros como el que más. Por otra parte, ya acrecentaron su coalición con cuatro señores más y un poderoso duque. A menos que el rey pueda hallar más caballeros que los que hay en el reino, está perdido. Si enfrenta a sus enemigos con las fuerzas de que dispone, ganará la derrota y la muerte.

—¿Qué conviene hacer entonces? —exclamaron los barones—. ¿Cuál es el mejor partido?

—Escuchad mi consejo —dijo Merlín—. Cruzando el Canal, en Francia, hay dos hermanos, ambos reyes y hombres aguerridos. Uno es el rey Ban de Benwick y el otro el rey Bors de Galia. Estos reyes están en guerra con un rey llamado Claudas, quien es tan rico que puede contratar a cuantos caballeros le plazca, de modo que

tiene ventaja sobre los dos reyes hermanos. Sugiero que nuestro rey escoja a dos caballeros y los mande con mensajes al rey Ban y al rey Bors, pidiéndoles socorro contra sus enemigos y prometiéndoles ayuda contra el rey Claudas. ¿Qué os parece mi sugerencia?

—A mí me parece un buen consejo —dijo el rey Arturo. Hizo redactar dos cartas en lengua muy cortés dirigidas al rey Ban y al rey Bors, llamó a sir Ulfius y a sir Brastias y les encomendó que entregaran las cartas. Ambos partieron con buenas armas y buenas monturas y cruzaron el Canal para luego continuar rumbo a la ciudad de Benwick. Pero en una senda estrecha del camino los interceptaron ocho caballeros que intentaron capturarlos. Sir Ulfius y sir Brastias rogaron a los caballeros que les permitieran el paso, dado que traían mensajes del rey Arturo de Inglaterra destinados al rey Ban y al rey Bors.

—Habéis cometido un error —dijeron los caballeros—. Somos hombres del rey Claudas.

Entonces dos de ellos pusieron la lanza en ristre y acometieron a los caballeros del rey Arturo, pero sir Ulfius y sir Brastias eran hombres experimentados en el uso de las armas. Bajaron las lanzas, embrazaron los escudos y afrontaron la carga. Las lanzas de los caballeros de Claudas se despedazaron por el impacto, y los hombres, alzados en vilo, cayeron de sus sillas. Sin detenerse ni volver grupas, los caballeros de Arturo prosiguieron la marcha. Pero los otros seis caballeros de Claudas galoparon en persecución de ellos hasta que el sendero volvió a estrecharse y dos hombres bajaron las lanzas y se precipitaron sobre los mensajeros. Y estos dos sufrieron la misma suerte que sus compañeros. Quedaron tumbados en el suelo, sin nadie que los socorriera. Por tercera y cuarta vez los caballeros del rey Claudas trataron de detener a los mensajeros y cada uno de ellos fue derribado, de manera que los ocho quedaron magullados y heridos. Los mensajeros no se detuvieron hasta llegar a la ciudad de Benwick. Cuando los dos reyes se enteraron de su llegada, enviaron a su encuentro a sir Lyonse, señor de Payarne, y al buen caballero sir

Phariance. Y cuando estos caballeros supieron que los recién llegados venían de parte del rey Arturo de Inglaterra, les brindaron la bienvenida y sin demora los condujeron a la ciudad. Ban y Bors acogieron amistosamente a sir Ulfius y sir Brastias, pues tenían a Arturo en gran honra y respeto. Luego los mensajeros besaron las cartas que traían y las entregaron en manos de los reyes, quienes se complacieron al enterarse del contenido. Aseguraron a los mensajeros que prestarían oídos a la solicitud del rey Arturo. E invitaron a Ulfius y Brastias a reposar y celebrar con ellos tras la larga jornada. Durante el festín, los mensajeros relataron sus aventuras con los ocho caballeros del rey Claudas. Y Bors y Ban festejaron la historia, diciendo:

—Ya veis, nuestros amigos, nuestros nobles amigos, también os dieron la bienvenida. Si lo hubiésemos sabido, no habrían salido tan bien librados.

Y los caballeros recibieron de ambos reyes todos los obsequios de la hospitalidad, y tantos regalos que apenas podían llevarlos.

Entretanto, los reyes prepararon su respuesta al rey Arturo e hicieron escribir cartas en las que prometían acudir en socorro de Arturo en cuanto pudieran y con un ejército tan numeroso como les fuera posible. Los mensajeros desandaron el camino sin obstáculos y cruzaron el Canal rumbo a Inglaterra. El rey Arturo quedó muy satisfecho.

—¿Cuándo suponéis —preguntó— que vendrán esos reyes?

—Señor —respondieron los caballeros—, estarán aquí antes del día de Todos los Santos.

Entonces el rey despachó mensajeros a todas partes del reino anunciando una gran fiesta para el día de Todos los Santos, y prometiendo justas y torneos y toda suerte de entretenimientos.

Los reyes, tal como lo habían prometido, cruzaron el mar y entraron a Inglaterra, acompañados por trescientos de sus mejores caballeros totalmente equipados con vestiduras de paz y armaduras de guerra. Fueron recibi-

dos con gran pompa y Arturo acudió a darles la bienvenida a diez millas de Londres, con gran júbilo de los reyes y de todos los presentes.

El día de Todos los Santos los tres reyes se sentaron uno junto al otro en el gran salón y presidieron la fiesta. Sir Kay el Senescal, sir Lucas el Mayordomo y sir Grymfflet se encargaron del servicio, pues estos tres caballeros impartían órdenes a todos los sirvientes del rey. Cuando el festín terminó y todos se hubieron lavado la grasa de la comida de sus manos y sus mantos, el séquito enfiló hacia el campo de los torneos donde setecientos caballeros montados aguardaban ansiosamente la competencia. Los tres reyes, junto con el arzobispo de Cantórbery y sir Ector, el padre de Kay, ocuparon sus sitios en un gran estrado protegido y decorado con telas de oro. Los circundaban hermosas damas y doncellas reunidas para observar el torneo y juzgar quién luchaba mejor.

Los tres reyes dividieron a los setecientos caballeros en dos bandos, los de Galia y Benwick por una parte y los de Arturo por la otra. Los buenos caballeros embrazaron los escudos y enristraron las lanzas, disponiéndose a la lucha. Sir Grymfflet acometió en primer lugar y sir Ladynas decidió enfrentarlo, y ambos chocaron con tal fuerza que los escudos se partieron en dos y los caballeros cayeron al suelo, y tanto el caballero inglés como el francés quedaron a tal punto aturdidos que muchos los creyeron muertos. Cuando sir Lucas vio a sir Grymfflet tendido en el suelo, cargó sobre el francés y lo acometió con su espada, trabándose en lucha con varios a la vez. Y en eso sir Kay, seguido por cinco caballeros, súbitamente se lanzó al combate y derribó a seis oponentes. Nadie equiparó esa tarde a sir Kay, pero dos caballeros franceses, sir Ladynas y sir Grastian, conquistaron unánimes elogios. Cuando el buen caballero sir Placidas se trabó con sir Kay y tumbó al jinete y al caballo, Grymfflet se enardeció tanto que lo derribó a sir Placidas. Al verlo a sir Kay en tierra, los cinco caballeros montaron en cólera, y cada uno escogió a un caballero francés y derribó a su adversario.

Entonces el rey Arturo y sus aliados, Ban y Bors, advirtieron que el furor de la batalla cundía en ambos bandos y comprendieron que el torneo cesaría de ser una justa deportiva para transformarse en guerra mortal. Los tres saltaron del estrado, montaron en pequeños rocines y entraron al campo para apaciguar a los hombres exaltados. Les ordenaron que dejaran de luchar y se retiraran del campo y fueran a sus cuarteles. Al rato, el furor de los hombres se aplacó y todos obedecieron a sus reyes. Volvieron a sus casas y se quitaron la armadura; se consagraron a sus oraciones y, ya sosegados, cenaron.

Después de la cena, los tres reyes fueron a un jardín y allí entregaron los galardones del torneo a sir Kay, sir Lucas el Mayordomo y al joven Grylfflet. Y después de eso celebraron un consejo y convocaron a sir Ulfius, sir Brastias y Merlín. Comentaron la guerra inminente y discutieron sobre los varios modos de conducirla, pero estaban fatigados y se retiraron a dormir. A la mañana, después de misa, reiniciaron el consejo y hubo opiniones diversas en cuanto a lo que más convenía hacer, pero al fin concretaron un acuerdo. Merlín, sir Grastian y sir Placidas debían regresar a Francia, los dos caballeros para custodiar, proteger y gobernar ambos reinos y Merlín para reclutar un ejército y hacerle cruzar el Canal. Los caballeros recibieron los anillos reales de Ban y Bors como signo de su autoridad.

Los tres viajaron a Francia y llegaron a Benwick, donde el pueblo aceptó la autoridad conferida por los anillos y, tras solicitar nuevas sobre la salud y ventura de sus soberanos, acogió con satisfacción las buenas noticias.

Luego Merlín, en representación del rey, congregó a todos los hombres aptos para la lucha, encomendándoles que trajeran armas, armadura y provisiones para el viaje. Quince mil hombres de armas respondieron al llamado, tanto jinetes como peones. Se reunieron en la costa, con su equipo y sus vituallas. Merlín escogió entre ellos diez mil jinetes y al resto lo envió con Grastian y Placidas, para que los ayudaran a defender el país contra su enemigo el rey Claudas.

Luego Merlín consiguió naves y embarcó a los caballos y los guerreros, y la flota cruzó el Canal a salvo y echó anclas en Dover. Merlín condujo a su ejército hacia el norte, por senderos secretos, al amparo de los bosques y a través de valles ocultos, y los hizo acampar en Bedgrayne, en un valle oculto circundado por una floresta. Les ordenó mantenerse a resguardo y cabalgó adonde Arturo y los dos reyes, anunciándoles que había regresado y que diez mil jinetes, armados y bien dispuestos, acampaban secretamente en el Bosque de Bedgrayne. Los reyes se asombraron de que Merlín hubiese hecho tanto en tan poco tiempo, pues les parecía un milagro, y lo era.

Entonces el rey Arturo puso en marcha su ejército de veinte mil hombres y, para impedir que los espías se enterasen de sus movimientos, despachó guardias de avanzada para desafiar y capturar a todo el que no ostentara el sello y la marca del rey. El ejército avanzó día y noche sin descanso hasta que llegó al Bosque de Bedgrayne, donde los reyes descendieron al valle oculto y encontraron un ejército escondido y bien pertrechado. Y quedaron muy satisfechos y ordenaron que a todo el mundo se le suministrase los alimentos y el equipo necesarios.

Entretanto, los señores del norte, indignados por su derrota en Caerleon, habían estado preparando su venganza. Los seis jefes rebeldes originales habían sumado otros cinco a su coalición, y todos ellos se dispusieron para la guerra y juraron no descansar hasta haber destruido al rey Arturo.

Éstos eran los jefes y el número de sus fuerzas. El duque de Cambenet trajo cinco mil jinetes armados. El rey Brandegoris prometió cinco mil. El rey Clarivaus de Northumberland tres mil; el joven Rey de los Cien Caballeros contribuyó con cuatro mil jinetes. El rey Uryens de Gore trajo seis mil, el rey Cradilment cinco mil, el rey Nentres cinco mil, el rey Carados cinco mil y, finalmente, el rey Anguyshaunce de Irlanda prometió traer cinco mil jinetes. Por fin, el ejército del norte llegó a tener cincuen-

ta mil hombres armados a caballo y diez mil peones bien armados. Los enemigos del norte no tardaron en reunirse y avanzar hacia el sur, despachando exploradores que precedían la marcha. No lejos del Bosque de Bedgrayne, llegaron a un castillo y lo cercaron, y luego, dejando hombres suficientes para mantener el sitio, el grueso del ejército prosiguió hacia donde acampaba el rey Arturo.

Las avanzadas del rey Arturo se encontraron con los exploradores del norte y los capturaron, y los exploradores fueron obligados a revelar en qué dirección marchaba la hueste enemiga. Se despacharon hombres para incendiar y asolar los campos por los que avanzaría el ejército enemigo, de modo que no obtuviera víveres ni forraje.

En ese momento el joven Rey de los Cien Caballeros tuvo un sueño prodigioso y lo reveló a los demás. Soñó que un viento espantoso devastaba la tierra, derribando ciudades y castillo, y que lo seguía una marejada que arrastraba todo a su paso. Los señores que escucharon el sueño dijeron que era el presagio de una batalla grandiosa y definitiva.

El viento y la ola destructora del sueño del joven caballero configuraban un símbolo de lo que todos presentían: que el resultado de la batalla decidiría si Arturo iba a ser rey de Inglaterra para gobernar todo el reino con paz y justicia, o si el caos creado por reyezuelos mezquinos y pendencieros prolongaría la desdichada oscuridad que aquejaba al reino desde la muerte de Uther Pendragon.

Como el enemigo los superaba en número, el rey Arturo y sus aliados franceses consideraron cómo enfrentar a las huestes del norte. Merlín colaboró con ellos para planear la batalla. Cuando los exploradores informaron el trayecto seguido por el enemigo y el lugar donde habían de pernoctar, Merlín argumentó que debían atacarlos esa noche, pues una fuerza móvil y pequeña tiene ventajas sobre un ejército en reposo vencido por las fatigas de la marcha.

Entonces Arturo y Ban y Bors, en compañía de caballeros esforzados y de confianza partieron sigilosamente y

a medianoche lanzaron un ataque contra el somnoliento adversario. Pero los centinelas dieron la alarma y los caballeros del norte lucharon desesperadamente por montar a caballo y defenderse, mientras los hombres de Arturo irrumpían en el campamento, cortaban las cuerdas de las tiendas y sembraban la desolación. Pero los once señores eran militares expertos y disciplinados. Rápidamente ordenaron sus tropas y apretaron sus filas, y la lucha continuó encarnizadamente en la oscuridad. Esa noche murieron diez mil hombres de mérito, pero al cernirse el alba los señores del norte lograron abrir una brecha en las filas del rey Arturo, quien emprendió la retirada para dar reposo a su gente y disponer nuevos planes de batalla.

—Ahora podemos recurrir al plan que he preparado —dijo Merlín—. En el bosque hay ocultos diez millares de hombres de refresco. Que el rey Arturo conduzca a sus hombres a la vista de la hueste enemiga. Cuando ellos vean que sois sólo veinte mil contra sus cincuenta mil, se alegrarán y se confiarán en exceso y penetrarán por el estrecho pasaje donde vuestras fuerzas más pequeñas podrán enfrentarlos en pie de igualdad.

Los tres reyes aprobaron el plan de batalla y ocuparon sus puestos.

A la luz del crepúsculo, cuando ambos ejércitos pudieron contemplarse mutuamente, los hombres del norte se regocijaron al ver cuán escasas eran las fuerzas de Arturo. Entonces Ulfius y Brastias iniciaron el ataque con tres millares de hombres. Arremetieron fieramente contra el ejército del norte, golpeando a diestro y siniestro y causando grandes estragos en el enemigo. Los once señores, al ver que tan pocos hombres hendían tan profundamente sus filas, sintieron menguada su honra y organizaron un encarnizado contraataque.

En medio del combate sir Ulfius perdió el caballo, pero embrazó el escudo y continuó luchando a pie. El duque Estance de Cambenet se abalanzó sobre Ulfius para ultimarlo pero sir Brastias vio a su amigo en peligro y desafió a Estance. Chocaron con tal fuerza que ambos

fueron arrancados de sus monturas y las rodillas de los caballos se quebraron en el hueso mientras los dos hombres caían aturdidos al suelo. Entonces sir Kay y seis caballeros abrieron una cuña en las filas enemigas, hasta que los once señores se les opusieron y Gryfflet y sir Lucas el Mayordomo fueron derribados. Entonces la batalla se convirtió en un confuso torbellino de alaridos, cargas y caballeros en lucha, y cada hombre escogía un enemigo y se trababa con él en singular combate.

Sir Kay vio que Gryfflet seguía peleando con agilidad y rapidez. Derribó al rey Nentres, le llevó el caballo a Gryfflet y lo ayudó a montar. Con la misma lanza, sir Kay tocó al rey Lot, abriéndole una herida. Al ver esto, el joven Rey de los Cien Caballeros acometió contra sir Kay y lo tumbó y le quitó el caballo, dándoselo al rey Lot.

Así proseguía la batalla, pues era orgullo y deber de todo caballero socorrer y defender a sus amigos, y un caballero armado a pie corría doble peligro a causa del peso de su armadura. El furor de la batalla crecía sin que ningún bando cediera terreno. Gryfflet vio a sus amigos sir Kay y sir Lucas sin montura y les devolvió el favor. Escogió al buen caballero sir Pynnel y con su enorme lanza lo arrojó fuera de la silla cediéndole el caballo a sir Kay. La lucha continuaba y muchos hombres caían de sus monturas, que a su vez pasaban a manos de otros caballeros derribados anteriormente. Entonces los once señores rebeldes se vieron colmados de furia y frustración, pues su ejército más numeroso no podía abrirse paso hacia Arturo y sufría grandes pérdidas en muertos y heridos.

Entonces el rey Arturo se lanzó al combate con ojos fieros y fulgurantes, y vio a Brastias y Ulfius caídos y en gran peligro de sus vidas, pues estaban apresados en el arnés de sus caballos heridos y hostigados por el golpeteo de los cascos. Arturo arremetió contra sir Cradilment como un león y su lanza penetró el flanco izquierdo del caballero. Tomó las riendas y le cedió el caballo a Ulfius, diciéndole, con ese humor feroz y solemne típico de los hombres de guerra:

—Amigo mío, creo que más te valdría ir a caballo. Hazme el favor de usar éste.

—En buena hora —replicó Ulfius—. Gracias, mi señor.

Luego Arturo se arrojó al combate, repartiendo mandobles y volviendo grupas a uno y otro lado, luchando con tal destreza que los hombres lo observaban maravillados.

El Rey de los Cien Caballeros vio a Cradilment en tierra y se volvió hacia sir Ector, el padre de leche de Arturo, lo derribó y se adueñó del caballo. Cuando Arturo vio que Cradilment, a quien antes había derrotado, montaba el caballo de sir Ector, se enfureció y volvió a trabarse con él, asestándole un golpe tan vigoroso con la espada que el tajo hendió el yelmo y el escudo y el cuello del caballo, de modo que jinete y montura cayeron derribados en el acto. Entretanto, sir Kay fue al rescate de su padre, derribó a un caballero y ayudó a sir Ector para que volviera a montar.

Sir Lucas yacía sin sentido debajo del caballo, mientras Grysfflet virilmente intentaba defender a su amigo contra catorce caballeros. Entonces sir Brastias, quien había vuelto a montar, acudió para socorrerlos. Golpeó al primer caballero con tal fuerza en la visera que la hoja penetró hasta los dientes. Al segundo lo alcanzó en el codo con un tajo que le cortó limpiamente el brazo, tirándolo al suelo. A un tercero le asestó una estocada en el hombro, donde la coraza se une a la gorguera, despojándolo a la vez del hombro y el brazo. El suelo estaba cubierto de cuerpos mutilados y de heridos que luchaban, de cadáveres y caballos caídos, y la sangre enlodaba la tierra. El fragor de la batalla retumbaba desde la colina hasta el bosque: el clamor de las espadas y los escudos, el sordo crujido de los lanceros al entrechocarse con parejo vigor, los gritos de guerra y los alaridos de triunfo, los airados juramentos y los chillidos de las bestias agonizantes, el triste gemir de los caídos.

Ocultos en el bosque, Ban y Bors observaban la contienda y procuraban conservar el orden y el sosiego en sus filas, pese a que muchos caballeros temblaban y se

movían anhelosos de entrar en batalla, pues el ardor de la lucha resulta contagioso entre hombres de armas.

Entretanto, la mortal batalla proseguía. El rey Arturo advirtió que no podría vencer a sus enemigos. Furioso como un león enloquecido por sus heridas, iba de un lado al otro derribando a cuantos se le oponían y maravillando a cuantos lo contemplaban. Dando mandobles a diestro y siniestro, mató a veinte caballeros e hirió al rey Lot en el hombro, tan severamente que lo obligó a retirarse del campo. Grymflet y sir Kay seguían luchando junto a su rey y ganaron grandeza con sus espadas merced a los cuerpos de sus enemigos.

Luego Ulfius y Brastias y sir Ector cabalgaron contra el duque Estance, Clarivaus, Carados y el Rey de los Cien Caballeros, forzándolos a retirarse del campo; se reunieron en la retaguardia para considerar su posición. El rey Lot tenía graves heridas y su corazón estaba contristado a causa de las terribles pérdidas y desanimado al ver que la batalla no parecía tener fin. Habló con los otros señores, diciéndoles:

—A menos que cambiemos nuestro plan de ataque, nos destruirán poco a poco en el desfiladero. Que cinco de nosotros tomen diez millares de hombres y se retiren a descansar. Al mismo tiempo, los otros seis seguirán luchando en el pasaje causando tantos estragos como sea posible y fatigando al adversario. Cuando los venza el cansancio, iremos a la carga con diez millares de hombres frescos y descansados. No veo otro modo de derrotarlos.

Así se acordó y los seis señores regresaron al campo de batalla y lucharon encarnizadamente para desangrar al enemigo y menoscabar sus fuerzas.

Ahora bien, sucedió que dos caballeros, sir Lyonse y sir Phariance, eran guardias de avanzada del oculto ejército de Ban y Bors. Vieron al rey Idres solo y fatigado y, desobedeciendo órdenes, los dos caballeros franceses salieron de su escondite para atacarlo. El rey Anguyshaunce vio lo que ocurría y acometió contra ellos seguido por el duque de Cambenet y un grupo de caba-

lleros, cercándolos e impidiéndoles regresar al bosque. Los caballeros franceses se defendieron con tenacidad pero al fin dieron con sus cuerpos en tierra.

Cuando el rey Bors, desde el bosque, comprobó la necedad de sus caballeros, sintió aflicción por su desobediencia y por el peligro que corrían. Reunió una mesnada y atacó con tal rapidez que pareció trazar una estría negra en el aire. Y el rey Lot lo vio y lo reconoció por el blasón de su escudo.

—Jesús nos proteja de la muerte —exclamó Lot—. Allá veo acudir a uno de los mejores caballeros de todo el mundo con un grupo de hombres descansados.

—¿Quién es? —preguntó el joven Rey de los Cien Caballeros.

—Es el rey Bors de Galia —dijo Lot—. ¿Cómo puede haber desembarcado en este país sin que nos enterásemos?

—Quizá fue obra de Merlín —dijo un caballero.

Pero sir Carados declaró:

—Por muy grande que sea, enfrentaré al rey Bors de Galia, y podéis enviarme ayuda en caso necesario.

Entonces Carados y sus hombres avanzaron con lentitud, hasta que estuvieron a un tiro de arco del rey Bors y se dispusieron a acometerlo. Bors los vio acercarse y le dijo a su ahijado, sir Bleoberis, quien oficiaba de portaestandarte:

—Ahora veremos si estos britanos del norte saben usar las armas. —Y ordenó cargar sobre ellos.

El rey Bors traspasó con su lanza a un caballero y la punta asomó por el otro lado. Entonces desenvainó la espada y luchó salvajemente, mientras los caballeros que lo acompañaban seguían su ejemplo. Sir Carados cayó a tierra y fue necesario que el joven señor y un buen número de hombres acudieran a su rescate.

Entonces el rey Ban y los suyos abandonaron su escondite; el escudo de Ban lucía bandas verdes y doradas. Cuando el rey Lot vio su emblema, dijo:

—Ahora corremos doble peligro. Allá veo venir al caballero más valeroso y afamado del mundo, el rey Ban

de Benwick. No hay quien equipare a esos dos hermanos, el rey Ban y el rey Bors. Debemos emprender la retirada o morir, y a menos que nos retiremos con prudencia y sepamos defendernos, moriremos de todas formas.

Ban y Bors irrumpieron con tal fiereza al mando de sus diez mil hombres, que las reservas del norte debieron volver al combate pese a no haber descansado. Y el rey Lot sollozaba conmovido al ver muertos a tantos y tan buenos caballeros.

Ahora el rey Arturo y sus aliados Ban y Bors luchaban hombro a hombro, y mataban y herían, y muchos guerreros, dominados por la fatiga y el pavor, dejaban el campo y huían para salvar la vida.

En el bando rebelde, el rey Lot y Morganoure y el de los Cien Caballeros mantuvieron el orden en sus filas y lucharon con bravura y firmeza. El joven señor vio los estragos que causaba el rey Ban y se propuso dejarlo fuera de combate. Puso la lanza en ristre y acometió contra Ban, golpeándolo en el yelmo y dejándolo aturdido. Pero el rey Ban meneó la cabeza, poseído por el furor de la lucha, y espoleó a su montura en persecución de su oponente, quien, viéndolo venir, embrazó el escudo y afrontó la carga.

La gran espada del rey Ban atravesó el escudo y la cota de malla y las guarniciones de acero del caballo. La hoja penetró en el espinazo de la bestia, que al caer arrancó el arma de la mano del rey Ban.

El joven señor se libró del caballo caído y hundió la espada en el vientre del caballo de Ban. Entonces Ban brincó en busca de su acero y le asestó al joven señor una estocada en el yelmo, tan vigorosa que lo derribó. Entretanto, proseguía la matanza de buenos caballeros y peones.

En medio de la confusión apareció el rey Arturo y halló al rey Ban de pie entre cadáveres de hombres y brutos, luchando como un león herido y trazando con su espada un círculo que ningún hombre podía penetrar con impunidad.

El rey Arturo ofrecía un espectáculo formidable. Su escudo estaba a tal punto cubierto de sangre que el emblema resultaba irreconocible; la sangre y los sesos se escurrían por su hoja embadurnada. Próximo a él, Arturo vio a un caballero bien montado en un hermoso caballo, y atacándolo con su espada le hendió el yelmo, partiéndole los dientes y los sesos. Luego tomó el caballo y se lo dio al rey Ban, diciéndole:

—Hermano, aquí tienes un caballo. Lamento tus heridas.

—No tardarán en cerrar —dijo Ban—. Confío en que Dios no permita que las que recibí sean tan grandes como algunas de las que abrí.

—Sin duda —dijo Arturo—. Vi desde lejos tus proezas, aunque no pude acudir antes en tu auxilio.

La carnicería continuó y al fin el rey Arturo ordenó un alto, y no sin dificultad los tres reyes obligaron a sus hombres a dejar el combate y retirarse al bosque. Luego vadearon un riacho y los hombres se tendieron a dormir en la hierba, pues no habían reposado durante dos días y una noche.

Los once señores del norte se reunieron en el ensangrentado campo de batalla, abrumados por la tristeza y la pesadumbre. No habían perdido, pero tampoco habían triunfado.

El rey Arturo se maravilló de la bravura de los caballeros del norte, y también él se enfureció por no haber perdido ni ganado.

Pero los reyes franceses le hablaron cortésmente, diciéndole:

—No debes culparlos. No han hecho sino cuanto incumbe a un buen guerrero. —Y el rey Ban añadió:— A fe mía, son los caballeros más valerosos y los señores más dignos. —y luego:— Si fueran tus hombres, ningún rey en el mundo podría alardear de contar con semejante ejército.

—Aun así —dijo Arturo—, no esperéis que los ame por ello, pues tienen el propósito de destruirme.

—Eso lo sabemos bien, pues lo hemos visto —dijeron

los reyes—. Son tus enemigos mortales y así lo han demostrado. Pero son tan buenos caballeros que es una lástima que estén en tu contra.

Entretanto, los once señores se congregaron en el campo de sangre y destrucción y el rey Lot los interpeló hablándoles de esta manera:

—Señores míos, debemos descubrir un nuevo modo de atacar o la guerra proseguirá como hasta ahora. Veis en derredor a nuestros hombres caídos. Creo que buena parte de nuestro fracaso se debe a nuestros peones. Se mueven con excesiva lentitud, de modo que los jinetes deben aguardarlos o bien ser muertos al procurar salvarlos. Soy de la opinión que durante la noche despidamos a los soldados de a pie. Los bosques los ocultarán y el noble rey Arturo no se molestará en perseguir peones. Bien pueden ponerse a salvo. Mientras tanto, apretemos filas e impongamos la norma de que quien trate de huir será ejecutado. Es mejor matar a un cobarde que ser muerto por su culpa. ¿Cuál es vuestro parecer? —concluyó Lot—. Respondedme... todos.

—Estás en lo cierto —dijo sir Nentres, y los otros señores fueron de la misma opinión. Luego juraron recíproca lealtad en la vida y en la muerte. Tras esta solemne decisión, repararon sus arneses y limpiaron y pusieron a punto sus armas. Luego montaron a caballo e irguieron sus nuevas lanzas apoyándolas contra los muslos, mientras mantenían a sus monturas rígidas e inmóviles como piedras. Cuando Arturo, Ban y Bors los vieron en el campo, no pudieron menos que admirarlos por su disciplina y denuedo caballeresco.

Entonces cuarenta de los mejores caballeros del rey Arturo solicitaron la venia para arremeter contra el enemigo y quebrar su línea de batalla. Y estos cuarenta picaron espuelas y partieron a todo galope, mientras los señores bajaban las lanzas y los enfrentaban con gran ímpetu, con lo cual prosiguió la esforzada y mortífera contienda. Arturo y Ban y Bors volvieron a unirse a la lucha y mataron hombres a diestro y siniestro. En el campo se apiñaban los caídos, y los caballos resbalaban en la san-

gre y tenían las patas enrojecidas hasta las cernejas. Pero los hombres de Arturo fueron paulatinamente doblegados por la disciplina de hierro de la gente del norte y debieron vadear una vez más el riacho por el que habían cruzado.

En eso vino Merlín galopando sobre un gran caballo negro y le gritó al rey Arturo:

—¿Nunca te detendrás? ¿No has hecho bastante? De sesenta mil hombres que iniciaron la batalla, sólo quince mil quedan con vida. Es hora de ponerle un alto a la matanza, o de lo contrario Dios se enfurecerá contigo. —Y Merlín prosiguió:— Estos señores rebeldes han jurado no dejar el campo con vida y cuando los hombres llegan a ese extremo pueden arrastrar a muchos consigo antes de morir. Ahora no puedes derrotarlos. Sólo podrás causar muertes y acarrearte pérdidas. Por lo tanto, mi señor, retírate del campo en cuanto puedas y deja que tus hombres reposen. Prodiga el oro y la plata entre tus caballeros, pues bien se lo han ganado. No hay riqueza que baste a sus esfuerzos. Nunca tan pocos varones han realizado tantas y tan honrosas proezas contra tan poderoso enemigo. Tus caballeros hoy se han equiparado a los guerreros más valerosos del mundo.

—Merlín dice la verdad —exclamaron el rey Ban y el rey Bors.

Entonces Merlín los dejó en libertad de ir donde quisieran.

—Os prometo que durante tres años este enemigo no os molestará. Estos once señores tienen en sus tierras más problemas de los que imaginan —dijo Merlín—. Más de cuarenta mil sarracenos han desembarcado en sus costas y saquean, incendian y asesinan. Han puesto sitio al castillo de Wandesborow y devastan los campos. Por lo tanto, no temáis más a estos rebeldes, que bastante atareados estarán en sus propias tierras. —Y Merlín continuó:— Cuando hayas recogido los despojos del campo de batalla, dáselos al rey Ban y al rey Bors para que así puedan recompensar a aquellos de sus caballeros que lucharon por ti. La noticia de estos dones se difundirá

por todas partes, y cuando necesites hombres en el porvenir, no vacilarán en ayudarte. Más tarde podrás recompensar a tu gente.

—Es un buen consejo y lo seguiré —dijo el rey Arturo.

Luego se recogieron los tesoros del campo ensangrentado: armaduras, espadas y joyas de los caídos, sillas, arneses y arreos de los caballos de guerra, las tristes posesiones de los muertos. Ban y Bors recibieron estos valiosos trofeos, y a su vez los distribuyeron entre sus caballeros.

Luego Merlín se despidió del rey Arturo y de los reyes hermanos de allende el mar y viajó a Northumberland para ver a Maese Blayse, quien llevaba una crónica. Merlín refirió la gran batalla y su culminación, y enumeró los nombres y hazañas de cada rey y cada esforzado caballero que en ella había contendido, y Maese Blayse lo consignó en su crónica, palabra por palabra y tal como Merlín lo refería. Y en los días venideros, Merlín siguió refiriendo a Maese Blayse las nuevas de batallas y proezas emprendidas en tiempos de Arturo, para que así quedasen consignadas en el libro y los hombres futuros pudiesen leerlas y rememorarlas.

Después de esto, Merlín regresó al castillo de Bedgrayne en el bosque de Sherwood, donde el rey Arturo tenía su morada. Llegó a la mañana siguiente de Candelaria, disfrazado como era su costumbre y deleite. Se presentó ante Arturo envuelto en un vellocino negro, vestido con un rústico manto y calzado con enormes botas. Llevaba arco y un carcaj con flechas y un par de ocas salvajes en la mano. Se dirigió al rey y le dijo con brusquedad:

—Señor, ¿me haréis un obsequio?

El disfraz engañó a Arturo, quien dijo con aspereza:

—¿Por qué he de obsequiarle algo a un hombre como tú?

—Sería más sabio obsequiarme algo que no está en tus manos que perder un tesoro. En el sitio donde se libró la batalla, yace un tesoro sepulto en la tierra.

—¿Quién te dijo eso, patán? —inquirió el rey.

—Mi amo Merlín.

Entonces Ulfius y Brastias lo reconocieron por sus artimañas y se rieron.

—Mi señor —le dijeron al rey—, te ha engañado. Es Merlín en persona.

Y el rey quedó atónito por no haberlo reconocido, al igual que Ban y Bors, y todo se rieron de la broma de Merlín, quien estaba feliz como un niño por su éxito.

La batalla le había conferido a Arturo más aura de realeza, y muchos grandes señores y damas vinieron a tributarle homenaje, entre ellos la hermosa Lyonors, hija del conde Sanam. Cuando ella compareció ante el rey, Arturo se prendó de su hermosura y se enamoró en el acto. Ella correspondió a su amor y yacieron juntos, y Lyonors concibió un niño a quien llamaron Bor, que años más tarde se convirtió en un buen caballero de la Tabla Redonda.

Luego Arturo recibió noticias de que el rey Royns de Gales del Norte había atacado al rey Lodegrance de Camylarde, amigo del rey Arturo, y el rey decidió acudir en socorro de Lodegrance. Pero ante todo, los caballeros franceses que anhelaban regresar a su hogar fueron enviados a Benwick para que colaborasen en la defensa de la ciudad contra el rey Claudas.

En cuanto hubieron partido, Arturo, Bors y Ban, con veinte mil hombres, emprendieron una marcha de siete días sobre el territorio de Camylarde y exterminaron a diez millares de hombres del rey Royns, obligaron al resto a la fuga y rescataron al rey Lodegrance de sus adversarios. Lodegrance les dio las gracias, los acogió en su castillo y los colmó de regalos. Y en el festín el rey Arturo vio por primera vez a la hija del rey Lodegrance. Se llamaba Ginebra, y Arturo la amó entonces y siempre, y más tarde la convirtió en su reina.

Era llegada la hora de que los reyes franceses volvieran a sus tierras, pues en ellas, según supieron, el rey Claudas libraba una guerra devastadora. Y Arturo se ofreció a acompañarlos. Pero los reyes replicaron:

—No, no es momento de que nos acompañes, pues aquí te espera la ardua tarea de pacificar tu reino. Y

ahora no necesitamos tu ayuda, pues con todos los regalos que nos diste podemos contratar buenos caballeros que nos ayuden contra Claudas. —Y añadieron:— Te prometemos por la gracia de Dios que en caso de necesitarte te lo haremos saber, y también prometemos que si necesitas algo de nosotros te bastará comunicárnoslo para que acudamos a socorrerte sin demora. Lo juramos.

Entonces Merlín, que se encontraba cerca de ellos, lanzó esta profecía:

—No será necesario que estos dos reyes regresen a Inglaterra para luchar. No obstante, no tardarán en encontrarse nuevamente con el rey Arturo. Dentro de uno o dos años requerirán su ayuda y él los socorrerá contra sus enemigos tal como ellos lo han socorrido contra el suyo. Los once señores del norte morirán todos en un mismo día, destruidos por dos valerosos caballeros, Balin le Sauvage y su hermano Balan. —Luego Merlín guardó silencio.

Los señores rebeldes, al abandonar el campo de batalla enfilaron hacia la ciudad de Surhaute en tierras del rey Uryens, y allí descansaron y se repusieron y cuidaron de sus heridas, con el pecho lleno de pesadumbre por la pérdida de tantos hombres. Al poco tiempo recibieron nuevas de que cuarenta mil sarracenos incendiaban y asolaban sus territorios y de que hombres sin escrúpulos aprovechaban su ausencia para robar, quemar y saquear sin misericordia.

—Las penas se suman a las penas —se quejaron los once—. Si no hubiésemos luchado contra Arturo, ahora contaríamos con su ayuda. No podemos contar con el auxilio del rey Lodegrance porque es amigo de Arturo, y Royns está demasiado ocupado con sus propias guerras como para ayudarnos.

Tras ulteriores consultas, decidieron proteger las fronteras de Cornualles, Gales y el norte. El rey Idres se instaló en la ciudad de Nauntis, en Bretaña, con cuatro mil hombres, para custodiarla de cualquier ataque por tierra o por mar. El rey Nentres de Garlot se estableció en

la ciudad de Windesan con cuatro mil caballeros. Ocho mil hombres ocuparon las fortalezas de los límites de Cornualles, mientras que otros eran destacados para defender las marcas de Gales y Escocia. Así se mancomunaron para enmendar su suerte, atrayendo más hombres y aliados a su cofradía. El rey Royns se les unió después de ser derrotado por Arturo.

Y entretanto los señores del norte reorganizaban sus mesnadas, juntaban implementos de guerra y almacenaban pertrechos para el futuro, pues habían resuelto vengarse de la derrota que Arturo les había infligido en Bedgrayne.

Volvamos a Arturo. En cuanto partieron Ban y Bors, el rey se dirigió con su séquito a la ciudad de Caerleon. Luego vino a su corte la esposa del rey Lot de Orkney, al parecer para traerle un mensaje, pero en realidad con el propósito de espiarlo. Vino ricamente vestida y con un fastuoso cortejo de damas y caballeros. La esposa del rey Lot era una hermosa mujer y Arturo la codició y la amó y ella concibió un hijo de Arturo, aquel a quien más tarde llamarían sir Mordred. Esta dama permaneció un mes en la corte de Arturo y luego regresó a sus tierras. Y Arturo ignoraba que ella era su media hermana y que sin saberlo había caído en pecado.

Sin esa dama en la corte, concluidas las simplicidades de la guerra, ausentes los reyes franceses con su templada y presta amistad, quedaba el reino de Inglaterra, que en realidad aún no había aceptado el cetro de Arturo. La guerra, la amistad y el amor lo habían distraído de esa reflexión, pero el ocio lo colmaba de tribulación e incertidumbre. Y tuvo un sueño que lo atemorizó, pues Arturo creía, y con razón, en la importancia de los sueños. Soñó que dragones y serpientes hollaban sus tierras y se arrastraban por ellas causando muertes y calcinando cosechas y sembradíos con su hálito ponzoñoso. Y soñó que los combatía con mórbida futilidad y que lo mordían y quemaban y herían sin que él cejara en la lucha, y al fin le

pareció haber muerto a muchos y puesto en fuga a los demás.

Cuando despertó, Arturo no pudo disipar los efectos de ese sueño negro y ominoso. Las imágenes nocturnas empañaban la luz del día. Para distraerse, reunió unos pocos caballeros y servidores y salió a cazar en el bosque.

El rey no tardó en divisar un gran venado. Picó espuelas y se lanzó a perseguirlo. Pero hasta la persecución se asemejaba a un sueño. Varias veces estuvo a punto de arrojar la jabalina sobre su presa, pero el venado súbitamente se distanciaba. En su afán por darle caza, agotó las fuerzas de su montura, que al fin tropezó y tambaleó y cayó muerta, mientras el venado escapaba. Entonces el rey despachó un sirviente en busca de otro caballo. Fue a sentarse junto a un pequeño arroyo, y la sensación de estar soñando persistía y se le cerraban los ojos. En eso le pareció escuchar los ladridos de una jauría. Surgió de la fronda una bestia extraña y descomunal de una especie desconocida para él, y los ladridos provenían del vientre de la bestia. La bestia se acercó a la fuente para beber, pero cuando se apartó de la espesa penumbra de los árboles, los afanosos ladridos volvieron a salir de su vientre. Y en el día empañado por el sueño, el rey quedó abrumado por graves y negros pensamientos, y se durmió.

Luego le pareció que un caballero a pie se acercaba y le decía:

—Caballero caviloso y somnoliento, dime si viste pasar por aquí una bestia extraña.

—Así es —dijo el rey—. Pero se metió en el bosque. Pero dime, ¿por qué te interesa esa bestia?

—Señor —dijo el caballero—, estoy a la búsqueda de esa bestia y la he seguido durante mucho tiempo, hasta que mi caballo perdió la vida. Ojalá tuviera otro caballo para proseguir mi búsqueda.

En eso llegó un sirviente de Arturo trayéndole un caballo y el caballero suplicó que se lo cediera, diciéndole:

—Hace doce meses que persigo a mi presa, y debo continuar.

—Señor caballero —dijo Arturo—, concédeme tu presa y yo la perseguiré otros doce meses, pues necesito algo así para ahuyentar la congoja que me embarga el corazón.

—Me pides una necedad —dijo el caballero—. Esta búsqueda me pertenece y no puedo delegarla en otro, a menos que fuera alguien de mi propia sangre. —Entonces el caballero se precipitó hacia el caballo del rey y lo montó, y le dijo:— Gracias, señor. Ahora el caballo es mío.

—Puedes adueñarte de mi caballo por la fuerza —exclamó el rey—, pero deja que las armas decidan si lo mereces más que yo.

El caballero se alejó, gritándole por encima del hombro:

—Esta vez no, pero en cualquier momento puedes encontrarme aquí junto a la fuente, preparado y dispuesto a brindarte una satisfacción. —Y se internó en el bosque. El rey ordenó a su servidor que le trajera otro caballo, y luego volvió a ser presa de negras ensoñaciones.

Era un día signado por un sortilegio, un día en que la realidad se deformaba como un reflejo sobre la trémula superficie del agua. Y el día continuó así, pues ahora se acercó un mozo de catorce años y le preguntó al rey por qué estaba pensativo.

—No me faltan razones —dijo el rey—, pues he visto y sentido cosas extrañas y maravillosas.

—Sé lo que has visto —dijo el mozo—. Conozco todos tus pensamientos. También sé que sólo un necio se preocupa por las cosas que no puede remediar. Sé más aún. Sé quién eres y que el rey Uther era tu padre y la reina Igraine tu madre.

—Eso es falso —dijo con enojo Arturo—. ¿Cómo puedes saberlo, siendo tan joven?

—Sé estas cosas mejor que tú —replicó el mozo—, mejor que nadie.

—No te creo —dijo el rey, y tanto lo encolerizó la impertinencia que el mozo se alejó, dejándolo una vez más librado a su melancolía.

Se acercó un anciano, un varón octogenario con el rostro lleno de sabiduría, y Arturo se alegró porque necesitaba ayuda contra sus oscuras reflexiones.

—¿Por qué estás triste? —le preguntó el anciano.

—Son muchas las causas de mi tristeza y mi estupor —respondió el rey—, pero recién se acercó un joven y me habló de cosas que no podía ni debía saber.

—El joven te dijo la verdad —dijo el anciano—. Debes aprender a escuchar a los niños. Te hubiese dicho mucho más si se lo hubieses permitido. Pero tu alma está negra y cerrada porque cometiste un pecado y Dios está disgustado contigo. Has amado a tu hermana y engendrado un hijo en ella. Y ese hijo crecerá para destruir a tus caballeros, a tu reino y a ti.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Arturo—. ¿Quién eres tú?

—Soy Merlín el viejo. Pero también era yo, Merlín el niño, quien quiso enseñarte que escucharas a todo el mundo.

—Eres un hombre prodigioso —dijo el rey—. Siempre te envuelve el misterio, como a un sueño. Aclárame tu profecía: ¿es verdad que debo morir en batalla?

—Es voluntad de Dios que seas castigado por tus pecados —dijo Merlín—. Pero debes alegrarte, pues tendrás una muerte digna y honorable. Yo soy el único que debe estar triste, pues mi muerte será vergonzosa, fea y ridícula.

Un nubarrón manchó el cielo y el viento sibiló velozmente en la enramada.

—Si sabes cómo vas a morir —dijo el rey—, quizá puedas evitarlo.

—No —dijo Merlín—. Es tan imposible de alterar como si ya hubiese ocurrido.

Arturo observó el cielo.

—Es un día negro —dijo—, un día turbulento.

—Es un día, un día como cualquier otro. Es tu alma la que está negra y turbulenta, mi señor.

Y mientras hablaban, llegaron los palafreneros con caballos de refresco, y el rey y Merlín montaron y se

dirigieron a Caerleon. Bajo el cielo tenebroso, los hostigó una lluvia acerada y huraña. En cuanto pudo, el atribulado monarca llamó a sir Ector y sir Ulfius y los interrogó con respecto a su cuna y ascendencia. Le dijeron que el rey Uther Pendragon era su padre, e Igraine su madre.

—Eso es lo que me dijo Merlín —dijo Arturo—. Mandadme a Igraine. Debo hablar con ella. Y si también ella dice que es mi madre, no podré menos que creerlo.

La reina fue llamada sin tardanza y acudió acompañada por su hija Morgan le Fay, una dama de extraña hermosura. El rey Arturo las recibió y les dio la bienvenida.

Cuando estuvieron en el gran salón, con toda la corte y todos los vasallos sentados en las largas mesas, sir Ulfius se incorporó e interpeló a la reina Igraine en alta voz, para que todos pudiera oírlo:

—Sois una dama indigna —exclamó—. Habéis traicionado al rey.

—Cuidado con lo que dices —dijo Arturo—. Haces una acusación seria, de la que no podrás retractarte.

—Mi señor, me doy perfecta cuenta de lo que digo —dijo Ulfius—, y aquí está mi guante para retar al varón que me contradiga. Acuso a la reina Igraine de ser la causa de tus tribulaciones, la causa del descontento y la rebelión que cunden en tu reino y la verdadera causa de la terrible guerra. Si mientras vivía el rey Uther ella hubiese admitido que era tu madre, las tribulaciones y mortíferas guerras no habrían sobrevenido. Tus súbditos y tus barones nunca han estado seguros de tu parentesco ni han creído del todo en tu derecho al trono. Pero si tu madre se hubiese prestado a padecer un poco de vergüenza por tu causa y por la causa del reino, no habríamos sufrido tantos desastres. Por lo tanto, la acuso de deslealtad hacia ti y hacia el reino, y estoy dispuesto a luchar contra cualquiera que opine lo contrario.

Todas las miradas se volvieron a Igraine, quien estaba sentada al lado del rey. La reina guardó silencio un instante, sin alzar los ojos. Luego irguió el rostro y habló gentilmente:

—Soy una mujer solitaria y no puedo luchar por mi

honra. ¿Hay acaso algún hombre capaz de defenderme? Ésta es mi respuesta a esa acusación. Bien sabe Merlín, y también sir Ulfius, cómo el rey Uther vino a mí, merced a los artificios mágicos de Merlín, bajo el aspecto de mi esposo, quien había muerto tres horas antes. Esa noche concebí un hijo del rey Uther, y al decimotercer día él me desposó y convirtió en su reina. Por mandato de Uther, el niño me fue arrebatado al nacer y fue entregado en manos de Merlín. Nunca me dijeron qué se había hecho de él, y nunca supe su nombre, nunca vi su cara ni me enteré de su suerte. Juro que digo la verdad.

Entonces sir Ulfius se volvió hacia Merlín.

—Si la reina dice la verdad, eres más culpable que ella.

—Tuve un hijo de mi señor el rey Uther —exclamó la reina—, pero nunca supe qué le había ocurrido... jamás.

Luego el rey Arturo se incorporó y se dirigió a Merlín. Tomándolo de la mano, lo condujo frente a la reina Igraine y le preguntó con serenidad:

—¿Esta mujer es mi madre?

A lo cual Merlín respondió:

—En efecto, mi señor. Es tu madre.

Entonces el rey Arturo abrazó a su madre y la besó llorando, y ella lo consolaba. Al cabo de un rato el rey irguió la cabeza y sus ojos centellearon. Proclamó que se realizaría una fiesta para celebrar, una gran fiesta que duraría ocho días.

Era costumbre entonces que todos los barones, caballeros y vasallos que festejaban en el gran salón se sentaran a ambos lados de dos largas mesas, según el orden impuesto por su rango e importancia, mientras que el rey, los altos dignatarios y las damas ocupaban una mesa elevada que desde un extremo dominaba la corte. Y mientras festejaban y bebían, vinieron hombres para entretener al rey —trovadores y músicos y narradores de historias— y éstos se ubicaban entre las mesas largas y quedaban frente al elevado escaño del rey. Pero también acudieron a las fiestas gentes dispuestas a tributarle obsequios u homenajes, o a suplicar justicia del rey contra los malhechores. Aquí también se ubicaban los caballe-

ros que solicitaban la venia para partir en busca de aventuras, y al regresar ocupaban el mismo sitio y relataban sus peripecias. Una fiesta consistía en algo más que comer y beber.

Al festín de Arturo llegó un escudero que entró a caballo en el salón, llevando en brazos a un caballero muerto. Refirió que un caballero había alzado un pabellón en el bosque, junto a una fuente, y desafiaba a cuantos caballeros pasaban por allí.

—Ese hombre ha matado a este buen caballero, sir Miles —dijo el escudero—, quien era mi amo. Te suplico, mi señor, que sir Miles reciba honrosa sepultura y que algún caballero vaya a vengarlo. —Hubo un gran alboroto en la corte y todos vociferaron su opinión.

El joven Grymflet, quien era apenas un escudero, se adelantó hasta el rey y solicitó que Arturo lo armase caballero en reconocimiento por los servicios prestados durante la guerra.

—Eres demasiado joven —protestó el rey—, y de muy tierna edad para acometer empresa tan alta y dificultosa.

—Señor —dijo Grymflet—, te ruego que me armes caballero.

—Sería una lástima hacerlo y enviarlo a la muerte —dijo entonces Merlín—; será un buen guerrero cuando tenga edad suficiente y te será leal toda la vida. Pero si acomete contra el caballero del bosque, es posible que jamás vuelvas a verlo, puesto que ese caballero es uno de los mejores y más fuertes y más sagaces del mundo.

Arturo reflexionó y dijo:

—A causa de los servicios que me has prestado, no puedo rechazarte aun si así lo deseara —y tocó con la espada el hombro de Grymflet y lo armó caballero. Y luego dijo Arturo—: Ahora que te he concedido el don de la caballería, pediré un don de tu parte.

—Haré lo que me pidas —dijo sir Grymflet.

—Debes prometerme, por tu honor —dijo el rey Arturo—, que sólo una vez acometerás contra el caballero del bosque, sólo una vez, y que luego regresarás aquí sin entablar más contiendas.

—Lo prometo —dijo sir Grysfflet.

Grysfflet se armó con rapidez, montó a caballo, tomó el escudo y la lanza y se lanzó al galope hasta que llegó al arroyo próximo a la senda del bosque. En las cercanías vio un rico pabellón y un caballo de guerra con la silla y los arreos listos. De un árbol pendía un escudo de brillantes colores y sobre el árbol vecino había apoyada una lanza. Entonces Grysfflet golpeó el escudo con el cabo de la lanza y lo arrojó por tierra. Un hombre armado salió de la tienda y le preguntó:

—¿Por qué has volteado mi escudo?

—Porque quiero batirme contigo —dijo Grysfflet.

El caballero suspiró.

—Es mejor que no lo hagas —dijo—. Eres muy joven e inexperto. Soy mucho más fuerte que tú y más templado en las armas. No me fuerces a luchar contigo, joven caballero.

—No tienes opción —dijo sir Grysfflet—. Soy un caballero y acabo de retarte.

—No es equitativo —dijo el caballero—, pero las normas caballerescas me obligan a hacerlo si insistes en ello. —Luego preguntó:— ¿De dónde vienes, joven caballero?

—Soy de la corte del rey Arturo —dijo Grysfflet—, y exijo que aceptes el reto.

El caballero montó de mala gana y ocupó su sitio en el campo. Ambos enristraron las lanzas y se acometieron a la carrera. Con el impacto la lanza de sir Grysfflet se hizo pedazos, pero la lanza del forzado caballero hendió escudo y armadura y penetró en el flanco izquierdo de Grysfflet antes de quebrarse y dejarle el asta rota hundida en el cuerpo. Sir Grysfflet cayó por tierra.

El caballero miró con tristeza al joven caído, se acercó y le desató el yelmo. Comprobó que se hallaba malherido y le tuvo compasión. Alzó en brazos a Grysfflet y lo depositó en su montura, rogando a Dios que cuidara del joven.

—Tiene un corazón viril —dijo el caballero—, y si llega a salvarse alguna vez probará su valía. —Luego envió al caballo por donde había venido. El caballo llevó

al ensangrentado Gryfflet a la corte, donde hubo gran congoja por él. Le lavaron la herida y lo cuidaron y pasó mucho tiempo antes que recobrara el sentido.

Mientras Arturo sufría tristeza y consternación por la herida de sir Gryfflet, doce caballeros de edad irrumpieron en la corte. Exigieron un tributo en nombre del emperador de Roma y declararon que, de no serles entregado, Arturo y todo su reino serían destruidos.

Arturo se encolerizó y les dijo:

—Si no tuvierais el salvoconducto de mensajeros os haría matar ahora mismo. Pero respeto vuestra inmunidad. Llevad esta respuesta. No debo tributo al emperador, pero si me lo exige, le pagaré un tributo en lanzas y espadas. Lo juro por el alma de mi padre. Llevad ese mensaje.

Los mensajeros se alejaron enfurecidos. Habían llegado en mal momento.

El rey estaba airado y resentido a causa de la herida de sir Gryfflet. Se sentía responsable, pues si hubiese escuchado el consejo de Merlín, negándole el título de caballero, Gryfflet no habría retado al caballero de la fuente. De manera que, sintiéndose culpable de la herida, el mismo Arturo decidió asumir las consecuencias. Al caer la noche ordenó a un criado que tomara el caballo, la armadura, el escudo y la lanza del rey, y los trasladara a un sitio fuera de la ciudad y que allí lo aguardara. Antes del alba, el rey salió en secreto, se encontró con su servidor en el lugar establecido y se armó. Montó a caballo y le ordenó al hombre que lo esperara allí mismo, y así fue como el rey Arturo cabalgó a solas dispuesto a vengar a sir Gryfflet o a pagar por su juicio erróneo, pues valoraba más su condición de hombre que su condición de rey.

Se alejó silenciosamente de la ciudad y entró al bosque con las primeras luces del alba. Y entre los árboles vio a tres labradores rústicamente ataviados que perseguían a Merlín con garrotes en las manos, ansiosos de matarlo. Arturo galopó hacia los labradores, que al ver a un caballero armado se volvieron y corrieron por sus

vidas y se ocultaron en la espesura. Arturo se acercó a Merlín y le dijo:

—Ya ves, pese a tu magia y tu ciencia, te habrían matado si no llego para salvarte.

—Te place creerlo así —replicó Merlín—, pero no es verdad. Pude haberme salvado en cualquier momento de haberlo deseado. Tú corres más peligro del que corría yo, pues cabalgas en dirección a tu muerte y Dios está enemistado contigo.

Avanzaron hasta llegar a la fuente junto al sendero y vieron el rico pabellón que relucía bajo los rayos del sol. Un caballero armado estaba tranquilamente sentado en una silla próxima a la tienda. Arturo lo interpeló.

—Caballero —le dijo—, ¿por qué custodias este camino y retas a todo caballero que pasa?

—Es mi costumbre —dijo el caballero.

—Entonces te aconsejo que cambies de costumbre —dijo el rey.

—Es mi costumbre —repitió el caballero— y me aferraré a ella. Quien no esté de acuerdo, es libre de modificarla si puede.

—Yo la modificaré —dijo Arturo.

—Y yo la defenderé —dijo el caballero. Y montó a caballo y tomó el escudo y aferró una larga lanza. Los dos se chocaron con gran ímpetu y con tal destreza que ambas lanzas dieron en el centro de cada escudo y se hicieron pedazos. Entonces Arturo desenvainó la espada, pero el caballero lo contuvo—: ¡Así no! Hagamos una nueva justa con lanzas.

—No me quedan lanzas —dijo Arturo.

—Puedes usar una de las mías, tengo bastantes —dijo el caballero, y su escudero trajo dos nuevas lanzas de la tienda y le dio una a cada uno. Picaron espuelas una vez más y se acometieron con gran fuerza y velocidad, y una vez más las dos lanzas dieron en el centro y se despedazaron. Arturo volvió a echar mano a la espada. Pero el caballero dijo—: Señor, eres el mejor de cuantos me han enfrentado. Por la honra de la caballería, midámonos una vez más.

—De acuerdo —dijo Arturo.

Les trajeron otras dos lanzas y volvieron a acometerse, pero esta vez el asta de Arturo se despedazó en tanto que la de su oponente resistió el impacto y echó por tierra al caballo y al caballero. Arturo se desembarazó del caballo y desenvainó la espada.

—Dado que a caballo he perdido —dijo—, lucharemos a pie.

—Yo todavía estoy montado —se mofó el caballero.

Entonces el rey montó en cólera y, cubriéndose con el escudo, avanzó hacia el caballero.

Cuando éste vio tan recia bravura desmontó de inmediato, pues era hombre honorable y no le gustaban las ventajas injustas. Desenvainó la espada y los dos lucharon con ferocidad, mientras las espadas, entre tajos, golpes y acometidas, astillaban los escudos y hendían los hierros, y la sangre manaba y fluía y les escurría por las manos embadurnadas. Al cabo de un rato descansaron, jadeantes de fatiga y debilitados por la pérdida de sangre. Luego, con renovada furia, arremetieron como carneros. Los aceros chocaron en el aire y la espada de Arturo se partió en dos. El rey retrocedió, bajó la mano y permaneció triste y silencioso.

Entonces el caballero dijo cortésmente:

—De modo que he vencido y tu vida o tu muerte dependen de mi decisión. Ríndete y admite tu derrota, o deberás morir.

—Bienvenida la muerte cuando venga —dijo Arturo—. Pero la derrota nunca es bienvenida. No me rindo. —Y así diciendo, brincó sin armas sobre el caballero, le aferró el torso, lo arrojó a tierra y lo despojó del yelmo. Pero el caballero era vigoroso. Forcejeó y se contorsionó hasta liberarse, arrancó el yelmo de Arturo y alzó la espada para matarlo.

En eso intervino Merlín, diciendo:

—Caballero, detente. Éste vale mucho más de lo que piensas. Si lo matas, abrirás una herida atroz en todo el reino.

—¿Qué quieres decir?

—Éste es el rey Arturo —dijo Merlín.

Entonces el pánico, el temor a la ira del rey, se adueñaron del caballero, que volvió a alzar la espada para matarlo. Pero Merlín lo miró a los ojos y obró un encantamiento, con lo cual la espada del caballero cayó a tierra y él quedó sumido en un profundo sueño.

—Merlín, ¿qué has hecho? —exclamó entonces Arturo—. ¿Has matado a este buen caballero con tu magia? Era uno de los mejores caballeros del mundo. Daría cualquier cosa porque viviese.

—No te inquietes por él, mi señor —dijo Merlín—. No está tan malherido como tú. Está dormido y despertará en una hora. —Luego añadió:— Esta mañana te advertí lo buen caballero que era. De no estar yo aquí, con seguridad te habría matado. No hay caballero viviente que lo supere. En el futuro te prestará buenos servicios.

—¿Quién es? —preguntó Arturo.

—Es el rey Pellinore. Y preveo que tendrá dos hijos llamados Percival y Lamorake, quienes llegarán a ser grandes caballeros.

El rey estaba débil a causa de sus heridas y Merlín lo llevó a una ermita cercana donde el ermitaño le lavó las heridas y contuvo la sangre con vendajes y bálsamos. El rey permaneció allí tres días, hasta que pudo montar a caballo y seguir su camino. Mientras cabalgaba en compañía de Merlín, el rey dijo con amargura:

—Debes sentirte orgulloso de servir a un rey derrotado, Merlín, a un caballero grande y digno que ni siquiera tiene espada para ceñir, un caballero desarmado, herido, maltrecho y desvalido. ¿Qué es un caballero sin espada? Nada... menos que nada.

—Eso es hablar como un niño —dijo Merlín—, no como un rey o un caballero, sino como un niño lastimado y rezongón. De lo contrario sabrías, mi señor, que un rey vale más que su corona y un caballero mucho más que su espada. Te portaste como un caballero al asaltar a Pellinore sin armas.

—Y me derrotó.

—Te portaste como un caballero —dijo Merlín—. A

todos, en alguna parte del mundo, nos aguarda la derrota. Algunos son destruidos por la derrota, y otros se hacen pequeños y mezquinos a través de la victoria. La grandeza vive en quien triunfa a la vez sobre la derrota y sobre la victoria. Por aquí cerca hay una espada que será tuya si puedo conseguírtela.

Siguieron cabalgando hasta llegar a un extenso lago de aguas claras y cristalinas. Y en medio del lago, Arturo vio un brazo con una manga de seda blanca y labrada, cuya mano aferraba una espada por la vaina.

—Ésa es la espada a la cual me refería —dijo Merlín.

Luego divisaron a una dama que caminaba ligeramente sobre la superficie del lago.

—Esto es un prodigio —dijo el rey—. ¿Quién es esa dama?

—Es la Dama del Lago —dijo Merlín—, y hay otros prodigios aún. Debajo de un gran peñasco, en las profundidades del lago, hay un palacio tan bello y suntuoso como cualquiera de los que se alzan sobre la tierra. Allí vive esta dama. Ella ahora se acercará a ti, y si eres cortés y se la pides con gentileza, puede que te dé la espada.

En eso la mujer se acercó y saludó a Arturo, quien le devolvió el saludo y le dijo:

—Señora, dime por favor qué es esa espada que veo en el lago. Me gustaría tenerla, pues no tengo espada.

—La espada es mía, señor —dijo la dama—, pero si me concedes una gracia cuando yo lo pida, te cedo la espada.

—Por mi honor, tendrás lo que desees —dijo el rey.

—Entonces es tuya —dijo la dama—. Sube al batel que ves allá y rema hasta el brazo y toma la espada y la vaina. Pediré mi gracia cuando llegue el momento.

Entonces Arturo y Merlín desmontaron y sujetaron sus caballos a los árboles. Luego fueron hasta el batel y bogaron hacia el brazo. Y Arturo tomó suavemente la espada, y la mano se abrió y luego desapareció debajo del agua. Y ambos regresaron a la orilla, montaron a caballo y siguieron su camino.

Cerca del sendero vieron una rica tienda y Arturo preguntó de quién era.

—¿No lo recuerdas? —dijo Merlín—. Ése es el pabellón de tu adversario, el rey Pellinore. Pero ya no está aquí. Lidió con uno de tus caballeros, sir Egglame, quien al fin volvió grupas y huyó para ponerse a salvo. Y Pellinore lo persiguió y se lanzó en su busca y lo corrió hasta Caerleon. No tardaremos en verlo de regreso.

—Bien —dijo Arturo—. Ahora que tengo una espada volveré a luchar con él, y esta vez no perderé.

—Mal dicho, señor —dijo Merlín—. Sir Pellinore está fatigado por la pelea y la persecución. Poca honra ganarás con vencerlo ahora. Te aconsejo que lo dejes en paz, pues pronto te prestará buenos servicios y cuando él muera sus hijos te servirán. En breve estarás tan satisfecho con él que le darás a tu hermana por esposa. Por lo tanto, no lo desafíes al verlo pasar.

—Seguiré tu consejo —dijo el rey, y contempló su nueva espada y admiró su belleza.

—¿Qué te gusta más —preguntó Merlín—, la espada o la vaina?

—La espada, por supuesto —dijo Arturo.

—La vaina es mucho más valiosa —dijo Merlín—. Mientras ciñas la vaina no puedes perder sangre por muy profundas que sean tus heridas. Es una vaina mágica. Harás bien en tenerla siempre cerca.

En las proximidades de Caerleon se encontraron con el rey Pellinore, pero Merlín no confiaba en el temperamento de ninguno de los dos caballeros y obró un hechizo para que Pellinore no los viera.

—Es raro que no hablase —dijo Arturo.

—No te vio —explicó Merlin—. De lo contrario, quién habría impedido el combate.

Y así llegaron a Caerleon y los caballeros de Arturo escucharon con gran contento el relato de sus aventuras. Les asombró que el rey se internara a solas en el peligro, y los hombres más valerosos se sintieron colmados de felicidad por servir a un jefe capaz de cabalgar a la ventura como cualquier humilde caballero. Le ofrecieron al

rey Arturo su amor y su honra, pero también su camaradería.

Pero Arturo no pudo saborear la dulce flor de la camaradería, pues en su mente repercutían las palabras de Merlín acerca del pecado del rey con su hermana y la amarga profecía de que su propio hijo iba a destruirlo.

Entretanto, el rey Royns del norte de Gales, vencido hacía poco por Arturo, no había cesado de asolar el norte y se había apoderado de Irlanda y las Islas. Entonces le envió a Arturo mensajeros con demandas brutales y arrogantes. El rey Royns, rezaba el mensaje, había vencido a los once señores del norte, y como feroz tributo les había mesado las barbas para ornar su manto con ellas. Once barbas tenía Royns y ahora exigía la duodécima: la barba de Arturo. A menos que Arturo accediera a su reclamo, Royns prometía invadir sus territorios y devastarlos y llevarse, amén de las barbas, la cabeza del rey.

Arturo escuchó a los mensajeros y les respondió casi con alegría, pues eso lo distraía de sus penosas cavilaciones.

—Decidle a vuestro amo que he escuchado con atención su demanda ultrajante y soberbia. Decidle que mi barba no está lo suficientemente crecida como para ornar su manto. Y en cuanto al homenaje que le debo, prometo hincarlo de hinojos ante mí para que implore misericordia. Si alguna vez hubiese tratado con varones honorables, no podría haber despachado un mensaje tan vergonzoso. Ahora llevad con vosotros estas palabras.

Y despidió a los mensajeros. Luego preguntó a sus hombres:

—¿Alguno de vosotros conoce al rey Royns?

Y uno de sus caballeros, sir Naram, respondió:

—Lo conozco bien, mi señor. Es un hombre salvaje, orgulloso y sin templanza. Pero no lo menosprecies por su soberbia, pues se trata de un formidable guerrero. Y sin duda hará todo lo posible por llevar a cabo su amenaza.

—Ya me encargaré de él —dijo Arturo—. Cuando tenga tiempo, lo trataré como se merece.

Y volvió a sus cavilaciones. Llamó a Merlín y lo interrogó.

—¿Nació el niño del que me hablaste?

—Sí, mi señor.

—¿Cuándo?

—El primero de mayo, mi señor, el día de los festejos de primavera —dijo Merlín. Arturo lo despidió y permaneció pensativo y con los ojos entrecerrados, sumido en reflexiones tenebrosas y mezquinas. No podía tolerar que la fama de su incesto se difundiera, y al mismo tenía miedo de la profecía. Buscó un modo de burlar a la fama y al destino, y concibió un plan cruel y cobarde para salvar la honra y la vida. Tenía vergüenza de revelarle el plan a Merlín antes de ponerlo en práctica. Para ocultar su pecaminoso incesto, despachó correos a todos sus barones y caballeros con órdenes de que los hijos varones nacidos el primero de mayo fuesen enviados al rey so pena de muerte. Los barones sintieron cólera y temor y muchos acusaron a Merlín antes que a Arturo, pero no se atrevieron a negarse. Muchos niños nacidos el primero de mayo fueron entregados al rey, y sólo habían vivido cuatro semanas. Entonces el rey los llevó a la costa, pues no se atrevía a matarlos por su propia mano. Los puso en un barquichuelo, orientó las velas a favor de un viento marino y lo dejó zarpar sin tripulantes. El rey Arturo, con la vergüenza y la maldad en los ojos, observó cómo el barquichuelo desaparecía en el horizonte, llevándose la evidencia de su destino. Luego el rey volvió grupas y se alejó con pesadumbre.

El viento se levantó con ferocidad, cambió de rumbo y devolvió la nave a la costa. Debajo de un castillo, el barquichuelo chocó contra un arrecife y derramó su lastimera carga en el oleaje. En la costa, un buen hombre oyó un grito desde su cabaña, pese al gimoteo del viento y el fragor de las olas. Se dirigió a la playa y descubrió un niño sujeto a un tablón de la nave náufraga. Lo alzó y lo entibió bajo su manto y lo condujo a su hogar, donde su mujer se llevó a Mordred al pecho y lo amamantó.

EL CABALLERO DE LAS DOS ESPADAS

En el prolongado y anárquico período posterior a la muerte de Uther Pendragon y previo a la ascensión al trono de su hijo Arturo, muchos señores detentaban la autoridad en Inglaterra y Gales, en Cornualles y Escocia y en las Islas, y como algunos se negaron a renunciar a ella, los primeros años del reinado de Arturo fueron consagrados a la restauración del reino, mediante la ley, el orden y la fuerza de las armas.

Uno de sus enemigos acérrimos era el señor Royns de Gales, cuyo creciente poder en el oeste y el norte entrañaba una permanente amenaza para Inglaterra.

Mientras Arturo residía en Londres con su corte, un fiel caballero llegó con la nueva de que el arrogante Royns había reclutado un vasto ejército que incursionaba en los territorios de Arturo, quemando las cosechas y las casas y exterminando a la población.

—Si eso es cierto —dijo Arturo—, sería deshonroso no proteger a mis súbditos.

—Es cierto —dijo el caballero—. Yo mismo vi a los invasores y presencié sus estragos.

—Entonces debo combatir a Royns y destruirlo —dijo el rey. Y convocó a todos los señores, caballeros y gentileshombres leales a celebrar un consejo general en Camelot, donde se harían planes para la defensa del reino.

Y cuando todos los barones y caballeros estuvieron reunidos y ocuparon su sitio frente al rey, compareció en la sala una doncella y anunció que venía de parte de la gran dama Lyle de Avalón.

—¿Qué mensaje traes? —inquirió Arturo.

Entonces la doncella abrió su manto de ricas pieles y todos vieron que ceñía al cinto una noble espada.

—No es propio de una doncella portar armas —dijo el rey—. ¿Por qué ciñes espada?

—Porque no tengo otra opción —respondió la doncella—. Y debo ceñirla hasta que la tome un caballero de honra y bravura, de buena fama y sin mancha. Sólo un caballero semejante puede sacar esta espada de su vaina. Estuve en el campamento del señor Royns, donde me habían dicho que había buenos caballeros, pero ni él ni sus vasallos pudieron desenvainar el acero.

—Aquí hay nobles varones de honra —dijo Arturo—, y yo mismo haré el intento, no porque sea el mejor, sino porque si trato primero mis barones y caballeros tendrán la licencia para secundarme.

Entonces Arturo aferró la vaina y la empuñadura y tiró de la espada con todas sus fuerzas, pero la hoja no se movió.

—Señor —dijo la doncella—, es innecesario que recurras a la fuerza. El caballero a quien está destinada la tomará fácilmente en sus manos.

Arturo se volvió hacia sus hombres y les dijo:

—Ahora intentadlo vosotros, uno por uno.

—Quienes lo intentéis —dijo la doncella—, estad seguros de no haber cometido deshonras, vilezas o desmanes. Únicamente un caballero puro y sin tacha puede extraerla, y debe ser de sangre noble tanto por parte de la madre como del padre.

Entonces la mayor parte de los caballeros reunidos intentó extraer la espada sin éxito alguno. Al fin la doncella dijo con tristeza:

—Pensé que aquí encontraría a hombres intachables y a los mejores caballeros del mundo.

—En ninguna parte encontrarás caballeros tan buenos o mejores —dijo Arturo con disgusto—. Lamento que no tengan la fortuna de ayudarte.

Un caballero llamado sir Balin de Northumberland había permanecido aparte. Había tenido la desgracia de matar en justa lid a un primo del rey y, a causa de malignas habladurías, lo habían confinado en prisión durante seis meses. Pero recientemente un amigo había expuesto

la verdad del caso y el caballero había recobrado la libertad. Observaba la prueba ansioso de participar en ella, pero como había estado en prisión, y era pobre y vestía ropas sucias y raídas, no dio un paso adelante hasta que todos desistieron de sus tentativas y la doncella se dispuso a partir. Sólo entonces sir Balin la interpeló, diciéndole:

—Señora, suplico a tu cortesía que me permitas intentarlo. Sé que estoy pobremente vestido, pero mi corazón me dice que puedo tener éxito.

La doncella observó ese manto hecho jirones y no pudo creer que se tratara de un hombre de honor y noble ascendencia.

—Señor —le dijo—, ¿por qué deseas someterte a nuevas penurias cuando todos estos nobles caballeros han fracasado?

—Hermosa dama —dijo sir Balin—, la dignidad de un hombre no está en sus hábitos. La virilidad y la honra se ocultan en su interior. Y a veces no todos conocen sus virtudes.

—Dices la verdad —dijo la doncella—, y te agradezco que me lo hayas recordado. Vamos, toma la espada y veamos qué puedes hacer.

Entonces Balin se acercó a ella y extrajo la espada sin dificultad, y con sumo deleite contempló el fulgurante acero. Y el rey y muchos otros aplaudieron a sir Balin, aunque algunos caballeros rezumaron envidia y rencor.

—Has de ser el caballero más noble y puro que he encontrado —dijo la doncella—, pues de lo contrario no lo habrías conseguido. Ahora, gentil y cortés caballero, hazme el favor de devolverme la espada.

—No —dijo Balin—. Me gusta esta espada, y la conservaré hasta que alguien pueda arrebatármela por la fuerza.

—No la conserves —exclamó la doncella—. Es una imprudencia. Si te quedas con ella, la usarás para matar a tu mejor amigo y al hombre que más quieres en el mundo. Esa espada te destruirá.

—Señora, aceptaré la ventura que Dios tenga a bien

mandarme —dijo Balin—, pero no te devolveré la espada.

—Entonces no tardarás en lamentarlo —dijo la dama—. No quiero esa espada para mí. Si tú la conservas, la espada te destruirá y te compadezco.

Entonces sir Balin mandó buscar su caballo y armadura y solicitó al rey la venia para partir.

—No nos dejes ahora —dijo Arturo—. Sé que te sientes ultrajado a causa de tu injusto confinamiento, pero alzaron contra ti falso testimonio. Si hubiese conocido tu honra y bravura, habría actuado de otro modo. Ahora, si permaneces en mi corte y en esta cofradía, te enalteceré y compensaré mis faltas.

—Agradezco a Su Alteza —dijo Balin—. Tu bondad es bien conocida. No te guardo rencor, pero debo irme y suplico que tu gracia me acompañe.

—No me satisface tu partida —dijo el rey—. Te pido, buen caballero, que no nos abandones por mucho tiempo. A tu regreso te daremos la bienvenida y yo compensaré la injusticia que padeciste.

—Dios agradezca tu generosidad —replicó el caballero, y se dispuso a partir. Y hubo en la corte caballeros envidiosos que rumorearon que la hechicería y no la virtud caballeresca le habían granjeado su buena fortuna.

Mientras Balin se armaba y arreaba su caballo, la Dama del Lago llegó a la corte de Arturo, ricamente ataviada y bien montada. Saludó al rey y luego le recordó la gracia que él le había prometido al recibir la espada del lago.

—Recuerdo mi promesa —dijo Arturo—, pero he olvidado el nombre de la espada, si es que alguna vez me lo dijiste.

—Se llama Excalibur —dijo la dama—, que significa 'hecha de acero'.

—Gracias, señora —dijo el rey—. Y ahora, ¿qué gracia me pides? Te daré cualquier cosa que esté a mi alcance.

Y la mujer dijo con brutalidad:

—Quiero dos cabezas: la del caballero que desenvai-

nó la espada y la de la doncella que la trajo aquí. No estaré satisfecha hasta no tener las dos cabezas. Ese caballero mató a mi hermano y esa doncella causó la muerte de mi padre. Ésa es mi demanda.

Tal ferocidad dejó atónito al rey, quien al fin balbució:

—Por mi honra, no puedo matar a estos dos para propiciar tu venganza. Pídeme cualquier otra cosa y te la daré.

—No pido otra cosa —dijo la dama.

Cuando Balin estuvo listo para partir, vio a la Dama del Lago y en ella reconoció a quien tres años antes había ultimado a su madre mediante sus artes secretas. Y cuando le dijeron que la dama exigía su cabeza, se le acercó y le dijo:

—Eres una criatura maligna. ¿Quieres mi cabeza? Yo tomaré la tuya. —Y desenvainó la espada y de un tajo separó la cabeza del cuerpo.

—¿Qué has hecho? —exclamó Àrturo—. Has traído la vergüenza sobre mí y sobre mi corte. Yo estaba en deuda con esta dama, quien además se hallaba bajo mi protección. Este ultraje es imperdonable.

—Mi señor —dijo Balin—, deploro tu disgusto, pero no mi acción. Ésta era una bruja malévola que mató a muchos buenos caballeros mediante encantamientos y hechicerías, y con sus artificios y falsedades llevó a mi madre a la hoguera.

—Sean cuales fueren tus razones —dijo el rey—, no tenías derecho a hacer esto en mi presencia. Fue un acto desagradable y ofensivo. Abandona mi corte. Tu presencia ha dejado de sernos grata.

Balin tomó de los cabellos la cabeza de la Dama del Lago y la llevó a su habitación, donde lo aguardaba su escudero. Ambos montaron a caballo y se alejaron de la ciudad.

—Quiero que lleves esta cabeza a mis amigos y parientes de Northumberland —dijo Balin—. Diles que mi enemiga más peligrosa ha muerto. Diles que estoy libre de la prisión y cuéntales cómo adquirí mi segunda espada.

—Deploro que hayas hecho esto —dijo el escudero—. Es lamentable que hayas perdido la amistad del rey. Nadie duda de tu valor, pero eres un caballero obstinado y cuando eliges un camino no puedes torcer el rumbo aunque te dirijas a tu destrucción. Ésa es tu falta y tu destino.

—He pensado un modo de conquistar el afecto del rey —dijo Balin—. Cabalgaré hacia el campamento de su enemigo Royns y lo mataré o seré muerto. Si llego a obtener la victoria, el rey Arturo me devolverá su amistad.

El escudero meneó la cabeza ante plan tan desesperado, pero dijo:

—Señor, ¿dónde he de encontrarte?

—En la corte del rey Arturo —dijo confiadamente Balin, y despidió al escudero.

Entretanto, el rey y todos sus vasallos, contristados y avergonzados por la acción de Balin, sepultaron a la Dama del Lago con gran fasto y ceremonia.

Había en la corte un caballero que sentía gran envidia por Balin a causa de su éxito en la obtención de la espada mágica. Se trataba de sir Launceor, hijo del rey de Irlanda, un hombre soberbio y ambicioso que se creía uno de los mejores caballeros del mundo. Solicitó al rey la venia para cabalgar en persecución de sir Balin y vengar la afrenta infligida a la dignidad de Arturo.

—Ve y que la suerte te acompañe —dijo el rey—. Estoy furioso con Balin. Limpia la mancha de este ultraje.

Y cuando sir Launceor se retiró a sus aposentos para preparar sus armas, Merlín se presentó ante el rey Arturo y se enteró de lo acontecido con la espada, así como de la muerte de la Dama del Lago.

Entonces Merlín volvió los ojos a la doncella de la espada, quien había permanecido en la corte.

—Mira esa doncella —dijo Merlín—. Es una mujer falsa y malévola y no puede negarlo. Tiene un hermano, caballero valeroso y hombre bondadoso y leal. Esta doncella se enamoró de un caballero y se convirtió en su

amante. Y su hermano, para lavar la afrenta, retó a su amante y lo mató en leal combate. Esta doncella, presa de la cólera, le llevó la espada del muerto a la dama Lyle de Avalón y le pidió ayuda para tomar venganza sobre su propio hermano. —Y luego Merlín continuó:— La dama Lyle tomó la espada y la hechizó y la maldijo. Sólo el mejor y más valiente caballero sería capaz de sacarla de la vaina, y el que lo hiciera daría muerte con ella a su propio hermano. —Y Merlín se volvió nuevamente hacia la doncella.— Fue el rencor lo que te trajo aquí —le dijo—. No lo niegues. Lo sé tan bien como tú. Y quisiera Dios que no hubieses venido, pues adondequiera que vas acarreas daño y muerte.

"El caballero que extrajo la espada es el mejor y el más valiente, y la espada que obtuvo lo destruirá. Pues cuanto haga se mudará en muerte y amargura sin que él sea culpable. La maldición de la espada se ha transformado en su destino. Mi señor —le dijo Merlín al rey—, a ese buen caballero no le queda mucho de vida, pero antes de morir te prestará un servicio que recordarás con gratitud. —Y el rey Arturo escuchó triste y maravillado.

Mientras tanto sir Launceor de Irlanda se había armado de todo punto. Se colgó el escudo del hombro, aferró una lanza y espoleó a su caballo en afanosa persecución de sir Balin. No tardó en alcanzar a su enemigo en la cima de una montaña.

—Detente donde estás o yo te haré detener —gritó sir Launceor—. Ahora tu escudo no ha de protegerte.

—Mejor te hubieses quedado en casa —replicó Balin con serenidad—. Quienes desafían a sus enemigos suelen descubrir que sus promesas se les vuelven en contra. ¿De qué corte provienes?

—De la corte del rey Arturo —dijo el caballero irlandés—. Y he de vengar el insulto que en el día de hoy le infligiste al rey.

—Si no hay más remedio, me batiré contigo —dijo sir Balin—. Pero créeme, caballero, lamento haber afrentado al rey o a cualquiera de su corte. Sé que tu deber te obliga, pero antes de combatir debes saber que no me

quedaba otra opción. La Dama del Lago no sólo me causó un daño mortal sino que además exigió mi cabeza.

—Basta de charla —dijo sir Launceor—. Prepárate, pues sólo uno de nosotros dejará este campo con vida.

Entonces enristraron las lanzas y acometieron a un tiempo, y la lanza de Launceor se astilló, pero la de Balin traspasó el escudo, la armadura y el pecho del caballero irlandés, quien cayó a tierra con estrépito. Cuando Balin volvía grupas y desenvainaba la espada, vio a su enemigo muerto y tendido en la hierba. Y luego escuchó un retumbar de cascos y vio que una doncella cabalgaba hacia ellos a todo galope. Cuando se detuvo y vio muerto a sir Launceor, rompió a llorar frenéticamente.

—¡Balin! —exclamó—. Mataste a dos cuerpos con el mismo corazón y arrancaste dos corazones y dos almas del mismo cuerpo. —Luego desmontó y alzó la espada de su amante y desfalleció. Al recobrar el sentido, lanzó alaridos de pesadumbre y Balin se vio colmado de pena. Se acercó a ella e intentó quitarle la espada, pero ella la aferró con tal desesperación que el caballero la soltó por temor a causarle daño. Y de pronto ella invirtió la espada, clavó el pomo en tierra y se arrojó sobre el filo, que la traspasó y le quitó la vida.

Balin quedó abrumado de dolor y avergonzado de haber sido la causa de esa muerte. Y gritó en alta voz:

—¡Cuánto amor debió haber entre estos dos, y los he destruido!

Como no pudo tolerar ese espectáculo, montó a caballo y se alejó con tristeza en dirección al bosque. A lo lejos vio acercarse un caballero, y al ver el emblema del escudo, Balin reconoció a su hermano Balan. Y cuando se encontraron se quitaron los yelmos y se besaron y sollozaron de alegría.

—Hermano mío —dijo Balan—, no esperaba encontrarte tan pronto. Me crucé con un hombre frente al castillo de las cuatro catapultas y me dijo que te habían sacado de prisión y que él te había visto en la corte del rey Arturo. Y vengo desde Northumberland para verte.

Entonces Balin le refirió a su hermano la historia de la

doncella y la espada y la muerte de la Dama del Lago y la consiguiente cólera del rey, y le dijo:

—Más allá yace un caballero que vino en mi persecución, y junto a él su amada que se dio muerte, y yo estoy triste y apesadumbrado.

—Son hechos dolorosos —dijo Balan—, pero eres un caballero y sabes que debes aceptar los designios que Dios tenga reservados para ti.

—No lo ignoro —dijo Balin—, pero lamento que el rey Arturo esté disgustado conmigo. Es el soberano más grande y noble de la tierra. Y volveré a conquistar su amor o perderé la vida.

—¿Cómo lo lograrás, hermano mío?

—Te lo diré —dijo Balin—. Un enemigo del rey Arturo, el señor Royns, ha puesto sitio al castillo de Terrabil en Cornualles. Me llegaré hasta allí y pondré a prueba mi honra y coraje luchando contra él.

—Así sea —dijo Balan—. Cabalgaré a tu lado y arriesgaré mi vida con la tuya, como corresponde a un hermano.

—Cuánto me alegra que estés aquí, hermano mío —dijo Balin—. Cabalguemos juntos.

Mientras conversaban llegó un enano por el camino de Camelot, y cuando vio los cadáveres del caballero y su amada doncella se arrancó los cabellos y exclamó:

—¿Quién de vosotros tiene la culpa de esto?

—¿Con qué derecho lo preguntas? —dijo Balan.

—Porque quiero saberlo.

Y Balin le respondió:

—Fui yo. Maté al caballero en justa lid y en defensa propia, y la doncella se dio muerte arrastrada por el dolor, lo cual me llena de pesar. Por su causa he de servir a todas las mujeres mientras viva.

—Te has causado un inmenso perjuicio —dijo el enano—. Este caballero muerto era hijo del rey de Irlanda. Sus parientes se vengarán de ti. Te seguirán por todo el mundo hasta matarte.

—Eso no me asusta —dijo Balin—. Me duele haber disgustado doblemente al rey Arturo dando muerte a su caballero.

Entonces llegó a caballo el rey Marcos de Cornualles, vio los cadáveres y, cuando supo cómo habían muerto, dijo:

—Deben haberse profesado un amor sincero y recíproco. Y veré de erigir una tumba en memoria de ambos. —Luego ordenó a sus hombres que alzaran sus tiendas y recorrió la región en busca de un sitio donde sepultar a los amantes. En una iglesia cercana hizo levantar una enorme losa frente al altar mayor y sepultó juntos al caballero y la doncella. Cuando volvieron a colocar la losa, el rey Marcos hizo tallar sobre ella estas palabras: "Aquí yace sir Launceor, hijo del rey de Irlanda, muerto al lidiar con sir Balin, y junto a él su amada Colombe, quien llevada por la pena se dio muerte con la espada de su amante".

Merlín entró a la iglesia y le dijo a Balin:

—¿Por qué no salvaste la vida de esta doncella?

—Juro que no pude hacerlo —dijo Balin—. Intenté salvarla pero ella fue más rápida.

—Lo lamento por ti —dijo Merlín—. En castigo por esta muerte estás destinado a infligir el tajo más triste desde que la lanza atravesó el flanco de Nuestro Señor Jesucristo. Herirás al mejor caballero viviente y sobre tres reinos atraerás la miseria, la congoja y la tribulación.

—No puede ser verdad —exclamó Balin—. Si creyera en tus palabras, ya mismo me mataría, haciendo de ti un embustero.

—Pero no lo harás —dijo Merlín.

—¿Cuál es mi pecado? —preguntó Balin.

—La mala suerte —dijo Merlín—. Algunos lo llaman destino. —Y de pronto desapareció.

Y al poco tiempo los hermanos se despidieron del rey Marcos.

—Primero, decidme vuestros nombres —solicitó el rey.

Y Balan respondió:

—Ves que él ciñe dos espadas. Llámalo el Caballero de las Dos Espadas.

Y luego ambos hermanos enfilaron hacia el campa-

mento de Royns. Y en un vasto cenagal barrido por el viento se cruzaron con un desconocido arrebujado en su manto, quien les preguntó quiénes eran y adónde se dirigían.

—¿Por qué debemos decírtelo? —replicaron, y Balin le dijo—: Dime tu nombre, forastero.

—¿Por qué razón, cuando me ocultáis los vuestros? —dijo el hombre.

—Un hombre que oculta su nombre es mala señal —dijo Balan.

—Pensad lo que os plazca —dijo el extraño—. ¿Qué pensaríais si os dijera que cabalgáis en busca del señor Royns y que sin mi ayuda fracasaréis?

—Pensaríamos que eres Merlín, y si lo fueras, te pediríamos ayuda.

—Debéis ser valerosos, pues necesitaréis coraje —dijo Merlín.

—Por eso no te preocupes —dijo Balin—. Haremos lo que podamos.

Llegaron al linde de una floresta y se apearon en una cavidad penumbrosa y cubierta de hojarasca. Desensillaron sus caballos y los pusieron a pastar. Y los caballeros se echaron bajo la sombra de la arboleda y se durmieron.

Cerca de medianoche los despertó Merlín.

—Preparaos —les dijo—. Se acerca vuestra oportunidad. Royns se ha alejado de su campamento acompañado sólo por un grupo de guardias, dispuesto a hacerle una visita nocturna a lady de Vance.

Protegidos por el ramaje, vieron que se acercaban jinetes.

—¿Cuál es Royns? —preguntó Balin.

—Ese alto que va al medio —dijo Merlín—. Conteneos hasta que estén más cerca.

Y cuando el grupo de jinetes atravesaba la penumbra rasgada por la luna, los dos hermanos irrumpieron de su escondite y derribaron a Royns de la silla y, volviéndose hacia los asombrados guardias, repartieron estocadas a diestro y siniestro, dando muerte a algunos y poniendo en fuga a los demás.

Entonces los hermanos se volvieron al caído Royns para matarlo, pero él se rindió y pidió clemencia.

—Bravos caballeros, no me matéis —suplicó—. Mi vida os será valiosa y mi muerte no os servirá de nada.

—Es verdad —dijeron los hermanos, y ayudaron al maltrecho Royns a incorporarse y montar a caballo. Y cuando fueron en busca de Merlín no lo encontraron, pues mediante sus artes mágicas había volado a Camelot, donde le refirió a Arturo que su peor enemigo, el señor Royns, estaba vencido y capturado.

—¿Por quién? —preguntó el rey.

—Por dos caballeros que ansían tu amistad y tu gracia más que nada en el mundo. Estarán aquí por la mañana y podrás ver quiénes son —respondió Merlín, negándose a decir otra palabra.

A horas muy tempranas, los dos hermanos condujeron al contuso prisionero a las puertas de Camelot y lo pusieron en manos de los guardias. Luego se perdieron en las luces del alba.

Cuando tuvo noticias del acontecimiento, el rey Arturo fue a ver a su maltrecho enemigo y le dijo:

—Señor, me place verte aquí. ¿Qué ventura te trajo?

—Una mala ventura, mi señor.

—¿Quién te capturó? —preguntó el rey.

—Uno al que llaman el Caballero de las Dos Espadas y su hermano. Me derribaron y pusieron en fuga a mis guardias.

—Ahora puedo decírtelo, señor —interrumpió Merlín—. Fueron Balin, el que desenvainó la espada maldita, y su hermano Balan. Jamás encontrarás dos caballeros comparables. Es lástima que su destino los cerque y no les quede mucho tiempo de vida.

—Me ha puesto en deuda con él —dijo el rey—. Y no merezco dádivas de Balin.

—Hará por ti mucho más que esto, mi señor —dijo Merlín—. Pero te traigo nuevas. Debes preparar a tus caballeros para la batalla. Mañana antes de mediodía las fuerzas de Nerón, hermano de Royns, te atacarán. Tienes una gran tarea por delante y me despido de ti.

Entonces el rey Arturo se apresuró a reunir a sus caballeros y cabalgó hacia el castillo de Terrabil. Nerón lo aguardaba en el campo con fuerzas cuyo número excedía a las del rey. Nerón conducía la vanguardia y sólo aguardaba la llegada del rey Lot con su ejército. Pero aguardaba en vano, pues Merlín había ido a ver al rey Lot y lo había distraído con historias de prodigios y profecías, en tanto que Arturo lanzaba su ataque sobre Nerón. Sir Kay luchó ese día con tal denuedo que la memoria de sus proezas permanece viva hasta hoy. Y sir Hervis de Revel, antepasado de sir Thomas Malory, también se destacó, al igual que sir Tobinus Streat de Montroy. Y sir Balin y su hermano combatieron con tal reciedumbre que se dijo que eran ángeles del cielo o bien demonios del infierno, según de qué bando surgiera el comentario. Y Arturo vio en las primeras filas las hazañas de ambos hermanos y los ponderó más que a ningún otro caballero. Y las fuerzas del rey se impusieron y obligaron al adversario a abandonar el campo y destruyeron el poder de Nerón.

Un mensajero fue hasta el rey Lot y le informó de la derrota y la muerte de Nerón, acaecidas mientras Lot escuchaba las historias de Merlín.

—Este Merlín me ha hechizado —dijo Lot—. Si yo hubiese estado allí, Arturo no habría vencido. Este mago me engañó como a un niño con sus historias.

—Sé que en el día de hoy debe morir un rey y, por mucho que lo deplore, preferiría que fueras tú y no Arturo —dijo Merlín, y se desvaneció en el aire.

Entonces el rey Lot reunió a sus jefes.

—¿Qué debo hacer? —les preguntó—. ¿Es mejor procurar la paz o ir a la guerra? Si Nerón fue derrotado, tenemos la mitad de nuestro ejército.

—Los hombres del rey Arturo —dijo un caballero— están fatigados por la batalla, y sus caballos están exhaustos. Si los atacamos ahora, cuando nosotros estamos frescos, la ventaja está de nuestra parte.

—Si todos estáis de acuerdo, presentaremos batalla —dijo el rey Lot—. Espero que os esforcéis tanto como yo.

Entonces el rey Lot salió al campo de batalla y hostigó a los hombres de Arturo, quienes se mantuvieron firmes y no cedieron terreno.

El rey Lot, avergonzado de su fracaso, combatió a la cabeza de sus caballeros con la saña de un demonio enfurecido, pues aborrecía a Arturo más que a ningún otro hombre. Alguna vez había sido amigo del rey y desposado a su media hermana, pero cuando Arturo, ignorante de las circunstancias, sedujo a la esposa de su amigo y engendró a Mordred, la lealtad del rey Lot se trocó en odio y él consagró todos sus esfuerzos a aplastar a quien había sido su amigo.

Tal como Merlín lo había predicho, sir Pellinore, quien una vez había vencido a Arturo en la Fuente del Bosque, se había convertido en fiel amigo del rey y luchaba con sus caballeros en primera línea. Sir Pellinore se abrió paso entre el gentío que rodeaba al rey Lot, enarboló su espada y le asestó un tajo. La hoja se desvió y mató al caballo de Lot y, mientras el rey caía a tierra, Pellinore le lanzó otra estocada y le arrancó la vida.

Cuando los hombres de Lot vieron muerto a su rey, abandonaron la lucha y trataron de escapar, y muchos fueron capturados y muchos más perecieron en la fuga.

Cuando se juntaron los cadáveres, encontraron a doce poderosos señores que habían muerto al servicio de Nerón y el rey Lot. Fueron llevados a la iglesia de San Esteban, en Camelot, para darles sepultura, mientras que a los caballeros de menor valía se los enterró cerca del campo de batalla, bajo una enorme piedra.

Arturo sepultó a Lot separadamente, en una tumba suntuosa, pero a los doce señores los depositó en el mismo sitio y sobre ellos erigió un monumento triunfal. Mediante sus artes, Merlín forjó imágenes de los doce señores en actitud de derrota, hechas de cobre y bronce dorados, y cada imagen sostenía una vela que ardía día y noche. Encima de estas efigies, Merlín ubicó una estatua del rey Arturo que blandía la espada sobre las cabezas de sus enemigos. Y Merlín profetizó que las velas arderían hasta la muerte de Arturo y que en ese momento se

extinguirían las llamas; y ese día profetizó otros acontecimientos venideros.

Poco después, Arturo, harto de las guerras y el gobierno, y consumido por la sombra y la humedad de los castillos, ordenó que alzaran su pabellón en un verde prado de extramuros donde pudiera reposar y recobrar fuerzas con la paz y la dulzura del aire. Se tendió en un catre para descansar, pero no había cerrado los ojos cuando oyó que se acercaba un caballo y vio pasar a un caballero que gemía y se lamentaba en voz alta.

Cuando pasó junto al pabellón, el rey lo llamó y le dijo:

—Acércate, buen caballero, y dime el motivo de tu tristeza.

—¿De qué me valdría? —respondió el caballero—. No puedes ayudarme. —Y cabalgó rumbo al castillo de Meliot.

Entonces el rey trató nuevamente de conciliar el sueño pero su curiosidad lo tenía desvelado y, mientras cavilaba, llegó sir Balin y al verlo a Arturo se apeó y saludó a su señor.

—Siempre eres bienvenido —dijo el rey—, pero especialmente ahora. Hace poco pasó un caballero que gemía de pena, y no se dignó responderme cuando le pregunté la causa. Si deseas servirme, síguelo y tráelo a mí quiéralo él o no, pues ardo de curiosidad.

—Lo traeré a ti, mi señor —dijo sir Balin—, o de lo contrario redoblaré sus tristezas.

Y Balin montó a caballo y partió en pos del caballero, y al cabo lo encontró sentado bajo un árbol en compañía de una doncella.

—Caballero —dijo sir Balin—, debes acompañarme a ver al rey Arturo y referirle la causa de tus congojas.

—Eso no lo haré —dijo el caballero—, pues me pondría en gran peligro y tú no ganarías nada con ello.

—Por favor acompáñame, caballero —dijo Balin—. Si rehúsas deberé batirme contigo, y no quiero hacerlo.

—Te dije que mi vida está en peligro. ¿Te comprometes a protegerme?

—Te protegeré o moriré en la demanda —dijo Balin. Y con eso el caballero montó a caballo y ambos partieron y dejaron a la doncella junto al árbol. Cuando llegaron a la tienda del rey Arturo, oyeron los cascos de un corcel que se acercaba pero no vieron nada. De pronto el caballero fue derribado de la silla por una fuerza invisible, y quedó tendido en la hierba traspasado por una lanza.

—Ése era el peligro —jadeó—, un caballero llamado Garlon, que domina el arte de la invisibilidad. Me puse bajo tu protección y me has fallado. Toma mi caballo. Es mejor que el tuyo. Y vuelve junto a la doncella... ella te conducirá hasta mi enemigo y quizá puedas vengarme.

—Por mi honra de caballero que así lo haré —exclamó Balin—. Lo juro ante Dios.

Y así expiró el caballero, llamado sir Harleus le Berbeus. Balin extrajo la lanza del cuerpo y se alejó contristado, pues lamentaba no haberle dado al caballero la prometida protección, y por fin comprendió la cólera de Arturo ante la muerte de su protegida, la Dama del Lago. Y Balin se sintió acuciado por las tinieblas del infortunio. Encontró a la doncella en el bosque y le dio el asta de la lanza que había tronchado la vida de su amante, y ella siempre la llevó como señal y recordatorio y condujo a sir Balin en la aventura que el caballero agonizante le había encomendado.

En el bosque se cruzaron con un caballero que venía de caza, quien, al ver el rostro de Balin empañado por la pesadumbre, le preguntó el motivo y Balin cortésmente respondió que prefería no hablar de ello.

El caballero lo tomó por falta de cortesía, y le dijo:

—Si yo estuviese armado contra hombres y no contra venados, me responderías.

—No tengo motivos para no contártelo —respondió Balin fatigosamente, y le refirió su extraña y fatídica historia. El caballero se sintió tan conmovido por su relato que le suplicó permiso para acompañarlo en su búsqueda de venganza. Se llamaba sir Peryne de Monte Belyarde, y fue a su casa cercana y se armó y se les unió

en la marcha. Mientras pasaban junto a una ermita y una capilla solitaria de la floresta, volvió a oírse el estrépito de cascos y sir Peryne cayó con el cuerpo atravesado por una lanza.

—Tu historia era cierta —dijo—. El enemigo invisible me ha dado muerte. Eres un hombre condenado a provocar la destrucción de los que amas. —Y sir Peryne murió a causa de sus heridas.

—A mi enemigo no puedo verlo —suspiró Balin acongojado—. ¿Cómo puedo desafiar a lo invisible?

Luego el ermitaño lo ayudó a trasladar el cadáver a la capilla y lo sepultaron con honra y piedad.

Más tarde, Balin y la doncella siguieron cabalgando hasta llegar a un castillo muy fortificado. Balin cruzó el puente levadizo y entró en primer lugar, y en eso el rastrillo bajó con un chirrido y lo aprisionó. La doncella quedó fuera, y un grupo de hombres la atacó con cuchillos para matarla. Entonces Balin se encaramó a la cima de la muralla y saltó al foso desde gran altura. El agua amortiguó su caída e impidió que sufriera daño alguno. Se arrastró fuera del foso y desenvainó la espada, pero los atacantes se alejaron y adujeron que se limitaban a seguir la costumbre del castillo. Explicaron que la señora del castillo había padecido una prolongada y espantosa enfermedad que la consumía, cuyo único remedio era una fuente de plata llena de la sangre de la hija virgen de un rey, de manera que era hábito de ellos sangrar a cada doncella que pasaba por ese lugar.

—Estoy seguro de que esta doncella os cederá algo de su sangre —dijo Balin—, pero no es necesario que la matéis. —Entonces los ayudó a punzarle la vena y recogieron la sangre en una fuente de plata, pero como la señora del castillo no se repuso dedujeron que la doncella no cumplía con uno de los requisitos o con ninguno de ellos. No obstante, la buena voluntad de ambos les valió una jubilosa bienvenida, y esa noche descansaron y por la mañana reanudaron la marcha. Cuatro días continuaron sin aventura alguna, y al fin se alojaron en casa de un gentilhombre. Y mientras cenaban, escucharon

gemidos de dolor en el cuarto vecino y Balin preguntó a qué se debían.

—Te lo diré —dijo el gentilhombre—. Recientemente, en un torneo, me batí con el hermano del rey Pelham. Dos veces lo derribé de su montura y él se enfureció y amenazó cobrar venganza en alguno de mi sangre. Entonces se hizo invisible e hirió a mi hijo, a quien oyes llorar de dolor. No se repondrá hasta que yo capture a ese caballero maligno y traiga su sangre.

—Lo conozco —dijo Balin—, pero nunca lo he visto. Mató del mismo modo a dos de mis caballeros, y cambiaría todo el oro del reino por enfrentarlo en combate singular.

—Te diré cómo encontrarlo —dijo el anfitrión—. Su hermano, el rey Pelham, ha anunciado un gran festín para dentro de veinte días. Y ningún caballero puede asistir a menos que vaya con su esposa o su amada. El hermano del rey, Garlon, sin duda estará presente.

—En ese caso, también yo estaré presente —dijo Balin.

Y por la mañana los tres emprendieron una marcha de quince días, hasta que llegaron a tierras de Pelham, y arribaron al castillo el día en que comenzaba la fiesta. Pusieron sus monturas a buen recaudo y se dirigieron al salón, pero al anfitrión de Balin le rehusaron la entrada por no haber traído esposa ni querida. Pero Balin fue bienvenido y conducido a una cámara donde se despojó de sus armas y se bañó y unos sirvientes le trajeron un rico atuendo para que lo vistiera en la fiesta. Luego le pidieron que dejara la espada con la armadura; Balin se negó, diciendo:

—En mis tierras un caballero siempre lleva la espada consigo. Si no la llevo, no puedo celebrar con vosotros.

—De mala gana le permitieron conservar el arma, y Balin entró al salón y departió con otros caballeros, siempre acompañado por su dama.

Entonces Balin preguntó:

—¿Hay en esta corte un caballero llamado Garlon, hermano del rey?

—Allá está —le indicó un hombre que tenía al lado—. Mira, es ese de tez oscura. Es un hombre extraño y ha matado a muchos caballeros, pues posee el secreto de la invisibilidad.

Balin miró a Garlon y meditó qué le convenía hacer, y pensó: "Si lo mato ahora, no podré escapar, pero si no lo mato quizá nunca vuelva a verlo, pues no será visible".

Garlon había advertido que Balin lo observaba y eso lo enfureció. Se levantó de su sitio, se acercó a Balin y le abofeteó el rostro con el dorso de la mano.

—No me gusta que me estés mirando —le dijo—. Come tu carne, o haz lo que viniste a hacer, sea lo que fuere.

—Haré lo que vine a hacer —dijo Balin, y desenvainó la espada y cortó la cabeza de Garlon. Luego le dijo a su señora—: Dame la lanza que mató a tu amado. —Y la doncella se la alcanzó y él hundió el hierro en el cuerpo de Garlon, exclamando:— Con esto mataste a un buen caballero. Ahora lo tienes clavado en ti —y llamó a su amigo, que aguardaba fuera del salón—. Aquí tienes suficiente sangre para curar a tu hijo.

Los caballeros reunidos habían permanecido atónitos, pero ahora se pusieron de pie dispuestos a lanzarse sobre Balin. El rey Pelham se levantó de la mesa, diciendo:

—Has matado a mi hermano. Mereces la muerte.

—Muy bien. Dámela tú mismo si tienes valor para ello —lo provocó Balin.

—Estás en lo cierto —dijo Pelham—. Apartaos, caballeros. Yo mismo he de matarlo, por el honor de mi hermano.

Pelham tomó del muro una enorme hacha de guerra y avanzó. Atacó a Balin, y Balin detuvo el golpe con la espada, pero el hacha le partió la hoja en dos y se quedó sin armas. Entonces Balin corrió fuera del salón perseguido por Pelham. Pasó de un aposento a otro en busca de un arma pero no hallaba ninguna, y a sus espaldas oía los pasos del rey Pelham.

Al fin Balin entró a una cámara y vio algo que lo maravilló. El aposento estaba revestido con colgaduras

de oro pobladas de símbolos místicos y sagrados y había un lecho rodeado por cortinas admirables. Sobre el lecho, bajo un edredón de hebras de oro, yacía el cuerpo perfecto de un anciano venerable, y en una mesa dorada que había junto al lecho se erguía una lanza de extrañas formas, con empuñadura de madera, delgada asta de hierro y cabeza pequeña y puntiaguda.

Balin oyó los pasos del rey que se acercaba, empuñó la lanza y la hundió en el flanco de su adversario. Y en ese momento la tierra tembló y los muros del castillo se rajaron y el techo cedió, mientras Balin y el rey Pelham rodaban entre los escombros y perdían el sentido, sepultados por cascotes y vigas de madera. La mayor parte de los caballeros que había en el interior del castillo murió aplastada al ceder el techo.

Al poco tiempo apareció Merlín, quien apartó las piedras y devolvió a Balin el sentido. Y le trajo un caballo y le dijo que abandonara esas tierras lo antes posible.

—¿Dónde está mi doncella? —dijo Balin.

—Yace muerta bajo el castillo derrumbado —dijo Merlín.

—¿Cuál fue la causa de esta catástrofe? —preguntó Balin.

—Te has topado con un misterio —dijo Merlín—. Poco después de la crucifixión de Jesucristo, José, un mercader de Arimatea que dio sepultura a Nuestro Señor, navegó hasta estas tierras con el cáliz sagrado de la Última Cena rebosante de sangre sagrada, y también con la lanza que el romano Longinus empuñó para traspasar el flanco de Jesús en la Cruz. Y José trajo estos objetos sagrados a la Isla de Cristal, en Avalón, y allí fundó una iglesia, la primera de toda esta comarca. El cuerpo que yacía en el lecho era el de José, y la lanza, la de Longinus, y con ella heriste a Pelham, descendiente de José, y ése fue el Tajo de Aflicción del que te hablé hace mucho tiempo. Y en virtud de ello, la enfermedad y el hambre y la desesperación se propagarán por estas tierras como una plaga.

—No es razonable. No es justo —sollozó Balin.

—El infortunio no es razonable, el destino no es justo, pero no obstante existen —dijo Merlín, y se despidió de Balin para siempre—. Pues —le dijo— no volveremos a encontrarnos en este mundo.

Luego Balin cabalgó por esa tierra de aflicción y vio gentes muertas y agonizantes por todas partes, y los vivos le gritaban:

—Balin, tú eres la causa de esta destrucción. Pagarás por ello. —Y Balin, angustiado, picó espuelas para dejar ese asolado territorio. Cabalgó ocho días, huyendo del mal, y no sin alegría abandonó esa atribulada comarca para internarse en un bello y plácido bosque. Su ánimo despertó y se despojó de sus oscuros atavíos. Sobre las copas de los árboles de un hermoso valle divisó las almenas de una espigada torre y enfiló hacia ella. Junto a la torre había un gran caballo sujeto a un árbol. En el suelo, un robusto y elegante caballero estaba sentado y gemía en voz alta.

Y como había provocado tantas muertes e infortunios, Balin ansiaba purgar sus culpas.

—Dios te ampare —le dijo al caballero—. ¿Por qué estás triste? Dímelo y haré lo posible por ayudarte.

—Diciéndotelo no haré sino acrecentar mi dolor —dijo el caballero.

Entonces Balin se apartó un poco y observó los arreos y jaeces del caballo, y oyó que el caballero decía:

—Oh, señora mía, ¿por qué has roto la promesa de venir a mi encuentro aquí al mediodía? Me diste esta espada, una dádiva fatal, pues con ella puedo matarme por amor de ti. —Y el caballero sacó de la vaina la hoja resplandeciente.

Entonces Balin se apresuró a aferrarle la muñeca.

—Déjame o te mataré —gritó el caballero.

—Nada ganarás con eso. Ahora me has revelado algo acerca de tu señora y prometo traerla a ti si me dices dónde está.

—¿Quién eres? —preguntó el caballero.

—Sir Balin.

—Conozco tu fama —dijo el caballero—. Eres el Ca-

ballero de las Dos Espadas, y se dice que eres hombre de mucho valor.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es sir Garnish. Soy hijo de un hombre humilde, pero como le presté buenos servicios en batalla, el duque Harmel me tomó bajo su protección, me armó caballero y me cedió tierras. Es a su hija a quien amo, y pensé que ella me amaba.

—¿A qué distancia se encuentra ella? —preguntó Balin.

—A sólo seis millas.

—¿Entonces por qué permaneces aquí lamentándote? Vamos a buscarla y a preguntarle por qué no cumplió su promesa.

Cabalgaron juntos hasta llegar a un fuerte castillo con altas murallas y un foso.

—Quédate aquí y espérame —dijo Balin—. Entraré al castillo y trataré de encontrarla.

Balin entró al castillo y no vio a nadie. Buscó en los salones y aposentos y al fin llegó a la cámara de una dama, pero el lecho estaba vacío. Desde la ventana pudo ver un jardín pequeño y encantador protegido por las murallas. En la hierba, debajo de un laurel, vio a la dama y a un caballero tendidos sobre un paño de seda verde, profundamente dormidos y estrechamente abrazados, las cabezas apoyadas sobre una almohada de hierba y plantas aromáticas. La dama era hermosa, pero él era un hombre feo e hirsuto, tosco y pesado.

Entonces Balin salió sigilosamente a través de aposentos y salones, y a las puertas del castillo le refirió a sir Garnish lo que había visto y sin hacer ruido lo condujo al jardín. Y cuando el caballero vio a su señora en brazos de otro, su corazón se estremeció de pasión y sus venas estallaron y la sangre manó de sus narices y su boca. Enceguecido por la cólera, desenvainó la espada y decapitó a los amantes dormidos.

Y de pronto su cólera se extinguió y se sintió débil y enfermo. Y acusó a Balin con amargura, diciéndole:

—Has sumado penurias a mis penurias. Si no me hubieses conducido aquí, yo no me habría enterado.

—¿No era mejor conocerla por lo que era y así encontrar remedio a tu pasión? —replicó Balin enfurecido—. Sólo hice lo que hubiese querido que hicieran por mí.

—Has duplicado mi dolor —dijo sir Garnish—. Me has hecho matar a la que más quería en el mundo. Ya no me es posible vivir.

Y de pronto se hundió la espada ensangrentada en el pecho y cayó muerto junto a los amantes decapitados.

El castillo estaba en silencio, y Balin sabía que si lo descubrían allí lo harían culpable de las tres muertes. Se alejó del castillo y galopó entre los árboles del bosque, agobiado por la espesa tiniebla de su destino, presintiendo que pronto caería el telón sobre el escenario de su vida, de modo que le parecía cabalgar entre las brumas de la desesperación.

Al poco tiempo llegó a una encrucijada y vio esta inscripción en letras de oro: NINGÚN CABALLERO CABALGUE A SOLAS POR ESTE CAMIÑO. Y mientras la leía, un anciano canoso se le acercó y le dijo:

—Sir Balin, éste es el límite de tu vida. Vuélvete y podrás salvarte. —Y el viejo desapareció.

Entonces Balin oyó el ronquido de un cuerno de caza que anunciaba la muerte de un venado. Y se dijo sombríamente:

—Esa trompa anuncia mi propia muerte. Soy la presa y aún sigo con vida.

Y de pronto una multitud se apiñó a su alrededor, un centenar de damas encantadoras y muchos caballeros con armaduras ricas y lustrosas, y le dieron la bienvenida con amabilidad y lo elogiaron y lo calmaron, conduciéndolo a un castillo cercano donde lo despojaron de sus armas y lo vistieron con un atuendo rico y delicado y lo llevaron al salón, donde había música y danzas y júbilo y plácida alegría.

Cuando Balin se reanimó, la Dama del Castillo acudió a su encuentro y le dijo:

—Caballero de las Dos Espadas, es nuestra costumbre que todo forastero que pase por aquí debe luchar con un caballero que custodia una ínsula cercana.

—Desdichada costumbre la de obligar a un caballero a batirse contra su voluntad —dijo Balin.

—Se trata de un solo caballero. ¿Acaso el gran Balin siente temor de un solo caballero?

—No siento temor alguno, mi señora —dijo Balin—. Pero un hombre que ha viajado mucho puede estar fatigado y su caballo exhausto. Mi cuerpo está fatigado, pero mi pecho no perdió sus bríos. —Y añadió con desconsuelo:— Lo haré si no queda otro remedio, y me alegrará encontrar aquí mi muerte, mi reposo y mi paz.

Entonces un caballero que estaba cerca le dijo:

—He observado tu armadura. Tu escudo es pequeño y tiene las correas flojas. Toma el mío, que es amplio y resistente. —Y cuando Balin rehusó, el caballero dijo con insistencia:— Te ruego que lo lleves, por tu seguridad.

Entonces Balin se armó de mala gana y el caballero le trajo su escudo nuevo y bien pintado y lo forzó a llevarlo. Balin estaba harto fatigado como para discutir y recordó el comentario de su escudero con respecto al vigor de su adversario, que lo hacía casi invencible, de modo que aceptó el escudo y trotó sin prisa hacia un lago en el cual había una ínsula tan próxima al castillo que podía contemplársela desde todas las almenas. Y las damas y los caballeros se congregaron en las murallas para presenciar el combate.

En la orilla aguardaba una embarcación de tamaño suficiente como para trasladar a un jinete con su montura. Balin la abordó y fue conducido a la ínsula, donde lo esperaba una doncella que lo recibió con estas palabras:

—Sir Balin, ¿por qué has dejado el escudo que lucía tu emblema?

—Lo ignoro —dijo Balin—. Estoy agobiado por el infortunio y tengo el juicio desquiciado. Lamento haber venido a este lugar, pero ya que estoy aquí, nada me cuesta seguir adelante. Si vuelvo atrás me cubriré de vergüenza. No. Aceptaré lo que me esté destinado, sea la muerte o la vida.

Luego, como varón habituado a esos lances, probó sus armas y ajustó la cincha de su montura. Después

montó a caballo, musitó una plegaria, bajó la visera del yelmo y galopó hacia un pequeño habitáculo de la ínsula, mientras los caballeros y las damas lo observaban desde la torre.

Entonces un caballero con armadura roja cabalgó a su encuentro sobre un caballo enjaezado de rojo. Era sir Balan, quien al ver que su oponente ceñía dos espadas, pensó que era su hermano, pero al observar el emblema del escudo juzgó que se había equivocado.

En medio de un silencio atroz, los dos caballeros enristraron las lanzas y se acometieron, y ambas lanzas dieron en el blanco sin quebrantarse, y ambos cayeron de las sillas y yacieron aturdidos. Balin quedó magullado y maltrecho por la caída, y el cuerpo le dolía de cansancio. Y Balan fue el primero en recobrarse. Se incorporó y se precipitó sobre Balin, quien a duras penas se levantó para enfrentarlo.

Balan lanzó el primer tajo, pero Balin alzó el escudo para detenerlo y de una estocada le atravesó el yelmo. Volvió a atacar con su fatídica espada, haciendo tambalear a su adversario. Luego se apartaron y lucharon con ímpetu y tenacidad hasta perder el aliento.

Balin contempló las torres y vio a las damas que presenciaban el duelo lujosamente ataviadas. Volvió a arremeter contra su oponente. El furor de la lid les infundió nuevos bríos y ambos enarbolaron sus armas con ferocidad, y los aceros hendían las armaduras y ambos manaban sangre. Reposaron un instante y luego reiniciaron esa lucha mortal, afanándose por abatir al contrario antes que la pérdida de sangre los dejara sin fuerzas; cada uno le infligió al otro heridas fatales y al fin Balan se tambaleó y cayó, demasiado débil para alzar siquiera la mano.

—¿Quién eres? —preguntó entonces Balin, reclinándose sobre su espada—. Nunca encontré un caballero capaz de oponérseme con tanta valentía.

—Mi nombre es Balan —respondió el caído—, y soy hermano del famoso sir Balin.

Cuando Balin oyó esto sintió un vértigo, desfalleció y

rodó por tierra. Cuando recobró el sentido se arrastró con las manos y las rodillas, despojó a Balan de su yelmo y vio su cara tan cortajeada y ensangrentada que no pudo reconocerla. Apoyó la cabeza en el pecho de su hermano, sollozó y se lamentó:

—Ay, hermano mío, querido hermano mío. Acabo de matarte y tú me has herido de muerte.

—Vi las dos espadas —dijo débilmente Balan—, pero llevabas en el escudo un emblema desconocido para mí.

—Fue un caballero del castillo quien me incitó a llevarlo, porque sabía que de lo contrario me habrías reconocido. Si pudiera vivir destruiría ese castillo con sus viles costumbres.

—Ojalá pudiera hacerse —dijo Balan—. Me obligaron a luchar en esta ínsula, y cuando maté al defensor me forzaron a ser su campeón y no consintieron que siguiera mi camino. Si vivieras, hermano mío, te encerrarían aquí para que los deleites con tus combates, y no podrías cruzar el lago para escapar.

Luego llegó a la ínsula la embarcación con la Dama del Castillo y sus servidores, y los hermanos le suplicaron que los sepultaran juntos.

—Venimos del mismo vientre —dijeron— y vamos a la misma tumba.

Y la dama prometió que así lo haría.

—Ahora mándanos un sacerdote —dijo Balin—. Queremos recibir el sacramento y el sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. —Así se hizo, y Balin solicitó:— Inscribe sobre nuestra tumba cómo la mala fortuna condujo a dos hermanos a darse recíproca muerte, para que los caballeros que pasen por aquí oren por nosotros.

Entonces Balan expiró, pero la vida de Balin se prolongó hasta medianoche, y ambos hermanos fueron enterrados en medio de la oscuridad.

A la mañana apareció Merlín y con sus artes erigió una tumba sobre los hermanos y sobre ella inscribió su historia en caracteres de oro.

Y luego Merlín profetizó muchas cosas por venir: el advenimiento de Lanzarote y Galahad. Y predijo trágicos

acontecimientos: cómo Lanzarote mataría a Gawain, su mejor amigo.

Y Merlín, tras realizar muchos actos extraños y proféticos, fue al rey Arturo y le refirió la historia de ambos hermanos, y el rey la escuchó con gran tristeza.

—En el mundo entero —dijo—, nunca supe de dos caballeros semejantes.

Thus endeth the tale of Balin and Balan,
two Brethirne that were borne in Northumbirlonde,
fiat were two passynge good knyghtes
as ever were in those dayes.
Explicit

[Ciérrase así la historia de Balin y Balan,
dos hermanos nacidos en Northumberland,
ambos tan excelentes caballeros
como pudo haberlos en esos días.
Explícit]

LAS BODAS DEL REY ARTURO

Como los consejos de Merlín con frecuencia habían demostrado ser muy valiosos, el rey Arturo solía consultarlo tanto en asuntos de guerra y de gobierno cuanto en sus proyectos personales. Así fue como un día llamó a Merlín a su presencia y le dijo:

—Sabes que algunos de mis barones siguen obstinados en su rebeldía. Quizá convenga que yo tome esposa para asegurar la sucesión del trono.

—Es un razonamiento atinado —dijo Merlín.

—Pero no quiero elegir reina sin tu consejo.

—Gracias, mi señor —dijo Merlín—. No es prudente que alguien de tu rango no tenga esposa. ¿Hay alguna dama que te plazca más que las demás?

—Sí —dijo Arturo—. Amo a Ginebra, la hija del rey Lodegrance de Camylarde. Es la doncella más bella y noble que hasta ahora he visto. ¿Y no me dijiste tú que una vez mi padre, el rey Uther, le dio una gran mesa redonda al rey Lodegrance?

—Es verdad —dijo Merlín—. Y por cierto que Ginebra es tan encantadora como tú dices, pero si no la amas profundamente puedo encontrar otra mujer cuya bondad y hermosura te satisfagan. Aunque si has puesto tu corazón en Ginebra, no te fijarás en ninguna que no sea ella.

—Estás en lo cierto —dijo el rey.

—Si te dijera que Ginebra es una elección infortunada, ¿cambiarías de parecer?

—No.

—Pues bien, ¿si te dijera que Ginebra va a traicionarte con tu amigo más querido y venerado...?

—No te creería.

—Claro que no —dijo Merlín con tristeza—. Todos los

hombres se aferran a la convicción de que para cada uno de ellos las leyes de la probabilidad son canceladas por el amor. Hasta yo, que sé con toda certeza que una muchachita tonta va a ser la causa de mi muerte, cuando la encuentre no vacilaré en seguirla. Por lo tanto, te casarás con Ginebra. No quieres mi consejo... sólo mi asentimiento. —Merlín añadió con un suspiro:— Muy bien, pon a mi disposición un séquito honorable y le requeriré formalmente al rey Lodegrance la mano de Ginebra.

Y Merlín, con un digno cortejo, marchó hacia Camylarde y solicitó al rey que su hija fuera la reina de Arturo.

—Que un rey tan noble, valiente y poderoso como Arturo desee a mi hija por esposa es la mejor nueva que tuve jamás —dijo Lodegrance—. Si él deseara una dote en tierras se la ofrecería, pero Arturo tiene demasiadas tierras. Le enviaré un presente que le placerá más que cualquier otra cosas: la Tabla Redonda que me dio Uther Pendragon. A ella pueden sentarsè ciento cincuenta personas, y yo le mandaré cien caballeros para que lo sirvan. No puedo ofrecerle el total de ese número porque he perdido muchos hombres en las guerras.

Luego Lodegrance le trajo a Ginebra y también la Tabla Redonda, y un centenar de caballeros ricamente armados y ataviados, y el noble cortejo emprendió la marcha hacia Londres.

El rey Arturo no cabía en sí de la alegría.

—Esta hermosa dama —comentó— es más que bienvenida, pues la amé desde que la vi por primera vez. Y los cien caballeros y la Tabla Redonda me placen más que todas las riquezas.

Y Arturo desposó a Ginebra y la coronó con dignísima ceremonia, y hubo en su corte fiestas y regocijo.

Y después de la ceremonia, Arturo se paró junto a la Tabla Redonda y le dijo a Merlín:

—Busca en todo el reino y encuentra cincuenta caballeros honorables, valerosos y perfectos para completar la hermandad de la Tabla Redonda.

Y Merlín registró todo el reino, pero sólo encontró veintiocho y los trajo a la corte. Luego el arzobispo de

Cantórbery bendijo los asientos que circundaban la Tabla Redonda. Y Merlín les dijo a los caballeros:

—Id ante el rey Arturo y juradle sumisión y rendidle homenaje.

Cuando regresaron, cada uno de ellos descubrió su nombre inscripto en caracteres de oro sobre la mesa y frente a su asiento, pero había dos lugares sin nombre. Y estaban sentados a la Tabla Redonda cuando el joven Gawain llegó a la corte y pidió una gracia en honor de las bodas de Arturo y Ginebra.

—Pídela —dijo el rey.

—Te pido que me armes caballero —dijo Gawain.

—Con gusto —dijo Arturo—. Eres el hijo de mi hermana y te debo todos los honores.

Luego un hombre humilde entró a la corte acompañado por un gallardo joven montado sobre una yegua huesuda.

—¿Dónde puedo encontrar al rey Arturo? —preguntó el pobre hombre.

—Allí está —dijo un caballero—. ¿Deseas algo de él?

—Sí, por eso he venido —y se acercó al rey y lo saludó, diciéndole—: Rey entre los reyes, Jesús te bendiga. Me dijeron que en ocasión de tu boda darías cumplimiento a los requerimientos razonables.

—En efecto —dijo el rey—. Lo he prometido y lo cumpliré, siempre que tu demanda no perjudique mi dignidad o mi reino. ¿Cuál es tu deseo?

—Te agradezco, mi señor —dijo el pobre hombre—. Te pido que armes caballero a mi hijo, que viene conmigo.

—Pides algo muy importante —dijo Arturo—. ¿Cómo te llamas?

—Señor, me llamo Aries y soy pastor.

—¿Pensaste en ello?

—No, señor —dijo Aries—, debo explicarte cómo son las cosas. Tengo trece hijos, y todos los demás, siguiendo mis consejos, trabajan como un buen hijo debe hacerlo. Pero este muchacho se niega a realizar sus faenas. Siempre anda disparando flechas y arrojando lanzas y co-

rriendo a los torneos para ver las justas de caballeros sin darme descanso de día ni de noche, pues sólo piensa en la caballería.

El rey se volvió hacia el joven.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Mi nombre es Tor, señor.

El rey lo examinó y advirtió que era bien parecido, alto y robusto.

—Trae a tus otros hijos —le dijo a Aries.

Cuando los hermanos comparecieron ante Arturo, el rey comprobó que vivían por sus manos al igual que Aries y que en nada se asemejaban a Tor en las facciones y el porte. Luego el rey le dijo al pastor:

—¿Dónde está la espada para armarlo caballero?

Tor entreabrió el manto y extrajo su espada.

—No puedo otorgarte el título de caballero a menos que lo solicites —dijo Arturo—. Desenvaina la espada y pídelo.

Entonces Tor desmontó de la yegua flaca, desenvainó la espada y, arrodillándose ante el rey, rogó que lo armaran caballero y lo incluyesen en la hermandad de la Tabla Redonda.

—Caballero has de ser —dijo el rey, y tomó la espada y simbólicamente le tocó el cuello con la parte chata de la hoja, exhortándolo—: Sé buen caballero, con la ayuda de Dios. Y si demuestras tu honra y bravura te sentarás a la Tabla Redonda. —Luego el rey se dirigió a Merlín.— Tú conoces el porvenir. Dinos si sir Tor será buen caballero.

—Señor —dijo Merlín—, debería serlo. Es de sangre real.

—¿Cómo es eso? —preguntó el rey.

—Te lo explicaré —dijo el mago—. Aries el pastor no es su padre ni tiene con él ningún parentesco. Su padre es el rey Pellinore.

—Eso es mentira —dijo Aries enfurecido, y Merlín ordenó:

—Trae a tu esposa.

Vino la mujer a la corte, un ama de casa atractiva y

robusta, y habló con dignidad, refiriéndole al rey y a Merlín que cuando era joven y doncella había salido una noche a ordeñar las vacas.

—Me vio un vigoroso caballero —dijo— y un poco a la fuerza me despojó de mi doncellez, y así concebí a mi hijo Tor. Yo traía un lebrel y el caballero se lo llevó, diciendo que conservaría el lebrel por amor de mí.

—Ojalá no fuera cierto —dijo el pastor—, pero ha de ser verdad, pues Tor nunca ha sido como yo o como mis otros hijos.

—Deshonras a mi madre, señor —le dijo sir Tor a Merlín en un arrebato de furia.

—No —dijo Merlín—. Es antes un honor que un insulto, pues tu verdadero padre es rey y buen caballero, lo cual obrará en pro de ti y de tu madre. Fuiste concebido antes de que ella se casara con Aries.

—Es verdad —dijo la mujer.

—Si ocurrió antes que yo la conociera —dijo el pastor—, no tengo de qué lamentarme.

A la mañana siguiente vino a la corte sir Pellinore, y Arturo le contó la historia de sir Tor y de cómo lo había armado caballero. Y cuando Pellinore contempló a su hijo se sintió muy complacido y regocijado.

Luego Arturo armó caballero a su sobrino Gawain, pero sir Tor fue el primero que recibió la orden de caballería en la fiesta donde nació la hermandad de la Tabla Redonda.

Arturo examinó la gran mesa y le preguntó a Merlín:

—¿Cuál es la causa de que haya asientos vacantes y sin nombre?

—Dos de los asientos —respondió Merlín— sólo pueden ser ocupados por caballeros sumamente honorables, pero el último es el Sitial Peligroso. Sólo un caballero hay que pueda ocuparlo, y será el más perfecto que haya vivido jamás. Y si algún otro se atreve a ocupar ese sitio, será destruido. —Luego Merlín tomó la mano de sir Pellinore y lo condujo a uno de los asientos vacantes, y le dijo:— Este lugar es tuyo, señor. Nadie lo merece más que tú.

Entonces sir Gawain enrojeció de envidia y de cólera y le dijo en voz baja a su hermano Gaheris:

—Ese caballero que recibe tantas honras mató a nuestro padre, el rey Lot. Mi espada está afilada para él. Lo mataré ahora mismo.

—Sé paciente, hermano —le aconsejó Gaheris—. Aún no es tiempo. Ahora soy apenas tu escudero, pero en cuanto sea caballero como tú lo mataremos, mas llevaremos a cabo nuestra venganza lejos de la corte. Si trajéramos violencia a esta fiesta, pagaríamos por ello.

—Acaso tengas razón —dijo Gawain—. Esperaremos el momento oportuno.

Al fin se completaron los preparativos para la boda del rey Arturo y la reina Ginebra, y los mejores y más bravos y más gallardos del reino afluyeron a la espléndida ciudad de Camelot. Los caballeros y barones y sus damas se reunieron en la iglesia de San Esteban, donde las nupcias se celebraron con fastuosa ceremonia y religiosa solemnidad. En cuanto concluyeron se iniciaron los festejos, y cada uno de los huéspedes y servidores ocupó el sitio adecuado a su posición en el mundo.

—Ahora permaneced callados e inmóviles en vuestros sitios —dijo Merlín—, pues hoy se inicia una era de maravillas y seréis testigos de cosas nunca vistas.

Entonces todos permanecieron quietos como efigies de hielo y en el salón imperaron el silencio y la expectativa. Los preparativos habían finalizado. Arturo era rey, existía la Tabla Redonda, y cada integrante de esa hermandad de bravura, cortesía y honor ocupaba su sitio, el rey por encima de todos, rígido y erecto, y a su lado Merlín en actitud atenta. Bien podían encontrarse dormidos, como lo han estado y han de estarlo más de una vez, dormidos pero alertas a las necesidades, temores y zozobras, o a las puras y doradas convocaciones que los llamen a la vigilia. El rey Arturo y sus caballeros, inmóviles y expectantes en el gran salón de Camelot.

En eso se oyó el áspero y ágil retumbar de cascos puntiagudos sobre las losas y un venado blanco irrumpió en el salón perseguido por una perra de caza blanca e

inmaculada, seguida a su vez por una jauría de perros negros que ladraban enardecidos. El venado pasó junto a la Tabla Redonda con la perra a los talones, y mientras corría junto a otra mesa la perra blanca le cerró las fauces en el flanco y le arrancó un pedazo de carne. El venado blanco brincó de dolor y tumbó a un caballero sentado. Y de pronto el caballero tomó a la perra en brazos y la sacó fuera del salón. Montó a caballo y se alejó llevándose el animal, mientras el venado blanco desaparecía de un salto y huía acosado por los ladridos de la jauría negra.

Entonces el salón recobró la vida y una dama entró a la corte montada en un palafrén blanco y le dijo al rey en alta voz:

—Señor, ese caballero se ha llevado mi perra blanca. No consientas este ultraje, mi señor.

—Nada tengo que ver con ello —dijo el rey.

Y en eso un caballero armado y montado en un gran caballo de guerra entró al galope, tomó las bridas del palafrén y por la fuerza arrastró a la dama fuera del salón, mientras ella profería chillidos plañideros y furibundos. El rey se alegró de que se la llevaran, pues hacía mucho alboroto, pero Merlín lo reconvino.

—Es difícil entrever una aventura por sus comienzos —dijo el mago—. La grandeza nace pequeña. No deshonres tu fiesta ignorando lo que en ella ocurre. Así son las normas de la caballería andante.

—Muy bien —dijo Arturo—. Cumpliré con las normas. —Y requirió a sir Gawain que persiguiera al venado blanco y lo trajera al palacio. Y envió a sir Tor en procura del caballero que se había llevado la perra blanca. Sir Pellinore recibió órdenes de buscar a la dama y al prepotente caballero y devolverlos a la corte.— Ése es vuestro cometido —dijo Arturo—, y ojalá podáis referirnos maravillosas aventuras al regresar.

Cada uno de los tres caballeros aceptó la empresa encomendada y vistió sus armas y partió. Y hablaremos por separado de sus aventuras.

Here begynnith the fyrst batayle
that ever Sir Gawayne ded after he was made knyght

[Aquí comienza la primera batalla
librada por sir Gawain desde que lo armaron
caballero]

Sir Gawain, con su hermano Gaheris por escudero, cabalgó a través de la verde campiña hasta que llegó al encuentro de dos caballeros que luchaban encarnizadamente a caballo. Los hermanos los separaron y preguntaron cuál era el motivo de la disputa.

—Es una cuestión sencilla y privada —dijo uno de los caballeros—. Somos hermanos.

—No es bueno que los hermanos disputen entre sí —dijo Gawain.

—Ésa es tu opinión —dijo el caballero—. Cabalgábamos rumbo a la fiesta del rey Artùro cuando pasó junto a nosotros un venado blanco perseguido por una perra blanca y una jauría de sabuesos negros. Comprendimos que se trataba de una extraña aventura, apropiada para referirla en la corte, y me dispuse a seguirlos para conquistar fama ante el rey. Pero mi hermano dijo que le correspondía ir a él, puesto que era mejor caballero que yo. Entablamos una discusión sobre quién era el mejor y al cabo decidimos que la mejor demostración podía ofrecérnosla la fuerza de las armas.

—Necias razones —dijo Gawain—. Deberíais probar vuestra valía con extraños, no entre hermanos. Id a la corte de Arturo y suplicad su perdón por esta tontería, o me veré obligado a batirme con vosotros y llevaros por la fuerza.

—Caballero —dijeron los hermanos—, en nuestro empecinamiento hemos agotado nuestras fuerzas y perdido mucha sangre. No podríamos batirnos contigo.

—Entonces haced lo que os digo. Id ante el rey.

—Lo haremos, ¿pero quién diremos que nos envía?

—Decid que os envía el caballero que emprendió la Aventura del Venado Blanco —dijo sir Gawain—. ¿Cómo os llamáis?

—Sorlus del Bosque y Brian del Bosque —respondieron, y luego partieron rumbo a la corte y sir Gawain prosiguió su aventura.

Y cuando se acercaron a un valle de tupida vegetación el viento les trajo alaridos de sabuesos, y apuraron a sus monturas y descendieron la cuesta en persecución de la jauría hasta llegar a un manantial de aguas crecidas que el venado blanco estaba atravesando a nado. Y cuando Gawain se disponía a seguirlo, apareció un caballero en la otra orilla y le dijo:

—Caballero, si deseas seguir tu presa deberás batirte conmigo.

—Debo llevar a buen término mi aventura —respondió Gawain—, y afrontaré cuanto sea necesario. —Espoleó al caballo y vadeó las plácidas y profundas aguas hasta llegar a la margen opuesta, donde el caballero lo esperaba con la visera baja y la lanza en ristre. Se acometieron y sir Gawain derribó a su oponente y lo urgió a rendirse.

—No —dijo el caballero—. Me has derrotado a caballo, pero te suplico, galante caballero, que desmontes y demuestres si eres igualmente diestro con la espada.

—Con gusto —dijo Gawain—. ¿Cuál es tu nombre?

—Soy sir Alardine de las Islas.

Entonces sir Gawain se apeó y embrazó el escudo y del primer tajo le partió el yelmo y los sesos. El caballero cayó muerto, y sin demora Gawain y su hermano reanudaron la marcha. Tras una larga persecución, el venado exhausto entró por las puertas de un castillo y los hermanos lo alcanzaron en el salón y le dieron muerte. Un caballero salió de una cámara lateral y mató a estocadas a dos perros de caza y echó al resto de la jauría del salón, y al regresar se arrodilló junto al hermoso ciervo y dijo con tristeza:

—Mi bella y querida criatura blanca, te han quitado la vida. La que es dueña de mi corazón te dio en prenda y yo no supe cuidarte. —Luego irguió la cabeza encolerizado.— Fue un acto vil —exclamó—. Te vengaré, mi bella criatura. —Corrió a sus aposentos, vistió sus armas y salió furibundo.

Sir Gawain salió a su encuentro, diciéndole:

—¿Por qué descargas tu ira en los sabuesos? Ellos sólo hicieron aquello para lo que están entrenados. Yo maté al venado. Descarga tu cólera en mí, no en un bruto sin entendimiento.

—Tienes razón —clamó el caballero—. Ya me he vengado de los sabuesos. Ahora me vengaré también de ti.

Sir Gawain lo enfrentó con espada y escudo, y los dos se asaltaron con denuedo, cubriéndose de heridas hasta que la sangre enrojeció el piso, pero paulatinamente el vigor de sir Gawain se impuso sobre el debilitado caballero y con una pesada estocada final lo tumbó, obligándolo a rendirse y suplicar por su vida.

—Morirás por matar a mis perros —dijo Gawain.

—Estoy dispuesto a cualquier cosa para compensar la pérdida —dijo el caballero caído, pero sir Gawain era inclemente y le desató el yelmo para decapitarlo. Cuando alzó la espada, una dama salió corriendo del cuarto, se arrojó sobre el caballero vencido y lo cubrió con su cuerpo. Al descender, la espada le abrió un tajo en el cuello y la espalda, y la mujer expiró sobre el caballero caído.

—Éste fue un acto de villanía, hermano mío —dijo Gaheris con amargura—, un acto ignominioso que se clavará en tu memoria. Él pidió clemencia y no se la otorgaste. Un caballero sin clemencia es un caballero sin honor.

Gawain quedó pasmado por la muerte de la hermosa dama.

—Levántate —le dijo al caballero—. Te perdono la vida.

—¿Cómo puedo creerte —replicó el caballero— cuando vi la cobarde estocada que mató a mi dulce y querida señora?

—Lo lamento —dijo Gawain—. No era mi propósito matarla a ella, sino a ti. Te dejo en libertad a condición de que te presentes ante el rey Arturo y le cuentes toda la historia y le digas que te envía el caballero de la Aventura del Venado Blanco.

—¿Qué me importan ahora tus condiciones —dijo el caballero—, cuando no me importan la muerte ni la vida?

Pero cuando sir Gawain se dispuso a matarlo, mudó de parecer y prefirió obedecerle, y Gawain lo obligó a llevar un sabueso muerto delante de él, sobre su montura, y el otro detrás, como testimonio de su veracidad.

—Antes de irte, dime tu nombre —dijo sir Gawain.

—Soy sir Blamoure de la Marys —dijo el caballero, y partió rumbo a Camelot.

En cuanto se fue, Gawain regresó al castillo y entró a una alcoba para quitarse la armadura, pues estaba agotado y quería descansar. Gaheris lo siguió y le dijo:

—¿Qué estás haciendo? No puedes quitarte las armas en este lugar. En cuanto se sepa lo que hiciste, surgirán enemigos por todas partes.

Y no acababa de decirlo cuando cuatro caballeros bien armados irrumpieron con escudos y espadas desenvainadas y maldijeron a Gawain, diciéndole:

—Recién te han armado caballero y ya has mancillado tu condición, pues un caballero inmisericorde carece de honra. Además has matado a una bella dama y eso pesará en tu nombre para siempre. —Y uno de los caballeros le tiró un tajo y lo hizo tambalear, pero Gaheris acudió en socorro de su hermano y los dos se defendieron contra los cuatro, quienes atacaron todos a un tiempo. Entonces uno de los caballeros retrocedió, tomó un arco y disparó una flecha con punta de acero al brazo de Gawain, para que no pudiera defenderse, y los hermanos no habrían tardado en ser vencidos si cuatro damas no hubiesen irrumpido en la sala a clamar por sus vidas. Y ante el requerimiento de las bellas damas, los caballeros perdonaron la vida de los hermanos y los tomaron prisioneros.

En las primeras horas de la mañana, cuando Gawain yacía gimiendo en el lecho, una de las damas lo oyó y acudió a él.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Nada bien —dijo Gawain—. Estoy dolorido y quizá mutilado de por vida.

—Es por tu culpa —dijo ella—. Fue una vileza matar a la señora del castillo. ¿No eres acaso uno de los caballeros del rey Arturo?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Señora, soy sir Gawain, hijo del rey Lot de Orkney. Mi madre es hermana del rey Arturo.

—Eres sobrino del rey —dijo la dama—. Bien, intercederé en tu favor.

Y cuando ella explicó a los caballeros de quién se trataba lo dejaron ir, porque eran leales al rey Arturo. Y le dieron la cabeza del venado blanco como muestra de que había llevado a término su aventura. Pero en castigo le colgaron del cuello la cabeza de la dama muerta y lo obligaron a llevar delante de él, a lomos de su montura, el tronco decapitado.

Y cuando por fin sir Gawain arribó a Camelot y compareció ante el rey y sus vasallos, refirió toda la historia con humildad y franqueza.

El rey y la reina se disgustaron con él por haber matado a la dama del castillo. Entonces Ginebra le impuso a Gawain la empresa de defender a todas las damas y honrarlas mientras viviera. Y además le ordenó que siempre ejerciera la cortesía y otorgara clemencia cuando se la pidiesen.

Y sir Gawain juró por los cuatro Evangelistas que cumpliría con esos requerimientos.

And thus endith the adventure of Sir Gawayne that he did at the mariage of Arthure

[Con lo cual toca a su fin la aventura emprendida por sir Gawain durante la boda de Arturo]

Pasemos ahora a la aventura de sir Tor.

Cuando estuvo armado y dispuesto, partió en persecución del caballero que se había llevado a la perra blanca, y en su camino se cruzó con un enano que le cerró el paso. Cuando sir Tor intentó avanzar, el enano fustigó la

cabeza del caballo con una vara, haciéndolo retroceder y tambalearse.

—¿Por qué hiciste eso? —inquirió Tor.

—No puedes pasar por aquí a menos que lidies con esos dos caballeros —dijo el enano.

Entonces Tor vio en un claro dos pabellones y dos lanzas apoyadas contra sendos árboles y dos escudos que pendían de las ramas.

—Ahora no puedo detenerme —dijo Tor—. Tengo una misión que cumplir y debo seguir adelante.

—No puedes pasar —retrucó el enano soplando su cuerno, que sonó ronco y agudo.

Un caballero armado salió de atrás de las tiendas, tomó lanza y escudo y arremetió sobre sir Tor, pero el joven lo encontró en mitad de la carrera y lo derribó.

Entonces el caballero caído se rindió y pidió misericordia y le fue concedida.

—Aunque, caballero —añadió—, mi compañero querrá batirse contigo.

—En buena hora —dijo Tor.

El segundo caballero acometió a todo galope y su lanza se astilló con el impacto, mientras la lanza de Tor penetraba por debajo del escudo hiriéndole el flanco, aunque sin matarlo. Mientras su adversario hacía esfuerzos por incorporarse, sir Tor se apresuró a desmontar y a golpearlo con fuerza en el yelmo, y el caballero cayó por tierra y rogó por su vida.

—Te concedo la vida —dijo Tor—, pero ambos debéis ir al rey Arturo y someteros a él como prisioneros míos.

—¿Quién diremos que nos derrotó? —preguntaron.

—Decid que os envía el que partió en busca del caballero y la perra blanca. Ahora en marcha, y Dios os dé prisa y también a mí.

Entonces el enano se le acercó y pidió un favor.

—¿Qué deseas? —preguntó Tor.

—Sólo servirte —dijo el enano.

—Muy bien, toma un caballo y acompáñame.

—Si vas en busca del caballero de la perra blanca, puedo conducirte hasta él.

—Llévame entonces —dijo sir Tor, y se internaron en el bosque y al fin encontraron una iglesia, y detrás de ella había dos tiendas, y frente a una de ellas pendía un escudo rojo y frente a la otra un escudo blanco.

Entonces sir Tor desmontó y le pasó la lanza al enano y se dirigió al pabellón del escudo blanco y en su interior vio a tres doncellas durmiendo. Miró dentro de la otra tienda y vio a una dama durmiendo y junto a ella la perra blanca que buscaba, que le ladró con ferocidad. Sir Tor aferró al animal y se lo llevó al enano. Los aullidos de la perra despertaron a la dama, quien salió de la tienda inmediatamente seguida por las tres doncellas. Y la dama lo interpeló:

—¿Por qué te llevas mi perra?

—Vine en procura de esta perra desde la corte del rey Arturo —dijo Tor.

—Caballero —dijo la dama—, no llegarás muy lejos con ella sin que te encuentres con un oponente.

—Por la gracia de Dios, mi señora, aceptaré lo que Él disponga —dijo sir Tor, y montó y volvió grupas hacia Camelot, pero como ya anochecía le preguntó al enano si conocía algún alojamiento en los alrededores.

—Lo único que hay es una ermita —dijo el enano—. Debemos conformarnos con lo que encontremos. —Y lo condujo a una oscura celda de piedra próxima a una capilla, y apacentaron a los caballos y el ermitaño les dio lo que tenía para cenar, un poco de pan duro, y durmieron sobre el helado piso de piedra. Por la mañana oyeron misa en la capilla y luego sir Tor solicitó la bendición y las plegarias del ermitaño y por fin continuaron viaje rumbo a Camelot.

No habían andado largo trecho cuando un caballero los siguió al galope, diciendo:

—Caballero, devuélveme la perra que le quitaste a mi señora.

Sir Tor se volvió y vio que el caballero era un hombre de hermosas facciones, bien montado y bien armado de todo punto. Entonces le pidió la lanza al enano, embrazó el escudo y acometió a toda carrera. El impacto derribó a los caballos, y los dos jinetes se desembarazaron de sus

monturas y echaron mano a la espada y lucharon como leones. Las espadas hendieron escudos y armaduras y ambos se hirieron con saña. La sangre se escurría espesa y caliente por las cotas de malla, y una inmensa fatiga se adueñó de los contendientes.

Pero sir Tor vio que su adversario tenía menos bríos que él y, sacando fuerzas de flaqueza, redobló el ataque, hasta que lo arrojó por tierra de una estocada y le exigió la rendición.

—Mientras tenga vida y alma no me rendiré a menos que me des la perra blanca.

—Eso es imposible —dijo sir Tor—. Me han ordenado llevarte a ti y a la perra blanca al rey Arturo.

En eso se acercó una dama a lomos de un palafrén, contuvo las riendas y dijo:

—Te pediré una gracia, gentil caballero. Y si amas al rey Arturo me la concederás.

Y Tor respondió, irreflexivamente:

—Pide lo que quieras. Es tuyo.

—Gracias, noble señor —dijo ella—. Este caballero caído es sir Arbellus y es un asesino y un falso caballero. Exijo su cabeza.

—Me arrepiento de mi promesa —dijo Tor—. Si te ha injuriado, quizá pueda hacer algo para satisfacerte.

—Sólo su muerte puede satisfacerme —dijo la mujer—. Luchó contra mi hermano y lo venció y mi hermano pidió piedad. Y yo me arrodillé en el barro e intercedí por la vida de mi hermano, pero él no me escuchó y lo mató ante mis ojos. Es un villano y ha herido a muchos buenos caballeros. Ahora cumple con tu promesa o te humillaré en la corte del rey Arturo proclamando que no cumples tus juramentos.

Cuando Arbellus escuchó esto sintió gran temor y se puso en manos de sir Tor y le pidió misericordia.

Y Tor quedó perplejo.

—Hace un momento —dijo— te ofrecí clemencia y te negaste a rendirte a menos que te diera la perra blanca. Pero ahora que hice una triste promesa, te rindes y pides la clemencia que rehusabas.

Entonces el atemorizado Arbellus se volvió y huyó hacia los árboles, y sir Tor lo persiguió y de un tajo lo derribó y le dio muerte, y luego contempló el cadáver con ojos fatigados.

—Bien hecho —dijo la dama, acercándose—. Era un asesino. Cae la noche y estás agotado. Ven a mi casa y tómate un descanso.

—Lo haré —dijo Tor—. Mi montura y yo hemos descansado poco y comido menos desde que salimos de Camelot para llevar a término esta aventura.

Entonces acompañó a la dama y al llegar a la casa lo recibió su esposo, un caballero anciano y honorable. Le sirvieron de comer y beber y le ofrecieron un cómodo lecho, y él se tendió en el lecho y durmió profundamente. Y por la mañana, después de misa, se dispuso a despedirse del viejo caballero y su joven esposa, y ellos le preguntaron su nombre.

—Me llamo sir Tor —dijo él—. Acaban de armarme caballero y ésta era mi primera aventura, la de buscar a Arbellus y la perra blanca para llevarlos a la corte del rey Arturo.

—La has llevado a buen término —dijo la dama—. Y cuando en el futuro pases cerca de aquí, ésta es tu casa, donde siempre te serviremos y daremos la bienvenida.

Y luego sir Tor volvió a Camelot y llegó al mediodía del día tercero, cuando el rey y la reina estaban en el salón con sus vasallos. Lo recibieron con alegría y, según era costumbre, Tor refirió sus peripecias y demostró su veracidad con la perra blanca y el cadáver de Arbellus, con gran contento del rey y la reina. Y dijo Merlín:

—Partió a la ventura sin ayuda ni servidores. Pellinore, su padre, le dio un viejo rocín, y Arturo una armadura y una espada gastadas. Pero esto no es nada en comparación con lo que hará, mi señor. Será un valeroso y noble caballero, gentil, leal y cortés, y nunca mancillará su condición de tal.

Y cuando hubo hablado Merlín, el rey Arturo le otorgó a sir Tor le Fise Aries un condado y un sitio de honor en la corte.

And here endith the queste of Sir Torre
Kynge Pellynors sonne

[Con lo cual toca a su fin la aventura de sir Tor, hijo del rey Pellinore]

Pasemos ahora a la aventura que tuvo sir Pellinore con la dama llevada de la corte por la fuerza.

Mientras el rey Arturo y su noble cofradía permanecían a la borrosa luz del salón, festejando y escuchando querellas y canciones juglarescas, sir Pellinore fue a sus aposentos y se armó, hizo equipar y enjaezar a su caballo, y luego montó y cabalgó al trote largo en persecución de la dama que había sido involuntariamente arrastrada por un caballero desconocido. Y se internó en la floresta y llegó a un valle amparado por una arboleda baja, donde, junto a un rumoroso manantial, vio a una doncella sentada en el suelo alfombrado de musgo, con un caballero herido en sus brazos. Y cuando la doncella vio venir a sir Pellinore, lo llamó de este modo:

—Ayúdame, caballero, por el amor de Cristo.

Pero Pellinore, ansioso por llevar a cabo su empresa, no quiso detenerse. Y la doncella clamó lastimeramente, pero cuando vio que él no estaba dispuesto a socorrerla elevó una plegaria en voz alta, rogándole a Dios que Pellinore se encontrara alguna vez en circunstancias igualmente apremiantes y nadie acudiera en su ayuda. Se dice que el caballero herido prontamente murió en brazos de la doncella, quien, desesperada, se quitó la vida.

Pero Pellinore continuó su camino a través del valle hasta que en el sendero se cruzó con un humilde labriego y le preguntó si había visto a un caballero que llevaba a una dama contra su voluntad.

—Por cierto que los vi —dijo el hombre—. Los vi pasar y la dama se quejaba tan sonoramente que su voz vibraba en todo el valle. Un poco más allá —dijo el labriego— veréis dos pabellones. Uno de los caballeros que hay allí desafió al acompañante de la dama diciendo

que era su prima. Entonces uno dijo que la dama le pertenecía por derecho de fuerza y el otro que era suya por derecho de sangre, y tras discutir e insultarse y desafiarse, se trabaron en lucha. No conviene a un hombre humilde estar cerca de dos caballeros con ánimo de batallar, de modo que me alejé para evitar problemas. Pero si os apuráis podréis verlos en plena contienda. En un pabellón, bajo la custodia de dos escuderos, la dama aguarda a que el combate decida su suerte.

—Te agradezco —dijo Pellinore, y picó espuelas y no tardó en llegar a los pabellones, donde la lid por cierto continuaba mientras la dama observaba al amparo de la tienda.

Pellinore se acercó a ella y le dijo:

—Bella señora, debes acompañarme a la corte del rey Arturo. Es mi deber llevarte conmigo.

Pero los escuderos se pusieron delante de ella y dijeron:

—Señor, puedes ver que hay dos caballeros luchando por esta dama. Ve a apartarlos, y si ellos están de acuerdo puedes hacer con ella lo que te plazca. De lo contrario no podemos dejarla ir.

—Veo que obedecéis órdenes —dijo Pellinore, y salió al campo e interpuso su montura entre ambos contendientes y cortésmente les preguntó por qué combatían.

—Caballero —dijo uno de ellos—, esa dama es mi prima, y cuando la oí gritar porque la llevaban contra su voluntad, reté a este hombre que abusaba de ella.

—Soy sir Ontelake de Wenteland —dijo el otro con aspereza—. Tomé a esta dama por la fuerza de mi bravura y de mis armas, según es mi derecho.

—No es verdad —dijo Pellinore—. Yo estaba presente y vi lo sucedido. Viniste armado a la fiesta nupcial del rey Arturo, donde estaban vedadas las armas y la violencia, y te adueñaste de esta dama antes que cualquiera pudiese ir en busca de una espada e impedírtelo. Y como has quebrantando la ley de la corte real, es mi deber llevarla a ella y también a ti, siempre que te deje con vida. Pues créeme, caballero, le prometí al rey Arturo que la llevaría

de regreso. Por lo tanto, dejad de lidiar, porque ninguno se quedará con ella. Claro que si cualquiera de los dos quiere luchar conmigo por su causa, estoy muy dispuesto a daros satisfacción.

Entonces los dos caballeros que tan encarnizadamente habían intentado matarse unieron sus fuerzas y exclamaron:

—Antes de llevártela, tendrás que luchar con nosotros.

Cuando sir Pellinore trató de apartar su montura, sir Ontelake hundió su espada en el flanco del caballo y lo mató y gritó:

—Ahora estás a pie, igual que nosotros.

Sir Pellinore saltó ágilmente de la bestia caída y desenvainó la espada.

—Ése fue un acto de cobardía —comentó con amargura—. Cuida tu salud, amigo mío, porque aquí tengo un remedio para los hombres que apuñalan caballos. —Y así diciendo, Pellinore blandió la espada y de un tajo partió el yelmo de Ontelake y le abrió la cabeza hasta la barbilla, dejándolo muerto.

Luego Pellinore se volvió hacia el otro, pero el caballero había presenciado la tremenda fuerza del golpe de Pellinore y cayó de hinojos y dijo:

—Llévate a mi prima y lleva a término tu misión, pero te pido, en calidad de caballero, que no vayas a mancillarla.

—¿No vas a luchar por ella?

—No, no con un caballero como tú después de lo que he visto.

—Bien —dijo Pellinore—, no tengo por costumbre deshonrar mi condición de caballero. Te prometo no importunar a esa dama. Ahora necesito un caballo. Tomaré el de Ontelake.

—No —dijo el caballero—. Ven, come y alójate conmigo y te daré un caballo mucho mejor que ése.

—De acuerdo —dijo Pellinore. Y esa noche se holgó, tomó buen vino y durmió plácidamente, y por la mañana, después de misa, desayunó.

—Quisiera saber tu nombre —dijo su anfitrión—, puesto que te llevas a mi prima.

—Es razonable. Mi nombre es Pellinore, rey de las Islas y caballero de la Tabla Redonda.

—Me honra que un caballero de tanta fama escolte a mi prima. Mi nombre, señor, es Meliot de Logurs y mi prima se llama Nyneve. El caballero del otro pabellón, mi hermano de armas, es sir Bryan de las Islas, hombre puro. Jamás pelea a menos que lo obliguen.

—Me intrigaba que no saliera a luchar conmigo —dijo Pellinore—. Tráelo alguna vez a la corte. Allí serás bienvenido.

—Iremos juntos alguna vez —dijo sir Meliot.

Luego Pellinore montó a caballo y la dama lo acompañó y ambos partieron rumbo a Camelot. Pero mientras atravesaban un valle rocoso, la montura de la dama resbaló y rodó y ella quedó maltrecha por la caída.

—Tengo el brazo herido. No podré seguir por un rato —explicó la dama.

—Muy bien, descansaremos aquí —dijo Pellinore, y la condujo a un sitio agradable y cubierto de hierba, bajo un árbol frondoso, y allí se tendió junto a ella y no tardó en dormirse y sólo despertó ya entrada la noche. Al despertar, Pellinore estaba ansioso por partir, pero la dama dijo:

—Está muy oscuro. No podríamos hallar el camino. Quítate la armadura y reposa hasta el alba.

Poco antes de medianoche oyeron un trotar de cascos.

—Silencio —dijo Pellinore—. Algo extraño ocurre. Los hombres no suelen cabalgar de noche. —Y sin hacer ruido vistió la armadura, se ató las correas y guardaron silencio. Luego entrevieron en las cercanías, en el sendero por el que habían venido, las vagas figuras de dos caballeros que se encontraban. Uno venía de Camelot y el otro del norte, y ambos hablaban quedamente.

—¿Qué noticias hay de Camelot? —dijo uno.

—Estuve en la corte —respondió el otro—, pero no sabían que iba en calidad de espía. Y te digo que el rey Arturo ha congregado una hermandad de caballeros

como no la hay en parte alguna. Y la fama de estos caballeros de la Tabla Redonda ya circula por el mundo entero. Voy hacia el norte para comunicarle a nuestros jefes que el rey Arturo se ha vuelto muy poderoso.

—Tengo conmigo el remedio para ese poder —dijo el otro—, un polvillo que hará polvo sus fuerzas. Un hombre de confianza y allegado al rey nos prometió, por una suma determinada, verter este veneno en la copa de Arturo. Entonces su poder se acabará.

—En ese caso, cuidado con Merlín —advirtió el primer caballero—. Él puede detectar esas maquinaciones.

—Seré cauteloso, pero no tengo miedo —dijo el otro. Se despidieron y cada cual siguió por donde venía.

En cuanto se alejaron, Pellinore se apresuró a partir y no dejaron de cabalgar hasta el alba. Las primeras luces los sorprendieron frente al manantial donde Pellinore había rehusado socorrer a la dama y al caballero herido. Las fieras los habían lacerado y devorado y sólo quedaban sus cabezas. Pellinore rompió a llorar.

—Pude haberle salvado la vida —gimió—, pero el afán de mi aventura me impidió escuchar sus súplicas.

—No era tu misión salvarla. ¿Por qué causa estás triste? —preguntó ella con esa típica indiferencia de las mujeres hacia otras mujeres.

—No lo sé —dijo Pellinore—, pero me desgarra el corazón ver sin vida a esta doncella, tan joven y hermosa, cuando pude haberla socorrido.

—Entonces te aconsejo que sepultes los restos del caballero y le lleves al rey Arturo la cabeza de la doncella, y que él juzgue qué correspondía hacer.

—Ella lanzó sobre mí una maldición espantosa —dijo Pellinore.

—Cualquiera puede maldecir. Tenías por delante una misión —dijo Nyneve con sequedad—. Yo era tu misión.

Luego Pellinore encontró en las cercanías a un santo eremita y le pidió que enterrara los huesos del caballero en suelo consagrado y que rezara por su alma. Y como recompensa, le dio al ermitaño la armadura del caballero. Después tomó la rubia cabeza de la doncella, y al ver

ese rostro joven y encantador su ánimo se ensombreció.

Al mediodía llegaron a Camelot, donde Arturo y Ginebra y la noble hermandad celebraban un festín. Y Pellinore refirió su aventura a los presentes y juró por los cuatro Evangelistas que cada palabra era cierta.

—Sir Pellinore —dijo entonces la reina Ginebra—, has cometido una falta grave al no salvar la vida de la doncella.

—Señora, falta grave sería la tuya si, pudiendo salvar tu propia vida, rehusaras hacerlo. Mi congoja es mayor que tu displacer, pues yo estaba tan ensimismado en mi aventura que no podía esperar, y esto pesará en mi conciencia todos los días de mi vida.

Todos se volvieron hacia Merlín, pues en esta historia parecía repercutir un presagio del destino.

Merlín tenía ojos tristes al hablar.

—Tienes mucha razón en arrepentirte de tu irreflexiva premura —dijo—. Esta doncella era Alyne, tu propia hija, nacida de tu amor por lady de Rule. Y el caballero era sir Myles de las Landas, amado de ella y hombre honesto. Venían a la corte para celebrar sus bodas, cuando un cobarde caballero, Loraine le Sauvage, atacó a sir Myles por la espalda y lo traspasó con su lanza. Cuando rehusaste ayudarla, la desconsolada Alyne se quitó la vida con la espada de su amado. —Merlín hizo una pausa y añadió:— Recordarás que ella te maldijo. Pues bien, esa maldición será tu destino. Tu mejor amigo te abandonará cuando más lo necesites, tal como tú abandonaste a tu hija. Aquel en quien más confías dejará que te maten.

—Tus palabras me llenan de aflicción —dijo Pellinore—, pero creo que Dios puede torcer los destinos. Debo tener fe en ello.

Y así culminaron las aventuras de las Bodas del Rey Arturo, y al cabo se dictaron las leyes de la Tabla Redonda y todos los caballeros de la hermandad juraron cumplirlas. Juraron que jamás usarían de la violencia sin un buen propósito, para no incurrir en el asesinato o la traición. Juraron por su honra ser clementes cuando les pi-

dieran clemencia, y proteger a las doncellas, damas, señoras y viudas, y defender sus derechos sin jamás someterlas por la fuerza a sus deseos carnales. Y prometieron no luchar nunca por una causa injusta o en provecho personal. Todos los caballeros de la Tabla Redonda adhirieron a este pacto, y todos los años, en Pascua de Pentecostés, renovaban el juramento.

Explicit the Wedding of Kyng Arthur

[Fin de las Bodas del Rey Arturo]

LA MUERTE DE MERLÍN

Cuando Merlín vio a Nyneve, la doncella que Sir Pellinore había traído a la corte, supo que se encontraba con su destino, pues en su pecho de anciano el corazón brincó como el corazón de un mozo y su deseo se impuso a la edad y la sabiduría. Merlín deseó a Nyneve más que a la vida, tal como lo había previsto, y la acosó sin darle reposo. Y Nyneve, usando de sus poderes sobre este Merlín imbecilizado por la vejez, ofreció su compañía a cambio de las artes del mago, pues era una de las doncellas de la Dama del Lago y gustaba de los prodigios.

Merlín no ignoraba la verdad de los hechos y conocía la fatídica culminación, pero su corazón enloquecía por la Doncella del Lago y nada podía hacer por evitarlo.

Fue al rey Arturo y le manifestó que era llegada la hora que una vez había predicho, pues su fin no estaba muy lejos. Le habló al rey sobre cosas futuras y le dio instrucciones sobre cómo afrontar el porvenir. Y ante todo le advirtió que cuidara con afán de la espada Excalibur y más aún de la vaina de la espada.

—Te la sustraerá alguien en quien confías —dijo Merlín—. Tienes enemigos que no conoces. —Y sentenció:— Me echarás de menos. Vendrá el tiempo cuando querrás dar tu reino por tenerme contigo.

—Esto es incomprensible —dijo el rey—. Eres el hombre más sabio de este mundo y sabes lo que está por ocurrirte. ¿Por qué no elaboras un plan para ponerte a salvo?

—Porque soy sabio —respondió Merlín con serenidad—. En la lid entre la sabiduría y los sentimientos, la sabiduría nunca triunfa. Te he predicho el futuro con certeza, mi señor, pero no por saberlo podrás cambiarlo siquiera en el grosor de un cabello. Cuando llegue la hora, tus sentimientos te precipitarán a tu destino. —Y

Merlín se despidió del rey que él mismo había creado.

Se alejó de la corte en compañía de Nyneve, y adondequiera que ella iba, él la seguía. Sabiendo el poder que ejercía sobre el anciano, la doncella rehusaba concederle sus favores, y Merlín, devorado por la ansiedad, invocaba sus artes mágicas para vencer esa resistencia. Pero Nyneve sabía que él apelaría a sus artes secretas y le dijo que si deseaba poseerla debía jurar que no utilizaría la nigromancia con esos fines. Y Merlín, con su vejez consumida por el deseo, hizo ese juramento y selló su destino.

La mal avenida pareja iba incesantemente de un lado a otro. Cruzaron el Canal, hacia Francia y llegaron a Benwick, donde reinaba Ban y aún proseguía la guerra contra el rey Claudas.

La esposa del rey Ban era la reina Elaine, una dama bella y discreta, quien le suplicó a Merlín que los ayudara a terminar la guerra. Y mientras hablaban, entró el joven hijo de Elaine y Merlín lo miró atentamente.

—No te preocupes —dijo Merlín—. Este muchacho derrotará a Claudas dentro de veinte años y, lo que es más, tu hijo está destinado a ser el caballero más grande del mundo y su fama y su memoria endulzarán y confortarán a los siglos venideros. Sé que primero lo llamaste Galahad, pero al bautizarlo lo llamaste Lanzarote.

—Sí, es verdad —dijo la reina Elaine—. Primero lo llamé Galahad. Pero dime, Merlín, ¿viviré para ser testigo de esa grandeza?

—Te aseguro que sí, y aún después vivirás durante muchos años más.

Nyneve, incitada por el tedio y el desasosiego, abandonó la corte de Ban perseguida por Merlín, quien le imploraba que yaciera con él y aplacara su deseo, pero ella estaba harta de su compañía y cansada de tolerar a un viejo. Además Merlín la intimidaba, pues tenía fama de ser hijo del Diablo. Pero no podía librarse de él, pues Merlín, con súplicas y gemidos, la seguía adondequiera que fuese.

Entonces Nyneve, con la innata astucia de las doncellas, empezó a interrogar a Merlín acerca de sus artes

mágicas, insinuándole que le daría sus favores a cambio del conocimiento. Y Merlín, con la innata desazón de los hombres, no pudo evitar iniciarla en sus arcanos a pesar de que preveía sus intenciones. Y cuando regresaron a Inglaterra y cabalgaron lentamente por la costa rumbo a Cornualles, Merlín le mostró innúmeras maravillas, y cuando le pareció que al fin despertaba el interés de Nyneve, le reveló cómo obrar prodigios y puso en sus manos los instrumentos para el sortilegio, le suministró los antídotos mágicos contra la magia, y por último, en su ñoñez, le enseñó los hechizos que no pueden quebrarse por ningún medio. Y como ella batía las palmas con juvenil alegría, el anciano, para complacerla, creó un aposento colmado de increíbles maravillas bajo un enorme peñasco, y con sus artes lo proveyó de comodidades, riquezas y hermosuras, para hacer de ese lugar el magnífico recinto que presenciara la consumación de su amor. Y los dos se internaron por un pasaje en la roca y entraron al cuarto de las maravillas, revestido de oro e iluminado por muchas velas. Merlín se adelantó para mostrárselo a su amada, pero Nyneve retrocedió y obró el espantoso encantamiento que no puede quebrarse por ningún medio, y el pasaje se cerró y Merlín quedó atrapado para siempre, clamando a través de la roca por su liberación, con voz apenas perceptible. Y Nyneve montó a caballo y se alejó. Y Merlín sigue encerrado allí hasta el día de hoy, pues todo se cumplió tal como él lo había previsto.

Poco después de la gran fiesta nupcial, el rey Arturo trasladó la corte a Cardolle, donde recibió amargas nuevas. Cinco reyes —el de Dinamarca y su hermano, el rey de Irlanda, junto con los reyes del Val, de Sorleyse y de la Isla de Longtaynse— se habían mancomunado y habían invadido Inglaterra con un gran ejército, devastándolo todo a su paso, castillos, ciudades y ganado, y matando a quienes no podían huir. Cuando Arturo se enteró, dijo con voz extenuada:

—Desde que soy rey no tuve un mes de reposo. Y ahora no podré descansar hasta haber enfrentado y destruido a estos invasores. No puedo permitir que destruyan a mi pueblo. Quienes estén dispuestos a seguirme, que se preparen.

Y algunos de los barones protestaron en secreto, porque ansiaban vivir ociosamente. Pero Arturo envió un mensaje a sir Pellinore pidiéndole que reclutara a cuantos hombres de armas le fuera posible, y que se apresurara a reunirse con él. Y también envió cartas a todos los barones que no estaban en la corte para que se reunieran con él en cuanto pudiesen. Finalmente, fue a ver a Ginebra y le dijo que se dispusiera a acompañarlo.

—No puedo soportar tu ausencia —dijo Arturo—. Si estás conmigo, crecerá mi valor en la batalla, pero no quiero ponerte en peligro, señora mía.

—Señor, me someto a tus deseos —respondió la reina—. Cuando quieras, estoy dispuesta.

A la mañana siguiente el rey y la reina iniciaron la marcha acompañados por los vasallos que estaban en la corte, y rápidamente enfilaron hacia el norte a marcha forzada, hasta que llegaron a las márgenes del río Húmber y acamparon allí.

Un espía comunicó a los cinco reyes que Arturo ya estaba en el norte del país, y el hermano de uno de los reyes habló en el consejo.

—Debéis saber —dijo— que este Arturo trae consigo a la flor de la caballería, según lo demostró al batallar contra los once señores rebeldes. Al presente no tiene con él gran número de tropas, pero sus hombres no tardarán en reunírsele. Por lo tanto, debemos atacarlo pronto, pues cuanto más esperemos, más fuerte será él y más débiles nosotros. Os digo que es un rey tan temerario que aceptará combatir aun contra un ejército más numeroso. Ataquémoslo antes del alba y diezmemos sus fuerzas antes que los refuerzos vengan en su socorro.

Los cinco reyes asintieron y rápidamente avanzaron por el norte de Gales. Sorprendieron al rey Arturo por la noche, cuando sus hombres dormían en las tiendas. El

rey Arturo yacía en su tienda junto a la reina Ginebra. Cuando sobrevino el ataque, despertó sobresaltado, gritando:

—¡A las armas! ¡Traición! —Y se apresuró a ceñirse la armadura mientras el estrépito y el griterío y el clamor de las armas reverberaban en la oscuridad.

Pronto llegó a su tienda un caballero herido y exclamó:

—Mi señor, salva tu vida y la de tu reina. Perdemos terreno y muchos de los nuestros perecen.

Entonces Arturo montó en compañía de Ginebra y sólo tres caballeros, sir Kay, sir Gawain y sir Gryfflet, y cabalgaron hacia el Húmber para intentar cruzarlo y ponerse a salvo, pero la turbulencia de las aguas les impidió atravesarlas.

—Debemos optar —dijo Arturo— entre defendernos o arriesgarnos a cruzar. Estad seguros de que nuestros enemigos nos matarán si pueden hacerlo.

—Prefiero morir en el agua antes que ser capturada y muerta por nuestros enemigos —dijo la reina.

Mientras hablaban, sir Kay vio a los cinco reyes cabalgando a solas, sin custodia.

—Mirad —dijo—, allá están los jefes. Ataquémoslos.

—Sería una torpeza —dijo sir Gawain—. Son cinco y nosotros sólo cuatro.

—Lucharé contra dos de ellos si vosotros enfrentáis al resto —dijo sir Kay. Y así diciendo, puso la lanza en ristre y acometió contra sus adversarios, y su hierro dio en el blanco y traspasó el cuerpo de un rey y lo derribó. Luego sir Gawain se trabó en lucha con otro rey y lo mató de un lanzazo. Sir Gryfflet desmontó a un tercero con tal fuerza que su enemigo se partió el cuello al caer. El rey Arturo derribó y dio muerte al cuarto, y luego, tal como lo había prometido, sir Kay enfrentó al quinto y de un tajo partió las correas del yelmo y lo decapitó.

—Combatiste magníficamente —dijo Arturo—. Cumpliste tu promesa y haré que tengas tu recompensa.

Luego descubrieron en la orilla una balsa para poner a salvo a la reina, quien le dijo a sir Kay:

—Si amas a alguna doncella y ella no corresponde a tu amor, es una necia. Hiciste una gran promesa y la cumpliste grandemente, y yo me encargaré de que tu fama se difunda por toda la tierra. —Luego la balsa zarpó, llevándose a la reina por el río.

Arturo y sus tres caballeros se internaron en el bosque en busca de los hombres que pudiesen haber escapado al sorpresivo ataque, y hallaron a muchos de ellos y les dijeron que los cinco reyes habían muerto.

—Permanezcamos ocultos hasta la plena luz del día. Cuando el enemigo vea muertos a sus jefes, cundirá entre ellos el desánimo.

Sucedió tal como Arturo lo había supuesto. Cuando descubrieron los cadáveres de sus reyes, los invasores fueron presas del pánico y muchos de ellos se apearon sin atinar a hacer nada. Y entonces Arturo lanzó un ataque sobre esos hombres desmoralizados y sembró la muerte a diestro y siniestro, y con sus pocos guerreros se impuso sobre muchos, y muchos otros huyeron aterrorizados. Y al finalizar la batalla, el rey Arturo se hincó de rodillas y dio gracias a Dios por la victoria. Luego mandó buscar a la reina, y cuando ella llegó, el rey la recibió con jubilosa gratitud. Más tarde llegó sir Pellinore con un inmenso ejército y saludó al rey y contempló maravillado lo que había acontecido. Cuando contaron a sus muertos, sumaron doscientos hombres y ocho caballeros de la Tabla Redonda, ultimados en sus tiendas antes de tomar las armas.

Entonces Arturo ordenó erigir una abadía en el campo de batalla en señal de agradecimiento, y la dotó de tierras para su manutención. Y cuando las nuevas de la victoria trascendieron la frontera, los enemigos se atemorizaron y cuantos habían proyectado atacar a Arturo desistieron de su propósito.

Arturo regresó a Camelot y le dijo a Pellinore:

—Ahora hay ocho asientos vacantes en nuestra Tabla Redonda. Han muerto ocho de nuestros mejores caballeros. Será difícil reemplazarlos.

—Señor —dijo Pellinore—, hay en esta corte hombres

de valía, de edades diversas. Mi consejo es que elijas a cuatro de los caballeros más veteranos y a cuatro de los más jóvenes.

—Muy bien —dijo el rey—. ¿A cuáles sugieres entre los primeros?

—El esposo de tu hermana Morgan le Fay, sir Uryens, en primer lugar; luego el caballero conocido como Rey del Lago; en tercer lugar, el noble caballero sir Hervis de Revel; y por último sir Galagars.

—Buena elección —dijo Arturo—. ¿Y a quién prefieres entre los más jóvenes?

—En primer lugar tu sobrino sir Gawain, mi señor. Es tan buen caballero como el que más. Luego, sir Gryfflet, quien te ha prestado buenos servicios en dos guerras, y en tercer lugar, sir Kay el Senescal, tu hermano de leche, cuya fama crece cada día.

—Tienes razón —dijo el rey—. Sir Kay sería digno de la Tabla Redonda aunque nunca volviera a combatir. ¿Pero a quién escogeremos en cuarto lugar? Queda un sitio vacante.

—Sugiero dos nombres, señor, pero tú debes elegir entre ellos: sir Bagdemagus y mi hijo sir Tor. Como es mi hijo, no corresponde que lo elogie, pero si no fuera mi hijo yo diría que no hay caballero de su edad que se le compare.

—Tienes razón al ponderarlo —dijo el rey Arturo con una sonrisa—. Pero como no es hijo mío, puedo decir sin reservas que es tan buen candidato como cualquiera de los que has mencionado. Lo veo emprendedor. Ha pasado su prueba. Dice poco y actúa mucho. Es de buena cuna y muy semejante al padre en coraje y cortesía. Por lo tanto, optaré por él y dejaré a sir Bagdemagus para otra oportunidad.

—Gracias, mi señor —dijo Pellinore.

Luego los ocho caballeros fueron propuestos para integrar la hermandad y aceptados unánimemente, y hallaron en sus sitios sus nombres inscriptos en caracteres de oro, y los nuevos caballeros tomaron asiento frente a la Tabla Redonda.

Pero sir Bagdemagus se sintió mortificado y enfurecido porque lo hubieran elegido a sir Tor y no a él. Se armó y dejó la corte seguido por su escudero, y los dos se internaron en el bosque hasta que llegaron a una cruz erigida en una encrucijada del sendero. Bagdemagus se apeó y pronunció devotamente sus oraciones, pero su escudero descubrió una inscripción en la cruz que decía que sir Bagdemagus jamás regresaría a la corte hasta no haber derrotado a un caballero de la Tabla Redonda en singular combate.

—Mira —dijo el escudero—, esta inscripción te concierne. Debes regresar y retar a uno de los caballeros del rey.

—Nunca regresaré hasta que los hombres proclamen mi honra y me juzguen digno de ser un caballero de la Tabla Redonda. —Y montó a caballo y galopó obstinadamente, y en un pequeño cenagal encontró una planta que simbolizaba al Santo Grial, y entonces sintió regocijo en su corazón, pues era fama que ningún caballero podía encontrar ese signo a menos que fuera virtuoso y esforzado.

Muchas aventuras le acontecieron a sir Bagdemagus y él siempre salió bien librado. Un día llegó a la roca donde estaba encerrado Merlín y pudo escuchar la voz del mago a través de la piedra. Hizo cuanto pudo por abrirse paso, pero Merlín le gritó que era imposible. Nadie podía liberarlo salvo quien lo había puesto allí. Muy a su pesar, el caballero siguió su camino, y en muchas tierras demostró su valía y su dignidad de modo que su fama cundió por todas partes. Y cuando por fin regresó a la corte de Arturo, le ofrecieron otro asiento que recientemente había quedado vacante, y así ocupó frente a la Tabla Redonda el sitial que había conquistado con su gloria.

Explicit

MORGAN LE FAY

Morgan le Fay, la media hermana del rey Arturo, era una mujer oscura, atractiva y apasionada, llena de crueldad y ambición. En un convento estudió nigromancia y aprendió a dominar la magia sombría y destructiva que es arma de los envidiosos. Se complacía en doblegar a los hombres y someterlos a su voluntad mediante la belleza y el encantamiento, y cuando fallaban estos recursos, apelaba a otras artes más negras, la traición y el asesinato. Era su deleite instigar a los hombres contra los hombres, forjando con sus propias debilidades armas para fortalecerlos. Siendo mujer de sir Uryens, hizo promesas a sir Accolon de Galia, y tanto lo confundió con sueños y encantamientos que adormeció su voluntad y destruyó su honra, convirtiéndolo en instrumento de todos sus deseos. Pues Morgan aborrecía a su hermano Arturo, aborrecía su nobleza y sentía celos de su corona. Morgan le Fay planeó el asesinato de su hermano con intrincada minuciosidad. Le daría la corona a Uryens pero conservaría el poder para sí misma, y el aturdido Accolon había de ser su arma mortífera.

Mediante sus artes, Morgan la bruja fabricó una espada con su vaina, exactamente igual a Excalibur por el aspecto, y en secreto la sustituyó por la espada de Arturo. Luego sedujo a Accolon con promesas, anuló su conciencia exaltando sus apetitos carnales y lo instruyó sobre la parte que a él le tocaba. Él asintió a todo, creyendo atisbar el amor en esos ojos que en verdad destellaban de triunfo, pues Morgan le Fay no amaba a nadie. Su pasión era el odio y su placer la destrucción.

Incitado por ella, Accolon se instaló cerca de Arturo y nunca se alejaba de él.

Cuando no había guerras o torneos, era costumbre de

los caballeros y hombres de armas salir de cacería por los inmensos bosques que cubrían buena parte de Inglaterra. En la afanosa persecución del ciervo, a través de florestas y pantanos, por accidentados y rocosos montes, se templaban como jinetes, y al afrontar la salvaje acometida de los jabalíes preservaban la solidez de su coraje y la agilidad de su destreza. Además, estas modestas aventuras poblaban los espetones de las cocinas con suculentas carnes para las largas mesas del salón de palacio.

Un día en que el rey Arturo y muchos de sus caballeros batían el bosque en procura de salvajina, el rey y sir Uryens y sir Accolon de Galia divisaron un hermoso venado y se lanzaron a perseguirlo. Cabalgaban excelentes monturas, de modo que cuando cayeron en la cuenta, se habían alejado más de diez millas del resto de la partida. El venado, altivo y de soberbia cornamenta, no cesaba de correr, y ellos fustigaban y espoleaban a sus babeantes caballos, obligándolos a atravesar enmarañados pastizales y ciénagas traicioneras, y a saltar sobre manantiales y árboles caídos, hasta que los forzaron en exceso y los caballos rodaron jadeantes y extenuados con el bocado empapado de sangre y los flancos enrojecidos por las espuelas.

Los tres caballeros, ahora sin caballo, vieron cómo el venado se alejaba fatigosamente.

—En buena nos metimos —dijo Arturo—. Estamos muy lejos de cualquiera que pueda ayudarnos.

—No tenemos más opción que ir a pie en busca de algún sitio donde alojarnos y esperar auxilio —dijo sir Uryens. Caminaron pesadamente por el robledal hasta que llegaron a las márgenes de un río ancho y profundo, y en la ribera yacía el venado exhausto, rodeado por perros de caza, y un lebrel le laceraba la garganta. El rey Arturo dispersó a los perros, remató al venado, alzó el cuerno de caza y anunció la muerte de su presa.

Y sólo entonces los caballeros miraron en derredor. Sobre la plácida y oscura superficie del río vieron una pequeña nave cubierta de sederías que pendían por en-

cima de la borda y se arrastraban por el agua. La nave bogó silenciosamente hacia la orilla y encalló en las arenosas márgenes cercanas. Arturo se internó en el río y caminó hasta la embarcación. Miró por debajo de las colgaduras de seda pero no vio a nadie. Llamó a sus compañeros y los tres abordaron la nave y comprobaron que su interior era suntuoso, con mullidos cojines y ricos cortinados, pero no encontraron ningún ocupante. Se echaron sobre los cojines y reposaron hasta que cayó la noche y las tinieblas descendieron sobre el bosque. Las aves nocturnas graznaban en la floresta y los patos salvajes se acercaban a la costa destacándose sobre la negra muralla de árboles.

Mientras los compañeros de Arturo cabeceaban víctimas del sueño, un círculo de antorchas relumbró alrededor de ellos, y de la cabina del barco emergieron doce encantadoras doncellas con vaporosos atuendos de seda. Las damas le hicieron una reverencia al rey y lo saludaron por su nombre dándole la bienvenida, y Arturo agradeció esas gentilezas. Luego condujeron al rey y sus compañeros a una cabina revestida de tapicerías y los invitaron a una mesa colmada de vinos y carnes diversas, y de manjares que ellos observaban atónitos, tal era la variedad y profusión de la cena. Después de una comida grata y prolongada, con los ojos vencidos por los efectos del buen vino, cada uno de ellos fue conducido por las doncellas a aposentos separados, con ricos ornatos y lechos mullidos y acogedores. Los tres se hundieron en sus respectivos lechos e instantáneamente cayeron en un sueño artificioso y profundo.

Al amanecer, sir Uryens entreabrió los ojos hinchados por el vino y comprobó que estaba en su propia cama, en sus aposentos de Camelot, con Morgan le Fay a su lado, aparentemente dormida. Se había dormido dos días atrás y no podía recordar otra cosa. Examinó a su mujer con los párpados entreabiertos, pues había muchas cosas que ignoraba acerca de ella y muchas otras que prefería ignorar. De modo que no hizo comentarios y ocultó su asombro.

El rey Arturo recobró el sentido sobre las frías piedras de una mazmorra. La luz del alba, penetrando por una alta hendidura del muro, le reveló las inquietas figuras de muchos otros prisioneros. El rey se incorporó y les preguntó:

—¿Dónde estoy, y quiénes sois vosotros?

—Somos caballeros cautivos —le dijeron—. Aquí hay veinte de nosotros, y algunos hemos padecido la oscuridad de esta celda por el término de ocho años.

—¿Por qué razón? —inquirió el rey—. ¿Piden un rescate?

—No —dijo uno de los caballeros—. Te diré la causa. El señor de este castillo es sir Damas, un hombre falso y mezquino, amén de cobarde. Su joven hermano es sir Outlake, un caballero valeroso, bueno y honorable. Sir Damas rehusó compartir con su hermano las tierras que heredaron, a excepción de una pequeña casa señorial y otras propiedades que sir Outlake tomó por la fuerza y mantiene bajo custodia. La población ama a sir Outlake por su bondad y rectitud, pero odia a sir Damas, que es cruel y vengativo como casi todos los cobardes. Por muchos años ha habido guerra y conflictos entre ambos hermanos, y sir Outlake lanzó un reto para enfrentar en singular combate, en pro de sus derechos, a su hermano o a cualquier caballero que sir Damas quiera designar. Pero sir Damas carece de valor para combatir, y por otra parte es tan odiado que ningún caballero quiere salir a la liza para defenderlo. Por lo tanto, con una banda de mercenarios, ha tendido trampas a los buenos caballeros que se aventuran a solas, sorprendiéndolos y sometiéndolos a cautiverio en este lugar. Ofrece la libertad a quien quiera luchar en su defensa, pero todos han rehusado, pese a que sir Damas torturó a algunos y a otros los mató de hambre. Todos nosotros estamos débiles y entumecidos por el hambre y la prisión, de modo que no podríamos luchar aún si lo deseáramos.

—Tenga Dios la bondad de libertaros —suspiró Arturo.

En eso una doncella se asomó por el enrejado de hie-

rro de la puerta de la mazmorra y, dirigiéndose a Arturo, dijo con suavidad:

—¿Te encuentras a gusto aquí?

—¿Se supone que debe gustarme una prisión? —dijo Arturo—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tienes otra opción —dijo la doncella—. Si estás dispuesto a combatir por mi señor serás liberado, pero si te niegas como lo han hecho estos necios, pasarás la vida aquí adentro.

—Extraño modo de conseguirse un paladín —dijo el rey—, pero, por mi parte, prefiero luchar con un caballero antes que vivir en una mazmorra. Si me presto a combatir, ¿liberaréis a estos otros prisioneros?

—Sí —dijo la doncella.

—Entonces estoy dispuesto —dijo el rey—, pero no tengo caballo ni armadura.

—Tendrás todo cuanto necesites, señor.

El rey la miró con atención.

—Creo haberte visto en la corte del rey Arturo —le dijo.

—No —replicó ella—. Nunca estuve allí. Soy la hija del señor de este castillo.

Cuando la muchacha se alejó para hacer los arreglos pertinentes, Arturo hurgó en su memoria y estuvo seguro de haberla visto al servicio de su hermana Morgan le Fay.

Sir Damas aceptó la oferta de Arturo y juró liberar a los prisioneros, en tanto que el rey juró luchar encarnizadamente contra el adversario de sir Damas. Cuando los veinte caballeros, débiles y famélicos, fueron sacados de la mazmorra y recibieron alimento, decidieron quedarse a ver el combate.

Volvamos ahora a sir Accolon, el tercer caballero víctima del sueño encantado. Despertó muy cerca de un profundo arroyo y el menor movimiento durante el sueño pudo haberlo arrojado a sus aguas. Del arroyo salía un tubo de plata que arrojaba agua a una fuente de mármol. El hechizo de Morgan se había debilitado con su ausencia, de modo que Accolon se persignó y dijo en voz alta:

—Jesús proteja a mi señor, el rey Arturo, y a sir Uryens. Las del barco no eran doncellas sino demonios del infierno. Si salgo bien librado de esta aventura, las destruiré a ellas y a cuantos practiquen estas artes malignas.

Y en ese momento irrumpió de la floresta un feo enano de labios gruesos y nariz chata y saludó a sir Accolon.

—Vengo de parte de Morgan le Fay —dijo el enano, y el hechizo volvió a dominar al caballero—. Ella te envía sus saludos y te exhorta a fortificar tu ánimo, pues mañana por la mañana debes luchar con un caballero. Como ella te ama te manda la espada Excalibur y su vaina. Y dice que si en verdad la amas lucharás sin misericordia, tal como privadamente se lo has prometido. Además, como prueba de que has cumplido con tu palabra, espera que le lleves la cabeza del caballero.

—Comprendo —dijo sir Accolon, totalmente vencido por el encantamiento—. Cumpliré mi palabra, ahora que cuento con la espada Excalibur. ¿Cuándo viste a mi señora?

—Hace muy poco —dijo el enano.

Entonces el encantado Accolon abrazó al feo enano y lo besó, diciéndole:

—Saluda a mi señora y dile que cumpliré con mi promesa o moriré en el intento. Ahora comprendo lo de la nave y el sueño. Es todo obra de mi señora, ¿no es así?

—Así puedes creerlo, señor —dijo el enano, deslizándose entre los árboles y dejando a Accolon tendido junto a la fuente de plata y sumido en su ensoñación.

Y pronto llegó un caballero en compañía de una dama y seis escuderos, y le rogó a Accolon que fuera hasta una residencia cercana para comer y descansar, y Accolon aceptó la oferta. Todo ello obedecía a un plan de Morgan le Fay, pues el señor de dicha residencia era sir Outlake, quien yacía herido de un lanzazo en el muslo. Y mientras sir Accolon departía con él, se sacó a colación que sir Damas tenía un campeón que lucharía a la mañana contra su hermano.

Y sir Outlake estaba encolerizado por su herida, pues hacía tiempo que ansiaba este enfrentamiento, pero te-

nía las piernas en tan malas condiciones que no podía montar a caballo.

Sir Accolon confiaba en la protección de la espada Excalibur, y se ofreció para defender la causa de sir Outlake.

Entonces sir Outlake se alegró y de todo corazón agradeció la oferta de sir Accolon, y envió un mensaje a sir Damas diciéndole que su campeón se batiría por él.

Estas justas contaban con la bendición del hábito y la autoridad de la religión. Era un modo de apelar a Dios para que decidiera cuál de los contendientes tenía razón, revelando su decisión en el dueño de la victoria. El resultado tenía fuerza de ley. Y, dado el odio que los hombres sentían por sir Damas y la estima que profesaban por sir Outlake, toda la población se congregó para presenciar el veredicto de las armas, caballeros y hombres libres, y en los límites de la multitud, siervos y esclavos. Doce hombres de honor fueron escogidos para escoltar a los campeones mientras aguardaban sobre sus monturas, los escudos en alto, las viseras bajas, las lanzas en ristre, a que se diera la señal para iniciar el duelo. El sol de la mañana penetraba por las hojas del robledal que circundaba el campo. Se había dado la misa y cada campeón había rezado por la victoria. Ahora todos esperaban.

Entonces una doncella irrumpió en la liza y extrajo de abajo de su manto una espada con su vaina, la falsa Excalibur.

—A causa del gran amor que siente por ti —dijo la doncella—, tu hermana Morgan le Fay te manda a Excalibur, mi señor, la vaina para proteger tu vida y la espada para concederte el triunfo.

—Qué generosa es mi hermana —dijo Arturo—. Llévale mi gratitud y mi amor. —Y tomó la falsa espada y la ciñó al flanco.

El cuerno emitió su ronca señal y ambos caballeros enristraron las lanzas y acometieron, y los dos hierros acertaron el impacto y los dos hombres rodaron por tierra. Se incorporaron de un brinco, desenvainaron las espadas y se enfrentaron. Girando en círculos y hostigan-

do al adversario, buscaban un punto débil o una abertura.

Y cuando se trabaron en lucha, apareció Nyneve del lago a todo galope, la misma doncella que había engañado a Merlín y lo había encerrado en una roca. El arte nigromántico sustraído al enamorado anciano le había conferido poder, pero también había despertado la rivalidad y la suspicacia de Morgan le Fay. Nyneve amaba al rey y odiaba a su maligna hermana. Estaba al tanto del complot contra la vida de Arturo y había acudido rápidamente para salvarlo antes que se iniciara el combate y se aplicaran las leyes que impedían toda interferencia. Pero llegó tarde y debió presenciar el desigual enfrentamiento, pues aunque ambos caballeros atacaban con fiereza, Excalibur penetraba más hondo, abriéndose un sangriento camino a través de la armadura de Arturo, en tanto que la falsa espada del rey resbalaba en el escudo y la cimera de Accolon sin causarle daño.

Cuando Arturo sintió que la sangre manaba de sus heridas y advirtió la absoluta inutilidad de su espada, se consternó y creció en él la sospecha de que lo habían engañado. Entonces se atemorizó, pues cada estocada de Accolon le abría profundos tajos, mientras que los vigorosos golpes de Arturo de poco o nada valían. La falsa espada que blandía estaba forjada con metal vil, frágil y sin fuerza.

Entonces Accolon notó su ventaja e intensificó el ataque, y el rey lo recibió con un golpe tan rotundo que el impacto hizo tambalear a Accolon, quien retrocedió para recobrar el aliento y los bríos. Pero volvió a acometer, y sin arte ni destreza ambos se lanzaron una lluvia de tajos hasta que Arturo se desangró por cien heridas, mientras Accolon permanecía indemne, protegido por la vaina de la auténtica Excalibur.

Un murmullo de asombro recorrió el círculo de espectadores. Veían que Arturo luchaba con habilidad y que sin embargo no podía herir a su adversario, y quedaban pasmados al ver que podía continuar pese a la enorme pérdida de sangre. En eso Arturo se apartó para descan-

sar y recobrar fuerzas, pero Accolon exclamó triunfalmente:

—¡Vamos, ven a luchar! Éste no es momento para el reposo.

Y arremetió con tal fiereza y denuedo que Arturo volvió desesperadamente al combate, asestándole sobre el yelmo una estocada tan violenta que la hoja de su espada se partió y el rey se quedó con sólo la empuñadura. Indefenso, se cubrió con el escudo mientras Accolon no cesaba de descargar golpes sobre él, dispuesto a destruirlo.

—Ya no tienes esperanzas —exclamó sir Accolon—. Estás indefenso y perdido. No quiero matarte. Ríndete y abandona tu causa.

—No puedo —dijo lánguidamente el rey—. Prometí luchar mientras conservara el aliento. Prefiero morir con honra a vivir humillado. Si matas a un hombre desarmado nunca sobrevivirás a tu vergüenza.

—Mi vergüenza no es asunto tuyo —dijo Accolon—. Eres hombre muerto. —Y cerró el ataque, descuidando la guardia.

Arturo tomó la única brecha posible. Acercándose, arrojó el escudo contra el brazo con que Accolon blandía la espada y golpeó el yelmo desprotegido con su empuñadura rota. La fuerza del impacto hizo que Accolon retrocediera tres pasos dolorido y aturdido.

Nyneve había presenciado el combate a la espera de que la decisión de Dios malograra la traición de Morgan le Fay, pero cuando vio que Arturo asestaba ese último golpe desesperado con la espada rota y que Accolon recobraba sus fuerzas y avanzaba sobre el rey débil y desarmado, supo que estaba perdido si no le brindaba ayuda. Entonces hurgó en su memoria por las enseñanzas de Merlín, y obró un hechizo y lo arrojó con los ojos al traidor. Sir Accolon alzó a Excalibur, midió la distancia y lanzó una estocada mortal, pero cuando la hoja tocó el escudo, la mano que la blandía perdió fuerzas y los dedos se aflojaron. La espada cayó a tierra y Accolon, con horror e impotencia, vio que Arturo la levantaba. Al pal-

par la empuñadura, el rey advirtió que se trataba de la auténtica Excalibur.

—Mi querida espada —dijo—, estuviste largo tiempo lejos de mi mano y me has herido. Ahora, vuelve a ser mi amiga, Excalibur. —Mirando a Accolon, vio la vaina, brincó hacia adelante, se la arrancó y la arrojó muy lejos, sobre el círculo de espectadores.— Ahora, caballero —le dijo a Accolon—, tuviste tu oportunidad y yo mis heridas. Cambiemos lugares y te devolveré lo que me has dado. —Y se lanzó sobre su oponente, embrazando el escudo, pero Accolon cayó de hinojos, paralizado por el miedo. Arturo le arrebató el yelmo y lo golpeó en la cabeza con la parte chata de Excalibur, de modo que le brotó sangre de la nariz y los oídos.— Ahora te mataré —dijo Arturo.

—Estás en tu derecho —dijo sir Accolon—. Ahora veo que Dios está de tu parte y que tu causa es justa. Pero, al igual que tú, también yo prometí luchar hasta el fin, de modo que no puedo suplicar tu merced. Haz como quieras.

Arturo contempló el rostro descubierto, deformado y embadurnado de polvo y sangre.

—Conozco tu cara —le dijo—. ¿Quién eres?

—Caballero, soy de la corte del rey Arturo. Mi nombre es Accolon de Galia.

Entonces Arturo recordó la nave hechizada y la traición por la cual Excalibur había caído en manos de su adversario, y preguntó con serenidad:

—Dime, caballero, ¿quién te dio esta espada?

—Esta espada es mi infortunio. Me ha traído la muerte —dijo Accolon.

—Sea cual fuera el caso, ¿dónde la conseguiste?

Sir Accolon suspiró, pues el poder de su amada había fallado y desaparecido.

—Ahora no veo razones para ocultar nada —dijo desesperadamente—. La hermana del rey lo aborrece con odio mortal, porque él es dueño de la corona y es amado y homenajeado por encima de ella. Prometió que si yo mataba a Arturo con su ayuda, se libraría de su esposo y

me haría rey, y sería mi reina, y ambos reinaríamos sobre Inglaterra y viviríamos felices. —Guardó un nostálgico silencio, y luego dijo:— Ahora todo ha concluido. Mis planes me han acarreado la muerte.

—Si hubieses triunfado en este combate —dijo Arturo sin alzar su visera—, acaso habrías sido rey. ¿Pero cómo habrías soportado el pecado de traición contra tu rey ungido?

—No lo sé, caballero —dijo Accolon—. Mi mente y mi espíritu han sido víctimas de un hechizo, al punto de que aun la traición parecía insignificante. Pero ahora todo se ha desvanecido como un sueño. Antes de que muera, dime quién eres.

—Soy tu rey —dijo Arturo.

—Mi señor —exclamó Accolon agobiado por la aflicción y el dolor—, no lo sabía. Pensé que luchaba contra un paladín. Me han engañado, tal como a ti. ¿Puedes tener misericordia con un hombre que fue seducido y engañado al punto de hacer planes para destruirte?

El rey reflexionó y dijo por fin:

—Puedo tener misericordia, porque creo que en verdad no me reconociste. He honrado a mi hermana Morgan le Fay, exaltándola y amándola más que a ninguno de mi sangre. Y he confiado en ella más que en mi propia esposa, aun conociendo su envidia, su lujuria y su apetito de poder, y no obstante saber que practicaba las malas artes. Si pudo hacerme esto a mí, creo y perdono lo que te ha hecho a ti. Pero con ella no tendré misericordia. La venganza que tome sobre mi maligna hermana será el comentario de toda la Cristiandad. Ahora levántate, sir Accolon. Estás perdonado. —Y Arturo lo ayudó a incorporarse y se dirigió a la gente apiñada alrededor de la liza:— Acercaos. —Y en cuanto todos se aproximaron, les dijo:— Hemos combatido hasta herirnos profundamente, pero si nos hubiésemos reconocido no habríamos peleado.

—Éste es el mejor y más valeroso caballero del mundo —exclamó Accolon—, pero es más que eso. Es nuestro señor y soberano, el rey Arturo. La mala ventura me llevó

a luchar contra mi rey. Él puede otorgarme su merced, pero yo no puedo perdonarme a mí mismo, pues no hay pecado o delito más grave que la traición contra el rey.

Entonces todos se hincaron de rodillas y suplicaron perdón.

—Tendréis mi perdón —dijo Arturo—, pues nada sabíais. Mas enteraos por esto de las extrañas y fatales aventuras y accidentes que pueden sobrevenir a los caballeros andantes. Ahora estoy débil y herido y debo descansar, pero ante todo emitiré mi juicio sobre esta prueba, por derecho de combate.

"Sir Damas, como tu campeón he combatido y vencido. Pero como eres soberbio y cobarde y lleno de villanía, escucha mi decisión. Entregarás toda esta propiedad a tu hermano sir Outlake, incluidas las granjas y las casas. Y como pago él te enviará todos los años un palafrén, pues más te sienta el rocín de una doncella que un caballo de guerra. Te conmino, so pena de muerte, a no ultrajar ni herir a los caballeros andantes que atraviesen tus tierras. En cuanto a los veinte caballeros que habías encarcelado, les devolverás la armadura y todas sus otras pertenencias. Y si alguno de ellos comparece en mi corte para quejarse de ti, morirás. Ésa es mi sentencia.

Luego Arturo, debilitado por la pérdida de sangre, se volvió a sir Outlake.

—Como eres buen caballero, valeroso, honesto y cortés, te invito a venir a mi corte para ser mi caballero, y así favorecerte para que vivas con honra y comodidad.

—Gracias, mi señor —dijo sir Outlake—. Estoy a tus órdenes. Aunque puedo darte mi palabra, señor, que de no haber estado herido habría sido yo quien defendiera mi propia causa.

—Ojalá hubiera sido así —dijo Arturo—, pues entonces no estaría tan herido, y herido por traición y encantamiento por alguien tan próximo a mí.

—No puedo imaginar que alguien conspire contra ti, mi señor —dijo sir Outlake.

—Ya arreglaré cuentas con esa persona —dijo el rey—. Ahora, ¿a qué distancia estoy de Camelot?

—A dos días de viaje —dijo Outlake—. Demasiado lejos para viajar con esas heridas. A tres millas de aquí hay una abadía con monjas para cuidarte, y hombres doctos que cerrarán tus heridas.

—Iré allí para descansar —dijo el rey. Se despidió de la gente y ayudó a sir Accolon a montar a caballo, y luego montó y se alejó con lentitud.

En la abadía les limpiaron las heridas y los cuidaron con los mejores emplastos y ungüentos, pero a los cuatro días sir Accolon murió a causa del terrible golpe final sobre su cabeza descubierta.

Entonces Arturo ordenó que seis caballeros trasladaran el cadáver a Camelot y se lo entregaran a Morgan le Fay.

—Decidle a mi querida hermana que se lo envío como presente, en pago por las amabilidades que ella tuvo conmigo.

Entretanto, Morgan creía que su plan se había cumplido y que el rey había muerto por su propia espada. Había llegado la hora, pensó, de librarse de su esposo, sir Uryens. A la noche aguardó a que él se adormeciera y luego llamó a una doncella que la atendía.

—Tráeme la espada de mi señor —le dijo—. No habrá mejor oportunidad que ésta para matarlo.

—Si matas a tu esposo —gritó aterrorizada la doncella—, jamás escaparás.

—Eso no te concierne —dijo Morgan—. Tráeme la espada sin demora.

La atemorizada doncella se acercó entonces al lecho de sir Ewain, el hijo de Morgan, y lo despertó.

—Levántate —susurró—. Tu madre va a matar a tu padre mientras él duerme. Me mandó en busca de su espada.

Ewain despertó en el acto y se restregó los ojos. Luego dijo con serenidad:

—Obedece sus órdenes. Consigue la espada. Yo me encargaré de todo —y, saliendo del lecho, se armó y avanzó por oscuros pasadizos y se ocultó en los aposentos de su padre.

La doncella trajo la espada con manos temblorosas, y

Morgan le Fay se la arrebató y sin vacilar se inclinó sobre su durmiente esposo, eligiendo con frialdad el sitio más apropiado para clavar la hoja. Cuando se dispuso a asestar el golpe, sir Ewain saltó de su escondite, le aferró la muñeca y la apresó pese a su resistencia.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. Se dice que Merlín fue engendrado por un demonio. Tú has de ser un demonio terreno. Si no fueras mi madre, te mataría.

Pero en las circunstancias difíciles, Morgan era doblemente peligrosa. Miró a su alrededor con ojos desorbitados, como si acabara de despertarse.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Dónde estoy? ¿Qué es esta espada? ¡Oh, hijo mío, protégeme! Algún espíritu maligno se adueñó de mí durante el sueño. Ten piedad de mí, hijo mío. No reveles lo que has visto, por el bien de mi honra. Es también tu propia honra.

—Te perdonaré —dijo sir Ewain sin mucha convicción— siempre que prometas renunciar a la magia.

—Lo prometo —dijo Morgan—. Lo juro. Eres mi hijo, mi hijo querido.

Entonces Ewain, creyéndole a medias, la dejó en libertad y se llevó la espada.

Por la mañana, uno de los agentes de Morgan le Fay le anunció que su plan había fracasado. Sir Accolon estaba muerto y Arturo seguía con vida y dueño de la Excalibur. Para sus adentros, Morgan se encolerizó contra su hermano y deploró la muerte de Accolon, pero adoptó una expresión fría y compuesta y no demostró ni furia ni temor ni derramó lágrimas visibles por su amante. Bien sabía que si aguardaba el retorno del rey estaba condenada, pues no habría clemencia alguna hacia su incalificable crimen contra su hermano y señor. Morgan apeló dulcemente a la reina Ginebra y solicitó su venia para abandonar la corte.

—¿No puedes esperar el regreso de tu hermano el rey? —preguntó Ginebra.

—Ojalá pudiera, pero es imposible —dijo Morgan—. Malas nuevas me anuncian que hay revueltas en mis tierras, y debo partir sin demora.

—En ese caso, puedes partir —respondió la reina.

Antes de que despuntara el alba, Morgan le Fay reunió a cuarenta secuaces de confianza y partió sin dar reposo a jinetes ni cabalgaduras por un día y una noche. Y con las primeras luces de la segunda mañana llegó a la abadía donde sabía que se hallaba el rey Arturo. Entró con mucho aplomo y exigió ver a su hermano.

—Ahora duerme, al fin —le respondió una monja—. Durante tres noches sus heridas apenas le dieron reposo.

—No lo despiertes —dijo Morgan—. Entraré quedamente, para ver el rostro de mi hermano. —Y se apeó y entró con tal aire de autoridad que nadie se atrevió a detener a la hermana del rey.

Encontró su cuarto y una lánguida luz le reveló que el rey dormía tendido sobre el lecho, aunque su mano asía con fuerza la empuñadura de Excalibur, cuya hoja desnuda yacía junto a él. Morgan no se atrevió a tomar la espada por miedo a despertarlo, pues Arturo dormía sobresaltadamente. Pero en un cofre cercano vio la vaina y la deslizó debajo de su capa. Salió y dio gracias a las monjas. Luego montó a caballo y se alejó a todo galope.

Cuando el rey despertó, notó que faltaba la vaina.

—¿Quién la tomó? —preguntó de mal humor—. ¿Quién estuvo aquí?

—Sólo tu hermana Morgan le Fay, que ya se ha ido.

—No me habéis custodiado —exclamó el rey—. Se llevó la funda de mi espada.

—Señor —dijeron las monjas—, no podíamos desobedecer a tu hermana.

Entonces Arturo saltó del lecho y ordenó que le prepararan el mejor caballo que pudiera encontrarse, y le pidió a sir Outlake que se armara para acompañarlo. Los dos salieron al galope tras las huellas de Morgan.

En una encrucijada del camino se toparon con un pastor y le preguntaron si había visto pasar una dama.

—Sí, por cierto —respondió—. La vi pasar hace poco, acompañada por cuarenta jinetes. Se dirigieron hacia aquel bosque.

Arturo y sir Outlake se empeñaron en su persecución,

y al poco tiempo la vieron y fustigaron a sus monturas para darle alcance.

Morgan los vio venir y se internó en el bosque y luego salió a un campo llano, pero cuando vio que sus perseguidores no cesaban de acercarse, aguijoneó a su caballo y lo metió en una laguna.

—Como quiera que yo me libre de ésta, Arturo no tendrá la vaina que lo protege —dijo Morgan, y arrojó la funda al agua, tan lejos como pudo. La pesada vaina, enjoyada y remachada en oro, no tardó en hundirse y perderse de vista.

Luego Morgan volvió a unirse a su gente y se introdujo en un valle donde había círculos de grandes rocas erectas. Y Morgan obró un hechizo para que ella y sus hombres se transformaran en piedras altas como las otras. Cuando Arturo se internó en el valle y vio las piedras, dijo:

—Mi hermana atrajo la venganza de Dios. La mía ya no es necesaria. —Buscó su vaina en el terreno y no la encontró pues se hallaba en el lago. Y al cabo emprendió lentamente el regreso a la abadía.

En cuanto se fue Arturo, Morgan le Fay recobró su aspecto y libró a sus hombres de sus pétreas envolturas.

—Ahora estáis libres —dijo—, ¿pero habéis visto la cara del rey?

—En efecto, y había en ella un furor de hielo. Si no hubiésemos sido de piedra, habríamos huido.

—Estoy segura de que sí —dijo ella.

Reanudaron la marcha, y en su camino se toparon con un caballero que conducía a un cautivo sujeto y con los ojos vendados.

—¿Qué vas a hacer con ese caballero? —preguntó Morgan.

—Ahogarlo. Lo encontré con mi mujer. Y a ella también voy a ahogarla.

—¿Es verdad lo que dice? —le preguntó Morgan al cautivo.

—No, señora, no es verdad.

—¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu nombre? —preguntó ella.

—Soy de la corte del rey Arturo —dijo él—. Mi nombre es Manessen. Soy primo de sir Accolon.

—Yo amé a sir Accolon —dijo Morgan le Fay—. En memoria de él, te daré libertad para que hagas con este hombre lo que él habría hecho contigo.

Los hombres de Morgan lo desataron y sujetaron al otro con las mismas ligaduras. Sir Manessen vistió la armadura y las armas de su captor, lo llevó a un profundo manantial y lo arrojó al agua de un empujón. Luego volvió junto a Morgan.

—Ahora regreso a la corte de Arturo. ¿Tienes algún mensaje para él?

—Sí —respondió ella con amargura—. Dile a mi querido hermano que te rescaté no por amor de él sino por amor de Accolon. Y dile que no le tengo miedo, pues puedo hacer que yo y mis hombres nos convirtamos en piedra. Por último, dile que puedo hacer mucho más que eso y que se lo demostraré en el momento oportuno.

Morgan le Fay se dirigió a las tierras que poseía en el país de Gore y fortificó sus castillos y ciudades y los armó y avitualló, pues no obstante sus arrogantes palabras, vivía temerosa del rey Arturo.

GAWAIN, EWAIN Y MARHALT

El rey Arturo regresó a Camelot enfermo de ira y pesadumbre, pues no hay defensa contra la deslealtad y sólo el furor y la suspicacia pueden medirse con las heridas que inflige.

La ira del rey se propagó al hallar eco en los caballeros de la corte. Ultrajar a la persona del rey es un acto de traición que afecta a todos sus vasallos. Proclamaban que Morgan le Fay merecía la hoguera, y su crimen era aun más horrible por tratarse de la hermana del rey. Cuando sir Manessen trajo el altivo mensaje de Morgan, los caballeros refunfuñaron a la espera de que Arturo diera orden de tomar las armas, pero el rey comentó con amargura:

—Ahora veis de cuánto sirve una hermana buena y cariñosa. Ya lo resolveré a mi manera, y os prometo que mi venganza será el comentario del mundo entero. —Por lo cual supieron sus vasallos que el rey estaba confundido y no tenía planes a la vista.

Como muchas mujeres crueles y malignas, Morgan le Fay conocía las debilidades de los hombres y se mofaba de sus virtudes. Y también sabía que los actos más improbables pueden llevarse a cabo siempre que se los ejecute con firmeza y sin vacilación, pues los hombres, por mucho que sean testigos de lo contrario, creen que la sangre es más espesa que el agua, y que la belleza femenina está reñida con la maldad. Así, Morgan jugó una partida mortal con la honestidad y la inocencia de Arturo. Preparó un obsequio para su hermano, una capa tan hermosa que sin duda le haría brillar los ojos. Flores y hojas rizadas recamadas de joyas hacían de la capa un objeto precioso y deslumbrante, y Morgan le Fay le envió este presente a Arturo por mediación de una de sus don-

cellas, a quien impartió instrucciones precisas en cuanto a su mensaje.

Cuando la doncella se presentó ante Arturo, se estremeció al verlo tan enfurecido.

—Señor —le dijo al rey—, tu hermana ahora comprende su abominable crimen y sabe que no puede ser perdonada. Está resignada a su destino, pero quiere que sepas que no obró por cuenta propia, sino a instancias de un espíritu maligno que la capturó y la dominó. —Advirtió que los ojos del rey titilaban de incertidumbre y reforzó sus argumentos.— Tu hermana Morgan te envía este presente, mi señor, un obsequio apropiado a la fama que conquistaste por tu justicia, clemencia y sabiduría. Te suplica que lo vistas al juzgarla, y quizá recuerdes no al perverso espíritu que la dominó sino a la hermana entrañable que confortaste con tu cariño.

La doncella desplegó la brillante capa y la tendió ante el rey observándole el rostro y conteniendo el aliento. Notó el destello de placer que la belleza del manto encendía en sus ojos.

—Bien... hay espíritus malignos —dijo Arturo—. Todo el mundo sabe que los hay.

—Tu hermana confeccionó esta capa con sus blancos dedos, mi señor. Engarzó cada una de estas joyas sin ayuda de nadie.

—Siempre fue habilidosa —dijo Arturo admirando la capa—. Recuerdo que una vez, cuando era niña... —Tendió la mano hacia el objeto que lo deslumbraba.

En eso se oyó un chillido.

—Mi señor, no la toques. —Y Nyneve del Lago se adelantó y dijo:— Señor, ya una vez te salvé de la traición. —Los ojos del rey volvieron a posarse sobre el manto, pero Nyneve añadió:— Señor, aunque yo esté equivocada, nada se pierde con comprobarlo. Que la mensajera de Morgan la vista antes que tú.

—Si es inofensiva, nadie se ofenderá por ello —dijo el rey, volviéndose a la trémula doncella—. ¡Póntela!

—Imposible —dijo la doncella—. Sería inapropiado vestir el manto del rey. Mi señora se pondría furiosa.

—Yo perdonaré tu falta. ¡Póntela!

Entonces, mientras la muchacha retrocedía, Nyneve tomó la capa por el borde con las puntas de los dedos y la echó sobre los hombros de la doncella, cuya piel enrojeció y luego ennegreció. La doncella rodó por el suelo entre contorsiones, mientras la corrosiva sustancia devoraba sus carnes y las marchitaba.

Arturo contempló, maravillado y afligido por la traición, a esa enjoyada y convulsa criatura.

—Mi hermana me preparó esta muerte con sus propias manos —suspiró—. Mi propia hermana. —Y miró con suspicacia a cuantos lo rodeaban. Luego solicitó a sir Uryens, el esposo de Morgan, que lo viera en privado.

Cuando estuvieron a solas, le dijo:

—Señor, la traición es el delito más triste. Aunque fracase, su veneno penetra muy hondo. Antes de morir, sir Accolon confesó su culpa y juró que tú eras inocente... tú, mi amigo y mi hermano. Pero la inocencia no es un antídoto. Sé que rehusaste conspirar contra mí, pero cómo olvidar que sabías que existía una conspiración. Nada me cuesta perdonarte, pues no ignoro que mi hermana también intentó matarte a ti. Trataré de no quitarte mi confianza... ¿pero es posible enmendar la confianza deteriorada? Lo ignoro. En cuanto a tu hijo y sobrino mío, sir Ewain, no puedo olvidar que lo alimentó un pecho ponzoñoso. Las manos que modelaron su juventud engarzaron joyas para mi muerte. La suspicacia es algo nauseabundo. Ewain debe abandonar esta corte. No tengo tiempo para vigilarlo todo y recelar aún de los actos mas inocentes.

—Te comprendo —dijo sir Uryens—. Si se te ocurre un modo de poner a prueba mi lealtad, estoy dispuesto.

—Despide a tu hijo —dijo Arturo.

Ewain aceptó el destierro.

—Sólo hay un modo de dar fe de mí mismo —declaró—. Saldré a la aventura y dejaré que mis actos hablen por mí. Las palabras pueden ser traicioneras, pero los hechos son irrecusables.

Su primo y amigo, sir Gawain, no era tan paciente.

—Quien te destierra a ti me destierra a mí —dijo—. Iré contigo. Esto es una injusticia.

Y Arturo, al ver que dos buenos y jóvenes caballeros se preparaban para una prolongada travesía, dijo cavilosamente:

—Cuando tenía a Merlín, no sospechaba de nadie. Él todo lo sabía y me salvaba de la incertidumbre. Ojalá volviese a tenerlo conmigo. —Luego recordó las profecías de Merlín con respecto a Ginebra y dudó de su interés en conocer el futuro.— Con el conocimiento no hay esperanzas —dijo—. Sin esperanzas permanecería inmóvil, herrumbrándome como una armadura en desuso.

Antes del amanecer, los jóvenes caballeros oyeron misa y se confesaron, y sus almas quedaron tan limpias como sus pulidas y relucientes espadas. Luego se alejaron de Camelot y se internaron animosamente en un nuevo mundo de prodigios. Contemplaron desde la distancia los viejos muros de Camelot, cuyas altas torres se erguían sobre la inexpugnable colina recortándose contra el alba, y las cuatro profundas fosas que protegían las murallas. Aceptaban con satisfacción, orgullo y humildad el oficio de hombres en un mundo donde los hombres eran valiosos. Atravesaron valles circundados por altas paredes de roca, observando las enmohecidas defensas de fortalezas que se habían derrumbado antes que naciera el mundo. En una extensa pradera vieron círculos de piedras gigantescas, acaso erigidos por pueblos de otrora, aunque más bien parecían obra de duendes del presente, pero como esas cosas nada tenían que ver con sus afanes, se alejaron dando un amplio rodeo.

Luego, a la vista de un bosque, se aproximaron a una colina cónica coronada de pinos oscuros, y los caballos se detuvieron y temblaron con las orejas erguidas y los ojos blancos de miedo. Sir Ewain y sir Gawain reconocieron las señales y volvieron grupas para eludir ese túmulo. Aquél no era su oficio ni su mundo. Bastantes prodigios había en el que habitaban.

No sin alivio se internaron en un tupido robledal y se alejaron de esa comarca encantada. Los troncos de los

árboles, gruesos como caballos, se alzaban oscuros y ensombrecían el cirio con una maraña de hojas inquietas apenas traspasada por una luz verde y porosa. Un tapiz de musgo apagaba el retumbar de los cascos, ningún pájaro cantaba en la enramada. Sólo el golpeteo del escudo contra el peto, el arenoso susurro de los correajes y el tintinear de las rodajas de las espuelas delataban su paso por el bosque. Los caballos lograban abrirse paso, pues se sabe que un caballo con la rienda suelta suele internarse por los caminos que otros siguieron antes. En lo alto, las hojas de roble se agitaban estremecidas por un viento que ni rozaba el suelo. La calma y la penumbra impregnaron el ánimo de los jóvenes caballeros y los dos guardaron silencio. Mucho se contentaron al llegar a la cima de una colina y ver desde allí una planicie alfombrada de hierba y, en sus límites frondosos y distantes, una oscura torre de piedra almenada y fortificada, pues ese sitio, aunque estuviera erizado de peligros, debía albergar formas comprensibles.

Gawain y su primo se irguieron en las sillas, inclinaron los escudos hacia adelante y llevaron la mano derecha a la empuñadura de la espada. De la pradera llegaban voces femeninas estridentes y coléricas. Los caballeros verificaron la firmeza de sus correajes y antes de proseguir rumbo a la torre bajaron sendas viseras.

En el linde de la planicie se detuvieron, pues vieron a doce damas que corrían frente a un árbol pequeño del que pendía un escudo blanco. Y al pasar ante el escudo, cada una de ellas le tiraba barro y lo maldecía. Luego se alejaban para buscar más barro. Desde la cima de la torre cercana, dos caballeros armados observaban el curioso espectáculo.

Los primos se acercaron y sir Ewain preguntó con sequedad:

—¿Por qué mancháis e insultáis a un escudo indefenso?

Las damas soltaron una carcajada y una de ellas respondió:

—Te lo diré, ya que lo preguntas. El caballero dueño

de este escudo aborrece a las damas. Eso es un insulto para nosotras, y para responderle insultamos su escudo. Es un modo de hacernos justicia. —Y sus compañeras lanzaron una desagradable risotada.

—No es propio de un caballero escarnecer a las damas —dijo sir Gawain—, convengo en ello, pero quizás haya un motivo para semejante conducta. O quizás esté enamorado de alguna otra dama. ¿Conocéis su nombre?

—Por cierto que sí. Se trata de sir Marhalt, hijo del rey de Irlanda.

—Lo conozco muy bien —dijo sir Ewain—. Es tan buen caballero como el que más y lo he visto hacer alarde de ello en una justa, donde conquistó el trofeo triunfando sobre todos.

—Creo que vuestra conducta es reprochable —dijo con severidad sir Gawain—. No conviene a una dama deshonrar el escudo de un hombre. Él volverá en defensa de su escudo y dejará de amar a las damas cuando vea lo que habéis hecho. No es de mi incumbencia, pero no me quedaré aquí para ver cómo deshonran el escudo de un caballero... Vamos, primo, sigamos adelante. A damas como éstas tampoco yo puedo amarlas.

Cuando se aproximaban al linde del bosque, apareció sir Marhalt sobre un enorme corcel y galopó hacia las doncellas, quienes chillaron aterradas y huyeron hacia la torre entre caídas y tropezones.

Sir Marhalt miró su escudo embarrado y se lo colgó del hombro, y en ese momento uno de los caballeros de la torre salió al galope.

—Defiéndete —le gritó.

—Con gusto —dijo Marhalt, y reclinándose con fiereza sobre su lanza en ristre, embistió tan violentamente a su adversario que montura y jinete rodaron a los tumbos en un torbellino de arreos y de cascos. Antes que sir Marhalt pudiera volver grupas, arremetió sobre él el otro caballero de la torre, pero Marhalt, volviéndose sobre la silla, desvió la punta de la lanza y derribó a su oponente.

Entonces Marhalt invirtió el escudo y raspó la suciedad de su blanca superficie. Luego lo exhibió frente a la

torre, donde las doncellas temblaban atemorizadas.

—Parte del insulto está vengado —gritó Marhalt—. Una dama me obsequió este escudo blanco. Y lo usaré tal como está. Sucio y todo, es más limpio que vosotras. —Luego vio a los primos en el linde del bosque y se les acercó cautelosamente y les preguntó qué estaban haciendo.

—Somos de la corte del rey Arturo —dijo sir Gawain—, y cabalgamos en busca de aventuras. ¿Tienes algo para sugerirnos?

—No —dijo Marhalt—, pero si llamáis aventura a un pequeño lance, yo no rehusaría, siempre que lo pidáis cortésmente. —Y volvió grupas y ocupó su puesto en el centro de la planicie.

—Déjalo en paz —dijo Ewain—. Es un buen hombre. ¿Qué podemos ganar? No tenemos pendencia alguna con él.

—Aún no es mediodía —dijo sir Gawain, mirando el sol—. Mis fuerzas vienen con la mañana, como sabes, y se desvanecen con la tarde. Sería vergonzoso no lidiar con él, pero debe ser pronto o nunca.

—Quizá podamos irnos de aquí —dijo Ewain.

—No después del reto. Se reirían de nosotros y seríamos objeto de burla.

—Muy bien, primo —dijo Ewain—. No soy tan fuerte ni tan experto como tú. Déjame la primera acometida. Si me derriba, te cedo el gusto de vengarme.

—Muy bien —asintió Gawain—, pero si permites que te lo diga, tu actitud no es la más propicia al entrar en batalla.

Sir Ewain arremetió y Marhalt lo derribó y le desgarró el flanco. Sir Marhalt trotó de regreso a su posición de batalla y, rígido y erecto sobre su montura, aguardó el encuentro con su próximo oponente.

Sir Gawain se cercioró de que su primo no estuviese malherido y luego miró el sol y comprobó que había tiempo. Era hijo de la mañana, y su fuerza y coraje despuntaban con el sol y con él declinaban. Su corazón brincaba de júbilo. Acomodó la lanza y echó su caballo al

trote, luego al paso largo y por fin a un furibundo galope. Sir Marhalt lo encontró en la mitad del campo. Cada lanza acertó en el centro del escudo contrario y se dobló por la fuerza de la embestida. El asta de fresno luchó con el asta de fresno, hasta que la lanza de Gawain se astilló y el caballo y su jinete se precipitaron al suelo.

Cuando Marhalt se afirmó en la silla y se dispuso a volver grupas, vio a sir Gawain de pie junto al caballo caído, embrazando el escudo y empuñando la espada.

—Caballero —dijo Gawain—, desmonta y combate a pie o me veré obligado a dar muerte a tu caballo y no dejarte una opción honorable.

Sir Marhalt contuvo las riendas.

—Te agradezco la lección —dijo—. Hablas por boca de la cortesía. —Y cabalgó hasta un pequeño árbol, apoyó la lanza sobre el tronco y se apeó. Sujetó el caballo a una rama y le aflojó la cincha. Luego, con toda deliberación, inspeccionó la correa del escudo, se ajustó el cinto de la espada, desenvainó el acero y examinó el filo, mientras Gawain esperaba con impaciencia y el sol rodaba hacia el mediodía.

Por fin sir Marhalt se acercó con paso firme, empuñando la espada y embrazando y balanceando levemente el escudo. Gawain brincó hacia él, con tajos, golpes y embestidas frenéticas, esforzándose por asestar una estocada mortal mientras medraban sus fuerzas. Pero Marhalt era hombre experimentado en la guerra. La cimera baja, protegido por su ágil escudo, fingía afrontar la carga y esperaba a que se aplacaran los bríos de su adversario.

—¿Por qué te apresuras? —preguntó Marhalt—. Tenemos todo el día para luchar.

La pregunta enloqueció a Gawain. De pronto burló la defensa de Marhalt y le hirió el flanco, y demasiado tarde sintió que la hoja de su adversario le penetraba el muslo. Inició una danza feroz alrededor de su oponente, descargando golpes sobre el escudo firmemente embrazado y sobre el yelmo inclinado hacia adelante.

—Eres un hombre vigoroso —dijo Marhalt con serenidad—. Tus fuerzas crecen a cada instante. Reserva tu

vigor y tu aliento para el largo combate. Vamos, descansemos un momento.

Pero Gawain veía encogerse su sombra, de modo que apretó el cerco y su espada incansable resplandeció como una rueda. Hirió a Marhalt y a su vez recibió rápidos tajos, y perdía el aliento en sus tentativas por quebrantar la premeditada defensa de su experto enemigo. Acometió como un reluciente morueco, chocó con el infranqueable escudo, y vio que su sombra desaparecía debajo de él y cayó hacia atrás, derribado por la fuerza que lo enfrentaba. Entonces Gawain sintió que flaqueaba su vigor, y sus pulmones gimieron exhaustos. El júbilo del combate se disipó y lo reemplazó una tenue sensación de dolor. Retrocedió extenuado, girando en círculos.

Marhalt había reservado sus fuerzas para ese momento. Avanzó con lentitud y atacó imprevistamente, hendiendo el canto del escudo de Gawain y apartándolo a un costado pese a los trémulos esfuerzos de su adversario. Luego Marhalt se dispuso a cegar a Gawain con su escudo y apuñalarle el vientre. El joven caballero se hallaba expuesto e indefenso. Marhalt vaciló, esperando que el escudo de Gawain le cerrara el paso, pero no fue así, pues colgaba inútilmente a un costado, aferrado por una mano sin fuerzas.

Sir Marhalt retrocedió cautelosamente, suponiendo una estratagema, y cuando estuvo a diez pasos de distancia y a salvo de una posible estocada, clavó la espada en tierra y dijo:

—Joven caballero, hace unos instantes eras uno de los mejores adversarios que tuve jamás. Pero ahora estás extenuado y sin fuerzas. Si te matara sería un asesinato, y no soy un asesino. Puedo dejarte descansar hasta que te recobres, y entonces tú podrías matarme a mí o yo podría matarte a ti. No hay entre nosotros ninguna pendencia que justifique la muerte o la humillación de uno de los dos. Sólo se trata de una aventura. ¿Te satisfará hacer las paces sin que nadie pueda reclamar la victoria?

—Gentil caballero —dijo Gawain, trémulo de emoción—, eres el hombre más noble que he conocido. Yo

no podía decir esas palabras, a causa de mi debilidad. Pero tú, en la plenitud de tus fuerzas, tienes derecho a decirlas y así revelas tu cortesía caballeresca. Acepto tu oferta, caballero, y te doy las gracias.

Para probar su veracidad, Gawain depuso la espada, se desató el yelmo y se lo quitó. Marhalt hizo lo propio y ambos se abrazaron como hermanos y juraron vivir como hermanos. Entonces se acercó Ewain, aferrándose el flanco herido y lo ayudaron a quitarse las armas. Marhalt los condujo a su morada, que no estaba muy lejos, donde los criados les lavaron las heridas y los ayudaron a ponerse cómodos. Y tanto creció la amistad y la lealtad entre esos tres caballeros que poco después, mientras estaban sentados en el salón, rodeados por los roídos huesos de la cena y provistos de una copa de vino, dijo sir Gawain:

—Hay una cosa que me inquieta. Sé que eres hombre valiente y caballero gentil y cortés, según me lo has demostrado. ¿Cómo puede ser que odies a las damas?

—¿Yo? ¿Odiar a las damas? —preguntó Marhalt.

—Esas doncellas que enlodaban tu escudo así lo manifestaron.

Marhalt se echó a reír.

—¿Acaso no sabes —le dijo— que si te disgusta una doncella ella hará circular el rumor de que te disgustan todas? De ese modo salva su amor propio y demuestra tu falta de virilidad.

—¿Pero esas que deshonraron tu escudo blanco? —preguntó Gawain.

—Tenían razón al decir que las aborrezco —dijo Marhalt—. Pero no debieron incluir a todas las mujeres. Hay una especie de hembra que aborrece profundamente a los hombres y recela de los hombres auténticos. Es aquella que ataca sus puntos débiles y trata de quebrantar la fuerza de los hombres con trucos y artimañas. A ésas las detesto, y las de la torre son de esa especie. Pero a todas las buenas damas y mujeres gentiles debo mis servicios a fuer de buen caballero. Esas mujeres no debieran mancillar el escudo de un hombre mientras él está

ausente, maldecirlo a sus espaldas, para luego huir como pollos asustados cuando lo ven regresar. No... hay mujeres que pueden daros diferente opinión de mí.

Luego hablaron de la caballería y las aventuras.

—Debo proseguir en cuanto me sea posible —declaró sir Ewain—. Mi nombre se ha empañado ante el rey sin que haya culpa de mi parte, y debo probar mi honra y valía ante todo el mundo para que mi fama llegue a oídos de nuestro rey Arturo.

—A mí nada me empaña —dijo Gawain—, salvo que siento que se ha cometido una injusticia con mi primo y no lo dejaré a solas en su búsqueda de la honra.

El ánimo de Marhalt se ensombreció.

—No me gustará veros partir —dijo—. Nos llevamos muy bien. ¿Por qué no os quedáis conmigo?

—No me es posible, señor —dijo Ewain—. Me han desterrado y ésa es una humillación que hay que borrar con hechos valerosos y actos honorables.

—Bien —dijo sir Marhalt—, puedo deciros que en las cercanías comienza un bosque extenso y misterioso, llamado la Floresta de Arroy. Nadie lo ha atravesado sin hallar maravillas y peligros y más aventuras de las que pueda afrontar. Vuestra charla me ha encendido la sangre. Si es de vuestro gusto, os acompañaré a través del bosque para compartir la exaltación de vuestras aventuras. Había olvidado las bondades de estas empresas.

—Nos satisface contar con tu compañía, caballero —dijo Gawain—. Y más aún contar con tu fuerte brazo.

—Y continuaron hablando de aventuras hasta muy entrada la noche, y comentaron batallas y rescates de beldades en peligro, y al fin soñaron con la fama bien merecida y la honra del mundo.

—Señor —dijo Ewain—, háblanos de la dama que te obsequió el escudo que mancillaron con tanto desdén.

Sir Marhalt guardó silencio y sir Gawain declaró:

—Primo, tu pregunta es inadecuada. Si un digno caballero omite comentar ciertas cosas, es porque no desea comentarlas. Quizás hubo un juramento, quizás un marido celoso. Eres joven y debes aprender.

—Fue un juramento —se apresuró a decir Marhalt.

—Perdóname, señor —dijo Ewain—. Y te agradezco, primo. —Por la mañana los tres compañeros se prepararon para la aventura. Bruñeron sus armaduras, examinaron el filo de sus espadas y escogieron sus lanzas cuidando de que la fibra del fresno fuera recta y equilibrada, pues de estas cosas dependen la vida y la victoria. Y cuando montaron y cabalgaron rumbo a la Floresta de Arroy, que se erguía tenebrosa en el horizonte, sir Gawain formuló esta pregunta:

—Señor, ¿conoces la floresta? ¿Qué aventuras podemos encontrar en ella?

—Lo ignoro —dijo Marhalt—. Si lo supiera, no sería una aventura. Pero ciertos caballeros me dijeron que alberga maravillas.

Se trataba de un bosque de hayas y robles, guarnecido de espinos, cubierto y custodiado por zarzales. En sus lindes oscuros no se veía ningún claro, de modo que tuvieron que abrirse paso a golpes de espada, aunque al poco tiempo llegaron a un sendero abierto en la maleza por los ciervos rojos, y se internaron en ese camino sabiendo que los llevaría adonde hubiera agua y hierbas, pues los ciervos deben beber y pastar. Al cabo llegaron a un valle con piedras de forma cuadrangular, dispersas como si se tratara de una antigua ciudad saqueada y destruida. Entre las piedras vieron unos pocos cobertizos, especies de establos con paredes de guijarros y techo de ramas. Desde una colina se precipitaba un pequeño arroyo de aguas turbulentas, y tras refrescarse ellos y sus monturas, ascendieron por las márgenes del curso de agua hasta la fuente, donde la corriente brotaba de un manantial surgido de una musgosa ladera. Encima del manantial, sobre una saliente cubierta de helechos, había tres mujeres sentadas a la sombra de unos abedules. Cuando los caballeros estuvieron más cerca, ellas alzaron los ojos y contemplaron el extraño trío. Una de ellas era una hembra madura que vagamente evocaba una belleza pretérita, y sobre el pelo cano lucía una pesada diadema de oro. Al lado había una mujer de treinta años,

de formas opulentas y atractivas, con una cinta dorada sobre el pelo rojizo. La tercera era una hermosa criatura de quince años recién llegada a la doncellez, con el pelo dorado entrelazado de flores, y las tres vestían ropa de damas principales, bordadas con hebras de oro y de plata, y a sus espaldas yacían en el suelo sus mantos de piel.

Los caballeros se aproximaron con lentitud y cortésmente se quitaron el yelmo y saludaron a las mujeres.

—Señoras —dijo sir Marhalt—, somos caballeros andantes dispuestos a todas las aventuras que Dios quiera enviarnos. Con nosotros estáis seguras, pues honramos la orden de caballería, lo que equivale a decir que honramos a las damas.

—Sois bienvenidos —dijo la mayor de ellas.

—Si no habéis hecho un juramento en contrario —dijo Gawain—, decidnos por qué permanecéis aquí sentadas, como quien espera.

—No es ningún misterio —dijo la segunda mujer—. Nos sentamos aquí a la espera de caballeros errantes como vosotros. Es nuestra costumbre, así como la vuestra es buscar aventuras. Si estáis de acuerdo, podemos guiaros a ellas, siempre que os atengáis a nuestra costumbre; cada uno de vosotros debe elegir a una de nosotras como guía. Una vez hecha la elección, os conduciremos a un sitio donde se cortan tres senderos. Allí cada uno de vosotros elegirá un camino. Así os quedan dos sendas ignoradas hacia vuestro destino, y sólo Dios puede dictaminar vuestra opción. Luego cada una de nosotras cabalgará con alguno de vosotros a la ventura. Pero debéis jurar que al cumplirse doce meses, si estáis con vida, os volveréis a encontrar aquí, y Dios proteja vuestras vidas y os dé fortuna.

—Bien dicho está —exclamó sir Marhalt—. Así debería desempeñarse este oficio de buscar aventuras. ¿Pero cómo elegiremos a nuestra compañera?

—Según el dictado de vuestra mente y vuestro corazón —dijo la más joven, y mirando a sir Ewain bajó la mirada y se sonrojó.

—Soy el más joven de los tres, y no soy tan fuerte ni

experimentado —dijo sin embargo sir Ewain—; por lo tanto, dejadme elegir a la dama más madura. Ella ha visto mucho y es quien mejor puede socorrerme cuando lo necesite, pues necesitaré más ayuda que los demás.

La muchacha enrojeció de ira.

—Muy bien —dijo sir Marhalt—, si nadie se opone, tomaré a la dama que aúna la madurez con la gracia. También nosotros tendremos mucho en común, pues no somos muy viejos ni muy jóvenes pero estamos hartos de vanidades y no tendremos demasiadas exigencias recíprocas.

—Gracias, gentiles compañeros —graznó sir Gawain—. La que queda es la que yo hubiese elegido aun a riesgo de ser ofensivo, siendo ella la más joven y hermosa de todas y la que más me gusta.

—O bien somos afortunados por accidente —dijo sir Marhalt—, o bien Dios ha determinado que no haya disensiones o altercados entre nosotros. Ahora, señoras, conducidnos a nuestro punto de partida.

Las damas se incorporaron y cada cual tomó las bridas de su caballero, y allí donde el sendero se partía en tres, ellos prometieron regresar a ese lugar al cumplirse los doce meses. Luego se abrazaron y cada caballero montó a caballo con su dama en ancas y alegremente emprendieron esa triple aventura: sir Ewain al oeste, sir Marhalt al sur y Gawain por la senda que conducía al norte.

Y en primer lugar seguiremos a sir Gawain mientras cabalga alegremente por el verde bosque acompañado por su encantadora y jadeante doncella. Gawain le hablaba animosamente a su compañera.

—Qué suerte que te haya tocado venir conmigo —decía Gawain—. De lo contrario, habría lidiado por ti. No me respondes. Es fácil de explicar. Eres muy joven y nunca estuviste en compañía de un galante caballero del gran mundo. Te sonrojas, lo sé aunque no te vea la cara. Bien, eso conviene a una doncella tan joven. Quizá se te trabe la lengua, aturdida por el honor que te han tributa-

do... o acaso te hayan enseñado a guardar silencio cuando habla un caballero. Así son los buenos modeles que se practicaban en los viejos tiempos, y que ahora lamentablemente han caído en desuso. No debes temerme ni sentirte demasiado impresionada por mí. Verás que debajo de mi regia postura y mi aura caballeresca, soy tan humano como tú, ni más ni menos que un hombre pese a todas las apariencias. Estás perpleja, querida mía, y puedo entenderlo sin dificultad.

La doncella carraspeó y golpeó con los talones el flanco del caballo, que brincó sobresaltado.

—Algún animal quizás, o una serpiente —dijo Gawain—. Si tienes miedo, rodéame con el brazo. Te protegeré de las caídas. Sabes, me gustan las muchachas que no se pasan el tiempo hablando.

—¿Sir Ewain es tu hermano? —preguntó la doncella.

—No, mi primo, y muy buen muchacho. Comprendo que a ti te parecería demasiado joven e inexperto como para juzgarlo interesante, y es verdad que apenas acaba de dejar la infancia, pero cuando haya visto tanto mundo como yo será un buen caballero. Es de noble ascendencia. Claro que las muchachas prefieren a los hombres maduros. —El caballo coceó una vez más.— No entiendo qué le sucede a mi cabalgadura —dijo Gawain—. Es una montura muy firme. Si te gusta la música puedo cantarte algo. Aunque yo pienso lo contrario, dicen que tengo una hermosa voz. ¿Qué canción te gustaría escuchar?

—No me gusta la música —dijo la doncella—. Mira, allá hay una hermosa casa. Tengo sed, mi señor.

—La típica actitud de una niña —dijo Gawain—. Sed, hambre, frío, calor, tristeza, felicidad, amor, odio... siempre algo para atraer la atención. Bueno, quizás es por eso que las niñas son atractivas.

Frente a la casa, junto al camino, había un viejo caballero. Gawain contuvo las riendas.

—Señor —le dijo—, Dios te dé buena suerte. ¿Sabes de alguna aventura en estos lugares que satisfaga a un noble caballero en busca de ellas?

—Dios te conceda a ti buena ventura, si hay escasez de ella —respondió cortésmente el viejo caballero—. ¿Aventuras? Sí, más de las que puedas enfrentar con tu lanza, pero ya cae la tarde. Lo que es aventura durante el día es muy diferente por la noche. Apéate, joven señor, y pernocta aquí. Por la mañana te ayudaré en tu búsqueda.

—Deberíamos seguir adelante —dijo Gawain—. Lo propio es que descansemos bajo el tupido ramaje de un árbol.

—Tonterías —dijo la doncella—. Estoy fatigada y sedienta.

—Es muy joven —explicó Gawain—. Muy bien, querida. Si te parece mejor.

La doncella entró a un pequeño cuarto y cenó a solas. Atrancó la puerta y no respondió a los suaves golpes de Gawain, quien volvió a sentarse junto al fuego con el viejo caballero, para hablar de caballos y armaduras y discutir si convenía que un escudo fuera chato o de frente curvo para desviar las lanzas. Así hablaron de su oficio hasta que los venció el sueño.

Por la mañana, en cuanto estuvieron armados y montados, dijo sir Gawain:

—Ahora bien, señor, ¿qué aventura me tienes reservada?

—Cerca de aquí —dijo el viejo caballero— te encontrarás con cierto lugar... un claro en el bosque, una cruz de piedra, césped firme y parejo, y una fuente de aguas frías y claras. Este lugar atrae las aventuras como la carne atrae a las moscas. No sé con qué nos encontraremos, pero si algún prodigio acontece, allí ha de ser.

Cuando llegaron al claro de aterciopelada y verde hierba, estaba desierto. Los tres desmontaron y tomaron asiento junto a la antigua cruz de piedra. No tardaron en escuchar una voz que clamaba contra los ultrajes del destino, y de pronto irrumpió en el prado un fuerte y gallardo caballero de noble apostura, bien armado y esbelto. Al ver a sir Gawain, acalló sus gemidos, lo saludó y rogó a Dios que le enviara la honra y la gloria.

—Gracias —dijo Gawain—. Y también a ti te depare el honor y la fama.

—Debo olvidarme de cosas semejantes, señor —dijo el caballero—. A mí sólo me están reservadas las cuitas y la deshonra, como verás. —Y cabalgó hacia el extremo opuesto del claro y detuvo el caballo y esperó. Y no tuvo que esperar mucho, pues diez caballeros salieron del bosque formando una sola línea. El primero de ellos puso la lanza en ristre y el caballero triste lo embistió en medio del campo y lo derribó. Luego enfrentó a los nueve restantes, y uno tras otro los venció con su única lanza. Concluida la lid, detuvo el caballo con ojos abatidos, y los diez caballeros se acercaron a pie y lo arrancaron de su montura sin que él opusiese resistencia. Lo sujetaron de pies y manos y lo ataron bajo el vientre del caballo. Luego se llevaron el caballo con el caballero triste colgado como una bolsa. Gawain todo lo observó maravillado.

—¿Qué es esto? —preguntó—. Los venció a todos y luego consintió que se lo llevaran.

—Es verdad —dijo el viejo caballero—. Si lo hubiese querido, los habría derrotado a pie tal como lo hizo a caballo.

—Me parece que podrías ayudarlo, si eres tan grande como dices —dijo ásperamente la doncella—. Es uno de los caballeros más diestros y hermosos que he visto jamás.

—Pude ayudarlo de haberlo querido. Pero me pareció que él estaba resignado a esa suerte. No es sabio ni cortés interferir en asuntos ajenos a menos que a uno se lo pidan.

—Opino que no quisiste ayudarlo —dijo la muchacha—. Acaso estés celoso de él. Es posible que tengas miedo.

—Eres una campesina ignorante —dijo Gawain—. ¿Miedo yo? Permíteme que te aclare que nunca tengo miedo.

—¡Silencio! —los interrumpió el viejo caballero—. El día es joven y se acumulan las aventuras. Mirad, a la

derecha del prado hay un caballero armado por completo, salvo en la cabeza.

—Lo veo —dijo la doncella—. Una hermosa cabeza, un rostro viril.

Mientras así hablaba, otro jinete irrumpió en el claro por la izquierda, un enano con armadura, también con la cabeza descubierta, un monstruo de espaldas anchas como una puerta, con enorme y gruesa boca de sapo, nariz chata y simiesca y ojos fulgurantes que centelleaban como la espuma, una fealdad tan perfecta que casi era hermosa.

—¿Dónde está la doncella? —le gritó el enano al caballero.

Una atractiva doncella salió de entre los árboles.

—Aquí estoy —clamó.

—Es una tontería discutir y luchar por ella —dijo el caballero—. Vamos, enano. Dispónte a lidiar por su causa.

—Con satisfacción, si no queda otro remedio —replicó el enano—. Pero allí veo a un buen caballero sentado junto a la cruz. Que él decida a quién de los dos le pertenece.

—De acuerdo —dijo el caballero—, siempre que jures atenerte a su decisión.

Lo consultaron a Gawain, quien declaró:

—No parece haber dudas sobre la elección. Ya que me toca resolver, propongo que la dama decida con quién desea ir, y yo defenderé su decisión.

La dama no vaciló. Fue al enano con cara de sapo y alzó las manos. Él se inclinó, la tomó en brazos y la sentó frente a él en su montura, y la doncella lo estrechó y besó. El enano sonrió sabiamente y con una irónica reverencia se despidió de todos y se internó en el bosque llevándose a la doncella.

El caballero derrotado se acercó desconsoladamente y tomó asiento junto a la cruz, sin que ninguno de ellos pudiera creer lo que había visto. El viejo caballero, disgustado, montó a caballo y partió rumbo a su casa.

Entonces apareció en el claro un caballero con armadura completa, gritando:

—Sir Gawain, te conozco por el escudo. Ven a lidiar conmigo por tu honor de caballero.

Y como Gawain vaciló, dijo su doncella:

—Tenías razones para eludir a los diez caballeros. ¿Qué razones darás para eludir a este que te desafía?

—Ninguna —dijo Gawain, incorporándose con furia—. Acepto el reto. —Montó a caballo y acometió al retador y ambos cayeron de sus monturas. Desenvainaron las espadas con fiereza y se trabaron en un lento y pesado combate a pie, tirando unos pocos tajos y luego descansando como si no sintieran mayor entusiasmo.

Entretanto, junto a la cruz, el caballero desconsolado le dijo a la doncella:

—No puedo comprender por qué se fue con ese enano espantoso.

—¿Quién sabe qué es lo que atrae el corazón de una doncella? —dijo la muchacha—. Las facciones de un hombre no confunden a una mujer, quien reconoce a su amado por algo más profundo.

—En tu caso no es necesario —replicó él—. Tu amado es tan bien parecido como el que más. —Y miró a los dos caballeros que lidiaban en el claro tapizado de hierba.

—Eso prueba mis palabras —destacó esquivamente la doncella—. Él no es mi amado. Ni siquiera me gusta. Tu rostro quizá no tenga su arrogante perfección, pero a mis ojos es más viril.

—¿Es decir que si tuvieras que escoger me elegirías a mí?

—¿Qué dije? —exclamó ella sonrojándose—. Es un fanfarrón. Se cree mejor que cualquier otro. Piensa que a una mujer le basta mirarlo para prendarse de él. Un hombre como ése necesita una lección.

—Mientras luchan —dijo ansiosamente el caballero—, monta a caballo y alejémonos.

—No sería correcto —dijo ella.

—Pero tú dices que no lo amas.

—Es verdad. Sin duda te prefiero a ti.

—Cuidaré de ti y te entregaré mi corazón.

—Él sólo piensa en sí mismo.

—¿Crees que nos seguirá?

—No creo que se atreva. Es un necio.

Los dos caballeros lucharon largo tiempo bajo el sol implacable que rebotaba en sus armaduras, y manaban más sudor que sangre. Finalmente el retador se apartó, reclinó la espada y dijo:

—Por mi parte, creo que todo se ha cumplido como corresponde y que ambos nos hemos comportado con dignidad. Si no me guardas especial rencor, hagamos las paces. Comprende que no te suplico la paz.

—Te comprendo —dijo Gawain—. No hay deshonra en el acuerdo mutuo, y ambos de nosotros hemos medrado nuestra honra. ¿Convenido?

—Convenido —dijo el caballero, y se quitaron los yelmos y se abrazaron formalmente. Luego fueron a la fuente y saciaron su sed y se lavaron la salada transpiración que les punzaba los ojos.

—¿Dónde está mi doncella? —preguntó en eso Gawain, mirando en derredor—. La dejé sentada junto a la cruz.

—¿Era tuya? —preguntó el otro—. La vi alejarse con el otro caballero y creí que estaba con él.

Entonces Gawain carraspeó un momento y luego rió con inquietud.

—Puede sonar poco galante, pero estoy contento de que se haya ido. Me tocó por sorteo. Es una campesina ignorante, hoy hermosa, pero con tendencia a engordar rápidamente.

—No la miré con mucha atención.

—No perdiste nada —dijo Gawain—. Casi me enloquecía con su cháchara interminable. Me gustan las mujeres más maduras, con alguna experiencia del gran mundo, no esas campesinas estúpidas.

—¿Una charlatana? Conozco a esa especie.

—Nunca frenaba la lengua —dijo Gawain—. Y ese pobre hombre acaso crea que me la robó. No tardará en darse cuenta.

—Bien, me alegro por ti —dijo el caballero—. Soy propietario de una pequeña y agradable finca y de unas

casas no lejos de aquí. Ven a alojarte conmigo. Quizás alguna granjera te ayude a olvidar a esa charlatana.

—Con gusto —dijo Gawain. Y mientras cabalgaban hacia las casas, le dijo—: Si vives por aquí, acaso puedas decirme quién es ese caballero capaz de vencer a diez hombres con su lanza y de consentir que luego lo capturen y sujeten sin resistirse.

—Lo conozco bien —dijo el anfitrión—. Y conozco su historia. ¿Quieres que te la cuente?

—Por cierto —dijo Gawain—. Me dejó muy intrigado.

—Se llama sir Pelleas —dijo el caballero—, y entiendo que es uno de los mejores caballeros del mundo.

—Pude comprobarlo en la lid... Derribó diez caballeros con una sola lanza.

—Oh, es capaz de hazañas más grandes. Cuando lady Ettarde, una dama dueña de inmensas posesiones y un castillo en la vecindad, anunció un torneo de tres días, sir Pelleas entró en el combate y, pese a que quinientos caballeros lidiaron por el premio, venció a todos los que lucharon con él. El premio consistía en una bella espada y una diadema de oro para ofrendársela a la dueña de su corazón. Nadie puso en duda quién era el merecedor del premio, pero cuando sir Pelleas vio a lady Ettarde se prendó de ella y le ofrendó la diadema, proclamándola la dama más bella de toda la comarca (aunque la afirmación es cuestionable) y retando a combate mortal a quien osara negarlo. Pero la tal Ettarde es una extraña criatura, vanidosa y soberbia. No quiso saber nada con él. Nunca entenderé a las mujeres.

—Yo tampoco —dijo Gawain—. Justamente, una doncella hoy se decidió por un enano con cara de batracio.

—Ahí tienes —dijo el otro—. En el castillo hay muchas damas más hermosas que Ettarde y ninguna de ellas habría rechazado a un caballero tan atractivo y apuesto como sir Pelleas, especialmente después que demostró su valía contra quinientos caballeros, durante tres días seguidos. Pero sir Pelleas se negó a mirar a otra mujer. Seguía a Ettarde gimiendo como un cachorro, y

cuanto más la requería, ella más lo desdeñaba e insultaba y trataba de apartarlo. No entiendo qué le vio para amarla.

—¿Quién conoce los misterios del corazón de un hombre? —dijo Gawain—. Debe amarla muy profundamente.

—Con razón puedes afirmarlo, señor. Ha dicho que la seguirá hasta el confín del mundo y que no la dejará en paz hasta que corresponda a su amor.

—A veces eso es lo que menos resulta —dijo Gawain—. Quizá fuera mejor robarle un beso y huir. Algunas mujeres no saben valorar lo que tienen.

—No hay duda de que ella habla en serio. Ha tratado de librarse de él por todos los medios. Pero él se ha instalado en un priorato cercano al castillo y da vueltas con su caballo bajo el ventanal de su dama, proclamando su dolor y suplicando clemencia, hasta que Ettarde pierde los estribos y manda a sus caballeros contra él. Entonces él derriba a todos de sus monturas y luego consiente que lo capturen.

—Eso es lo que hizo hoy. ¿Por qué razón?

—Es el único modo de verla. Y aunque ella lo insulta y lo humilla de todas las formas posibles, él la quiere cada vez más y ruega que lo aprisione con tal de poder verla. Y en cuanto ella lo echa del castillo, vuelve bajo el ventanal aullando como un perro en celo.

—Es una vergüenza que un hombre llegue tan bajo —dijo Gawain.

—En fin —dijo el otro—, él da por cierto que si insiste largo tiempo acabará por cansarla, pero el único resultado es que el fastidio de esta mujer se ha convertido en un odio acérrimo. Le ha acarreado tantos problemas que Ettarde adoraría al hombre que lo matara, pero no puede encontrar a un caballero capaz de derrotarlo en el campo y nadie está dispuesto a matarlo.

—Es una lástima —dijo Gawain—. Mañana lo buscaré y trataré de ayudarlo.

—Será en vano —dijo su anfitrión—. No escuchará razones.

—No obstante me has dado una idea —dijo Gawain.

En la mañana, Gawain preguntó cómo ir al priorato donde residía sir Pelleas, y encontró al caballero magullado y apaleado.

—¿Cómo puedes permitir esto sin defenderte? —preguntó Gawain.

—Amo a una dama y ella... —comenzó sir Pelleas.

—Ya conozco la historia —dijo Gawain—. Pero no comprendo por qué dejas que te pisotee.

—Porque tengo esperanzas de que al fin se apiade de mí. El amor instiga a muchos buenos caballeros a padecer antes de que los acepten. Pero, ay, yo soy infortunado.

—Entre los adornos femeninos —dijo Gawain—, la piedad es una rareza.

—Si puedo demostrarle la profundidad de mi amor, ella se rendirá.

—Renuncia a tus quejas —dijo Gawain—. Tu método es doloroso, infamante e ineficaz. Si me das tu venia, tengo un plan para poner en tus manos el corazón de tu señora.

—¿Quién eres?

—Soy sir Gawain, de la corte del rey Arturo. Soy hijo de su hermana. Mi padre era el rey Lot de Orkney.

—Yo soy sir Pelleas, señor de las Islas. Y hasta ahora nunca he amado a una dama o una doncella.

—Eso es evidente —dijo Gawain—. Necesitas ayuda de algún buen amigo.

—Si no la veo moriré. Ella me insulta y me maldice, pero no puedo pensar sino en verla, aunque ella anhele mi alejamiento o mi muerte.

—Si puedes dejar de gimotear el tiempo suficiente como para escucharme, tengo un plan. Ella anhela tu muerte. Dame tu armadura. Iré a ella y le diré que te he matado. De este modo comprenderá de pronto lo que ha perdido, y cuando llore por ti te la traeré y tendrás su amor.

—¿Es ése el modo? —preguntó Pelleas.

—Creo que las mujeres aman lo que no poseen.

—¿Me serás leal? ¿No actuarás en mi contra?

—¿Con qué propósito? —dijo sir Gawain—. Estaré de regreso en un día y una noche. Si no es así, entonces sabrás que algo falló.

Los dos cambiaron de armadura según lo pactado, se abrazaron, y luego Gawain montó y cabalgó rumbo al castillo de lady Ettarde.

Habían alzado los pabellones de las damas en el verde prado a las puertas del castillo, y Ettarde y sus doncellas tocaban música y bailaban y cantaban gozando del dulce aroma de las flores.

Cuando vieron a Gawain, que llevaba en el escudo el emblema de sir Pelleas, las mujeres se incorporaron de un salto y huyeron hacia las puertas presas del pánico y la desolación. Pero Gawain proclamó que no era Pelleas.

—Soy otro caballero —gritó—. Maté a Pelleas y tomé su armadura.

Ettarde se detuvo, incrédula.

—Quítate el yelmo —dijo—. Déjame ver tu rostro. —Y cuando vio que no era Pelleas le suplicó que se apeara.— ¿De veras has matado a Pelleas?

—Ciertamente —dijo Gawain—. Era el mejor caballero que jamás enfrenté pero al fin obtuve la victoria, y como no estaba dispuesto a rendirse, le quité la vida. ¿De qué otra manera habría conseguido su armadura?

—Es verdad —dijo Ettarde—. Era un guerrero admirable, pero yo lo aborrecía porque no podía librarme de él. Lloraba y gemía y sollozaba como un ternero enfermo, hasta que anhelé su muerte. Me gustan los hombres decididos. Como me has ahorrado el trabajo de matarlo, tendrás de mí lo que desees. —Y al decirlo, Ettarde se sonrojó.

Entonces Gawain la miró atentamente y vio que era hermosa, y evocó con rencor a la doncella infiel, mientras su vanidad le exigía una conquista.

—Veré de que cumplas tu promesa, señora mía —dijo con una confiada sonrisa, y comprobó con satisfacción que las mejillas de Ettarde enrojecían turbadamente. Ella lo condujo al castillo y le hizo preparar un baño con agua

perfumada y en cuanto Gawain vistió una ligera túnica de púrpura, le ofreció vino y comida y se sentó junto a él, rozándolo con el hombro.

—Ahora dime qué deseas de mí —le dijo dulcemente—. Verás que sé pagar mis deudas.

Gawain le tomó la mano.

—Muy bien —le dijo—. Amo a una mujer, pero ella no me ama.

—¡Oh! —exclamó Ettarde, celosa y confundida—. Pues es una tonta. Eres hijo de rey y sobrino de rey, joven, guapo y valeroso. ¿Qué pretende tu amada? No hay mujer en el mundo que se mida con tus virtudes. Debe de ser una tonta. —Y contempló los sonrientes ojos de Gawain.

—Como recompensa —dijo él—, quiero tu promesa de que harás todo lo que esté a tu alcance para conseguir el amor de mi señora.

Ettarde se dominó para ocultar su desencanto.

—No sé qué puedo hacer —dijo.

—¿Cuento con tu promesa, por tu fe?

—Bueno... sí... sí. Ya que lo prometí, lo prometo. ¿Quién es ella y qué puedo hacer yo?

Gawain la miró largamente antes de responder.

—Tú eres esa dama, tú eres mi amor. Tú sabes qué hacer. Tomo tu palabra.

—¡Oh! —exclamó ella—. Eres un pícaro. No hay mujer que esté a salvo contigo. Me has tendido una trampa.

—¡Tu promesa!

—Supongo que no tengo alternativa —dijo Ettarde—. Si no te diera lo que pides faltaría a mi palabra, y tengo a mi honra por encima de mi vida, de mi amor.

Era el mes de mayo y los campos eran verdes y dorados. Las flores los endulzaban y una tenue brisa los entibiaba bajo el sol de la tarde. Gawain y Ettarde salieron del oscuro castillo y, tomados de la mano, cruzaron el prado rumbo a los lustrosos pabellones que se alzaban sobre la hierba. Cenaron sentados sobre la hierba, y al caer la noche un trovero de allende el mar entonó canciones de amor y caballería, y los caballeros y las donce-

llas de Ettarde las escucharon mientras paseaban en el atardecer, y más tarde se escabulleron dentro de otros pabellones instalados a cierta distancia.

Y cuando los acució el frío de la noche, Gawain y Ettarde entraron a su casa de seda y dejaron caer el paño de entrada. Yacieron juntos en un mullido lecho con edredones de pluma, dedicados al amor, al lánguido reposo, y nuevamente al amor, y el tiempo transcurrió sin que lo advirtieran. En la dorada mañana desayunaron y amaron y almorzaron y amaron y cenaron y amaron y durmieron para despertar al amor... Tres días pasaron como si hubiese transcurrido sólo una hora.

En el priorato, sir Pelleas aguardó nerviosamente durante el día y la noche prometidos, y Gawain no regresó. "Algo lo ha demorado", se dijo Pelleas, y, víctima del insomnio, esperó otro día y otra noche. Luego, consumido y frenético, recorría su celda diciéndose: "Acaso esté herido, acaso enfermo. Y si voy ahora podría echar a perder las sutilezas de su plan. Pero supongamos que ella lo tomó prisionero". Antes del alba de la tercera noche, su paciencia estalló. Se armó y cabalgó hacia el silencioso castillo, que se erguía oscuro y sin custodia, y vio los pabellones en el prado, los pendones levemente agitados por la brisa matinal. Sujetó con sigilo su montura y se encaminó al primer pabellón, donde vio a tres caballeros durmiendo. Y en el segundo encontró cuatro doncellas que dormían desgreñadas y contentas. Luego corrió el paño que cerraba el tercer pabellón y vio a su señora y a Gawain estrechamente abrazados, durmiendo con la profunda y satisfecha fatiga del amor.

A Pelleas se le quebró el corazón. "Entonces... él me traicionó —pensó—. ¿Habrá actuado con premeditada mala fe o por encantamiento?" Se alejó dolorido y montó a caballo. Tras recorrer un buen trecho con la imagen de los amantes clavada en los ojos, fue presa de la cólera. "No es amigo mío. Es mi enemigo. Volveré y le daré muerte por haber faltado a su promesa. Debería matarlos a los dos." Volvió grupas y desandó el camino que había andado. Y lo acosaron muchos años de honor y de

inocencia. "No puedo matar a un caballero dormido y desarmado —pensó—. Sería una traición más grave que la suya, una traición a mi condición de caballero y a toda la orden de la caballería." Y nuevamente volvió grupas y regresó al priorato. Y mientras cabalgaba, estalló en su pecho el clamor de la ira, y gritó: "¡Al diablo la caballería, al diablo el honor! ¿Acaso ellos han sido honorables? Los mataré a ambos por su ruindad y libraré al mundo de su infamia". Y otra vez cambió de rumbo y cabalgó hacia el castillo. Ató su caballo y sigilosamente se dirigió al pabellón mientras crecía la luz del alba. Sin hacer ruido, desenvainó la espada. Le ardían las fosas nasales, le silbaba el pecho, tan agitado estaba su corazón. En la tienda se paró junto a los amantes dormidos. Ettarde se volvió sin despertarse y sus labios susurraron un plácido sueño, mientras Gawain, sin despertarse, la estrechaba con fuerza. Sir Pelleas jamás había cometido un acto cruel o injusto, y aunque intentó levantar su espada, no pudo hacerlo. Se inclinó calladamente sobre ellos y tendió la espada desnuda sobre sus gargantas. Luego se alejó sin hacer ruido y cabalgó de regreso al priorato llorando con amargura. Sus escuderos lo buscaban ansiosamente, y cuando se reunieron alrededor de él, Pelleas les dijo:

—Me habéis sido fieles y leales en un mundo donde la fidelidad no existe. Os cedo todos mis bienes, mi armadura y todo lo que poseo. Mi vida ha terminado. Me tenderé en el lecho y jamás volveré a levantarme. No tardaré en morir, pues mi corazón está destrozado. Cuando haya muerto, prometedme que me arrancaréis el corazón del pecho, lo depositaréis en mi doble fuente de plata y con vuestras propias manos se lo llevaréis a lady Ettarde, diciéndole que la vi durmiendo con mi falso amigo sir Gawain.

Los escuderos protestaron, pero él los serenó y luego se acostó para caer desvanecido y yacer durante muchas horas agobiado por el brutal impacto de su dolor.

Cuando Ettarde se despertó y sintió la hoja en su garganta, se levantó sobresaltada, y por la empuñadura

advirtió que era la espada de Pelleas, y se asustó y enfureció. Despertó violentamente a Gawain y le dijo:

—Así que me has mentido. No mataste a Pelleas. Aquí está su espada. Está vivo, estuvo aquí y se negó a matarnos. Nos has traicionado a ambos. Si él te hubiera hecho lo que tú le hiciste, ahora estarías muerto, pues a otro no le perdonarías lo que tú mismo has hecho. Ahora te conozco y avisaré a todas las damas que se cuiden de tu amor, y a los caballeros que se cuiden de tu amistad. —Gawain intentó responderle, pero ella no lo consintió.— No busques excusas. Sólo empeorarás tu situación.

Y sir Gawain le dirigió una sombría sonrisa y se apartó de ella y fue al castillo en busca de su armadura. Y en cuanto se armó y se alejó en su caballo, reflexionó: "Mucho le faltaba para ser la más bella. Y en cuanto a Pelleas, he aquí mi recompensa por vengarlo de la mujer que lo hacía desdichado. Bueno, ¸así son las cosas. En este mundo ya no hay gratitud. Cada uno debe cuidar de sí mismo, y eso es lo que haré de ahora en adelante. He recibido una lección."

En la Floresta de la Aventura, Nyneve del Lago viajaba sin descanso. Mucho había cambiado desde que, siendo una joven impaciente, había despojado a Merlín de sus secretos y luego de su vida. Después había codiciado el poder y la supremacía sin límites. Pero en los años transcurridos desde entonces, su poder había impuesto sus propios límites. Podía realizar actos imposibles para el común de las gentes, y en lugar de ser libre era esclava de los desvalidos. Con el don de curar era sierva de los enfermos, su poder sobre la fortuna la encadenaba a los infortunados, mientras que sus conocimientos, que le revelaban el mal pese a las máscaras que vistiera para ocultarse, la reclutaban en una guerra constante contra las ambiciosas conspiraciones de la codicia y la traición. Y más aún, Nyneve advertía con tristeza que, aunque su fuerza la sujetara a los débiles y atribulados, éstos no se

sujetaban a ella, pues no podían ofrecerle la amistad en pago de sus deudas. Así, aislada y solitaria, reverenciada por todos y sin el afecto de nadie, añoraba con frecuencia los viejos tiempos, cuando todos contribuían con su porción de amor y gentileza, pues no hay soledad semejante a la de quienes sólo pueden dar y no hay furor semejante al de quienes sólo pueden recibir y detestan el peso de la deuda. No permanecía mucho tiempo en el mismo lugar, pues la gratitud hacia sus servicios siempre se mudaba en recelo hacia su poder.

Mientras recorría el bosque se encontró con un joven escudero que sollozaba, y cuando ella le preguntó por qué, él le contó que su querido amo había sido traicionado por su señora y un caballero, por lo cual tenía destrozado el corazón y aguardaba la muerte con los brazos abiertos.

—Llévame donde tu señor —dijo Nyneve—. No morirá por el amor de una mujer indigna. Si es inclemente en el amor, su castigo adecuado será amar sin ser amada.

Entonces el escudero se animó y la condujo al lecho donde sir Pelleas yacía ahebrado y consumido, con los ojos desorbitados, y Nyneve pensó que jamás había visto un caballero tan atractivo y apuesto.

—¿Por qué el bien se arroja bajo los pies del mal? —dijo Nyneve. Y apoyó la mano fría en la frente de Pelleas y sintió la caliente sangre que palpitaba en sus sienes. Luego lo arrulló con dulzura, y lo serenó hasta que la repetición de ese acto mágico le trajo a Pelleas la paz y el hechizo de un sueño sin sueños. Luego encargó a los escuderos que velaran por él y que no lo despertaran hasta su regreso. Entonces se apresuró a ir al castillo de lady Ettarde y a traerla, pese a su voluntad, junto al lecho del dormido Pelleas.

—¿Cómo te atreves a provocar la muerte de un hombre como éste? —le dijo—. ¿Quién te crees que eres para no ser amable? Te ofrezco el dolor que le infligiste a otro. Ya sientes mi hechizo y amas a este hombre. Lo amas más que a nada en el mundo. Lo amas. Darías la vida por él, lo amas.

Y Ettarde repetía con ella:

—Lo amo. ¡Oh, Dios mío! Lo amo. ¿Cómo puedo amar lo que tanto aborrecí?

—Es una pequeña parcela del infierno que solías ofrecerle a los otros —dijo Nyneve—. Y ahora lo verás desde el otro lado.

Susurró por largo tiempo al oído del caballero dormido y luego lo despertó y se apartó para mirar y escuchar.

Sir Pelleas miró en torno con ojos desencajados, y de pronto la vio a Ettarde, y al mirarla se sintió colmado de odio, y cuando ella le tendió su mano cariñosa, Pelleas se apartó con repulsión.

—Vete de aquí —le dijo—. No soporto tu presencia. Eres fea y horrible, déjame en paz y no vuelvas a verme.

Y Ettarde cayó al suelo sollozando. Entonces Nyneve la ayudó a incorporarse y la llevó fuera de la celda, diciéndole:

—Ahora conoces su dolor. Esto es lo que él sentía por ti.

—Lo amo —gimió Ettarde.

—No dejarás de amarlo mientras vivas —dijo Nyneve—. Y morirás con tu amor no correspondido, una muerte hueca y baldía. Ahora vete, aquí no tienes nada que hacer. Ve a tu muerte polvorienta. —Luego Nyneve volvió junto a Pelleas y le dijo:— Levántate y reinicia tu vida. Encontrarás tu verdadero amor y ella te encontrará a ti.

—He consumido mi capacidad de amar —dijo él—. Eso ha terminado.

—No es así —dijo Nyneve del Lago—. Toma mi mano. Yo te ayudaré a encontrar tu amor.

—¿Te quedarás conmigo hasta entonces? —preguntó él.

—Sí. Prometo quedarme contigo hasta que encuentres a tu amor.

Y vivieron juntos y dichosos el resto de sus vidas.

Ahora debemos regresar a la triple encrucijada y partir rumbo al sur con sir Marhalt y su doncella de treinta

años. Ella montaba de costado junto a él, ciñéndole la cintura con uno de sus torneados brazos.

—Qué contento estoy de que me hayas tocado en suerte —dijo Marhalt—. Pareces ser una mujer confortable y eficaz. Cuando uno llega a cierta edad ya es bastante difícil concentrarse en la búsqueda de aventuras sin el calor y el frío del amor joven y tempestuoso como para complicar aun más un modo de vivir de por sí bastante confuso.

—La búsqueda de aventuras es un extraño oficio —dijo ella—. Uno puede hacer de él lo que le guste.

—¿Has hecho esto anteriormente, señora mía?

—Muchas veces, mi señor —rió con altivez—. Los prodigios son cosa de todos los días para mí. Cuando se cabalga con un buen compañero, no se lleva una mala vida.

—Espero no decepcionarte —dijo Marhalt—. Sólo vagamente recuerdo la época en que hubiese lidiado por esa carita bonita y huraña, ese pelo dorado, la mente tan chata como los senos... sí, la recuerdo.

—¿Pero ahora yo te parezco más atractiva?

—Me pareces confortable. Pero me pregunto por qué una mujer confortable sale en busca de aventuras. Las noches frías, el sueño en el suelo duro y húmedo, la mala comida o la falta de comida.

—Hay modos de hacerlo agradable, señor. Viste que cada una de nosotras tenía una bolsa. La mía está aquí, sujeta al cordel de tu silla. ¿Te molesta?

—En absoluto —dijo él—. Por supuesto que contiene las mil pequeñas cosas que necesita una mujer.

—Así es —dijo ella—. Pero a diferentes mujeres, diferentes necesidades. La joven doncella también tiene una bolsa, y en ella guarda perfumes, pañuelos, guantes, un espejo, tierra roja para los labios y las mejillas, y, ante todo, un polvo blanco para purgar el vientre de comidas frías y grasosas y conservar limpia la piel.

—¿Y qué guardas en tu bolsa?

—Soy como tú. Un poco de comodidad no daña. Tengo una marmita para hervir agua, hierbas y carne ahumada por cualquier emergencia, lejía para mezclar con

ceniza y sebo para jabón, pues uno suele ensuciarse mucho, un buen ungüento para heridas y picaduras de insectos, y un paño liviano e impermeable para cubrirnos de la lluvia. Y, naturalmente, ese mismo purgante en polvo.

—¿Y para tu vanidad femenina, querida mía? —preguntó burlonamente Marhalt.

—Una muda de ropas para la salud de mi piel, un peine y un pequeño y afilado cuchillo por si acaso... por si acaso...

—¿Por si acaso yo?

—No creo que el cuchillo sea necesario, salvo quizá para picar cebollas silvestres y hervirlas en la marmita.

—Estoy muy contento de que seas mi guía —dijo Marhalt—. No sólo eres discreta, sino buena compañera.

—Yo, al igual que las otras, tengo sólo las virtudes de mi compañero.

—Hablas grácilmente, querida mía.

—También tú. Dime —dijo ella—, ¿eres un gran campeón, un buen guerrero?

—He tenido suerte —dijo sir Marhalt—. En los últimos años, triunfé más veces de las que perdí. Pero cuento con la ventaja de mil días de práctica. Es posible que luche bien porque he luchado con frecuencia.

—No eres presuntuoso, mi señor.

—He visto caer a muchos hombres, y jamás me consiento olvidar que algún día, por accidente o por la acometida de un caballero más joven y más fuerte, también yo he de caer.

—¿Entonces por qué sales a buscar aventuras? Debes de tener tierras. Podrías instalarte en ellas con una buena esposa que vele por ti.

—¡Oh, no! —dijo él—. Ya lo intenté. Nací noble, me crié noblemente, di en este modo de vivir como una lanza bien dirigida en el blanco. Querer cambiar a un caballero nacido para la caballería es como querer frenar a un corcel en plena carrera. ¿Acaso los perros de granja cazan ciervos, o los sabuesos persiguen a las ciervas? Si lo hacen, los matamos.

—¡Escucha! —dijo ella—. Oigo el rumor del agua, un manantial o un arroyuelo. Si buscas leña seca para hacer fuego herviré agua, y tengo una cajita de flores de manzanilla seca para preparar un té. Y tengo un pequeño pastel de carne y un trozo de queso.

—Eres una mujer confortable, señora mía —dijo Marhalt.

Y después que comieron y se calentaron el cuerpo con el té, ella dijo:

—Parece una linda hora para dormir un poco.

—¿No deberíamos seguir adelante en nuestra búsqueda?

—Tenemos un año —dijo ella—. Nada perdemos con dormir un poco. Aquí tienes, señor, plegaré mi capa para tu almohada.

Él se apoyó sobre el codo y la miró con detenimiento.

—Caramba, tienes unos ojos encantadores —le dijo—. Castaños, creo, y cálidos.

—Recuéstate, mi señor —dijo ella—. Cuando yo tenía la edad de la joven doncella, me desesperaba por un requiebro. Pero he aprendido. Si alguna vez hubieses visto mis ojos de joven, jamás habrías vuelto a verlos, pero ahora... bien, es distinto, ¿no es así?

—Sí —dijo él, y bostezó—, sí, muy distinto, señora mía.

Cuando despertaron y prosiguieron la marcha, el bosque perdió densidad. Era una tarde verde oro, tibia y serena, y el tomillo rastrero exhalaba su aroma bajo los cascos del caballo.

—Mi señor —dijo la doncella—, si no hablo, es porque dormiré un rato. Apoyaré mi cabeza sobre tu espalda, si no te molesta.

—¿No dormiste antes?

—No, vigilé. Pero ahora tú vigilarás por mí.

—¿Puedes dormir a caballo? ¿No te caerás?

—En alguna de mis aventuras dormí sólo a caballo —dijo ella.

—Temo que el caballo pueda tropezar —dijo Marhalt—. Rodéate la cintura con tu bufanda y pásame los

extremos. —Y anudó la bufanda frente a él, de modo que ambos quedaron sujetos.— Ahora duerme, querida mía. No te caerás.

Al caer la noche el bosque también se espesó y pareció apretarse sobre ellos. Ya no tenía un aspecto amistoso, pues en las márgenes de las tinieblas se arrastraban formas enemigas. La mujer se estremeció, despertó y estornudó.

—Dormí mucho tiempo —dijo—. Ahora puedes desatarme. ¿Cuándo haremos un alto?

—Espero hallar alguna casa, pese a que cabalgamos en la oscuridad. ¿Tienes miedo de la oscuridad?

—No —dijo ella—. Antes le temía, pero luego pensé que puedo ver en la oscuridad tan bien como ellos.

—¿Quiénes?

—Quienes quiera habiten la oscuridad.

—Los dragones pueden ver en la oscuridad, igual que los gatos.

—Sí, supongo que sí. Yo nunca he visto un dragón. Mi hermana los vio muchas veces, pero ella ha visto de todo. Los gatos no me molestan, y hasta que no vea un dragón no me apartaré de mi senda para inquietarlos. Está oscuro, señor. Si pasáramos junto a una casa, ¿podrías verla?

—Huelo a humo de leña —dijo Marhalt—. Donde hay fuego puede haber un refugio.

Y por cierto que vieron un bulto negro contra las sombras inhospitalarias y un destello de luz que se filtraba por los intersticios de la puerta. Y los perros salieron para hostigar con sus ladridos al fatigado jinete. La puerta se abrió y se asomó una figura negra empuñando una jabalina.

—¿Quién anda allí? —gritó.

—Un errante caballero y su doncella —dijo Marhalt—. Llama a tus perros. Deseamos ponernos a cubierto de la oscuridad.

—No podéis pernoctar aquí.

—No es una respuesta cortés —dijo Marhalt.

—La cortesía y la oscuridad no hacen buenas migas.

—No hablas como un gentilhombre.

—Lo que soy yo no tiene importancia. Lo que importa es que mis pies están plantados en mi umbral y que mi lanza está dispuesta a defenderlo.

—Guárdate esa jabalina para tus niños —dijo Marhalt de mal humor—. Y dinos, si lo sabes, dónde pueden albergarse un caballero y su dama.

—Un caballero a la aventura —rió la figura sombría—. Conozco a vuestra especie, un mundo de infantil ensoñación descansando en los hombros de gentes menos afortunadas. Sí, te lo diré, si te avienes a cambiar una aventura por el alojamiento de una noche.

—¿Qué clase de aventura?

—Eso lo sabrás cuando llegues. Sigue rumbo a la estrella roja hasta que veas un puente, siempre que las tinieblas no te lo oculten y termines por ahogarte.

—Mira, mi feo amigo, yo estoy agotado, mi señora está agotada y mi caballo está agotado. Te pagaré para que nos guíes.

—Págame primero.

—De acuerdo, pero si no nos conduces correctamente volveré para incendiar la casa que tanto proteges.

—Eso lo sabía. Los gentileshombres suelen comportarse así —dijo el hombre, pero al fin trajo una pequeña linterna con ventanas de cuerno y los precedió iluminando el sendero. Al cabo de una hora llegaron a un hermoso castillo de piedra blanca que se destacaba contra la negrura del bosque. Tiró del cordel de una campana, y cuando el portero abrió una pequeña poterna a la entrada del castillo, el guía le dijo:

—Simón, aquí hay un caballero andante en busca de refugio.

Los dos hombres se rieron con sorna.

—Puede arrepentirse —dijo el portero.

—Me ha pagado, Simón. No es asunto mío. Vamos, caballero, aquí tienes tu albergue. Que duermas bien. —Y se alejó con una desagradable risotada.

El portero lo hizo entrar a la luz de una antorcha, y en el patio un grupo de hombres con elegantes vestiduras

los ayudaron a apearse y llevaron el caballo al establo.

En el salón, un poderoso duque ocupaba un escaño frente a una mesa, en compañía de muchos vasallos.

—¿Qué andas buscando? —preguntó el duque con frialdad.

—Señor, soy caballero de la Tabla Redonda del rey Arturo. Me llamo Marhalt y nací en Irlanda.

—Esa noticia es buena para mí y mala para ti —dijo el duque—. Descansa por esta noche, que te hará falta. No me gustan ni tu rey ni tu cofradía. Por la mañana lucharás conmigo y mis seis míos.

—No son nuevas felices para el más andante de los caballeros —dijo Marhalt—. ¿No hay manera de evitar una lid con siete hombres a la vez?

—No —dijo el duque—. No hay remedio. Cuando sir Gawain mató a mi segundo hijo en combate juré que todo caballero de la corte de Arturo que pasara por aquí debería luchar con nosotros hasta que mi hijo fuera vengado.

—¿Me harías el favor de decirme tu nombre, mi señor?

—Soy el duque de las Marcas del Sur.

—Tengo noticias de ti —dijo Marhalt—. Has sido enemigo del rey Arturo durante mucho tiempo.

—Si vives hasta mañana por la mañana sabrás hasta qué punto soy su enemigo.

—¿Debo lidiar, señor?

—Sí, no tienes opción, a menos que prefieras presentarle el cogote a la cuchilla del cocinero. —Y el duque dijo a sus servidores:— Llevadlo a él y a su dama a un aposento. Dadles lo que deseen y montad guardia junto a la puerta.

En la cámara fría e inhospitalaria, Marhalt y su dama comieron el pan que les habían dado. Ella trajo los restos de queso de su bolsa para aliviar esa cena tan poco cordial.

—Sabiendo que los caballeros andantes rara vez están casados con sus damas —dijo melancólicamente Marhalt—, pudo al menos cuidar las apariencias y darnos cuartos separados.

La dama sonrió.

—En el bosque, señor, habría tenido mi árbol privado. Más me preocupa lo que suceda en la mañana. Siete contra uno. ¿Cómo te las arreglarás? La desigualdad es tremenda.

—Soy un veterano —dijo Marhalt—. Si hubiese dicho que estaba dispuesto a luchar a solas, le tendría más miedo. Si necesita seis hijos que lo respalden, o bien no confía en sí mismo o bien no confía en ellos. Ésta es una profesión de precisión y destreza, y el número no compensa la ineptitud. Duerme lo mejor que puedas, querida mía. Si salimos bien librados de ésta, siempre trataremos de buscar albergue antes de que caiga la noche.

Ella suspiró satisfecha.

—Me complace estar con un hombre que no sobrestima sus fuerzas ni desdeña su destreza. Que duermas bien, señor.

Al romper el alba vibraron las trompetas y el castillo volvió alborotadamente a la vida. Sir Marhalt miró por la ventana y vio que su anfitrión y sus hijos se preparaban para el combate. Observó cómo montaban a caballo, cómo blandían las espadas para desperezar los músculos entumecidos, cómo practicaban con la sortija, cómo tal caballo tropezaba y cómo cuál caballero manejaba torpemente las riendas, y al cabo de un instante empezó a silbar de buen humor.

—Estás alegre, mi señor. No mires, que estoy cambiándome la escasa ropa interior.

—Dime cuando hayas terminado —dijo él—. Creo que todo va a ir bien —prosiguió—. Si no lo tomas por una bravuconada, creo que lo que hoy más puedo temer es un mal desayuno.

Pero dominó su sonrisa y el desayuno le pareció excelente. Se arrodilló con los otros, oyó misa y se confesó, y más tarde, con todas las formalidades y ceremonias, con trompetas y pendones, con rígidos servidores y damas que agitaban los pañuelos desde los muros, se inició el combate.

El feroz duque y sus seis hijos formaron una sola fila.

El duque arremetió y, ante el impacto, Marhalt alzó la lanza y recibió el golpe en el escudo, quebrando la lanza de su adversario. Detrás de él, uno tras otro, vinieron los hijos. El primero perdió las riendas y el caballo se encabritó y hubo que detenerlo a las puertas del castillo. El segundo y el tercero apuntaron la lanza al centro del escudo de Marhalt, pero erraron el golpe. El cuarto acometió y su montura corcoveó y él cayó al suelo de cabeza y clavó la lanza en tierra. El quinto le dio un fuerte lanzazo y el arma se le escapó de las manos, desgarrándole la silla de montar. El sexto dio en el blanco y el asta se le quebró, y en cada acometida sir Marhalt erguía burlonamente la lanza y evitaba golpearlos. Y Marhalt miró hacia el muro desde donde su dama presenciaba la lid, y vio que ella se había cubierto la cara con la bufanda y que le temblaban los hombros.

Los siete volvieron a prepararse, y ahora sir Marhalt bajó la lanza y con aparente desgana los arrancó uno a uno de la silla. Pero esta vez se enfureció, cabalgó hacia el duque caído y desmontó.

—Señor —le dijo—, tú forzaste esta lid. Ahora ríndete o muere.

Dos de los hijos menos maltrechos acudieron con las espadas desenvainadas, pero el duque gritó:

—¡Atrás, idiotas! ¿Queréis ver muerto a vuestro padre?

Entonces el duque se hincó de rodillas y fue el primero en ofrecer el pomo de su espada. Luego vinieron sus hijos y se arrodillaron junto a él.

—Tenéis mi gracia —dijo sir Marhalt—. Pero en la próxima Pascua de Pentecostés iréis todos al rey Arturo y rogaréis su perdón.

Entonces su dama vino a él, y sir Marhalt montó y la subió en ancas. Y los silenciosos vasallos los vieron alejarse del castillo y tomar rumbo al sur a través del bosque.

—Aún no tuve oportunidad de presenciar tu destreza —dijo la dama.

—Tienes razón —dijo Marhalt—. Ese duque ceñudo y

sus seis hijos. ¿Cuándo aprenderán los hombres que para ser caballero no bastan un caballo y una armadura?

—Debes de ser uno de los mejores caballeros del mundo para alzar la lanza de ese modo y aguantar el encontronazo.

—¿Estás poniendo a prueba mi amor propio? Te diré lo que pienso de mí. Soy un buen caballero, bien entrenado y habilidoso, y aunque tengo muchos defectos, creo tener algunas virtudes. Pero no creas que porque me divertí con ese hato de torpes, me tomo las lides a la ligera. Hay muchos caballeros de quienes te puedo dar nombre que, de verlos cabalgar hacia mí con la lanza baja, me helarían la sangre.

—Eres un hombre honesto —dijo ella—. Es un gusto salir a la ventura contigo.

—Gracias, mi señora. ¿Adónde vamos ahora? Tú debes guiarme.

—Las mujeres que salen a correr aventuras deben estar informadas. Por esta época suele ofrecer sus torneos lady de Vawse. Vive en un castillo solitario a dos días de aquí. Y todos los años ofrece un hermoso trofeo y una gran fiesta para rodearse de buena compañía. Es una reunión honorable y placentera. Tengo por costumbre llevar a ese torneo a los caballeros que me acompañan. Creo que allí encontrarás dignos oponentes. Después de eso, yendo más al sur, están los dominios del conde Fergus. Y he oído que un gigante lo tiene preocupado. ¿Sabes arreglártelas con los gigantes?

—Señora, he tenido alguna experiencia con ellos. Veremos cómo nos encontramos al llegar allí. Entretanto, vayamos a esta lady de Vawse. El albergue de ese duque furibundo era más peligroso que sus armas. Estoy de ánimo para buenos campeones y buenos alojamientos.

—Me gustaría lavarme el pelo. No me has visto, mi señor, como sería de mi agrado. Tengo una túnica de finísima seda y hebras de oro en el fondo de mi bolsa, y unos zapatos delgados y pequeños.

—Tal como estás me pareces encantadora —dijo él—, pero las mujeres bonitas me vuelven invencible.

—Ojalá todos los caballeros andantes fuesen como tú —suspiró ella.

Llegaron al castillo de lady de Vawse antes del torneo, y como era temprano pudieron elegir gratos aposentos que daban a los jardines interiores. La dama de Vawse los acogió amablemente y condujo a la doncella a los baños y ungüentos y a los dedos expertos de sus criadas. Sir Marhalt tuvo a su disposición un escudero que lustró y reparó su equipo, un palafrenero que cuidó de su corcel, y hasta un artesano que pintó la insignia de su escudo con brillantes colores, mientras él departía con otros caballeros visitantes, comentando épocas pasadas, evocando ardorosas lides, jactándose un poco a través de supuestos, comprobando el estado del césped del campo de torneos y contemplando el cielo una y otra vez, mientras elevaban breves plegarias para que el tiempo no los defraudase. Y durante la tarde celebraban en el salón, escuchaban y referían historias y se deleitaban con la dulce voz de jóvenes y apuestos trovadores, cuyos cantares evocaban hazañas y prodigios, dragones y gigantes, castas doncellas claras como el aire, amantes caballeros que llevaban el rayo en el brazo derecho, trovadores que evocaban lo que a todos les habría gustado creer. Y examinaban el galardón del vencedor de las justas, una diadema de oro maravillosamente labrada cuyo valor se estimaba en mil besantes.

La dama de sir Marhalt deslumbraba a su caballero con su cabello lustroso y su tez de pétalo de rosa. Envuelta en la túnica azul y oro, avanzaba con la morosa dignidad de la música, y vestía un alto capirote azul y una ondeante toca de satén del blanco más puro. Y cuando vio el dorado trofeo, sus ojos brillaron tanto que sir Marhalt dijo:

—Señora, si la fortuna y mi denuedo caballeresco están a la par de mis deseos, lucirás ese galardón.

Ella sonrió y se sonrojó, y sus manos, aptas para tejer una guirnalda y cocinar un guiso en el bosque, aletearon como pálidas mariposas, con lo cual sir Marhalt comprendió que ser una buena dama requiere tanta habilidad como ser un buen caballero.

En la mañana del torneo, mientras encantadoras doncellas ocupaban su sitio en el estrado y los caballeros arreaban sus corceles y elegían cuidadosamente sus lanzas, un paje trajo a la liza un envoltorio para sir Marhalt. Al abrirlo, encontró una manga de seda azul bordada con hebras de oro, y la sujetó a la cimera del yelmo para que al cabalgar flotara como un pendón. Y cuando los caballeros avanzaron para escoger sus puestos, su dama vio el paño azul que ondeaba en la cimera de Marhalt y sintió gran contento, y más aún cuando él irguió la enorme lanza para saludarla.

Fue una lid prolongada y gloriosa, pues en ella se trabaron dignos varones, y los jueces y las damas, bajo el dosel multicolor, juzgaban las sutilezas y sopesaban los méritos, pues eran gente experta que sabía discernir la petulancia de la destreza sólida y caballeresca. Y con el transcurrir del día, un único y sosegado caballero, sin alardes ni exhibiciones, fue arrancando de sus sillas a cuantos lo enfrentaban, y a tal punto llegaba su pericia que todo parecía fácil y casual. Los observadores consignaban los puntos en tablas de madera, y cuando la trompeta anunció el final, no hubo discusión alguna. Le llevaron a Marhalt la diadema dorada, y él, con la cabeza descubierta, se hincó de hinojos frente a la dama de Vawse. El trofeo relumbró sobre su pelo corto y grisáceo, y luego sir Marhalt dio gracias a su anfitriona y se dirigió a su señora y públicamente le ofreció el premio. Ella se quitó la toca con un gesto y, sonrojándose, se inclinó para que sir Marhalt le ciñera la diadema en la frente, y los presentes aplaudieron al diestro caballero y a su dama, igualmente diestra.

Siguieron tres días de festejos y música y amor, con discursos y petulancias y unas pocas y encarnizadas disputas y muy poco sueño: el mejor torneo y el mejor festín de que todos tuvieran memoria.

Al cuarto día, cuando el sol rodaba en lo alto del cielo, sir Marhalt, acompañado por su dama, cruzó melancólicamente las puertas del castillo y cabalgó hacia el sur a través de la verde campiña. La dama vestía sus ropas de

viaje, y su bolsa de domésticas maravillas iba sujeta al estribo.

—Es bueno alejarse —observó Marhalt—. Celebrar es más duro que combatir. Me duelen los huesos.

—Unas cuantas noches al descampado, mi señor, un poco de paz y reposo. Sí, admito que me alegra irme. Fue hermoso, pero también es hermoso estar a solas. No hay necesidad de apurarse. Al final del camino hay una tumba. ¿Necesitamos precipitarnos hacia ella? No va a dejar de esperarnos.

—Tienes razón —dijo sir Marhalt—. Cuando hayamos recorrido un trecho buscaremos un sitio tranquilo cerca del agua y yo cortaré un helecho para que descansemos, y quizás hasta construya una pequeña choza donde podamos recobrarnos de las rondas del placer.

—En la bolsa tengo un pollo asado y una buena hogaza de pan, mi señor.

—Llevo un tesoro cabalgando en ancas —dijo él.

En un pequeño claro junto a un manantial de aguas frías y rumorosas, Marhalt construyó una discreta cabaña con ramas que cortó a estocadas, y armó un mullido lecho con helechos secos de dulce aroma. Apiló piedras para apoyar la marmita, recogió un haz de leña seca arrancada al tronco de un árbol caído y ató el caballo en un pastizal cercano. Colgó la armadura del roble que había junto a la choza, y al lado el escudo y la lanza. La doncella no permaneció ociosa. En cuanto Marhalt se cambió, ella le lavó la ropa interior y la puso a secar en un arbusto de grosella blanca. Llenó la marmita de grosellas y, observando y escuchando, siguió el vuelo de una abeja y de un tronco hueco trajo miel silvestre para endulzar las grosellas. Y en la choza, se ocupó de dispersar tomillo silvestre para perfumar el lecho, de envolver dulces hierbas en su paño impermeable para hacer una blanda almohada, de darle un orden doméstico a su pequeña provisión de enseres, y con su cuchillo, pequeño y eficaz, cortó y limpió vástagos para colgar las ropas. Su caballero le pidió el alfiler dorado que le sujetaba el pelo, armó una línea con crines del caballo, y se dirigió a

un estanque donde caía el rumor del agua, recogiendo efímeras al pasar. Al poco tiempo regresó con cuatro hermosas truchas manchadas, enderezó el alfiler y se lo devolvió. Luego envolvió las truchas en una servilleta de helechos y las dejó a un costado, para cocerlas a la brasa cuando cayera la tarde.

—No, descansa, mi señor —dijo ella—. Ya has cumplido tus menesteres. No me prives de mi colaboración. Mira, hice un blando asiento de helecho. Descansa, señor, reclinado en el árbol, y observa cómo tu dama se afana por complacerte.

Él sonrió y se sentó y olfateó las grosellas que burbujeaban en la miel caliente. Estiró las piernas y alzó los brazos por encima de la cabeza.

—Hace falta tan poco para ser dichoso, y a la vez tantas cosas —dijo—. Observa el diáfano cielo estival sonrosado por el crepúsculo, y la estrella del atardecer. No pocos trabajos se requieren para crear todo eso que nos hace felices. Y ahora hablemos del futuro, querida mía.

—Preferiría gozar en silencio del presente, mi señor.

—Sí, sí —dijo él—. No me refería a ese lejano futuro que nos está reservado y nos aguarda. Vamos a la ventura. Salí muchas veces a la ventura, pero nunca fui tan feliz. Pero hay ciertos requisitos, y debemos cumplirlos. Hemos derrotado a los enemigos del rey y hemos combatido en un torneo. Tenemos un año a contar desde nuestra partida y no hay necesidad de apurarse. Ahora podemos tomarnos con calma nuestras aventuras y dejar que se multipliquen, o bien darlas por terminadas y encontrar un sitio agradable y dejar que el tiempo transcurra inadvertido.

Ella revolvió las grosellas con una vara, sonriendo con satisfacción y buen humor.

—Como doncella andante tengo bastante experiencia —dijo—. Una aventura es un puntaje razonable. Dos es mejor, tres digno de memoria, y cuatro... nadie pondrá en duda el mérito que hay en cuatro aventuras. Ya hemos corrido dos aventuras importantes. Algunos inclui-

rían la del hombre de la jabalina, pero nosotros no lo haremos. Tenemos por delante el gigante que te mencioné. ¿Qué experiencia has tenido con gigantes, mi señor?

—He luchado con un par de ellos —dijo él—. Siempre me dieron lástima. Nadie los quiere tener cerca, y al estar solos se enfurecen y a veces son peligrosos.

—¿Pero sabes luchar contra ellos?

—Por eso no te preocupes —dijo sir Marhalt—. Claro que no sé cómo será este gigante, pero los que enfrenté eran estúpidos en relación a su tamaño, y cuanto más grandes más estúpidos. Hay un modo de combatirlos que suele dar buenos resultados.

—Lo cierto es que matan y capturan a muchos caballeros, mi señor.

—Lo sé, y no es un cumplido para los caballeros. Los caballeros tienen cierta tendencia a emplear las mismas armas contra todos sus enemigos. No les gusta cambiar. Armadura pesada y escudo contra gigante es una locura total.

Un chillido vibró en la oscuridad del monte que se cernía sobre ellos. Marhalt tranquilizó a la doncella.

—Es una liebre —dijo—. Tendí una trampa, de modo que mañana por la mañana tendremos carne. Si has terminado con el fuego, pondré las truchas sobre la ceniza caliente.

—Yo me encargo de hacerlo, señor. No debes privarme del orgullo de servirte.

Cuando el dulce vapor se elevó ociosamente de las brasas y las truchas cocidas, Marhalt dijo:

—Ven a sentarte a mi lado, querida mía. —Y cuando ella se reclinó sobre el árbol, él le apartó los cabellos rojizos de la oreja, y trazó con el dedo el perfil del lóbulo y contempló las estrellas del atardecer reflejadas en sus ojos.— Hace falta tan poco para ser dichoso —dijo—, y a la vez tantas cosas...

Ella lanzó un profundo suspiro y, extasiada, se tendió en la hierba como un gatito.

—Mi señor —dijo—, mi querido señor.

El joven conde Fergus les dio la bienvenida frente al puente levadizo y los condujo, a través del rastrillo doble y las puertas, al patio interior de su castillo. Luego hizo alzar el puente, bajar el rastrillo y cerrar las puertas.

—Más vale ser precavido —dijo con inquietud—. Bienvenido, caballero. Espero que hayas venido por lo del gigante. Caramba, señora mía, bienvenida seas. Al principio no te reconocí. Estás más bella. Espero que tengas más suerte que la última vez. Tu caballero aún sigue preso en la guarida del gigante, si es que ya no ha muerto.

—Te equivocas de caballero, mi señor —dijo ella—. Mi último caballero andante cabalgó contra el gigante armado hasta los dientes, y el monstruo aferró su lanza y lo arrancó de su montura como a un insecto, y luego lo recogió y lo arrojó a la copa de un árbol.

—Lo recuerdo —dijo Fergus—. Tuvimos que esperar a que anocheciera para llevarle una escalera y bajarlo de allí.

—Después de eso no resultó una buena compañía —dijo la dama—. Refunfuñaba y hablaba de su honra y me hizo prometer que jamás lo contaría a nadie. Y hasta ahora no lo hice. Conde Fergus, sir Marhalt es de otra pasta. Tiene experiencia con los gigantes.

—Querida mía —dijo Marhalt—, no es apropiado hablar así. Además, cantar victoria antes del combate trae mala suerte.

—Espero que puedas matarlo —dijo Fergus—. Al principio era una atracción y todos los años venía gente a verlo. Pero ahora, por el contrario, ha vuelto peligrosas estas tierras. Su guarida está llena de prisioneros y él asalta y despoja a las caravanas de tal modo que es imposible conseguir una pieza de paño o una nueva espada. Su torre debe de estar colmada de bienes y de joyas y de oro y de armas ajenas. Espero que podamos librarnos de él, señor. Ya me tiene harto.

—Haré lo que pueda —dijo Marhalt—. ¿Pelea a caballo?

—Oh, no. Es demasiado enorme. No hay montura que pueda soportarlo. En realidad, puede tomar a un caballo en brazos como si fuera un cachorro.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Taulurd.

—He oído hablar de él. Tiene en Cornualles un hermano llamado Taulas. Una vez le hice frente y no salí bien parado, pero en esa época yo era joven. Algo aprendí con él.

—No me importaría —dijo Fergus— si él se limitase a tomar lo que necesita. Pero lo que no puede usar, Taulurd lo destruye como un chico enfurecido.

—En fin —dijo Marhalt—, supongo que es un chico, pese a su tamaño. ¿Viste armadura?

—No, sólo pieles de animales, y usa mazas para defenderse. Troncos de árboles y barras de hierro, lo que pueda encontrar.

—Bien, veremos —dijo Marhalt—. Supongo que ahora podría salir en su busca, pero más vale que espere la mañana. ¿Puedo usar una piedra de amolar para mi espada, señor?

—Llamaré a un sirviente para que te la afile.

—No —dijo Marhalt—. Preferiría hacerlo yo mismo. Quiero un filo muy especial. Y ahora, mi señor, ¿podríamos desarmarnos y ponernos cómodos?

—Mil disculpas —dijo Fergus—. Entren al salón, por favor... o mejor aún, cenemos en mi pequeño cuarto junto al fuego. Allí no hay nadie. Taulurd ha vuelto impopular toda esta región. Vamos, caballero. Espero que no les disguste la comida rústica. Los lechos, no obstante, son confortables. Haré colocar sobre ellos piedras calientes para secarlos y entibiarlos. Ha sido una primavera lluviosa.

El pequeño castillo del conde Fergus era un sitio agradable en las márgenes del río Cam. El castillo configuraba una isla lamida por las frescas aguas del río. Y como el foso que la circundaba era profundo, las murallas podían ser bajas. Era un sitio leve y aireado donde podía penetrar el sol, tal como en esa mañana cuando sir

Marhalt se alistó para combatir al gigante. Vistió una ligera chaqueta de cuero y pantalones como los que de ordinario llevaba debajo de la armadura, pero ese día no se cubrió el cuerpo ni la cabeza con artefactos metálicos. Calzó medias de piel de ciervo, vendadas hasta la altura de la rodilla.

—¿Estás loco? —protestó Fergus—. Taulurd te aplastará de un mazazo.

—No llevaré puesta mi propia perdición —dijo Marhalt con una sonrisa—. ¿Acaso la armadura me pondría a salvo de los golpes?

—No, supongo que no.

—Eso me lo enseñó su hermano —dijo Marhalt—. Estuvo a punto de matarme. Las únicas armas contra la fuerza y el tamaño son la pequeñez y la agilidad. Alcánzame el escudo, querida mía —le dijo a su dama. Tomó la espada, cuyo filo podía dividir en dos un cabello, y la sopesó en la mano.

—Te ceñiré la vaina —dijo la mujer.

—No, señora mía. No la llevaré. No quiero nada que sobresalga y me entorpezca el paso. Ahora, señor Fergus, ¿me llevarás donde el gigante?

—Creo que no podría soportar el espectáculo de verte enfrentado a un elefante. Enviaré a un hombre contigo.

—Yo te acompaño —dijo la doncella.

—No, querida mía. Espérame aquí.

—¿Por qué no puedo ir?

—Por la misma razón por la que no llevo la funda de mi espada.

El guía condujo a Marhalt por un borroso sendero que atravesaba pastizales y terrenos rocosos cubiertos de espinosa aulaga amarilla, y en la ribera le indicó una enorme y oscura saliente sobre un promontorio.

—Allí vive el monstruo, señor. Aquí te dejo y, si no tienes inconveniente, aquí me voy.

—Llévate mi caballo —dijo sir Marhalt—. Aguárdame a cierta distancia de aquí.

—¿Lucharás a pie?

—No quiero un caballo que me estorbe. Si llega a

despedazarme, trata de rescatar algún fragmento para mi señora. Colecciona *souvenirs*.

Con sus silenciosos zapatos, Marhalt se encaminó hacia el gigante sentado sobre el promontorio. Tenía la enorme cabeza desgreñada hundida en el pecho y movía los hombros mientras entonaba, como un chico rebelde, una canción sin melodía. Su piel estaba embadurnada de mugre, y la brisa trajo hasta Marhalt un hedor nauseabundo. Alrededor del gigante yacían garrotes de roble y mazas de guerra de punta acanalada, cachiporras de espino y una descomunal barra de hierro con un cabo de plomo erizado de clavos. El gigante, concentrado en su canción infantil, no oyó los pasos de Marhalt.

—Buenos días, Taulurd —saludó con naturalidad el caballero—. Te traigo saludos de tu hermano Taulas.

La enorme cabeza se estremeció. Los ojos purpúreos llamearon a través del matorral de pelo sucio y la bocaza se llenó de baba, como la de un bebé al eructar. Taulurd esbozó unos gemidos guturales.

—Lamento tener que decirte esto, Taulurd —continuó Marhalt—, pero vas a tener que irte lejos, muy lejos. No sabes cómo tratar a los demás. Andas lastimando a la gente y no has aprendido a respetar la autoridad de los otros. Pero mírate un poco, Taulurd, ni siquiera has aprendido a higienizarte. Debería darte vergüenza. Apestas como una combinación de sepulcro y letrina. No puedes quedarte aquí.

Los ojitos de Taulurd lagrimearon como si estuviera a punto de llorar, y de pronto centellearon de furia y el sonsonete se transformó en un aullido bestial. Su manaza tanteó subrepticiamente en busca de la barra de hierro, y de pronto el gigante se incorporó de un salto. Duplicaba a un hombre en altura. La hirsuta cabeza se recortó contra el cielo y los labios babeantes se abrieron para mostrar una dentadura tiznada de negro. Avanzó dando tumbos y meciendo las caderas como un gorila. Se golpeó el pecho con el puño izquierdo y lanzó un agudo chillido de amenaza. Los músculos de los brazos y el pecho parecían serpientes.

Sir Marhalt no se movió de su sitio hasta que el gigante lo cubrió con su sombra y con su fétido aliento. La maza de hierro se alzó para golpearlo, y sólo entonces el caballero esquivó el golpe y se colocó a espaldas del gigante, mientras el mazazo hacía temblar el suelo.

—No sirve de nada —dijo Marhalt—. Eres un niño grandote y forzudo, nada más. No quiero lastimarte. Si te vas podemos ser amigos.

Vio que una expresión de astucia cruzaba los ojos del gigante al volverse, y advirtió que el garrote se elevaba un poco, y por la tensión de los músculos supo que le asestaría un rápido golpe lateral. Instantáneamente calculó la trayectoria de la maza y supo dónde caería. La maza cimbró como una guadaña y Marhalt trató de escapar de un brinco, pero tropezó con un guijarro y se tambaleó; la maza dio en el escudo, las puntas de hierro se lo arrebataron de la mano y estuvieron a punto de arrancarle el brazo izquierdo. Rodó por tierra y huyó en cuatro patas, y cuando se incorporó sintió un dolor espantoso en el hombro izquierdo.

Taulurd saltaba sobre sus talones, con graznidos y risotadas de triunfo.

—Eres un mal muchacho —dijo Marhalt—. No quiero lastimarte, pero si te comportas como un animal me temo que tendré que matarte, y es una vergüenza.

Entonces el gigante se abalanzó sobre él en una torpe carrera, blandiendo su arma y rugiendo con complacido furor. Marhalt se cercioró rápidamente de que no hubiese guijarros, aguardó a que el gigante estuviera a tres pasos, luego se agachó y saltó a la izquierda mientras un brazo se derrumbaba sobre él como un tronco de árbol. Entonces alzó el filo de la espada y desgarró el tendón del brazo, que se aflojó repentinamente y dejó caer el garrote.

Taulurd contempló estupefacto su brazo arruinado, mientras la sangre manaba a chorros de la arteria cercenada, y súbitamente el gigante rompió a llorar como un niño lastimado y temeroso. Caminó tambaleándose hasta el río y se sumergió hasta que sólo la cabeza asomó

sobre la superficie, y allí se quedó, fuera de todo alcance, gimiendo y sollozando mientras el agua se teñía de rojo.

Marhalt se quedó en la orilla. No podía ir hasta el gigante a causa de la profundidad del río.

—Pobre criatura —dijo—. He matado a muchas bestias y muchos hombres, pero nunca con tanta tristeza como ahora. Lo siento, Taulurd, pero quizá cuanto más rápido mejor.

Recogió una piedra redonda del borde del agua y la tiró a la enorme cabeza. El gigante la esquivó y la piedra chapaleó junto a su oreja. Marhalt probó suerte una vez más y erró, pero la tercera piedra acertó en el centro de la frente, por encima de los desencajados ojos purpúreos, y Taulurd no tardó en hundirse boquiabierto mientras un gorgoteo de burbujas estremecía la ensangrentada superficie del río.

Marhalt aguardó un instante y poco después el monstruo emergió, balanceándose como un tronco caído. Pronto la corriente se adueñó de él y arrastró el enorme despojo hacia el mar.

Entonces el servidor vino al galope, gritando:

—¡Victoria, mi señor! Fue hermoso.

—Fue horrible —dijo Marhalt.

—Entremos en seguida a su castillo. Tiene prisioneros y tesoros.

—Sí, vamos.

El castillo consistía en una tosca estructura de piedras apiladas, un amplio cobertizo techado con pasto y ramas. Y en la penumbra yacían caballeros y damas y ovejas y cerdos sujetos de pies y manos, mugrientos y doloridos.

—Arranca el techo —dijo Marhalt—. Que entre un poco de luz a esta pocilga. —Y cuando pudo ver, cortó las ligaduras de brutos y personas con su filosa espada, y ellos se incorporaron con esfuerzo y cayeron aturdidos hasta que la sangre volvió a circular por sus venas.

En un rincón se apiñaban los caudales del gigante. Oro y plata, joyas y paños brillantes, crucifijos de piedras preciosas y cálices recamados de rubíes y esmeraldas, y

junto a ellos, piedras de color y vidrios de iglesia rotos, y cuarzo y nudoso cristal y restos de vasijas azules y amarillas: un asombroso amasijo de inmensa fortuna e inmenso disparate.

—Pobre criatura —dijo con tristeza sir Marhalt, contemplando la pila de objetos—. No sabía diferenciar. No le enseñaron a robar solamente objetos valiosos, como los hombres y mujeres civilizados.

—Aún quedan muchas cosas —dijo su guía—. Serás rico toda la vida aunque vivas doscientos años.

—Hazlo llevar al castillo del conde Fergus, amigo mío —dijo Marhalt—. Y trata de no robar vidrios rotos. —Montó a caballo y se alejó, y el triunfo le dejó en la garganta un regusto de acritud y aflicción.— Sin embargo, no quedaba otro remedio —se dijo—. Era un peligro, el pobre. —Y en su memoria vio los aterrados ojos del monstruo niño, y supo que el miedo es la herida más desgarradora.

El conde Fergus lo recibió con placer y gratitud.

—No puedes imaginarte los perjuicios causados por ese gigante —dijo—. Vastas extensiones de tierra que no se trabajaban porque él devoraba los caballos, mercaderes, buhoneros y gitanos que no se atrevían a pasar por aquí, trovadores y narradores de Francia que no venían para contarnos nuestra propia historia. Ahora, gracias a ti, amigo mío, todo ha cambiado. Te daría tierras si las quisieras, pero tienes tesoros suficientes para hartar a cuatro hombres. ¿Por qué no reposas aquí en calidad de huésped? Ésta es tu casa por todo el tiempo que quieras dar sosiego a tu inquieto corazón.

Por la noche, mientras paseaban por el prado en las márgenes del foso, Marhalt le dijo a su doncella:

—¿Por qué no? Ya no tengo edad para andar corriendo aventuras porque sí. Faltan muchos meses para que nos encontremos con mis amigos en la triple encrucijada. Me pongo en tus manos, mi señora, pero si es tu opinión que nos quedemos un tiempo, no me negaré. Necesito un buen lecho y comidas normales, quizá sea la edad.

—Es tentador —dijo ella—. Si pudiese conseguir al-

gún buen género de Flandes ejercitaría mi aguja. Aquí hay doncellas ociosas. El conde Fergus me ha pedido que adiestre sus dedos.

—Podría enviar una partida a la costa meridional —dijo sir Marhalt—. Los bajeles toscanos traen tela de Prato tejida con lana inglesa, aunque teñida y terminada como sólo los florentinos saben hacerlo. Un artículo caro, pero no olvides que tengo un tesoro.

—¿Serías capaz de hacer eso por mí? Eres un buen amigo. Compra un buen paño de púrpura y te haré un manto digno de rey, soberano mío, y en él bordaré las aventuras de este año, una crónica inscrita en seda de brillantes colores.

Fue una época dulce y doméstica. La doncella distribuyó ordenadamente las costuras, mantuvo atareada a la servidumbre, hizo barrer las telarañas; la ropa de cama se secaba y blanqueaba en la hierba del prado. Y Marhalt pescaba salmón en el río, azuzaba sus lebreles contra los lebratos agazapados, y casi no pasaba un día sin que trajera aves capturadas por sus halcones. Fergus mejoró sus tierras con entusiasmo, y en las prolongadas tardes de estío cuchicheaban sobre cosechas, recetas y personas, o bien relataban las historias que recordaban, o bebían hidromiel hecha con miel fermentada, y a veces preparaban una carne especiosa y picante que los ponía de un ánimo vivaz y jovial.

La doncella cuidaba cada vez más de su señor, recortándole el cabello y limándole las uñas, y siempre le andaba a la zaga.

—¿Por qué esta noche no usas la túnica azul y amarilla? —le decía—. Te hace muy guapo. Hace resaltar tus ojos.

—No había pensado en cambiarme, querida mía.

—¡Oh, pero debes hacerlo! Fergus lo hace. Todo el mundo lo hace.

—Yo no soy Fergus. Yo no soy todo el mundo.

—No te cuesta nada. Es muy poca molestia y estar limpio es mucho más cómodo. Mira... huele tu túnica azul. La guardé en la caja con lavanda.

Y hacia el fin del verano le dijo:

—No entiendo por qué dejas la ropa tirada. No es ningún trabajo levantarla. Alguien tiene que hacerlo, ¿pensaste en eso?

Y en septiembre:

—Mi señor, si estás buscando ese capirote y esas pihuelas de halcón, los encontrarás en el baúl al final del pasillo. Los dejaste en el antepecho de la ventana y mancharon de sangre los pañuelos que puse a secar.

—¿No puedo disponer de un antepecho de ventana para mis cosas, querida mía?

—Esas cosas hay que guardarlas en el baúl al final del pasillo. Ponlas allí y siempre podrás encontrarlas.

—Sé cómo encontrarlas en el antepecho.

—Detesto ver las cosas tiradas.

—Cuando no son tuyas.

—Estás con ánimo de reñir, señor.

Cuando la helada de noviembre perló la hierba, ella dijo:

—Nunca estás en casa. ¿Son los caballos tan buena compañía, o acaso hay una complaciente moza de cuadra con el pelo cubierto de paja?

Y cuando volvieron las ventiscas invernales y arrecian contra las murallas y gimieron entre los cortinados, ella protestó:

—Deberías salir a hacer un poco de ejercicio. Estás engordando.

—No, no es cierto.

—Puedes decirte mentiras a ti mismo, mi señor, pero con ellas no logras convencer a los botones que debo coser cuando los arrancas. No, no te vayas del cuarto sin responderme. Eso es ofensivo.

En febrero dijo:

—Estás inquieto, señor, y yo sé la causa. No es agradable ser un huésped. Fergus es hombre delicado y soy siempre la primera en decirlo. ¿Pero no crees que quizá le guste nuestro cuarto?

—Dice que no. Ya se lo pregunté.

—Tonterías. Una mujer se da cuenta de esas cosas.

Podrías dejar de caminar de un lado a otro. Lo que pasa es que no tienes responsabilidades. Posees tierras, mi señor. ¿Por qué no vamos allá? Entonces tendrías de qué ocuparte, al igual que Fergus, y no estarías tan inquieto. Sería agradable construir un pequeño castillo que nos pertenezca. ¿Por qué me miras de ese modo, señor? ¿Vas a volver a enojarte?

Él se acercó a ella y la enfrentó boquiabierto, respirando pesadamente.

—Señora —le dijo—, mucho has cambiado desde que cabalgabas a mis ancas. Señora... ya es demasiado.

—Si yo he cambiado, también tú. Ya no eres alegre ni reflexivo. Molestas y te quejas. ¡Cambios! ¡Mírate al espejo si quieres ver cambios! No mires a otro lado y carraspees. No me vas a asustar como a ese pobre gigante.

Él se volvió y salió con pasos rápidos y firmes, y ella volvió a sus tejidos canturreando en voz baja. Oyó que él se acercaba por el corredor con un ruido metálico. La puerta se abrió de golpe. Marhalt vestía su armadura bruñida y lubricada, y llevaba el yelmo bajo el brazo.

—¿Qué es esto? —preguntó ella—. ¿Otro arranque?

—Mi doncella —comenzó él—. Y ten en cuenta que dije "mi doncella". Empaca tus enseres en la bolsa. Búscate una capa abrigada. Nos vamos. Ya ordené que prepararan mi caballo.

—¿En invierno? ¿Estás loco? ¡A quién se le ocurre!

—Mi doncella, adiós —dijo él, y sus pasos metálicos reverberaron en los corredores.

—¡Mi señor! —exclamó ella, incorporándose de un salto—. ¡Espérame, señor, ya voy contigo! Espérame, señor. —Abrió un baúl, extrajo su bolsa y arrojó en ella algunos objetos. Tomó una capa y corrió detrás de él.

Por la tarde, cabalgando hacia el norte con el tamborileo de un tenue granizo en el escudo y el gimoteo del viento contra la visera, sir Marhalt se encontró con tres caballeros de la corte de Arturo. Dejó a su doncella en el hueco de un roble, a cubierto del viento, y con cuatro embestidas derribó a los gallardos caballeros. Luego vol-

vió en busca de su dama y la ayudó a montar en ancas.

—Abrígate bien, querida mía —le dijo—. Es posible que esta noche no encontremos refugio.

—Sí, mi señor —dijo ella, y se cubrió la cabeza con la capucha de su manto de viaje y se reclinó contra el ancho espaldar de hierro.

Cuando las suaves lluvias de abril habían penetrado en las raíces de marzo, llegaron al lugar de la cita, allí donde el sendero se partía en tres y donde habían jurado encontrarse.

—Un buen año —dijo él—. Y no es un regreso vergonzoso.

—¿Qué harás ahora, mi buen señor? ¿Volverás a tu morada, irás a la corte de Arturo? No me lo digas, señor. Lo sé. De uno u otro modo, un dardo primaveral hará blanco en ti, y entonces caminarás inquieto de un lado a otro, y un día, sin avisarle a nadie, montarás y saldrás en busca de aventuras.

—Quizás —dijo él—. No es eso lo que me preocupa. ¿Tú qué harás? ¿Quieres venir a mi morada? Quizá podamos construir un pequeño castillo.

Ella rió y luego se apeó y desató su bolsa de la silla de montar.

—Adiós, mi señor —le dijo. Subió por la cuesta hasta el sitio tapizado de musgo donde burbujeaban las claras aguas de la fuente, tendió su manto en el suelo y se sentó con mucha elegancia. Luego hurgó en su bolsa, extrajo una diadema de oro y se la ciñó en la cabeza. Miró hacia donde se encontraba Marhalt; le sonrió y agitó la mano.

En eso se acercó un joven caballero.

—¿Es una dama la que está allí sentada, caballero? —preguntó.

—Así es.

—¿Qué hace en ese lugar?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—¿Cómo se llama, señor?

—Nunca se me ocurrió preguntarle —dijo Marhalt, y aferrando las bridas se dirigió a la triple encrucijada para esperar.

Ahora debemos volver atrás las páginas del año y seguir a sir Ewain mientras cabalga con su dama sexagenaria rumbo al oeste, en dirección a Gales.

El joven Ewain no podría haber explicado por qué, siendo el primero en elegir, había escogido esta compañera, una mujer de pelo blanco con los años irrecusablemente inscriptos en su rostro con rayas y pequeñas arrugas, con mejillas que a fuerza de afrontar el frío, el calor y el viento tenían la dureza del cuero. La nariz era agresiva y ganchuda como un pico de águila, y también los ojos eran aquilinos, amarillos, penetrantes y feroces, candentes de humor trágico, o, cuando entrecerraba los párpados, filosos como puñales. Cuando Ewain se sorprendió de su propia elección, la mujer ya había tomado las riendas y lo había conducido lejos de los otros como si quisiera impedir cualquier arrepentimiento, pues no había pasado por alto las miradas de la joven doncella. La mujer era flexible como un sauce, pero pronta y robusta como un arco tenso. No esperó a que el joven caballero la asiera de la mano, sino que aferró la silla por el arzón y se acomodó ágilmente en la grupa del caballo. Y en cuanto hicieron el juramento, lo urgió a distanciarse lo más rápido posible.

—Vamos, joven señor —dijo—. Tenemos mucho que hacer. Toma la ruta hacia el oeste... rápido... rápido. —Y se volvió para mirar a los otros, aún parados en la triple encrucijada.

—Señora... debe haber aventuras en las cercanías —dijo Ewain.

—¿Aventuras? Oh, sí, aventuras. Ya veremos. Quiero perder de vista a los otros. Temía que no me eligieras. Quise que me eligieras, y lo hiciste... lo hiciste. —Había en su voz una ronca alegría.

—¿Tan pronto te enamoraste de mí, señora?

—Mi nombre es Lyne —dijo ella—. Tú eres Ewain, hijo de Morgan le Fay, sobrino del rey. ¿Enamorarme de ti? —Soltó una carcajada.— No, te comparé con los

otros. Marhalt, un caballero bueno y confiable, un soberbio guerrero, y hasta podría llamarse grande, salvo porque su bondad supera a su grandeza. Pero Marhalt está definido. Nada cambiará en él. ¿Gawain? Un temperamental, un solterón feo y esbelto que se alimenta de sí mismo como esos lagartos que se devoran la cola. Hay días en que Gawain está de buen ánimo y es capaz de alcanzar la luna de un salto, y días en que está tan abatido que un gusano puede aplastarlo.

—Ambos son probados caballeros, señora Lyne. ¿Por qué me elegiste a mí?

—Por esa misma razón. No estás probado y por lo tanto no estás definido. Te armaron caballero por ser sobrino del rey, no por haberlo ganado en batalla. Dime, hijo, ¿eres buen luchador?

—No, mi señora. Soy joven e inexperto y no soy muy fuerte. Gané algunos lances en el campo contra hombres jóvenes, y perdí más de los que gané. Hoy, al combatir contra un caballero templado en las lides, caí como un conejo atravesado por una flecha. Aunque Gawain tampoco pudo derrotarlo.

—Bien —dijo ella—. Muy bien.

—¿Por qué bien, mi señora?

—Porque no has perfeccionado tus defectos, jovencito. Estás bien moldeado pero aún no has endurecido. Observé tus movimientos, y empleas todo tu cuerpo como una dote natural. Hace tiempo que esperaba un material como tú. Mira... donde se divide el sendero toma el camino de la derecha. ¿Te parece inapropiado que una dama de mi edad salga a correr aventuras?

—Me parece poco habitual, señora. —Miró por encima del hombro y vio la cara de la mujer, la boca contraída de gozo y un propósito feroz en los ojos amarillos.

—Te lo diré —dijo ella—, así no tendrás por qué asombrarte ni volver a preguntarme. Cuando niña, como odiaba el bordado, miraba practicar a los muchachos y odiaba estar sujeta a un vestido de mujer. Cabalgaba mejor que ellos, demostré que cazaba mejor que ellos y, acometiendo el estafermo, era más diestra que ellos en el

manejo de la lanza. Sólo el accidente de ser una muchacha me impedía igualarlos o superarlos. Como detestaba las limitaciones de mi sexo, vestía a veces ropas de varón, me disfrazaba para evitar situaciones vergonzosas, y esperaba en el claro de un bosque a que pasaran mozos y jovencitos. Cuerpo a cuerpo les ganaba, y con un palo podía vencerlos a ellos, que llevaban espada y escudo, hasta que una vez maté a un joven caballero en una pelea limpia. Entonces me asusté. Enterré el cadáver, oculté la armadura y volví a refugiarme en mis tareas domésticas. Sabes que a una dama que injuria a un caballero la espera la hoguera.

—¿Qué estás contándome? —exclamó sir Ewain—. Es una historia horrorosa, antinatural.

—Quizás —dijo ella—, pero quién sabe si es tan antinatural. Supe entonces que debía renunciar a la caballería, y observaba con amargura las justas y torneos. Veía los errores de los hombres, que eran muy estúpidos como para admitir correcciones. Mi ánimo estaba templado para la lucha, pero la buena lucha, no la torpe ceremonia de arrancar tajadas de carne al cuerpo del adversario. Veía competir a los grandes caballeros y advertí que su grandeza no era accidental. Acaso no lo sabían, pero conocían sus armas y a sus oponentes. Reconocí la superioridad, la estudié y observé y recordé los errores, hasta que supe del arte de la guerra quizá más que cualquier caballero viviente. Y allí estaba, llena de conocimientos que no podía utilizar, hasta que, cuando se secó la savia de mi vanidad y se endulzó el veneno de mi furia, en una palabra, cuando pasaron muchos años, descubrí el modo de utilizar esos conocimientos. ¿Has visto a algún joven e inexperto caballero alejarse para volver, al cabo de un año, templado como una espada, y firme y mortífero como una lanza de fresno?

—Bueno, sí. El año pasado, sir Eglan, a quien hasta yo podía derrotar, volvió y ganó el premio en un torneo.

Ella rió de placer.

—¿De veras? Un buen muchacho. Uno de los mejores que he manejado.

—Nunca te mencionó.

—¿Y cómo iba a hacerlo? ¿Qué hombre, en este mundo de hombres, había de admitir que aprendió todo de una mujer? No necesité que ninguno de mis caballeros comprometiera su palabra.

—¿Quieres decir que los instruías?

—Los instruía, los entrenaba, les enseñaba, los templaba, los afilaba y los probaba, y sólo después largaba al mundo un perfecto instrumento de guerra. Ésa es mi venganza y mi triunfo.

—¿Adónde vamos ahora? ¿Tendremos alguna aventura?

—Iremos a mi morada, oculta en las montañas de Gales. Aventuras tendrás cuando estés preparado, no antes.

—Pero se supone que salí en búsqueda de ellas.

—¿Y es mala búsqueda procurar ser un perfecto caballero? Basta con decírmelo y me bajo y vuelvo a esperar otro candidato joven, y tú puedes pasarte la vida a los tumbos, como un conejo.

—¡Oh, no! —dijo Ewain—. No, señora.

—¿Entonces te someterás a mis normas y mi régimen?

—Sí, señora.

—Así me gusta —dijo ella—. No será fácil, pero te alegrarás de ello.

—¿Pero qué diré cuando regrese sin haber corrido aventuras?

—Durante diez meses te entrenarás y aprenderás —dijo ella—. Y luego, te prometo que correrás más y más provechosas aventuras que los otros en doce meses. Cabalga, hoy empieza la escuela, la escuela de las armas. —Y de pronto su voz adoptó el compulsivo acento del mando.— Llevas cortos los estribos. Los alargaremos. Debes tener los pies lo más abajo posible, para que al erguirte sobre los estribos no peses sobre la silla más que un pelo. Los estribos cortos hacen sumamente pesado a un hombre con armadura. Avanza con laxitud, los hombros hacia atrás. Que el movimiento caiga sobre los muslos y la espalda. Ahora, que tus pies cuelguen en libertad.

—Señora —dijo él—, he cabalgado toda mi vida.

—Hay hombres que han cabalgado mal toda su vida. La mayoría de ellos. Por eso un buen jinete suele destacarse tanto.

—Pero, señora, mi instructor dice...

—Silencio. Tu instructor soy yo. Cuanto más suelto cabalgues, no torpe sino grácilmente, sin ofrecerle un obstáculo a tu caballo, más fácil es para el caballo. Y cuando trotes, échate un poco para un lado y después para el otro. Así descansan los hombros del animal. Oh, sé que hay muchos que, como tienen muchos caballos, los fatigan, los matan de cansancio, y con un día de cacería los dejan jadeantes y exhaustos. No debes hacer eso. Debes entrenar sólo dos caballos, pero entrenarlos como te entrenarás a ti mismo, y confortarlos y cuidarlos. Te digo que un buen caballo vale más que una buena armadura. Un jinete es una sola cosa, una unidad, no un hombre echado a lomos de un bruto. Debes confortar y complacer a tu caballo antes que a ti mismo, alimentarlo antes de comer tú, velar por sus heridas antes que por las tuyas. Así, cuando lo necesites, tendrás tanto un instrumento como un amigo. ¿Entiendes?

—Te estoy escuchando, señora.

—Harás algo más que escuchar. Ahora, tu armadura. Se la venderemos a algún crédulo idiota.

—Es la mejor armadura, señora. La hizo un gran artista de las montañas de Alemania. Costó una fortuna.

—Me imagino. En un desfile atrae todas las miradas. Las mujeres revuelven los ojitos y la ponderan como si el hábito hiciera al hombre, como sucede con frecuencia, pero en el combate no sirve para nada.

—¿Qué tiene de malo? Viene de Innsbruck.

—Te diré lo que tiene de malo. Es demasiado gruesa y pesada. El metal nunca puede reemplazar a la destreza. Protege zonas que no necesitan protección. Está llena de cortes y agujeros vulnerables a una punta de lanza o fáciles de penetrar con la espada. No puedes inclinar el brazo derecho para dar un tajo de costado, y cuando alzas el brazo, la pequeña rosa de metal se corre y expo-

ne tres pulgadas de tu bonita y pequeña axila. ¿Me explico? En una palabra, no sirve para nada. Te mueves dentro de ella como un burro cargado de canastos. Hasta yo, con falda larga, podría vencerte con una espada, mientras tú vistes esa armadura. Es una armadura para lucirla, no para usarla.

—Te gusta criticar, señora —dijo Ewain, con cierta irritación en la voz.

—¿Te parece? Éste es un arrullo de paloma. Espera a que me oigas criticarte en serio. Y si te molesta, yo me bajo y tú sigues tu camino.

—Señora, no tuve la intención...

—Entonces, cállate la boca hasta que tengas alguna intención. No sólo te sacarás esta frutera que tienes puesta en la cabeza sino toda la basura que has juntado en la mente. Empiezas desde cero, hijo, como un bebé colgado de los talones a quien acaban de darle las primeras palmadas. ¿Por dónde iba? Ah, sí. La armadura. Abre tus lindas orejitas y escúchame, y recuérdalo. Hasta te convendría repetirlo conmigo. El propósito de la armadura es proteger sólo lo que no pueden cubrir la destreza, la agilidad y la precisión. Debe ser lo más ligera posible, y ofrecer sólo ángulos para desviar los golpes. No hay por qué ponerla a prueba con impactos directos. Su propósito es desviar. El yelmo tiene que estar diseñado para que una espada resbale sobre él, no para que la resista. Esa visera te cubre tanto que no ves nada. ¿Cómo vas a luchar si no ves? Un yelmo anguloso es mejor que una placa metálica gruesa, porque aunque tengas un cuenco de hierro forjado en la cabeza, un buen mazazo te deja seco como un conejo. Ahora, veamos los guanteletes... y la gorguera... y de la silla hablaremos después. Ahora... enunciaré la ley y tú la aprenderás palabra por palabra, y cada palabra debe quedar marcada a fuego. Ésta es la ley. El propósito de la lucha es la victoria. No hay victoria posible con la mera defensa. La espada es más importante que el escudo, y la destreza más importante que ambos. El arma definitiva es el cerebro, todo lo demás un complemento. —Y de pronto guardó silencio. Luego

dijo:— Te abrumé de cosas, ¿no es cierto, hijo? Pero si pudieses aprender sólo lo que te dije hasta hoy, pocos hombres en el mundo podrían luchar contigo y menos derrotarte. Viene la noche. Dirígete a esas matas en la ladera. Mientras secas la transpiración de tu caballo te traeré algo de cenar.

Cuando Ewain terminó de desensillar el caballo, ella preguntó:

—¿Le secaste la piel?

—Sí, señora.

—¿Y colgaste la manta para secarla?

—Sí, señora.

—Muy bien, aquí tienes la cena. —Y le ofreció una tajada de pan de centeno, dura y desabrida como una teja... Y mientras él la mordisqueaba sin quejarse, Lyne se puso de cuclillas en el suelo y se refugió bajo su enorme manto como si fuera una tienda.— El aire de la noche me hace doler los tendones. Supongo que la edad está acabando conmigo. En fin, el mundo no se acordará de mí, pero detrás de mí quedarán ciertos hombres. Mi campo es vientre de caballeros. Dime, joven caballero, ¿cómo es tu madre? Se cuentan muchas viejas historias sobre Morgan le Fay.

—Conmigo ha sido muy buena —dijo él—. Claro que, con sus posesiones y obligaciones, quizá no haya estado con ella tanto tiempo como hubiese querido, pero... sí, siempre ha sido muy buena, y hasta considerada. Y cuando está de buen humor y todo funciona bien, no hay nadie que sea más alegre que ella. Canta como un ángel y baila y hace bromas tan divertidas que las carcajadas le quiebran a uno las costillas.

—¿Y cuando no está alegre, qué pasa?

—Bien, hemos aprendido a escabullirnos. Es una persona de carácter muy fuerte.

—Espero que no te haya instruido en su modo de combatir.

—¿A qué te refieres?

—No eludas la pregunta, muchacho. Me refiero a la magia, y tú sabes que me refiero a la magia.

—¡Oh! Ella nunca usa magia. Me ha advertido al respecto.

—¿De veras? Bien, me alegro —Lyne se tendió en el suelo, se cubrió los pies cuidadosamente y se tapó los hombros con el manto—. Debes haber visto al rey Arturo con frecuencia. Háblame del rey. ¿Cómo es cuando no está en el trono?

—No hay diferencia. Siempre está en el trono salvo...

—¿Salvo qué...?

—No debería decirlo.

—Eso queda librado a tu juicio. ¿Temes desacreditarlo?

—No... sólo que es algo asombroso... porque, verás, él es el rey.

—Y has visto algo humano.

—Podrías llamarlo así, supongo. Una noche, cuando mi madre estaba muy alegre y todos nos reíamos hasta reventar, vino un mensajero y ella se puso negra de cólera. Y por supuesto que yo me escabullí como de costumbre y salí a las murallas para mirar las estrellas y tomar aire.

—Como lo haces siempre.

—Sí... ¿cómo lo supiste? Y oí algo semejante al aullido de un cachorro cuando tiene hambre, o a los gemidos de dolor de una persona amordazada. Me acerqué con sigilo, y a la sombra de la torre vi al rey... y estaba llorando, tapándose la boca con las manos para contenerse.

—¿Y te alejaste sin decir nada?

—Sí, señora.

—¡Bien! —dijo ella—. Fue lo más apropiado.

—Me sorprendió, señora... y... me rompió el corazón. El rey no puede llorar... él es el rey.

—Te comprendo. No vuelvas a decírselo a nadie. Yo no lo repetiré. Pero no es un mal ejemplo para reflexionar, por si alguna vez se te mete en la cabeza ser rey. Ahora duérmete, hijo. Salimos temprano.

Temprano era para ella la hora en que empiezan a palidecer las brumosas estrellas. Lyne despertó a sir Ewain de un esponjoso sueño.

—Arriba —le dijo—. Recita tus plegarias. —Le tiró un pedazo de pan en el pecho. Y mientras se preparaban para cabalgar, entonó una huraña letanía.— Tengo herrumbradas las junturas de los huesos —dijo—. La edad no trae fatiga por la noche, sino ásperos dolores por la mañana. —El joven Ewain tambaleó medio dormido para ensillar su desganada montura. Y cuando se armó, las tiras y correajes opusieron resistencia a sus dedos. Ya hacía rato que estaban en camino cuando la lánguida y grisácea luz del alba iluminó el sendero y les permitió ver los árboles que los circundaban.

Tenían el sol a las espaldas cuando vadearon un río ancho y poco profundo y salieron a un campo abierto que ondulaba sobre colinas cubiertas de aulaga. Después hubo colinas y más colinas, en una rocosa comarca que parecía haber usurpado la negrura de la noche. Las ovejas erguían la cabeza y los miraban sin dejar de rumiar, y luego se agachaban y continuaban paciendo. Desde cada risco un pastor observaba con recelo, en compañía de un perro desgreñado y gruñón pronto a cumplir las órdenes de su amo.

—¿Ésos son hombres o no? —preguntó Ewain.

—A veces son hombres, a veces no, a veces ambas cosas a la vez. No te acerques a ellos. Están armados con picas. —La mujer no dijo una palabra más durante esa mañana, pero cuando el caballo aminoró la marcha en la ladera, demostró su impaciencia.— Apura a tu montura, muchacho —dijo irritada—. Las montañas no vendrán a nosotros. —Y no consintió ningún reposo a mediodía, salvo para refrescarse en una cascada que se precipitaba colina abajo.

En mitad de la tarde treparon una última y prolongada cuesta y llegaron a un hueco bajo la cima, un recoveco oculto a la vista de todos, salvo de los pájaros, donde se apiñaban bajas construcciones de piedra a resguardo del viento, con techo de ripio, con puertas de escasa altura para hombres bajos y robustos, con angostas troneras por donde penetraba la luz. Estas casuchas delimitaban tres lados de un campo en declive al que habían limpia-

do de guijarros, y allí Ewain vio un estafermo con una bolsa de arena del tamaño de un hombre, y una sortija colgada, un fantoche de madera armado de una maza con pivote que automáticamente castigaba las torpezas del lancero. Era un lugar humilde. Había casas para ovejas, otras para cerdos, y algunas, no muy diferentes, para hombres, sin que hubiese mucho margen para la elección.

En cuanto se apeó la mujer chilló una orden, y hombres bajos y oscuros y de aspecto feroz emergieron de las casas y vinieron a llevarse el caballo. Saludaron a la mujer tocándose la frente y miraron a Ewain con ojos indagadores y maliciosos, y luego hablaron entre ellos en una lengua desconocida que sonaba como una canción.

—Bienvenido, jovencito, al retiro de una dama —dijo Lyne—. Si acá llegas a estar cómodo, es porque algo se me pasó. —Elevó los ojos al cielo.— Mira tu morada, hijo. Contempla la dulce hospitalidad de estas colinas, consulta las caras sonrientes de mis hombres. Tienes tres horas hasta que anochezca. Puedes irte antes que se ponga el sol, y todavía tendrás la ruta libre. Pero si en la mañana estás aquí, no podrás irte, y si lo haces, estos hombrecitos te seguirán el rastro aunque no dejes más huella que el viento oeste de la semana pasada, y los cuervos se regodearán con carne joven y tierna.

Por la mañana, Ewain estaba allí, y comenzó su entrenamiento: una hora tras otra fatigándose con una lanza, mientras la mujer lo observaba y describía cáusticamente sus errores sin hallar ningún mérito. Y después de un tiempo, cuando la lanza supo encontrar su rumbo, ella puso el blanco en equilibrio sobre una cuerda, y graznó de triunfo cuando él erró el tiro. Y después de practicar con la lanza varias horas más, con una espada cargada con plomo, para estirar y moldear los músculos, y no contra un adversario sino contra un tronco erguido, echándole tajos mientras cada ángulo de corte era inspeccionado y criticado. La alimentación era tan grosera como la faena, un caldo de oveja frío, agua aromatizada con aulaga. Y al caer la noche, Ewain se tambaleaba con

los ojos nublados hasta su catre de piel, y a veces debía apartar algún ganso para hacerse lugar. Lo vencía un sueño pesado, interrumpido por el tosco crujido de unas botas para empezar un nuevo día cuando aún reinaba la oscuridad.

Y a los dos meses, su ojo y su brazo reaccionaban de manera irreflexiva e involuntaria, y su movimiento y su equilibrio se habían convertido en una sola cosa. La mujer observaba cada movimiento y lo comparaba con los del día anterior, y al fin comprobó que contaba con materia apta para forjar un guerrero. Y sólo entonces empezó a hablarle con un tono que ya no se limitaba a las críticas sardónicas.

—Lo haces bastante bien, muchacho —le dijo—. Los he visto mejores. Observé cómo una y otra vez tu orgullo estallaba en furor. "Soy un caballero", te decías. "¿Cómo voy a vivir como un cerdo?" ¿Sabes qué significa ser caballero? Un caballero es en principio un servidor, y así ha de ser, pues quien quiere mandar debe aprender su oficio obedeciendo. Es un viejo refrán, ya lo sé, pero al igual que otros sólo se vuelve cierto cuando lo pones en práctica. Pronto voy a enfrentarte con un oponente.

Y después, dos meses de cabalgar en persecución de un galés artero y esquivo que eludía la punta de su lanza como si fuera de humo. Y ahora, la mujer le hablaba no como a un cerdo, sino más bien como a un perro inteligente o a un chico retardado.

—Supongo que es natural que cierres los ojos justo antes del momento del impacto —le decía—. Por lo tanto, debes aprender a mantenerlos abiertos, porque en ese momento de ceguera puede ocurrir cualquier cosa.

Y dos meses más, y dos más. Ewain estaba esbelto, flaco y musculoso como un tejo. Por las noches ya no anhelaba la muerte, y ya no temía el puntapié que le hendía las costillas si no se levantaba primero. Ahora descubría sus propios errores y procuraba corregirlos, y ya no se escabullía para eludir malos tratos.

—Nunca serás uno de esos hombres de roca que afrontan el embate de las olas. Siendo ligero, debes ha-

cer que el peso de los otros luche por ti. Procura que tu lanza sea larga. Al montar, inclínate hacia adelante tanto como puedas. Así presentas un blanco más pequeño, y además, si tu lanza golpea primero, le quita fuerza al contragolpe. Nunca, nunca presentes una superficie chata. Nunca enfrentes la fuerza con la fuerza, sino estudia a tu adversario antes del combate, mide sus fuerzas no menos que sus puntos débiles, para poder eludir las unas y aprovechar los otros. Hay algunos caballeros necios que creen disfrazarse con nuevos emblemas o armaduras de otro color. Una vez que he visto a un hombre en combate, puedo reconocerlo aunque vista por armadura un barril de cerveza y entre en las justas montado en un ganso.

En el noveno mes, bien entrado el año, Lyne condujo a Ewain a la ladera de la montaña donde él nunca había estado, y en un valle oculto se encontraron con una docena de esos hombres feroces, robustos y oscuros que poblaban la comarca, quienes habían instalado blancos bajo los árboles del río, donde practicaban con arcos tan altos como ellos y con dardos que les tocaban la oreja al echarlos hacia atrás. Las flechas salían disparadas con un chasquido colérico; los blancos eran pequeños y estaban lejos, pero la punta del dardo los penetraba.

—He aquí el futuro —dijo la mujer—. He aquí la muerte de la caballería.

—¿Qué quieres decir, señora mía? Éste es un deporte de rústicos.

—Es verdad —dijo ella—. Pero dame a veinte de estos rústicos deportistas y puedo detener a veinte caballeros.

—Es una locura —exclamó él—. Estos juguetes son como insectos para un caballero armado.

—¿Lo crees así? Dame el escudo y el peto. —Y en cuanto él se desarmó, ella hizo colgar la armadura de una estaca a cien pasos de distancia.— Ahora, Daffyd —dijo—, dispara ocho y rápidamente.

Las flechas volaron como si las uniera una hebra invisible, y cuando trajeron la armadura parecía un alfiletero abollado. En su interior, en el sitio que correspondía al

cuerpo de su ocupante, había incrustados cuatro dardos con punta de hierro.

—Esto es lo que vale un caballero —dijo la mujer—. Si yo emprendiera una guerra, me quedaría con éstos.

—No se atreverían. Todos saben que ningún labriego va a enfrentar a un noble caballero, un hombre nacido para las armas.

—Pueden aprender. Sé que es tan paralizante poner la guerra en manos de un soldado como dejar la religión en poder del clero. Pero algún día, un caudillo más interesado en el triunfo que en la ceremonia conducirá a estos hombres... y entonces... se acabaron los caballeros.

—Qué reflexión atroz —dijo sir Ewain—. Si hombres sin linaje pueden medirse con los que han nacido para el mando, la religión, el gobierno, el mundo se derrumbaría en pedazos.

—Eso es lo que ocurriría —dijo ella—. Eso es lo que ocurrirá.

—No te creo —dijo Ewain—. Pero, por el solo gusto de discutirlo... ¿qué pasaría entonces, mi señora?

—Entonces... entonces habría que recomponer los pedazos.

—¿Y quién lo haría? ¿Gente como ésta...?

—¿Y quién otro?

—Si esto fuera verdad, señora mía, ruego no estar vivo para verlo.

—Si esto fuera verdad, y tú, mi señor, acometieras contra una nube de flechas, Dios atendería a tu ruego. Ahora vamos, debemos regresar. En un mes más estarás listo para tu prueba. Eres un buen caballero, uno de los mejores, pero quise que antes presenciaras el futuro de los mejores caballeros del mundo. —Habló con palabras desconocidas a los hombres que esgrimían los largos arcos y los penetrantes dardos, y ellos rieron y se tocaron la frente.

—¿Qué dijeron? —preguntó con inquietud el joven caballero.

—¿Qué iban a decir? Dijeron: "Vete en paz".

El último mes voló bajo el peso de las exigencias. La

mujer nunca había sido tan punzante, tan cáustica, tan ofensiva. Actos que en el pasado habían suscitado breves elogios provocaban ásperos comentarios. Lo acuciaba con sus ojos llameantes, y su boca delgada rezumaba veneno mientras trataba de inculcarle todos sus conocimientos, observaciones e invenciones. Y por fin, en el crepúsculo de un día colmado e impregnado de invectivas y desesperanza, la mujer acalló su voz. Retrocedió unos pasos y lo miró a Ewain, sucio, sudoroso, harto y humillado.

—Ahí tienes —le dijo—. Eso es todo lo que puedo ofrecerte. Si ahora no estás listo, no lo estarás nunca.

Ewain no tardó mucho en comprender que el entrenamiento había concluido.

—¿Soy un buen caballero? —preguntó al fin.

—No eres en absoluto un caballero hasta que hayas pasado tu prueba. Pero al menos eres el terreno apto para que brote un buen caballero. —Y preguntó con ansiedad:—¿Fui muy severa contigo?

—No puedo imaginar nada peor, mi señora.

—Así lo espero —dijo ella—. De veras que así lo espero. Mañana te lavarás y al próximo día partimos.

—¿Hacia dónde?

—En busca de aventuras —dijo ella—. Fabriqué una herramienta. Ahora veremos si funciona.

Por la mañana Ewain se despertó en la oscuridad para evitar el puntapié en las costillas y recordó que esa vez no recibiría ninguno. Trató de sumirse en el reposo por el que tantas veces había rezado, pero había perdido el sueño. Ese día lo bañaron y refregaron y rasparon y acicalaron. Los servidores reían al ver cómo resurgía el color de su piel debajo de las costras de mugre, grasa y ceniza. Y en cuanto vistió una chaqueta nueva y pantalones de piel de oveja, suaves y flexibles como la gamuza, Lyne le trajo sus presentes.

—Aquí está la armadura mágica —dijo ella—. La magia reside en las superficies. No hay sitio donde pueda penetrar una espada o una lanza. Álzala. Ves que pesa poco. Aquí tienes un frasco con grasa de cordero pura.

Trata de frotársela a la armadura todos los días, para impedir la herrumbre y para desviar los golpes del adversario. Tu escudo, como ves, es chato y anguloso, y el borde está emparejado con la superficie. Si lo abollas, procura volver a alisarlo. Aquí tienes el yelmo... bonito, ¿no es así? Simple, liviano, y muy fuerte. En este agujero puedes poner plumas, pero nada más. Ahora, tu espada mágica. Empúñala.

Sir Ewain la alzó.

—No pesa nada. ¿No es demasiado ligera?

—Tu brazo la siente ligera porque estuvo usando una espada cargada con plomo. No, tiene peso suficiente, pero la magia está en su equilibrio. La punta no pesa porque está balanceada con la empuñadura... y su curiosa forma está diseñada para confundir la visión con respecto a su longitud.

—Parece muy corta.

—Compárala con otra. Ya ves, en realidad es la más larga de las dos. Ahora, por último, tu lanza, mágica también. La fabricaron estas buenas hadas que tenemos aquí. Cuídala bien.

—¿Y cuando se quiebre?

—No se quebrará. No es lo que parece. Su corazón es una larga vara de acero envuelto en un cuero casi tan duro como el corazón. No, no se quebrará. Y fíjate, tiene dos empuñaduras, una a cierta distancia de la otra. Con un adversario pesado, extiende la lanza y tócalo primero. Ya te enseñé lo que sé. Si has sabido asimilarlo con provecho, me doy por contenta. Ve a descansar. Salimos mañana, pero no demasiado temprano. Tenemos tiempo para distraernos un poco.

Cuando Ewain se acercó al lecho, lo encontró cubierto de ropas limpias con perfume a lavanda, y en la cabecera una almohada del más mullido plumón de ganso. Y antes de dormirse, trató de recordar cada lección de esos arduos meses.

Por la mañana, después de las plegarias y el desayuno, vistió su armadura y se maravilló de su liviandad y su facilidad de movimientos.

Y también se sorprendió cuando vino Lyne, pues ella ahora tenía aspecto de mujer, casi de doncella, con el cabello discretamente arreglado y los ojos dorados y tenues, no amarillos como los de un águila. Caminaba con el paso grácil y seguro de una dama, y lucía una túnica violeta con galones dorados, y encima de ella, un manto de púrpura con bordes y cuello de armiño. En la cabeza ceñía una pequeña corona dorada, como una princesa. Cabalgaba un palafrén con un arnés que parecía oro pálido; dos servidores con atavíos de cuero la seguían montados sobre ponies lanudos. Sus largos arcos sin cuerda parecían cayados, y sobre el hombro izquierdo asomaban las plumas de sus manojos de flechas.

—¡Adelante! —dijo la mujer.

—¿Por dónde, señora?

—Por donde vinimos.

Avanzaron a través de una húmeda niebla que se extendía sobre las colinas como jirones de paño raído. Los pastores los vieron pasar y saludaron melodiosamente a sus paisanos.

Al pie de la montaña vadearon el río por la parte baja y se internaron en el brumoso, negro y despojado bosque de fines de otoño, con sus hayas y robles desnudos, como una arboladura durante la borrasca: un sendero desolado en un mes desolado.

—No parece un día auspicioso para las aventuras, señora —observó sir Ewain.

Ella había cabalgado en silencio por el largo y resbaloso camino que descendía de las colinas, pero ahora rió gentilmente.

—Las aventuras vienen o dejan de venir según les place —dijo—. Cuando los bardos cuentan sus historias, cada día trae un racimo de prodigios. Pero hubo veces en que cabalgué durante semanas sin toparme con más maravillas que un tendón hinchado por la humedad de la noche.

—¿Nos dirigimos hacia alguna aventura que conoces?

—No lejos de aquí suele realizarse un torneo, a principios del año para atraer hombres importantes. Más tar-

de, cuando se sienten impulsados a salir en busca de aventuras, los grandes caballeros concurren a sitios más famosos. Espero que tengas oportunidad de probar tus armas antes del torneo.

Mientras hablaba, oyeron el retintín de las armas de un caballero, quien se acercó y gritó:

—Choquemos nuestras lanzas.

Sir Ewain observó los remiendos de la herrumbrada y humilde armadura, las mataduras del caballo, y vio cómo el caballero montaba sin firmeza, como si tuviera agujas en la silla. Por un instante vaciló y acarició cariñosamente su lanza, pero luego le dijo:

—Gallardo caballero, ruego a tu cortesía que tengas la bondad de permitir que me retire honrosamente, pues soy jurado enemigo de alguien y prometí no utilizar mis armas hasta encontrarlo.

—Por cierto, joven caballero —dijo el recién llegado—. Respeto tu juramento y retiro mi desafío, por la honra de la caballería.

—Has hablado cortésmente, y te doy mi gratitud.

El corcoveante caballero se tocó la visera para saludar a la dama y siguió con su retintín, mientras el viejo caballo luchaba con el freno como un potrillo quisquilloso. En cuanto se fue, la mujer comentó:

—Bien dicho, señor.

—Tuve que mentirle, señora.

—Fue una mentira amable y cortés —dijo ella—. No tenías por qué lastimar su orgullo además de su cuerpo.

—No obstante —dijo Ewain—, espero poner a prueba mis armas antes del torneo.

—La paciencia también es una virtud caballeresca —dijo ella.

Poco más tarde, en un claro, encontraron al caballero herrumbrado tendido en el suelo, protegiéndose la maltrecha armadura con el escudo roto, mientras un alto caballero montado lo lanceaba como un jardinero que ensarta hojas con un pincho. Entonces Ewain cobró ánimos.

—Conteneos, señor —gritó.

—¿Qué es esto? —dijo el caballero alto—. Veo un

muchachito con armadura de juguete. Éste no es mi día. Una pila de basura oxidada y un muchachito.

Entonces Ewain miró ansiosamente a Lyne en busca de consejo, pero ella se había apartado a un extremo del claro y no estaba dispuesta a mirarlo ni ayudarlo. Y en ésta, su primera batalla desde el entrenamiento, Ewain deseaba hacer las cosas bien. Las lecciones recibidas se agolparon en su memoria como un enjambre de abejas, y una abeja se apartó de las demás y zumbó:

—Antes de luchar con él, medíos conmigo.

Y súbitamente el joven Ewain recobró la calma. Sin tardanza comprobó cómo estaba la cincha y aflojó la espada dentro de la funda, se cercioró de que las correas del escudo estuvieran firmes y luego se dirigió hacia el otro extremo del claro con deliberada lentitud, observando el andar del caballero.

Ambos pusieron la lanza en ristre e iniciaron la carga, pero a medio camino Ewain volvió grupas y regresó a su punto de parada, mientras el caballero alto procuraba dominar a su corcel, que resopló con impaciencia.

—Lo siento, señor —dijo Ewain—. Se me aflojó la cincha. —Y fingió apretar el correaje, pero ya había visto lo que quería ver, la silla del caballero, las características de su montura, y su modo de conducirse. Ewain cambió una mirada fugaz con su dama y percibió un destello amarillo en sus ojos y una pequeña sonrisa de complicidad en sus finos labios.

—Son cosas que les ocurren a los niños —gritó el caballero alto—. ¡Cuídate! —Lanzó a su furibundo aunque esquivo corcel a un estrepitoso galope. Ewain vio cómo la punta de la lanza se alzaba y bajaba. Acometió hacia el costado y obligó a su adversario a volver las riendas hacia él, y a último momento viró con firmeza y casi blandamente apoyó la lanza en las estrías del peto y arrancó al caballero de la silla, haciéndolo caer con estruendo mientras la impetuosa montura se internaba al galope en la floresta.

Ewain volvió grupas y se acercó, diciéndole:

—¿Os rendís, señor?

El otro yacía melancólicamente en el suelo, mirando a su joven vencedor y viéndolo por primera vez, y dijo:

—Si te favoreció la fortuna, yo soy infortunado; y si no fue la fortuna, soy más infortunado todavía. No puedo luchar contigo de a pie. Creo que me rompí la cadera. Dime, ¿es verdad que tenías la cincha floja?

—¡Rendíos! —dijo Ewain.

—¡Oh, claro que me rindo! No tengo alternativa. Heme aquí en el suelo en vez de estar yendo al torneo, y todo por luchar con ese saco de huesos.

—Sois prisionero de ese gentilhombre —dijo Ewain. Avanzó rumbo al caballero herrumbrado, quien se incorporaba no sin esfuerzos—. Lo dejo en tus manos, señor —le dijo—. Sé que lo tratarás cortésmente, tal como me trataste a mí. Su armadura es tu premio. Cuida de su herida.

—¿Cuál es tu nombre, señor?

—Un nombre aún no probado en combate —dijo Ewain—. Si vas al torneo, espero probarlo allí.

—Sí, voy al torneo, y suplico el honor de lidiar a tu lado.

Y cuando prosiguieron la marcha, Lyne dijo con causticidad:

—No hagas eso con un caballero experto. Fue demasiado obvio.

—Sentí la necesidad de ganar mi primera pelea.

—Todo salió bastante bien —replicó ella—. Pero se notaba la técnica. La próxima vez trata de que parezca menos premeditado. Creo que pudiste enfrentarlo un par de veces, en lugar de hacer eso. Otra acometida y hubiera caído sin tu ayuda. —Y como vio que esa crítica abatía el ánimo de Ewain añadió:— Estuvo bien por ser la primera vez. Quizá fue mejor que actuaras con exceso de cautela. Pero no te envanezcas hasta haber derrotado a un buen adversario.

Esa tarde se toparon tres veces con caballeros que se dirigían al primer torneo de primavera, y cada vez Ewain lidió con ellos y los desmontó, pero, siguiendo instrucciones, rehusó luchar a pie, diciendo.

—Dejemos eso para el torneo.

La mujer estaba vagamente satisfecha, pero dijo:

—Estoy algo preocupada. Desconfío de tu perfección. Quizá desconfío de mí misma. —Por un rato estuvo pensativa dando sólo respuestas breves y cortantes, pero al fin dijo:— No sirve de nada. Nunca sirvió de nada. ¿Has notado, joven señor, que hoy he sido una dama?

—Sí, mi señora.

—¿Qué opinas de ello?

—Me pareció extraño, señora. Extraño y hostil.

Ella suspiró con alivio.

—Siempre ha sido extraño, como un pollo con piel de oso. En el fondo, soy un guerrero y un maestro de guerreros. Claro que intenté ser mujer, empeñé toda mi virilidad en lograrlo. ¿Qué dices? ¿No te gustó?

—No tanto, mi señora.

—Mi nombre es Lyne —dijo ella—. Ahora... no creo que los hombres sean muy buenos para guerrear. Me refiero a la mayoría, claro. Demasiado blandos de corazón, demasiado gallardos, demasiado vanos. Una mujer con cuerpo de hombre sería un campeón. Tú serás un caballero razonablemente bueno, pero tu propia virilidad te limitará. ¿Te imaginas qué guerrero habría sido tu madre? Piensa en los grandes campeones. A ninguno de ellos le gustaban realmente las mujeres, cualesquiera fuesen las razones que esgrimían. Es verdad que las mujeres inventaron la caballería, pero para sus propios fines. Si las mujeres hubiesen sido los caballeros, se habría perseguido a la orden por criminal y peligrosa.

"Ahora —prosiguió—, no hay otra opción. Debemos utilizar lo que tenemos. Yo tengo un temperamento aguerrido. Entiéndeme, jamás será aceptado. Es demasiado razonable y los hombres son criaturas de costumbres. Supongo que en las justas se requiere armadura para el muslo. Se ha dado que una lanza torpe o desviada hiriera las piernas de un hombre. Pero a pie... ¿cuántas piernas heridas has visto? Y sin embargo, los hombres siguen usando las pesadas grebas. Y cuando flaquean las fuerzas de un hombre, no son sus brazos los que se cansan.

Son sus piernas. Y cuando un guerrero parece demasiado viejo, son sus piernas las primeras en delatarlo. Si la protección para las piernas pudiera fundirse a la silla de montar, podría dar resultado. O de lo contrario, un simple gancho, para poder librarse de ese peso inútil. Un hombre sin armadura por debajo de las ingles, sería un combatiente más ágil y más resistente a pie.

—Pero tendría un aspecto ridículo —dijo sir Ewain.

—Ahí tienes. Y hablan de la vanidad de las mujeres.

Así prosiguieron el viaje, y mientras caía la tarde, otros dos caballeros fueron retados y derribados. Cuando llegaron al castillo del torneo, en la frontera de Gales, Lyne se hallaba alegremente predispuesta.

Era un antiguo castillo semiderruido, feo y pequeño, apretado como una membrana. Los muros de los aposentos rezumaban humedad, y el hedor de la muerte y —peor aún— el olor de la vida impregnaban las cámaras, mientras que en el foso la tierra seca había exterminado a los peces. Los caballeros de la comarca se habían congregado en el salón, y trataban de beber una buena cantidad de cerveza para calentarse la sangre.

Lyne no se quejó del castillo, pero cuando vio a los caballeros reunidos manifestó inquietud y ansiedad por irse. Le habló quedamente a Ewain, sentado junto a ella frente a la larga mesa poblada por los repulsivos cadáveres de ovejas a medio cocinar.

—No me gusta —le dijo—. Me da miedo. No hay aquí un caballero capaz de defender un puente contra un conejo. Y sin embargo, es en encuentros como éste donde los buenos caballeros son destruidos por accidente. No me importa perder un hombre en un combate glorioso y equitativo, pero los accidentes... mira, hijo, y escúchame con atención. No corras riesgos de ningún tipo. No tendrás problemas con los hombres que enfrentas. Lo que temo es un golpe torpe dirigido a cualquier otro. El año pasado, en un torneo como éste, traje a un aprendiz, sir Reginus, que habría asombrado a todos los guerreros del mundo. En eso un patán trató de herir a otro y la espada se le fue de la mano. Voló por el aire hasta que el filo

hendió las barbas de la visera de Reginus penetró en el ojo derecho hasta el cerebro y él cayó lentamente, como un pino cuando lo voltean. No, esto no me gusta. La fiesta es más peligrosa que el combate.

Bajo la lluvia matinal se realizó el triste y resbaloso torneo, y pese a estar embadurnado de lodo y cegado por la bosta que lo salpicaba, Ewain desmontó a treinta caballeros y conquistó el premio, un trémulo gerifalte y un caballo blanco con una gualdrapa de tela amarilla ennoblecida por el nombre de tela de oro. Ewain se restregó los ojos y le presentó los trofeos a su dama.

—Agradezco tu cortesía, apuesto caballero —dijo ella, y en voz muy baja—: Si no hubieses vencido, te habría ahogado en el foso, a no ser porque el foso es el único lugar seco de toda la comarca.

—Te tributo mis deberes y mis servicios, señora —proclamó Ewain.

—Vayámonos de inmediato —dijo ella—. Dormiré mejor y más seca bajo un árbol del bosque. —Se acercó a su noble anfitrión y le agradeció grácilmente. —Señor —le dijo—, mi campeón acaba de recibir noticias de una revuelta en sus dominios. Si le das tu venia, debe ir a aplastarla.

—Por supuesto que sí. ¿Dónde se encuentran sus dominios, señora?

Ella agitó la mano con vaguedad, hacia el este.

—Lejos —dijo—. En el mismo límite del mundo. Debe partir de inmediato.

—Eso debe de ser Muscony, mi señora.

—Sí, Muscony.

Por la noche, en un buen refugio bajo una roca, revestido y alfombrado con ricos paños tomados de las alforjas de los servidores, la dama se reclinó en su catre de pieles y suspiró con satisfacción.

—Pobres —dijo—. Sólo pueden aprender una cosa a la vez. Recién ahora les he enseñado a no robarme las cosas. Ahora bien, mañana será muy distinto. Mañana viajamos al castillo de la Dama de la Roca.

La fría lluvia de marzo siguió acompañándolos duran-

te la marcha. Los caballos la afrontaban con la cabeza gacha y la cola estrechamente recogida.

—Espero que hayas frotado tu armadura con grasa —dijo ella—. De lo contrario no tardarás en parecerte a un clavo oxidado. Por suerte, el Castillo de la Roca no está lejos. Aquí sí que emprenderás una aventura digna de contarse. Creo que cuando te armaron caballero juraste socorrer a las damas, proteger a las viudas y huérfanos, particularmente si se trataba de gentes nobles.

—En efecto —dijo Ewain—. Y seré fiel a mi juramento.

—Eres afortunado —dijo Lyne—. La Dama de la Roca es todas esas cosas a la vez: viuda, huérfana y noble. Y si alguien necesita socorro es ella. Cuando su esposo partió de este mundo, dejó a su señora en posesión de hermosas tierras, bosques y zonas de pastoreo, casas y siervos, y dos fortalezas sólidas y con buenas defensas, una llamada el Castillo de la Roca, y otra llamada el Castillo Rojo. Al ver a esta mujer despojada de su señor y protector, dos hermanos llamados Edward y Hugh tomaron el Castillo Rojo y la mayor parte de las tierras, dejándole sólo el Castillo de la Roca. De él esperan apropiarse a su debido tiempo, y también de la dueña, pues la Dama de la Roca es bella, cortés y bien nacida. Entretanto, estos hermanos se hacen llamar sir Edward y sir Hugh del Castillo Rojo, y cobran alquileres, tributos, impuestos y arrendamientos, y dominan esas tierras respaldados por mercenarios.

—Señora mía —dijo Ewain—, éste es sin duda un caso que requiere mi intervención. Batallaré con estos caballeros por la heredad de esta dama.

—Debo advertirte, joven caballero, que éstos no son caballeros andantes dispuestos a arriesgar la vida en cualquier encrucijada en aras de su honra. Se trata de buenos, honestos, tenaces y concienzudos ladrones. No lucharán a menos que estén seguros de la victoria.

—Los retaré por su honor —dijo Ewain.

—Creo que los hallarás más interesados en su propiedad —dijo Lyne—. Es probable que sus nietos coqueteen un poco con el honor, cuando nazcan. Ahora, escúcha-

me bien. —Le indicó un roble caído que, al levantar sus raíces, había dejado una pequeña caverna más tarde ocupada por zorros, jabalíes, tejones, osos, y quizá dragones antes que los hombres desalojaran a sus primitivos ocupantes.— Pongámonos a resguardo de esta maldita lluvia —dijo ella.

Un hoyo para el fuego revelaba que la caverna había sido ocupada recientemente, y uno de los arqueros se dispuso a encender una fogata en ese lugar, pero Lyne se lo impidió diciendo:

—No podemos hacer humo. Estamos cerca del Castillo de la Roca, y de la cima de la colina próxima debe verse toda la región varias leguas a la redonda. Si yo estuviese en lugar de Edward y Hugh y tuviera su deseo de vivir y prosperar, apostaría centinelas en la colina para vigilar el sendero, por si algún joven caballero sintiese urgencia de socorrer a una dama en desgracia.

—Subiré hasta allá y despejaré el camino, mi señora.

—Tú quédate aquí y espera, mi señor. —Llamó a sus hombres y les habló en la vieja lengua céltica, y ellos asintieron y sonrieron y se tocaron los hirsutos rizos de la frente. Luego tomaron de sus morrales cuerdas bien lubricadas y tensaron sus arcos. Cada uno escogió ocho flechas y afiló las puntas, comprobando que las astas no estuviesen torcidas. Luego ascendieron sigilosamente la colina, no por el sendero, sino entre los húmedos zarzales, sin que un ruido los delatara.

—Debemos pensar —dijo Lyne— en algún recurso para atraer a estos caballeros al combate. Si hicieras alguna concesión, fingir que caes en una trampa, bien, ya veremos... ¿Oíste eso?

—¿Qué, señora?

—Me pareció oír un grito. ¡Escucha! Otro más.

—Lo escuché. Me pareció un alarido de muerte.

—Lo era —dijo la mujer.

Por mucho tiempo no oyeron sino el tamborileo de la lluvia y el gorgoteo de un manantial. Más tarde, los hombres regresaron, cada cual con una armadura sujeta a una correa y echada sobre la espalda, y en los cintos

ceñían pesadas espadas. Echaron el fardo de metal en la entrada de la caverna y sonrieron levemente mientras hablaban.

—Sólo eran dos —explicó Lyne—. Creen que ahora la ruta está despejada, pero cuando partamos irán adelante para asegurarse.

La Dama de la Roca los saludó con alivio y deleite. Era una dama bella y noble, consumida por la ansiedad.

—Nadie acudió en mi ayuda —dijo—. Se han adueñado de todas mis tierras, de todos mis feudos. Disponemos de una pequeña provisión de arenques en salmuera, un poco de cerdo salado, y nada más. Mis hombres están débiles. ¿Qué puede hacer un joven caballero?

—Los retaré al combate para que Dios demuestre cuál causa es la justa —dijo Ewain.

Ambas mujeres intercambiaron una mirada de conmiseración.

—Te agradezco, gentil caballero`—dijo la Dama de la Roca.

Los hermanos acudieron prontamente al ser convocados, seguidos por un centenar de hombres de armas, pues habían descubierto a sus dos centinelas desnudos y muertos a causa de extrañas heridas. La Dama de la Roca no consintió que Ewain saliera a parlamentar con ellos.

—Pues —adujo— no son hombres de respetar las sagradas convenciones.

Cerraron las puertas del castillo y alzaron el puente levadizo. Lyne, con el permiso de sir Ewain, habló con los hermanos desde la muralla.

—Tenemos un campeón dispuesto a luchar con uno de vosotros por las tierras que habéis robado a la Dama de la Roca —les dijo.

—¿Por qué habíamos de luchar por algo que ya está en nuestras manos? —respondieron los hermanos, riéndose de ella.

Ella había previsto esta respuesta y decidió proceder con cautela, pues sabía que hay hombres que sólo pueden caer en trampas diseñadas por ellos mismos.

—Nuestro campeón es un doncel recientemente armado caballero y ansioso de ganar fama. Sabéis cómo son los jóvenes. Bien, si no estáis dispuestos a dorar sus espuelas, no lo haréis, pero preferiría hablar en privado con vosotros.

Los hermanos se consultaron y luego uno de ellos dijo:

—Baja y ven aquí, entonces.

—¿Qué seguridades me ofrecéis? —preguntó ella.

—Señora —dijo el que había hablado—, ten en cuenta nuestras razones para tu seguridad. ¿Qué provecho sacamos con hacerle la guerra a una dama sin posesiones? Si te traicionamos, ¿qué obtenemos sino un saco de huesos?

Lyne se sonrió a sí misma.

—Qué suerte hablar con gente que sigue los consejos del pensamiento y no los de la pasión. Bajaré sola. Yo no tengo miedo, pero los del castillo pueden ser tímidos. Mantened a vuestros hombres a la misma distancia que vosotros mantenéis con respecto al castillo.

Tranquilizó a sus amigos con un gesto, pero antes de que ella bajara a las puertas sus dos arqueros se habían apostado detrás de las almenas, invisibles desde fuera pero con los arcos tensos mientras calculaban la distancia hasta el blanco.

Ella se apostó junto al foso y dejó que los hermanos se acercaran hasta una posición donde bastaría que ella alzara la mano para que un par de flechas los derribara.

—Señores, no somos niños. Ahora que estamos fuera del alcance de los oídos de la dulce caballería, discutamos nuestra posición. Ustedes tienen las tierras de esta mujer, además del Castillo Rojo. No hay razón para que luchen por ellas.

—Dices la verdad. Realmente, eres una dama con experiencia.

—Sin embargo, no tienen el Castillo de la Roca y no creo que puedan tomarlo por asalto. Es sólido y tiene buenas defensas.

—No es necesario —dijo sir Edward—. Cuando se les

terminen los alimentos, caerá en nuestras manos. No pueden recibir ninguna ayuda. Controlamos toda la comarca.

—Tienen ustedes un formidable argumento —dijo Lyne—. O lo tenían hasta hace poco. ¿Han inspeccionado el paso al oeste, señores? —Ellos intercambiaron una rápida mirada.— Lo inspeccionaron, señores, y encontraron el paso sin custodia. ¿Pero saben quiénes entraron por ese sitio sin vigilar? Pues bien, cincuenta arqueros galeses, sigilosos y furtivos como gatos, y ustedes sólo han visto el trabajo de dos de ellos. No hace falta que les diga las noches que pasarán. Cada sombra puede acarrearles la muerte, cada mínima brisa puede ser el susurro de unas alas negras. —Y se interrumpió para dejar paso a la incertidumbre. Prosiguió al cabo de un momento.— Estoy de acuerdo en que es una tontería pelear por lo que ya tienen. ¿Pero no pelearían por lo que no tienen? El Castillo de la Roca, y con`él, la certeza de que seguirán teniéndolo todo. Ustedes son gente razonable.

—¿Qué es lo que sugieres? —preguntó sir Hugh.

—Si tienen el coraje para apostar fuerte, les sugiero que luchen contra el campeón de la Dama de la Roca. No es como enfrentar a un caballero recio y famoso. Es apenas poco más que un niño.

—¿Cuál es tu interés en todo esto? —preguntaron con suspicacia.

—Mi posición es afortunada —dijo ella—. Si logro que se realice el combate, mi señora me recompensará. Y si ustedes obtienen la victoria, quizá pueda esperar alguna gratitud.

Los hermanos se apartaron un poco para conferenciar y después de algunos cambios de palabra regresaron.

—Señora —dijo sir Edward—, somos hermanos nacidos al mismo tiempo del mismo vientre. Ninguno hace nada sin el otro, ni lo ha hecho jamás desde la infancia. Luchamos juntos, y solamente juntos. ¿Crees que tu campeón combatirá con los dos a la vez?

—No lo sé. Es muy joven y testarudo. Ya saben cómo son los jóvenes de ambiciosos. Puedo preguntárselo.

Pero si él está de acuerdo en luchar con los dos por la mañana, la gente de ustedes debe permanecer a más de doscientos pasos de distancia.

—¿No será una treta, señora?

—No. Es la distancia de un tiro de arco. Si mis feroces arqueros llegaran a excitarse, o si los hombres de ustedes se entrometen, moriría mucha gente.

—Es razonable —dijeron—. Trata de que tu campeón pelee con ambos a la vez.

—Haré lo posible, mis señores. Y si Dios os concede la victoria, espero que os acordéis de mí. —Les sonrió y regresó al Castillo de la Roca, y el puente levadizo se alzó y las enormes puertas se cerraron a espaldas de ella.

En cuanto terminaron la cena, la Dama de la Roca se retiró a la capilla para solicitar ayuda del Cielo, pero Lyne condujo a sir Ewain a la torre que daba a las puertas, desde donde podían observar el puente levadizo y el hermoso llano que había más allá.

—No te aflijas si te hice pasar por tonto —le dijo—. El asunto era lograr que se comprometieran a combatir. En realidad no tenían motivos, pero ahora creen que los tienen. ¿Los observaste bien mientras yo hablaba con ellos?

—Sí, señora.

—¿Y qué viste?

—Son fuertes, robustos, más altos que yo, y del mismo peso. El de la derecha...

—Ése es sir Hugh. No lo olvides.

—Tiene una herida en la rodilla o la pierna derecha. Arrastra un poco el pie. Me da la impresión de que son hombres capaces de luchar con dignidad.

—¿Qué más? Consulta tu memoria.

Ewain cerró los ojos y formó una imagen.

—Sí, hay algo, algo extraño. Ya sé, ciñen las espadas al revés. Eso es. Uno es diestro y el otro es zurdo.

Ella tendió la mano y le tocó el hombro: un pequeño espaldarazo.

—Bien, mi señor —le dijo—. ¿Cómo estaban ubicados?

Volvió a cerrar los ojos.

—Las vainas estaban juntas... por lo tanto, el que estaba a la derecha, frente a mí, sir Hugh, es zurdo.

—Y lucharán de ese modo —dijo ella—. Con el brazo de la espada hacia afuera, los escudos juntos, resultarán mortíferos. Puedes estar seguro de que se separarán y tratarán de sorprenderte por la espalda. Debes ceder terreno y dejar detrás de ti el puente levadizo. Ahora bien, hay un truco que sólo una vez he visto...

—Quizá lo sé, señora, o puedo imaginarlo. ¿Cómo podría separarlos?

Los ojos de águila de Lyne brillaron de orgullo.

—Eso es —exclamó—. O te elegí bien o la buena fortuna me eligió a mí. Si puedes hacer que queden juntas las espadas, se entorpecerán y tendrás la ventaja. Pero aguarda, hijo mío, y cuando estén un poco extenuados... —Hizo un trazo con el dedo en el polvo del piso de piedra de la torre.—Una finta aquí atraería a éste. Luego te vuelves rápidamente y lo obligas a seguirte hasta aquí. Luego acomételo aquí, retrocede... y ataca sin pérdida de tiempo. ¿Lo ves? Habrás reordenado su frente de ataque. Pero debes hacerlo con prontitud, no tendrás dos oportunidades. Creo que estos hombres han luchado de este modo durante muchos años. Ahora, hablemos del duelo con lanzas. Eso no me preocupa. Eres un buen lancero, contra cualquiera. Y es difícil que los dos caballeros te ataquen al mismo tiempo. Tienes un buen caballo y puedes esquivarlos o recibirlos a tu gusto. Pero hay otra ventaja. ¿La advertiste?

—No lo sé —dijo Ewain—. Los mejores caballeros luchan igualmente bien con ambas manos. Los he visto cambiar de derecha a izquierda y viceversa.

—Creo que descubrirás que éstos no son los mejores caballeros. Son dos salteadores que esperan apalear a un jovencito. Deja que ellos lo crean así hasta último momento. Ahora ve a descansar. Y no tengas miedo. No tengo intenciones de perder a mi buen caballero por culpa de un par de granujas.

La mañana fue propicia a la batalla. Las primeras

cornejas de primavera despertaron con el sol y entibiaron su canto en los arbustos que bordeaban el foso, y la hierba del prado era verde oro. En cada rincón soleado los conejos se secaban la piel y se lamían los pechos. Algunos renacuajos recién nacidos retozaban en la superficie del foso como minúsculas ballenas, y una solemne garza apoyada en una pata los dejó acercarse, y luego, con la pinza de su pico, los recogió uno a uno como a bayas maduras.

El joven Ewain se levantó temprano. Afiló la espada, pulió la cabeza de su lanza negra hasta lograr un filo impecable, y finalmente untó su armadura con grasa de cordero, frotándola suavemente con la punta de los dedos en las piezas móviles. Estaba excitado y alegre, y cuando su dama se le acercó cacareando como una gallina clueca le dijo:

—Señora, ¿no tienes un obsequio para mi yelmo?

—Vamos —dijo ella—. ¿Qué prefieres, un mechón de pelo gris o un guante húmedo? —Pero se alejó inquieta, y cuando él dejó el yelmo y entró a la capilla para escuchar misa, trajo una pluma de águila, parda, negra y con tiznes blancos en el cañón, y la sujetó con firmeza en el gozne de la visera.

A la hora de prima se presentaron los hermanos con rebuscada dignidad, con roncas trompetas y servidores armados con toda clase de equipo, producto de sus conquistas. Sus hombres formaron una fila a un tiro de arco, y luego ambos se adelantaron sólo acompañados por un trompa que hacía vibrar su instrumento con broncínea estridencia.

Ewain tomó el escudo para salir, pero su dama lo contuvo.

—Déjalos trompetear un poco —dijo—. Cuanto más los hagas esperar, mejor. Baja al patio y monta a caballo, pero no salgas hasta que te lo indique.

Habló detenidamente con sus dos arqueros, y los ubicó en la torre de entrada, a espaldas de ella, ocultos entre las almenas y provistos de una buena cantidad de flechas, dos pequeños bosques de grisáceas plumas de

ganso agitadas por el viento. Los arqueros la miraban a la cara como perros de caza.

Lyne observó el patio y vio a Ewain montado en su corcel, la gran lanza negra erecta y la pluma de águila curvada sobre el yelmo. Y siguió esperando hasta que el trompeta perdió el aliento y toda la pompa de la llegada se disipó en inquietud.

—Baja, cobarde, si el miedo te lo permite —gritó sir Hugh al silencioso castillo.

Ella siguió esperando hasta que los hermanos se juntaron, presintiendo una mala pasada, y alzaron la mirada con suspicacia y un principio de temor. Sólo entonces Lyne levantó la mano. El puente levadizo cayó con estruendo, se abrieron las puertas, y Ewain salió al galope, pasó junto a los hermanos y, volviendo grupas, tomó posición frente al castillo. Luego esperó rígido y en silencio.

Los hermanos bajaron las lanzas y acometieron a un tiempo, pero el caballo de sir Edward se adelantó, y Ewain, conteniendo a su montura, se desvió en ángulo de la dirección adoptada por Edward, luego se volvió y sorprendió a sir Hugh en su flanco menos ventajoso y lo tumbó de la silla. Sir Edward, presa de la cólera, volvió a arremeter, atento esta vez a los trucos del jinete adversario. Ewain vio, en lo alto de la torre, a su dama que lo observaba. Irguió la lanza a modo de saludo, luego la enristró y cargó en línea recta. Recibió el lanzazo de Edward al tiempo que él lo tocaba, y el arma de su oponente se quebró a la vez que sir Edward volaba por los aires llevándose su silla de montar. Lyne batió las palmas y un aquilino chillido de triunfo descendió desde las almenas.

Los hermanos se incorporaron y se ubicaron uno al lado del otro, juntos los escudos, por fuera las espadas.

Sir Ewain se acercó y les dijo:

—Siendo vosotros dos contra uno, es mi derecho luchar a caballo.

—Eres un cobarde y un traidor —vociferó sir Edward.

Y la ronca voz de Lyne resonó en los oídos de Ewain, diciéndole:

—Los actos son la única respuesta apropiada a las palabras. Ahorra tu aliento.

Vio que el puente levadizo se abría un poco para dejarle espacio para la retirada. Se acercó cuanto pudo, para darse tiempo a apearse y prepararse. Entonces desmontó, embrazó el escudo, desenvainó la espada y avanzó hacia el puente levadizo. Los hermanos comprendieron sus intenciones y como un solo hombre corrieron para cerrarle el paso. Lo sorprendieron antes que pudiera volverse y apretaron el cerco, echando tajos como un hombre ancho con una espada en cada mano. Ewain cayó bajo una estocada, y en la torre se asomaron dos cabezas y dos dardos retrocedieron hasta que las plumas tocaron las orejas. Entonces Ewain rodó y se levantó y dolorosamente huyó de los hermanos, bendiciendo la ligereza de su armadura, y con el puente a sus espaldas se volvió para enfrentarlos.

Eran veteranos en ese juego. Ellos se separaban un poco, y cuando Ewain atacaba a uno, su defensa se hacía vulnerable a la acometida del otro. Hirieron a Ewain en el flanco, y luego, mientras uno le dirigía un golpe alto para obligarlo a alzar el escudo, el otro le hizo un corte en las piernas. Ewain sintió que la sangre caliente se escurría por su costado y el suelo se volvía resbaloso. Trató de recordar el dibujo en el polvo de la torre, pero cierto aturdimiento le impedía vislumbrarlo con nitidez. Una rápida estocada en el yelmo lo sacudió y le aclaró la visión. Vio cómo la pluma zigzagueaba hasta el suelo, y al mismo tiempo oyó el chillido de águila que descendía de la torre y el dibujo se aclaró en su mente. Brincó a la derecha y cerró el círculo, y sir Edward se volvió para enfrentarlo. Luego acometió a Hugh y lo obligó a girar para defenderse. Y cuando volvió a gritar el águila, dirigió un ataque al medio y los dos se juntaron para detenerlo. Las dos espadas se elevaron y sus hojas chocaron en el aire. Ewain dio un paso a la izquierda, obligó a sir Hugh a ladear el escudo, e hiriéndole el dorso de la mano lo empujó contra el brazo de su compañero. Luego, sin darle cuartel, avanzó hacia la izquierda acercán-

dose a su oponente, y de un tajo su espada penetró en el hombro de Edward y se hundió hasta el pecho. Edward cayó al suelo, agonizante. Ewain se volvió a Hugh, pero este caballero era medio hombre sin su hermano, y perdió todo el coraje. Sir Hugh se hincó de rodillas, se quitó el yelmo y suplicó clemencia.

Sir Ewain gentilmente le recibió la espada, lo tomó de la mano y lo condujo a las puertas del castillo. Allí sir Ewain se desvaneció, pues había perdido mucha sangre durante el combate.

Las damas lo acostaron, le lavaron la sangre y lo cuidaron tiernamente. Como era joven, las heridas no tardaron en cerrar.

La Dama de la Roca estaba harto satisfecha, y cuando él se recobró le dio las gracias con mucha donosura y dijo, sonrojándose:

—Caballero, a través de tus hazañas has ganado la gracia que esté a mi alcance ofrecerte. No la menciones ahora, pero medita cuál es tu deseo.

Él le agradeció gentilmente y se durmió. Cuando despertó, Lyne estaba sentada junto al lecho.

—Señor —le dijo—, te he aconsejado en muchas cosas, pero en esto no he de entrometerme. Puedes estar seguro de que la Dama de la Roca cumplirá su palabra. Vi su rostro y sentí el calor de su generosidad. Tú, tan joven, has alcanzado lo que anhelan casi todos los hombres. La Dama de la Roca tiene tierras y castillos, y ahora que le has devuelto lo que le pertenece, posee una fortuna. Creo que sabes la gracia a que se refería y ella está en libertad de concedértela. Considéralo con cuidado. Es una heredad principesca y ella posee innegables encantos. La vida que te ofrece es la que la mayoría de los hombres ansían y no pueden alcanzar. Piensa cómo será. Puedes cazar en los bosques, recoger los tributos, combatir a tus vecinos, comer bien, beber hasta el hartazgo, dormir blandamente con una gentil esposa que todavía está en la flor de sus años. No pienses que se trataría de una vida ociosa. Hay que sanear campos e inspeccionar cosechas. El gobierno de un feudo no es cosa menor.

Tienes derecho a abrir cortes y ponerte a juzgar quién es culpable cuando la gallina de A escarbe en el jardín de B. Y si un día sorprenden a Juan de los Palotes con una liebre en la olla, es tu derecho, así como tu deber, cortarle una pata trasera al perro de Juan, arrancar del hogar a sus hijos escorbúticos y en una mañana de sol, después de misa, colgar a Juan de un árbol antes de tu almuerzo, para después dormirte con la sensación del deber cumplido. Y no pienses que llevarías una vida solitaria. Una vez al año, quizás hasta dos, llegará un caballero andante y, mientras beben cerveza, te traerá las nuevas sobre guerras y torneos: lo que dice y hace el rey Arturo, cómo se encuentra, y qué nuevas modas han llegado de Francia para las damas de la corte. —Lyne vio que él se reía mesuradamente.

—Eres una mujer perversa —dijo Ewain.

—Sólo cumplí con la palabra dada a la Dama de la Roca. Me comprometí a abogar por su causa y puedes jurar que lo hice.

—Dile que entre, y quédate tú también. —Y cuando la Dama de la Roca se paró frente al lecho, Ewain dijo con solemnidad:— Señora, soy consciente de los altos dones que me ofreces y estoy orgulloso de que me hayas encontrado digno de ellos. Pero ya que has empleado conmigo toda tu cortesía, sería yo desleal si no te hablase con franqueza. Aceptar tus dones me haría indigno de recibirlos. Pues he jurado por los cuatro Evangelistas y por mi honra caballeresca llevar a buen término una aventura. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que un caballero infiel a su palabra es indigno de toda confianza posterior. Por lo tanto, señora mía, te ruego que en lugar de ofrendarme gracia tan encomiable, me des el pequeño anillo de tu dedo, para que en la horrísona e incierta batalla pueda contemplarlo e inflamar mi coraje con la permanente hoguera de tu memoria.

Y más tarde le dijo Lyne:

—Yo sólo te enseñé a usar la espada y la lanza. El resto lo debes de haber aprendido de tu madre. Así irás muy lejos.

Al punto partieron hacia el lugar del encuentro, y al acercarse a la triple encrucijada, sir Ewain dijo:

—Señora, me has concedido bienes inapreciables. ¿Me pedirás entonces cualquier cosa que esté en mis manos ofrecerte?

—Por cierto —dijo ella con lentitud—. La gracia que pido de ti es que no dejes que mi recuerdo se marchite.

—Eso no es una gracia, mi señora. No podría ser de otro modo aunque yo lo deseara.

—Calma —dijo ella—. Sé cómo son las promesas y sé cómo son los recuerdos. Pero hay un modo. Así como la Santa Iglesia todos los años evoca el Nacimiento, la Muerte y la Resurrección mediante reactualizaciones, podrías hacer lo mismo conmigo.

—¿Qué quieres decir, señora?

—Sin faltarle el respeto a nadie, quiero decir que los actos son mejores que el pensamiento. Cuando enristres tu lanza negra, acuérdate de agacharte e inclinarte. Cuando luches lucha para vencer, y una vez que hayas vencido, sé generoso. Y por la noche, antes de dormir, frota bien tu armadura con grasa... y esa gracia me hará dichosa.

—¿Volverás en busca de otro caballero? —preguntó celosamente Ewain.

—Sí, supongo que sí. Pero seré muy exigente. No ha de ser fácil. ¡Por Dios, qué horrible ha de ser tener un hijo varón!

En la encrucijada, Ewain saludó a Gawain y Marhalt y condujo a su dama junto a la fuente, donde la doncella de treinta inviernos estaba sentada luciendo su diadema. Lyne se sentó y ciñó la suya.

—¿Dónde está la doncella más joven? —preguntó Ewain.

—Ya vendrá —le dijeron—. Siempre llega tarde.

—Entonces, señora mía, adiós —dijo sir Ewain. Y mientras se alejaba, le oyó decir:

—Adiós, hijo mío.

En la encrucijada los tres compañeros se reunieron sabiendo que había muchas cosas que contar y asimismo

muchas cosas que omitirían contar. Y mientras evaluaban el año, se cruzaron con un mensajero del rey.

—¡Vosotros sois sir Gawain y sir Ewain! —les dijo—. Os estuve buscando. El rey Arturo os pide que volváis a la corte.

—¿Sigue enojado con nosotros?

—No —dijo el mensajero—. El rey deplora su apresurada decisión. Seréis bienvenidos.

Los primos se regocijaron, y le dijeron a Marhalt:

—Debes acompañarnos a la corte.

—Debería regresar a mi morada.

—Pero eso sería una mancha en una aventura perfecta, la única mancha.

Marhalt se echó a reír.

—Por mi honra de caballero, no puedo ser culpable de cosa semejante —dijo.

Y los tres cabalgaron alegremente rumbo a Camelot. Y cada uno de ellos se dispuso a relatar los hechos tal como serían narrados y repetidos con el correr de los siglos.

LA NOBLE HISTORIA DE LANZAROTE DEL LAGO
(Y en verdad es noble. J. S.)

Tras un período largo y turbulento, el rey Arturo, merced a la fortuna y la fuerza de las armas, destruyó o sometió a los enemigos que tenía dentro y fuera del reino, y persuadió a todos sus vasallos de su derecho al trono. Para llevar a cabo tamaña empresa, había atraído a su corte a los caballeros más esforzados y a los guerreros más recios del mundo.

Después de lograr la paz a través de la guerra, el rey Arturo se vio en el dilema de todos los soldados en tiempos de quietud. No podía desbandar a sus caballeros en un mundo donde la violencia dormía un sueño inquieto. Y por otra parte, es difícil, cuando no imposible, preservar la fuerza y el temple de los hombres de armas si no utilizan las armas, pues nada se herrumbra con tanta prontitud como una espada en desuso o un soldado ocioso.

Arturo, que no ignoraba esto, adoptó el criterio de todos los generales de todas las épocas. Organizó juegos que imitaban la guerra para que no flaquearan la fuerza ni el esfuerzo de sus caballeros: justas, torneos, cacerías e interminables prácticas guerreras. Con estos mortales ejercicios, la hermandad de la Tabla Redonda procuraba preservar la destreza y el coraje, arriesgando la vida en pro de la gloria. En estos simulacros de batalla medraba la honra de algunos caballeros, mientras que otros rodaban por el campo víctimas de infortunados lanzazos o estocadas.

Y en tanto que los caballeros veteranos mantenían bruñidas sus armas, acaso evocando auténticas batallas, los jóvenes, cuyos brazos sólo conocían las lides entabladas en las justas, abominaban de ellas.

Así aprendió Arturo la lección que todos los caudillos aprenden con perplejidad: que la paz, y no la guerra, es la que destruye a los hombres; la tranquilidad, y no el peligro, la madre de la cobardía; la opulencia, y no la necesidad, la que acarrea aprensiones e inquietud. El rey descubrió que la anhelada paz, lograda a un precio tan amargo, engendraba más amarguras que la angustia padecida para alcanzarla. El rey Arturo veía con aprensión cómo los jóvenes caballeros en principio destinados al ejercicio de la guerra, agotaban sus fuerzas en el cieno del lamento, la confusión y la autocompasión, condenando los viejos tiempos sin haber creado nada para reemplazarlos.

Entre los más aguerridos caballeros de la Tabla Redonda sir Lanzarote ocupaba el lugar más destacado. Había dado prueba de sí mismo, acrecentando su honra y dignidad, hasta que ganó fama como el mejor caballero del mundo. Nadie lo derrotaba en la batalla, la justa o el torneo, salvo por traiciones o encantamientos. Éste era el mismo Lanzarote que cuando niño había escuchado la profecía de Merlín según la cual estaba destinado a ganar preeminencia en la orden de la caballería.

En sus mocedades y juventud se había empeñado en dar cumplimiento a la profecía, desdeñando todo lo que no fuera su oficio de caballero hasta superar a los caballeros de la Tabla Redonda tal como ellos superaban a todos los otros. Era vencedor en todas las lides y ganaba el galardón de todos los torneos, al punto de que los caballeros más viejos no tenían ánimo de batirse con él y los jóvenes se negaban a luchar alegando desdeñosas razones.

El rey Arturo amaba a sir Lanzarote, y la reina Ginebra lo trataba con gentileza. Y sir Lanzarote, a su vez, amaba al rey y a la reina y juró consagrarle a Ginebra sus servicios de caballero hasta el fin de sus días.

Sucedió que el mejor caballero del mundo no tenía oponentes en la corte, y él sintió que su destreza se echaba a perder y sus ánimos decayeron, pues no había espada que preservara el filo de su espada, ni brazos que

compitieran con los suyos para conservar la tensión de sus músculos. Y como el camino de su vida había seguido una dirección unívoca, Lanzarote, el mejor caballero del mundo, no hallaba encrucijadas que lo condujeran al amor o la ambición, ni obstáculos que lo desviaran hacia el recelo, la traición o la codicia, ni penas o frustraciones que lo sumieran en la religión más de lo que prescribían sus costumbres. Su cuerpo, por tanto tiempo condicionado, no comprendía las comodidades y los apetitos, ni se interesaba en ellos. Era un sabueso sin presa, un pez en tierra, un arco sin cuerda, y como todos los hombres que no tienen nada que hacer, Lanzarote se intranquilizó e irritó, y por fin montó en cólera. En su cuerpo descubría dolores que antes desconocía, y en su ánimo grietas que antes ignoraba.

Entonces Ginebra, que amaba a Lanzarote y comprendía a los hombres, se entristeció al ver cómo se deterioraba un instrumento perfecto. Mantuvo un largo consejo con el rey y él le reveló su preocupación por los caballeros jóvenes.

—Ojalá pudiese entenderlo —dijo Arturo—. Comen bien, duermen cómodamente, hacen el amor cuando y con quien les da la gana. Alimentan apetitos sólo a medias despiertos y rechazan toda clase de dolores y privaciones, de fatigas y disciplinas, que le dan al placer su justo lugar... y sin embargo no están satisfechos. Se quejan de que los tiempos no son propicios.

—Y no lo son —dijo Ginebra.

—¿Qué quieres decir?

—Son tiempos de ocio, mi señor. Son tiempos que no les exigen nada. El sabueso más fiero, el corcel más veloz, la más bella de las mujeres, el caballero más esforzado, ninguno puede resistir los achaques del ocio. Hasta Lanzarote refunfuña como un niño que no sale a pasear los domingos.

—¿Qué puedo hacer? —exclamó el rey Arturo—. Veo derrumbarse la cofradía más noble de la tierra, como una duna erosionada por el viento. En las épocas arduas y oscuras oraba, trabajaba y luchaba por la paz. Ahora la

tengo y la paz es demasiado difícil. ¿Sabes que a veces anhelo la guerra para resolver mis dificultades?

—No eres el primero ni el último —dijo Ginebra—. Recapacita, mi señor. Tenemos una paz general, es cierto, pero así como un hombre saludable tiene pequeños dolores, la paz es un complejo de pequeñas guerras.

—Explícate, señora.

—No es nada nuevo. Un falso caballero monta guardia frente a un río y exige un tributo a la vida. Un ladrón con armadura asola un distrito. Hay un gigante que derriba los muros de un establo y hay dragones que incendian campos de trigo maduro con sus feroces resoplidos... minúsculas guerras por todas partes, excesivamente pequeñas para un ejército, excesivamente grandes para que los pobladores las afronten...

—¿Aventuras?

—Se me ocurrió...

—Pero los caballeros jóvenes se ríen de la búsqueda de aventuras porque es anticuada, y los veteranos han visto auténticas guerras.

—Una cosa es buscar la grandeza y muy otra tratar de no empequeñecerse. Creo que todo hombre desea ser más que él mismo y que sólo puede serlo si es parte de algo inconmensurablemente más grande que él mismo. El mejor caballero del mundo, si nadie lo desafía, termina por marchitarse. Debemos buscar el modo de declararle una gran guerra a los pequeños males. Hay que encontrar una palabra, un pensamiento, un estandarte que transforme a esos males pequeños en parte de una amenaza general contra la que podamos alzar un ejército aguerrido.

—¿Justicia? —sugirió Arturo.

—Demasiado vago... demasiado insignificante... demasiado frío. Pero la "justicia del Rey"... eso suena mejor. Sí, ahí está. Cada caballero es agente y custodio de la Justicia del Rey, y es responsable de ella. Eso podría servir... por un tiempo. Así haríamos de cada caballero un instrumento de algo más vasto que él mismo. Y cuando se agote ese recurso, pensaremos en otra cosa. Merlín

profetizó acerca de todo, y sobre ambos aspectos de todo. Deberíamos llamarlo a Merlín. A los hombres les gusta ser hijos de la luz, aunque trabajen en las tinieblas. Un joven caballero que se pasa las horas intentando desflorar a una damisela, es capaz de correr en socorro de las doncellas.

—Me pregunto cómo podría declarar esta guerra.

—Empieza por el mejor caballero del mundo.

—¿Lanzarote? —preguntó el rey Arturo.

—Sí, y que lo acompañe el peor.

—A ése es difícil elegirlo, querida mía, pero ahora que lo pienso, su sobrino Lyonel es un buen candidato a ser el más bajo, el más haragán y el menos digno.

—Mi señor —dijo Ginebra—, si puedo hacer de Lanzarote el primer paladín de la Justicia del Rey, ¿tratarías de hacer de él el custodio y maestro de sir Lyonel?

—No es mala idea. Lo intentaré. Eres buena consejera, querida mía.

—Entonces permíteme aconsejarte un poco más, mi señor. Sir Lanzarote no difiere de los otros hombres sino en altura. Si puedo hallar el modo de inducirlo a reflexionar al respecto por sí mismo, será más fácil. Déjame prepararlo para las aventuras antes de dejarlo en tus manos.

—El peor y el mejor —dijo Arturo con una sonrisa—. Es una combinación fascinante. Una alianza como ésa sería invencible.

—Sólo con alianzas como ésas pueden llevarse a cabo las guerras, mi señor.

Por esa época la reina Ginebra amaba a Lanzarote por su coraje, por su cortesía, por su fama y por su falta de astucia. Aún no tenía el propósito de transformarlo, de echarle hacia atrás el indómito rizo de la frente, de azotarlo con la duda y la confusión y los celos para que la imagen de la reina no dejara de fulgurar en su cerebro. Aún no lo amaba tanto como para ejercer la crueldad. Su afecto era tibio y mesurado, esa especie de amor que a una mujer le permite ser afable, amistosa, y muy prudente... demasiado prudente como para hablar con toda franqueza.

Confió sus inquietudes al caballero inquieto, su sensación de inutilidad al caballero inutilizado.

—Qué afortunados son los hombres —dijo ella—. Sin aviso ni advertencia ni permiso puedes escabullirte del tedio para entrar al verde y vasto mundo de las maravillas, de las aventuras en sitios desiertos. Puedes buscar y enderezar entuertos, castigar maldades, someter a los traidores a la Paz del Rey. Sin que yo me entere, acaso estás preparándote para abandonar esta yerma fortaleza de inútiles e inutilizados para acudir allá donde hacen falta hombres, donde hay quienes imploran y recompensan la honra y el coraje caballerescos.

—Mi señora...

—No digas nada. Si estás elaborando planes secretos, prefiero ignorarlos. Me sumirían en la más negra aflicción. A veces deseo ardientemente ser hombre, señor. Pero debo esperar. Mis únicas aventuras están en las imágenes de hebras multicolores del gran mundo galante. Mi pequeña aguja es mi espada. No es un conflicto muy satisfactorio.

—Pero debe hacerte feliz saber que los hombres visten tu imagen en el corazón, mi reina; sí, y en sus plegarias se encomiendan a ti y calladamente suplican tu bendición como si fueras una diosa.

—Temo que no oigo las plegarias silenciosas, caballero. No niego que alguien las pronuncie, pero no las oigo, pues no soy una diosa. Sólo hay una especie de devoción que es evidente por sí misma.

—¿Cuál es, mi señora?

—Sólo puedo darte un ejemplo. Un bravo caballero que salió en busca de aventuras descubrió el nido de víboras de dos déspotas. Dos perversos hermanos, muy al norte, hacían intolerable la existencia e insoportable la vida, y exhibían su impúdica arrogancia hasta que mi andante caballero los sorprendió y derrotó. Entonces, en lugar de matarlos, los envió a mí para que suplicaran mi perdón y mi clemencia. Por intermedio de ellos, solicitó mi bendición. Ésas son las plegarias que yo puedo oír... y aun más que eso... pues a través de lo que dijeron los

hermanos pude participar en un mundo que me está vedado.

—¿Quién era ese caballero? —preguntó Lanzarote.

—¡No, no! Me rogó que conservara su nombre en secreto, y su ruego me obliga no menos que mi juramento.

—Lo averiguaré, señora mía. No puede ser tan difícil...

Ella lo contuvo con un gesto.

—Sir Lanzarote... ¿eres mi caballero?

—Lo soy, mi señora... he jurado serlo.

—¿Y tiene mi voluntad alguna validez?

—Es mi ley.

—Entonces no lo averiguarás.

—No lo averiguaré, mi reina. ¿Pero tanto placer te causó ese acto?

—Más del que puedo expresar. Me pareció que a través de ese caballero yo resultaba valiosa en el mundo. Gracias a él, siento que poseo alguna dignidad.

Ginebra sonrió al verlo alejarse pensativo, la rebelde e hirsuta melena volcada sobre la frente.

El rey vio que Lanzarote se paseaba cavilosamente sobre la muralla y le tendió una trampa. Pues Arturo, al estudiar para rey, había aprendido que un soberano, al solicitar consejos y ayuda de sus súbditos, los encadena al trono de un modo irrenunciable.

Así Lanzarote encontró a su señor acodado sobre las almenas, contemplando melancólicamente una bandada de cigüeñas que circunvolaba el foso.

—Perdón, señor. No sabía que estabas aquí.

—Oh, sí. Eres tú. Estaba sumido en mis reflexiones.

—¿Es prudente que estés aquí, señor, sin tu cuerpo guardia?

—No estoy solo —dijo Arturo—. Estoy rodeado de perplejidades. Qué extraño que pasaras por aquí. Estaba a punto de ir en tu busca. ¿Crees que un hombre necesitado pueda llamar a otro sin palabras?

—Quizá, mi señor. Me ha sucedido pensar en un amigo y luego encontrarme con él. ¿Pero es el pensamiento el que lo trae, o su presencia trae el pensamiento?

—Muy interesante —dijo Arturo—. Alguna vez habla-

remos de eso. Lo que me atraía hacia ti era la necesidad de ayuda.

—¿De mi ayuda, señor?

—¿Acaso no puedo procurar tu ayuda?

—Siempre, mi señor. Sólo que no se me ocurre cómo llevar el agua a la fuente.

—Hermoso decir.

—Es de una canción, señor. Se la oí cantar a un juglar.

—Caballero —dijo el rey—, acudo a ti como hombre de armas, soldado y viejo camarada. Sé que has observado y que por cierto te has preocupado por lo que vemos alrededor de nosotros. Hasta hace poco teníamos una fuerza que el mundo no podía superar, según se lo demostramos al mundo. Y ahora, tan pronto, ya se desvanece. Los caballeros más viejos están perdiendo el filo. Los más jóvenes rehúsan templarse. Pronto, sin una batalla, habremos perdido un ejército.

—Quizá necesitemos la batalla, señor.

—Lo sé, lo sé. ¿Pero contra quién batallar? No existe el enemigo. Y cuando aparezca, no podremos hacer nada. Los hombres de más edad no me preocupan tanto. Merecen su reposo y su decadencia. Pero los jóvenes... si se ganan las espuelas bailando, y su único oponente es una muchachita desdeñosa, estamos perdidos. Ayúdame, amigo. Necesito tu ayuda.

—Hay que obligarlos a aprender la profesión de las armas, señor.

—¿Pero cómo? Se niegan a participar en los torneos y en las justas exigen el garfio en lugar de la punta de lanza, para salvarse de las heridas.

—No es así como ganamos nuestra acolada, ¿no es cierto, mi señor? Si mal no recuerdo, tú luchaste a muerte y de incógnito junto a una fuente.

—Dejemos de lado los viejos duelos, por mucho que me plazca evocarlos. Si nuestros jóvenes y afectados galanes fueran sólo un grupo de pelmazos mediocres y bien nacidos, sería diferente, pero los mejores son los peores. Tu sobrino, por ejemplo, tiene más cintas que heridas y sus únicas cicatrices las ganó recogiendo rosas.

—¿Sir Lyonel, mi señor?

—Sir Lyonel. No lo elijo a él para ofenderte. Él no es sino uno de los tantos que balbucean en la oscuridad, enfrentados a batallones de palabras. El arma más peligrosa en esta corte es el laúd. Se retan entre sí a mortales banquetes.

—Llevaré fuera al cachorro y lo ahogaré en el foso —dijo Lanzarote con aspereza.

—Tendrías que ahogar una camada de cachorros. El foso desbordaría. Aguarda... ¡tú lo has dicho! Sabía que podía confiar en ti. Quizás ése sea el camino.

Lanzarote era incapaz de fingir.

—¿Qué dije? —preguntó—. No recuerdo haber ofrecido...

—Dijiste: "Llevaré fuera al cachorro..."

—"... y lo ahogaré en el foso" —completó Lanzarote.

—Vuelve a la primera parte... llévalo fuera. Tú mismo lo has sugerido. Suponte que los mandamos fuera... un caballero experto y aguerrido con un joven cachorro... y ambos salen a cumplir una misión difícil y arriesgada. Caramba... ése podría ser el mejor modo de entrenarlos y templarlos. Gracias, amigo mío. Y a los caballeros más viejos puede encantarles que les abollen el arnés en memoria de los viejos tiempos.

—¿Qué tipo de misión, señor?

—La que haga falta. El reino está infestado de pequeñas plagas que hay que eliminar. Podríamos llamarlos... veamos... Custodios de la Paz del Rey. Estarían investidos de la autoridad real como emblema. ¿Qué opinas?

—Debo considerarlo, señor. Pero hay algo que se me ocurre. Habría que iniciarlo con lentitud. Si enviaras cien pares de autoridad, la Paz del Rey irremediablemente entraría en guerra con la Paz del Rey antes de caer el sol.

—No sería una mala solución —dijo Arturo—. Bien... pensémoslo. No olvidaré que la sugerencia fue tuya, amigo mío. —Y el rey se alejó satisfecho, pues en los ojos de Lanzarote había visto brincar una mal disimulada llama.

La flor de los jóvenes caballeros solía reunirse junto al

pozo que había al lado de la fortaleza. Allí, sentados en el ancho brocal, podían observar a las muchachas que acarreaban agua y evaluar sus senos cuando ellas se agachaban para recoger el balde. A veces una ráfaga de viento les alzaba la falda y arrancaba estallidos de risa apreciativa a los florecientes caballeros, quienes al tiempo que comentaban misteriosamente sus conquistas de nobles y complacientes doncellas trataban de estimular la complacencia de las muchachas que acarreaban agua a la cocina. Cuando el balde se mecía con desgano, los jóvenes señores comparaban el color de sus calzas y medían la longitud de sus puntiagudos zapatos poniéndolos uno junto al otro. Si pasaba un viejo caballero, cuchicheaban tapándose la boca con las manos y miraban el cielo con exagerada inocencia, y en cuanto se alejaba sacaban la lengua y cruzaban las miradas, con señales que habían inventado para la burla silenciosa.

Al reunirse por la noche contaron las cabezas y preguntaron:

—¿Dónde está Lyonel? Suele llegar antes. Siempre está aquí antes del *mén* del Amén de las oraciones vespertinas.

—¿Recuerdas...? Tenía una cita con un sueño encantador. ¿Le dijo el nombre a alguien?

—No... pero se encargó de que no hubiese dificultades en adivinarlo.

—Si se trata de la que estoy pensando, no lo creo. Caramba, ella tiene por lo menos veintitrés años.

—Bien... yo creo que tenía una cita con su tío. Los vi juntos... sir Lanza no-sé-cuánto.

Estallaron las risas mientras repetían la broma.

—Lanza no-sé-cuánto. ¿Sabes?, podríamos hacer correr la broma.

—Mejor que él no se entere. Te quedarían rojas las mejillas, y no de vergüenza.

Apareció sir Lyonel y se sentó en el brocal mientras ellos inspeccionaban su cara malhumorada.

—¿Qué te pasa? ¿El gato te comió la lengua?

Eso los desató. Se rieron estrepitosamente, palmeán-

dose las espaldas, o acuclillándose con el pecho sobre el estómago.

—¿El gato te comió la lengua? ¡Qué gracioso! Es mejor que un trovero. Eso es más cómico que un enano.

—Yo mismo voy a comprarle la pelota y el cascabel.

Y después las carcajadas se apagaron, como con frecuencia ocurría cuando no hallaban eco.

—¿Qué te pasa? —le preguntaron a sir Lyonel.

—No puedo decíroslo.

—¿Es algo con tu tío, sir Lanza no-sé-cuánto? —Ya no causaba ninguna gracia.— Te vimos con él.

—Si es un juramento... trata de no cumplirlo.

—No es un juramento.

—Entonces dinos.

—Quiere que salga a buscar aventuras con él.

—¿Qué tipo de aventuras?

—¿Cuáles van a ser...? Dragones, doncellas y todas esas cosas.

—¿Y?

—Y no quiero ir.

—De eso me doy cuenta. Podrías recibir una paliza de cualquier gigante.

—No... espera... escúchame. Escúchame, Lyonel. Estás loco si no vas. Caramba, tendríamos para divertirnos durante años. Si ya puedo escuchar tus palabras: "Tío... ¿acaso es eso un dragón?", o "Enristré pues mi lanza de fresno, lancéme contra el Caballero de las Latas y rompíle el esternón". Tienes que ir, Lyonel. No podríamos perdonarte que no fueras.

—Bien, podría ser divertido. Sólo que él se lo toma en serio. En lo posible evitará acostarse en una cama, aunque sea solo. Preferentemente dormirá en el suelo.

—No... mira, Lyonel. Podrías fingir seguirle el juego. Sir Lyonel, caballero andante. Podrías formularle preguntas anticuadas y enterarte de su opinión sobre todo. Sería mejor que un juglar.

—Bueno... yo...

—Lyonel, piensa en esa posibilidad. Por supuesto que queremos que después nos lo cuentes todo.

—Lyonel, piénsalo así. Claro que a nosotros nos gustaría escucharte después, ¿pero quién va a ser el que se revuelque de culo en la cama, matándose de risa?

—Prepararemos un montón de preguntas inocentes para que se las digas.

—Si no vas, nunca volveré a hablarte... ninguno de nosotros lo hará.

—He pensado mucho en tu sugerencia, señor. Quiero salir al mundo de las maravillas y las aventuras.

—Me alegra —dijo Lanzarote—. No te arrepentirás. No es bueno permanecer mucho tiempo en la corte sin hacer nada.

—¿Cuándo partimos, tío?

—Debemos actuar con cuidado. Si anunciamos nuestra intención habrá tristeza en la corte. Hasta es posible que el rey y la reina nos prohíban partir. Hagamos los preparativos en silencio y vayámonos en secreto. Si nuestro alejamiento provoca penas o enojos, ya desaparecerán cuando tengan noticia de nuestras aventuras.

Lyonel dominó la risa, y más tarde, junto al pozo, dijo:

—Entonces le dije: "Bien pensado, señor. Seré callado como un sobete".

—¿Qué es un sobete?

—Él no lo preguntó. ¿Por qué tienes que preguntarlo tú? Y luego dije: "De acuerdo. Saldremos como el humo. Pero sería divertido verles las caras cuando se enteren de que nos fuimos".

Se prepararon para el viaje con tanto misterio, con tantas palabras prudentes y dedos sobre labios y susurros en los rincones, que los perros de los salones y las palomas de las torres percibieron que algo insólito estaba en ciernes. Sir Lanzarote y su sobrino elaboraron sus planes en sitios apartados, de modo que algunos de los caballeros menos inteligentes informaron al rey de una conspiración, diciéndole:

—¿Por qué habrían de susurrar bajo la húmeda sombra de la barbacana si fueran leales?

A lo cual respondió la reina:

—Más les temería si hablaran quedamente en el salón principal.

Conferenciaban envueltos en sus capas, ocultos por los pliegues de sus caperuzas, mientras el viento les azotaba los tobillos.

—Debes instruirme, señor —decía Lyonel—. Nunca luché con un dragón, ni siquiera los he visto.

—Cálmate, hijo —decía Lanzarote—. En Francia luché contra dragones y gigantes. Ya verás cuando llegue el momento oportuno. ¿Hiciste llevar los caballos fuera de las murallas?

—Sí, señor.

—¿Y has recomendado a los escuderos que guardaran el secreto?

—Sí, señor.

—Debemos confesar nuestros pecados y estar absueltos —dijo Lanzarote—. Un caballero debe estar tan preparado para afrontar la muerte como para afrontar a sus enemigos.

—Yo lo habría olvidado —dijo Lyonel.

Los escuderos recomendaron a sus doncellas que guardaran el secreto, y ellas a su vez hicieron prometer lo mismo a sus hermanas, quienes sólo lo revelaron a sus amantes tras sellarles los labios con un juramento, hasta que finalmente dijo el rey:

—Ojalá ya hubiesen partido, querida mía. Están perturbando a toda la ciudad.

—No han de tardar —dijo Ginebra—. Lanzarote hoy solicitó mi velo azul. Dijo que quería lucir mi color sobre su emblema.

Y cuando los dos caballeros andantes por fin se escabulleron en la noche, un centenar de ojos presenció la partida al amparo de las almenas. Fuera de las murallas, los escuderos deshicieron el abrazo de sus doncellas.

Nada interesante vieron hasta que rompió el alba, poniendo al descubierto un promisorio mundo de aventuras: un bosque verde y profundo cuya trama se destacaba contra el horizonte. Era un día especialmente dispues-

to para las formas y colores de la caballería andante. Un gran venado irguió la cabeza cornúpeta y los miró pasar sin temor, pues sabía que no iban de caza. Un pavo real desplegó su enorme abanico en un claro atravesado por los rayos del sol y relumbró como una joya, mientras la curva iridiscencia azul del cuello y la garganta chillaba como un gato gigante. Los conejos, sin asustarse, se paraban sobre las patas traseras, con las orejas erguidas y las patas delanteras apretadas contra el pecho. El parloteo de las aves vibraba en la enramada. Los escuderos hablaban de mujeres, hasta que Lanzarote se volvió y les impuso silencio con los ojos.

Sir Lyonel carraspeó.

—Parece un día propicio para las aventuras, señor.

—Es un día perfecto —dijo Lanzarote.

—¿Conviene que hable o que guarde silencio, tío?

—Depende. Si tus palabras iluminan nuestra búsqueda de aventuras tal como la ilumina el día, si tu lenguaje es altivo como el venado, noble como el pavo real, humilde y sin timidez como esos conejos, entonces habla.

—¿Es apropiado preguntar, señor?

—Si son preguntas apropiadas.

—Soy novato en este oficio, señor. Pero en la corte he oído un centenar de historias narradas por los caballeros a su regreso, quienes juraban por lo más sagrado que eran ciertas.

—Si honran a la caballería, honran sus juramentos.

—¿Cómo puede suceder entonces que un caballero, acompañado por su escudero y a veces por un séquito, se encuentre súbitamente a solas?

—Sólo puedo decirte que puede suceder. ¿Qué más deseas preguntar?

—Amo a una dama, señor.

—Me parece bien. Como caballero, corresponde que honres a todas las damas y ames a una.

—Ella no quería que me alejase, señor. Me preguntó de qué servía el amor si los amantes se distanciaban.

Lanzarote se volvió en el acto, con un frío destello en sus ojos grises.

—Debo decirte que no es una dama. Espero que no hayas hecho juramentos comprometedores. No debes volver a pensar en ella.

—Pero es hija de un rey, señor.

—¡Silencio! Aunque fuera hija del emperador del África aunque fuera la dorada princesa de Tartaria, de nada valdría si es incapaz de reconocer el amor de un caballero y comprender que el amor caballeresco no consiste en el bestial acoplamiento de un macho y una hembra.

—Sí, señor, sí, tío. No te enojes. Es una pregunta de joven inexperto. Tú amas a una dama, señor, una dama que...

—Es bien sabido, y no es ningún secreto —dijo Lanzarote—. Amo a la reina. Y la serviré toda mi vida, y he lanzado un permanente desafío a todo caballero de pro que se atreva a decir que ella no es la dama más bella y virtuosa del mundo. Y que mi amor sólo le depare honra y júbilo tal como lo he juramentado.

—Señor, no quise ser irrespetuoso.

—Procura no serlo o te irá la vida en ello, seas o no mi sobrino.

—Sí, mi señor. Sólo pregunto para que me instruyas. Tú señor, eres el caballero viviente de más valía y, según se dice el más perfecto caballero de todos los tiempos pasados y venideros. Dame el beneficio de tu experiencia caballeresca señor, pues yo soy joven e ignorante.

—Sobrino, quizá fui un poco apresurado, pero aprende de ello. En cuanto concierne a tu señora, ninguna susceptibilidad es excesiva.

—Te agradezco la cortesía, mi señor. Eres famoso en el mundo entero como caballero perfecto y como perfecto amante. Muchos caballeros jóvenes, como yo, desean seguir tus pasos. ¿Acaso el perfecto caballero, por lo cual se entiende un perfecto amante, nunca debe suspirar, gemir, sufrir, arder en deseos de tocar a su amada?

Lanzarote se volvió lentamente en la silla y vio que los escuderos se habían acercado a escuchar. La mirada del

caballero los alejó a prudente distancia, hasta que al fin se perdieron de vista y no volvieron a verlos hasta que los llamaron.

Cuando los dos caballeros estuvieron a solas, dijo Lanzarote:

—Cuando yo era niño, el gran Merlín profetizó mi grandeza. Pero la grandeza hay que ganarla. Y me he pasado la vida colaborando para el cumplimiento de esa profecía. Ahora responderé a tu pregunta. Suspirar por los favores de mi señora, sí. Gemir por sus gracias, también sí; sufrir cuando ella está disgustada, también sí; pero arder y desear, eso no es caballería. Los animales babean, los siervos husmean y acosan a sus hembras. No. Estás equivocado. Estás muy equivocado. ¿Podría yo amar a la reina, que es esposa de mi señor natural, y desearla sin atraer la deshonra sobre los tres? Espero que eso responda a tu pregunta.

—¿Entonces es más noble, señor, amar a quien uno no puede poseer?

—Quizá sea más noble —dijo Lanzarote—. Sin duda es más seguro.

—Hay muchas cosas que quiero preguntarte —dijo Lyonel—. ¿Quién es tan afortunado como yo? Cabalgar en busca de aventuras con el gran Lanzarote. ¿Sabes, señor? Los jóvenes caballeros que conozco, cuando se den cuenta de que partí contigo, se apiñarán como moscas en la boca de un tonel. Me preguntarán: "¿Qué dijo?" "¿Qué aspecto tenía?" "¿Le preguntaste tal y cual cosa?" "¿Qué respondió?".

Lanzarote le dirigió a su sobrino una amable sonrisa.

—¿De veras? —preguntó.

—Claro que sí, señor. Eres el perfecto caballero hoy, ayer y durante mil años sin interrupción. Los hombres conocerán las hazañas que escribiste con tu espada, pero preguntarán: "¿Cómo era?" "¿Qué decía?" "¿Era alegre o melancólico?" "¿Qué pensaba sobre esto y lo otro?"

Lanzarote miró hacia el linde del bosque, que estaba a poca distancia, y dijo con cierta turbación:

—¿Por qué habían de preguntar esas cosas? ¿Acaso

no bastan los hechos? ¿Qué dices tú? ¿No bastan los hechos?

—No es eso, señor. Los jóvenes buscarán la grandeza en sí mismos y encontrarán retazos y jirones sin tanta grandeza, y despojos y madejas de penumbra. Se preguntarán si alguna vez conociste la duda.

—No tuve razones para dudar. Merlín lo predijo todo. ¿Por qué los hombres han de buscar mis debilidades? ¿Cuál es la ventaja de ello?

—Sólo puedo hablar por mí mismo, tío. Tengo muchos tristes defectos que brincan a mi alrededor como perros hambrientos. Si ser de tu misma sangre me sirviera de algo, esa grandeza no estaría fuera de mi alcance. Acaso así les ocurra a todos, y quizá busquen las debilidades en los fuertes para descubrir alguna fortaleza en sus propias debilidades.

—No largaré ese hueso —dijo furibundo Lanzarote—. Si la fatiga, el frío y el hambre, sí, y el miedo, han logrado anidar dentro de mí, ¿imaginas que abriré las puertas a la duda para perder todo el castillo? No, las puertas están cerradas y el puente levadizo levantado. Que tus jóvenes caballeros tropiecen en su propia oscuridad. Si yo fuera débil, no encontrarían fortaleza alguna, sino sólo excusas para sus debilidades.

—Pero, señor, si cierras las puertas, reconoces la existencia del enemigo.

—Mis armas son la espada y la lanza, no las palabras.

—Así ha de ser —dijo Lyonel—. Les diré que no tienes dudas ni temores.

—No sabes tanto como eso, sobrino. En verdad sólo puedes decirles que no fuiste testigo de ellos, siempre que no lo seas.

Cabalgaron un rato en silencio, y luego dijo sir Lyonel:

—Debo hacerte una pregunta aun a riesgo de disgustarte.

—Las preguntas suelen aburrirme antes que enfurecerme. Muy bien, dime cuál es, y que sea la última.

—Señor, no hay lugar en el mundo donde no se conozca tu nombre.

—Me dicen que es así.

—Y tienes fama de ser el caballero perfecto.

—He procurado que así sea.

—Estás solo en tu perfección.

—Hasta que venga uno mejor. Cualquiera puede intentarlo. Pero ésas son afirmaciones u opiniones. ¿Cuál es tu pregunta?

—¿Es suficiente?

—¿Qué?

—¿Te basta con eso?

Un negro furor estremeció a sir Lanzarote, y sus labios, con una mueca, mostraron los dientes. La mano derecha se enroscó en la empuñadura de la espada como una serpiente, y la mitad de la hoja de plata asomó de la vaina. Lyonel sintió en las mejillas las caricias del viento de la muerte.

Luego presenció en un solo hombre un combate tan feroz como el que jamás habían entablado dos caballeros, vio las estocadas y las heridas y un corazón perforado de un tajo. Y también presenció la victoria, la muerte del furor y el mórbido triunfo de Lanzarote, los ojos perlados de sudor y de fiebre entrecerrados como los de un halcón, el brazo derecho que se arropaba en el manto mientras la hoja se deslizaba en su funda.

—Aquí termina el bosque —dijo Lanzarote—. He oído comentar que el bosque se detiene donde empieza el suelo de pizarra. Qué dorado se ve el sol sobre la hierba dorada. No lejos de aquí, sobre una ladera, se encuentra la figura de un gigante que blande una maza. Y sé que en otro lugar hay un monstruoso caballo blanco. Y nadie sabe quién o cuándo los hizo.

—Señor... —comenzó sir Lyonel.

Y el caballero más grande de todo el mundo se volvió a él con una sonrisa.

—Diles que tenía sueño —dijo Lanzarote—. Diles que tenía más sueño del que nunca tuve en siete años. Y di a tus jóvenes amigos que buscaba un poco de sombra para ampararme del sol.

—A mi derecha, señor, veo un manzano.

—Así es. Vayamos hacia él, pues me pesan los párpados.

Y Lyonel supo de la dureza de la batalla y de la fatiga de la victoria, cuyo único trofeo fue el sueño.

Lanzarote se tendió en la hierba, debajo del manzano, usando su yelmo por almohada, y se sumió en la más tenebrosa de las cavernas del olvido. Sir Lyonel se sentó al lado de su tío y supo que había presenciado una grandeza que trascendía la razón, un coraje que volvía pusilánimes las palabras, y una paz que no se conquistaba sin padecimientos. Y Lyonel se sintió bajo y mezquino y traicionero como una mosca de muladar mientras Lanzarote dormía como una imagen de alabastro.

Al velar junto al caballero durmiente, sir Lyonel pensó en la interminable cháchara de los jóvenes que se reunían para celebrar la muerte sin haber vivido, en las críticas a los combatientes hechas por quienes jamás habían empuñado una espada, en los perdedores que nada habían apostado. Recordó que, según decían, el caballero dormido era demasiado estúpido para saber que era ridículo, demasiado ingenuo para ver la vida que lo rodeaba, convencido de la perfectibilidad en medio de un cúmulo de maldades, romántico y sentimental en un mundo donde la realidad es dueña y señora, un anacronismo antes de la creación. Y en sus oídos retumbaron las burlonas palabras del fracaso, la flaqueza y la mezquindad engreídas, proclamando, con una cobardía disfrazada de prudencia, que la fortaleza y la generosidad son ilusorias.

Sir Lyonel supo que este caballero dormido acometería su derrota sin angustias ni vacilaciones, y que al final aceptaría la muerte con gracia y cortesía, como si se tratara de un galardón. Y de pronto supo sir Lyonel por qué Lanzarote galoparía por los siglos con la lanza en ristre, entrelazando con ella, como a vibrantes anillos, los corazones de los hombres. Tomó partido por Lanzarote. Ahuyentó una mosca del rostro del caballero.

El cielo estaba diáfano y el sol del mediodía trajo un poco de sombra bajo el manzano solitario. El calor hizo caer una pequeña manzana y Lyonel la capturó en el aire, antes que tocara el rostro de Lanzarote. La mordió y era verde y agria, carcomida por el gusano, así que la tiró lejos y escupió la amarga pulpa en el suelo. La ondeante planicie se extendía hacia el sur, donde la limitaba una colina cubierta de césped y defendida por seis fosas monstruosas, un antiguo túmulo fortificado perteneciente a dioses extinguidos o a algún pueblo titánico y olvidado bastante cercano a los dioses. El calor empañaba la distancia, y la fortaleza y la planicie eran borrosas como un sueño. Las alas quejumbrosas de una abeja llamaron la atención de Lyonel, que apartó del caballero dormido al insecto cargado de miel. Y Lanzarote dormía tan profundamente que ni se notaba su respiración. La dulzura de la dignidad y la inocencia le aclaraba el rostro, y una pequeña sonrisa le curvaba la boca. Sir Lyonel pensó que parecía víctima del hechizo de mármol obrado por una bruja bondadosa, o una perfecta efigie que ha exhalado el alma tras una vida cumplida y una muerte plácida. El joven caballero amó a su tío y quiso protegerlo de ese caldero de mezquindades que es la desconcertada vileza de los hombres pequeños que disfrazan de cinismo su pobreza y desnudez. Se vio envuelto por los concéntricos anillos de una serena grandeza, y anheló que algo más que la sangre lo uniera a este hombre, acaso un acto valeroso, una hazaña de Lyonel dedicada a sir Lanzarote.

La hierba y las azules y doradas flores estivales cantaban bajo un coro de abejas, y en la distancia surgieron tres figuras difuminadas por el calor, y luego una cuarta, todas ellas cambiantes e insustanciales, pero Lyonel no tardó en escuchar el retumbar de los cascos en el suelo y supo que no se trataba de las figuras de encantamiento que a veces deambulan por la tierra. Cuando emergieron del trémulo espejismo, vio que eran tres caballeros con cota de malla que espoleaban a sus caballos con la desesperación del miedo, y detrás de ellos venía un hombre

alto y con armadura, a lomos de un esforzado corcel que ganaba ventaja sobre los fugitivos. Mientras sir Lyonel observaba, el caballero alto alcanzó al más rezagado y lo arrancó de la silla, y sin interrumpirse cayó sobre los otros como un halcón y los derribó por tierra. Después el perseguidor detuvo a su montura, se apeó y sujetó a los caídos con sus propias riendas. Luego los alzó como a ovejas atadas y los arrojó de bruces sobre sus monturas.

Sir Lyonel dirigió una rápida mirada a Lanzarote y se maravilló de que el ruido no lo hubiese arrancado de su profundo sueño. Y Lyonel, ahora dueño de un sosegado coraje pensó en la satisfacción y el orgullo que su tío sentiría al despertar si lo veía vencedor de tan grande caballero. Se alejó en silencio, dispuesto a dedicarle esta hazaña. Se apresuró a montar, salió al campo y retó al vencedor. El enorme caballero montó de un brinco, pero sir Lyonel lo acometió con tal fiereza que hizo girar al caballo y al jinete, aunque sin derribarlo. Cuando volvió grupas, el hombre lo miraba tranquilamente sentado.

—Ése fue un buen lanzazo —le dijo—. Y ahora te veo y no salgo de mi asombro. Eres apenas mayor que un niño y sin embargo no recuerdo que ningún hombre me sacudiera de esa manera. Hagamos las paces, señor. Eres hombre de mucho mérito como para estar sujeto como éstos, que son ganado.

Lyonel volvió la mirada hacia el manzano donde aún dormía su tío y dijo con orgullo:

—Haré las paces con satisfacción en cuanto te hayas rendido y hayas liberado a tus prisioneros y hayas solicitado mi clemencia. Pues te prometo clemencia.

El enorme caballero lo miró maravillado.

—Si no me hubieses lanceado de ese modo, pensaría que has perdido el juicio —dijo—. Caramba, si tienes la mitad de mi tamaño. Primero, un lanzazo de hombre, después palabras de hombre. Vamos, seamos amigos. Me pesaría en la conciencia lastimar a tan buen caballero.

—Ríndete —dijo sir Lyonel—. Ríndete o pelea.

—Ninguna de las dos cosas —dijo el caballero.

Lyonel espoleó su caballo y arremetió con la lanza baja.

En mitad del campo el caballero tiró la lanza y el escudo y, mientras el asta de sir Lyonel temblaba de incertidumbre, se agachó bajo la lanza y rodeó la cintura del joven con su brazo derecho, grueso como una amarra, y lo desmontó. Lyonel luchó en vano contra el abrazo que le apretaba el pecho y lo aplastaba, hasta que la sangre se agolpó detrás de sus ojos y se sintió caer en la espiral de un vahído.

Y cuando recobró la conciencia, estaba atado y tendido de bruces, marchando a los tumbos sobre su caballo en compañía de los otros prisioneros. Al poco tiempo llegaron a una casa baja, con foso y murallas, y Lyonel vio muchos escudos clavados sobre la puerta de roble. Muchos de los emblemas le eran conocidos y había algunos pertenecientes a miembros de la Tabla Redonda, entre ellos el de su hermano mayor, sir Ector de Marys.

Lyonel fue arrojado al piso de piedra de un recinto en penumbras, y su captor, de pie junto a él, le dijo:

—Los otros han ido a la mazmorra, pero contigo he sido más benigno en razón de tu bravura y porque estuviste a punto de derribarme. Vamos, ríndete y dame tu promesa de lealtad y te dejaré libre.

Sir Lyonel se volvió dolorosamente y alzó los ojos.

—¿Quién eres y por qué has capturado a los caballeros cuyos escudos pendían a la puerta?

—Me llamo sir Tarquino.

—En ese nombre hay un eco tiránico, señor.

—No tardarás en ver que es muy apropiado. Siento un profundo odio por la mayor parte de los hombres, a tal punto que a veces me agobia. Odio a un caballero que mató a mi hermano. En homenaje a mi odio, he matado a cien caballeros y capturado a más, todo para prepararme a enfrentar a mi enemigo. Pero a ti te amo y haré las paces contigo si te rindes.

—¿A quién odias?

—A Lanzarote. Él mató a mi hermano, sir Carados.

—¿Fue en justa lid?

—¿Qué importa? Mató a mi hermano y lo mataré. ¿Estás dispuesto a rendirte?

—No —dijo Lyonel.

Entonces la ira ensombreció a Tarquino, quien despojó al joven caballero de sus armas y su ropa interior y azotó el cuerpo desnudo con espinas hasta sacarle sangre.

—¡Ríndete! —vociferó.

—No —dijo Lyonel, y las espinas le laceraron nuevamente las carnes, hasta que la pérdida de sangre lo dejó pálido y sin conocimiento. Sir Tarquino, babeante de furia, lo precipitó por las oscuras escaleras que bajaban a la mazmorra. Entre los otros prisioneros se hallaban su hermano sir Ector y otros que lo reconocieron. Y cuando le limpiaron las heridas y lo ayudaron a recobrarse, les contó con voz lánguida que había dejado a Lanzarote durmiendo.

—Sólo él puede vencer a sir Tarquino —clamaron los otros prisioneros—. Hiciste mal en no despertarlo. Si Lanzarote no nos encuentra, estamos perdidos. —Y gimotearon en las tinieblas de la mazmorra y dieron cauce a sus lágrimas de desconsuelo.

Pero Lyonel recordó el rostro calmo del caballero dormido y serenamente dijo:

—Debo ser paciente. Vendrá. Lanzarote vendrá.

Now leve we thes knyghtes presoners,
and speke we of Sir Lancelot de Lake that lyeth
undir the appil-tre slepynge

[Ahora dejemos a estos caballeros en prisión
y volvamos a Lanzarote del Lago, quien yace
dormido bajo el manzano]

El calor espesaba la tarde y la humedad empañaba el cielo con un tono lechoso. Las altas crestas blancas de las cabezas de tormenta se asomaban sobre las colinas del nordeste y murmuraban a la distancia. El aire quieto, tórrido y húmedo atraía a las moscas, tardas y pegajosas.

Una bandada de cornejas volaba en lo alto. Con aleteos y graznidos se invitaban a nuevas proezas aéreas y cuando vieron el caballo sujeto al manzano descendieron para inspeccionar al caballero dormido, pero un grajo trató de acercarse y huyeron con aversión. El grajo solitario bajó y cautelosamente examinó al caballo y al durmiente; luego, con pasos más seguros, avanzó a los tumbos, como un luchador de hombros pesados. La enorme espada que yacía junto al caballero atrajo su atención. Trató de arrancar la joya roja del pomo, pero súbitamente, una imprevista y alada nube negra ahuyentó al ladrón. Un enorme y antiguo cuervo contempló la escena, saltó de costado con las alas a medio desplegar, y luego, al comprobar que no había peligro, se acercó al durmiente con saltitos de rayuela, graznando quedamente para sí mismo. Las alas negras y purpúreas estaban resecas por la edad. Acercándose a los saltos, volvió hacia el costado la noble cabeza, inspeccionó el rostro con un ojo y luego con el otro. Las plumas de su garganta se erizaron y vibraron.

—¡Aagh! —graznó suavemente—. ¡Muerto! ¡Caray! ¡Perro! ¡Rata!

La gran ave brincó a un lado y sus poderosas alas la elevaron en el aire, y aleteó con vigor hacia un cortejo, tibio e iridiscente a la distancia, donde cabalgaban cuatro reinas con pompa morosa e irreal, cuatro reinas ataviadas con mantos de terciopelo y corona, y cuatro caballeros armados que sostenían un dosel de seda verde con la punta de sus lanzas para proteger a las reinas del sol. Primero venía la reina de las Islas, el cabello tan dorado como la corona, los ojos azules como la pizarra al reflejar los cambios del mar, encendidas mejillas de cálida sangre, un manto azul marino con franjas de gris marino, un palafrén moteado como un peñasco salpicado por la espuma. Seguía la reina de Gales del Norte, pelo rojo, ojos verdes, manto verde, la cara púrpura apagado, el pelo de su caballo ruano tan rojizo como su cabello. Luego venía la reina del Este, con un pelo color ceniza cálido como las cenizas de las rosas, ojos castaños, el manto de un

lavanda pálido, a lomos de un caballo blanco como la leche.

En último término, venía Morgan le Fay, reina de la tierra de Gore y hermana del rey Arturo. Negros eran el pelo, los ojos, la túnica y el caballo, lustroso y atezado como el corazón de Satanás. Tenía las mejillas blancas, con el blanco inflamado de las rosas blancas, y su nocturno manto parecía más negro con sus bordes de armiño.

Delante y detrás del dosel de las reinas, cabalgaban hombres armados, rígidos y con la visera baja. El séquito avanzaba en silencio, sin ruido de cascos ni clamores metálicos. Destacándose contra las cabezas de tormenta, marchaban hacia un monte con fosos y murallas llamado el Castillo de la Doncella, que tenía fama de ser guarida de fantasmas y refugio de brujas, un sitio temible donde por la noche podía alzarse un castillo con torres y disiparse por la mañana. Sólo acudían allí los que frecuentaban las artes mágicas.

El enorme cuervo descendió del cielo y aterrizó en los negros jaeces del negro corcel de Morgan. Le graznó con suavidad a su ama, y mientras ella lo interrogaba mecía la cabeza.

—Croc —dijo—. ¡Perro! ¡Cerdo! ¡Muerte! Lindo... lindo... ¡Ama!

Morgan lanzó una ronca carcajada.

—Un bocado, hermanas —exclamó—. Un pastel con miel.

Lanzó al cuervo a los aires y el pájaro las condujo hacia el manzano donde dormía Lanzarote.

El viento de la tarde hollaba con pie invisible la hierba y las flores de la planicie que las cuatro enigmáticas reinas atravesaron cautelosamente, después de apearse, en dirección al manzano. El corcel de Lanzarote resopló y coceó, irguió las orejas y mostró el blanco de los ojos, pues los caballos son particularmente sensibles a las quiebras y hendiduras de la normalidad. Y el caballero seguía dormido, aun cuando su rostro se contorsionaba y su mano derecha se abría y cerraba con lentitud.

—No puede ser un sueño natural —dijo quedamente

Morgan—. Me pregunto si alguien lo estará dominando. —Se inclinó junto a él y lo examinó.— No —dijo—. Ningún encantamiento... sólo cansancio, el cansancio de un mes, el cansancio de un año. —Alzó los ojos negros y vio que sus encantadoras hermanas se relamían los labios como lobos en medio de una matanza.— ¿Entonces lo conocen?

—Por supuesto —dijo la reina de las Islas—. Es Lanzarote.

—Les dije que era un bocado especial. Pero las hermanas no deben morder a las hermanas. Sé que lucharemos por él. Pero que no sea con garras y dientes. Además, las conozco lo bastante, queridas mías, como para estar segura de que no querrán compartirlo.

—¿Qué sugieres? —dijo con dulzura la reina de Gales del Norte.

En eso el cuerpo de Lanzarote se estremeció, agitó la cabeza como si lo devorara la fiebre, se lamió los labios y gruñó.

Morgan extrajo de la capa una pequeña redoma de lactucario, irisada por los años. La destapó, se agachó y vertió algunas gotas negras y espesas en los labios de Lanzarote, y mientras él se relamía los labios y reaccionaba ante el amargo sabor con una mueca, Morgan le Fay lo cubrió con un manto de susurradas palabras mágicas. El caballero lanzó un suspiro profundo y entrecortado y quedó sumido en un misterioso sueño. Morgan dejó de hablar en voz baja, pues ya no había posibilidad de que despertase.

—Ésta es mi propuesta —dijo Morgan—. Que llevemos con nosotros este trofeo al Castillo de la Doncella y luego compitamos por él, pero con tal imperceptible sutileza que cuando la vencedora reciba el premio, la paloma pensará que ha elegido las garras del halcón. ¿Les gusta el trato, hermanas?

Las otras asintieron con una risotada, pues todas pensaban que no tenían par en esta especie de torneo. Entonces tendieron a Lanzarote sobre el escudo y dos caballeros lo llevaron entre sus caballos. El suntuoso séquito

avanzó, como figuras pintadas en un muro, hacia la formidable fortaleza prehistórica del monte. Cuando entraron por el estrecho pasaje con abruptas paredes de tierra, caía el sol. Mientras cruzaban los angostos terraplenes que bordeaban las profundas y sucesivas fosas, titilaron las estrellas. Era de noche cuando emergieron a la cima amurallada, donde una hierba montaraz crecía entre las rocas apiladas tras mil años de construcciones y destrucciones. Luego, cuando el cortejo de reinas cruzó las altas murallas, un castillo se alzó en el extremo meridional, y rápidamente se multiplicaron las almenas y brotaron torres de las esquinas. En cuanto quedó completo, brillaron luces en los ventanales y los centinelas se pasearon por las murallas. Cuando llegaron al sitio que correspondía al foso, había un foso en cuyas aguas se reflejaban las estrellas y las vagas sombras blancas de lentos cisnes. Y en la entrada surgió súbitamente un puente levadizo que cayó con estrépito, mientras las rejas de hierro del rastrillo ascendían con morosos chirridos y los montantes tachonados de bronce crujían para dar paso al cortejo. En cuanto entraron, el puente levadizo se alzó, el rastrillo bajó, se cerraron las puertas, y el castillo se volvió brumoso y transparente como una delgada nube, y el viento dispersó sus jirones, dejando una meseta rocosa donde las ovejas pacían bajo las estrellas.

Lanzarote se arrastró penosamente fuera de la inconsciencia provocada mediante drogas y encantamientos. Sumido en las tinieblas, un palpitante resplandor le golpeteaba las sienes, mientras el frío de la humedad le penetraba hasta el tuétano. Al tanteo, descubrió que estaba desarmado y que sólo vestía la chaqueta y los pantalones livianos que solía llevar bajo la cota de malla. Siguió explorando y palpó un suelo de losa tapizado de fría y sangrienta humedad, en tanto que su olfato discernía los hedores de viejos sufrimientos, temores, desesperanzas y muertes nauseabundas, la acre pestilencia que impregnaba los muros de las mazmorras.

Se incorporó dolorido y se abrazó las rodillas, tratando de distinguir algo en la mohosa oscuridad. Estiró la

mano y luego la retrajo, temeroso de saber lo que podían encontrar sus dedos. Permaneció largo rato encogido sobre sí mismo, tratando de ofrecer el blanco más pequeño posible al miedo que acechaba en las tinieblas circundantes. Luego oyó un leve ruido de pasos que se acercaban y cerró los ojos con fuerza y elevó una apasionada plegaria de niño para implorar protección. Cuando los abrió, lo cegó la llama de una única vela. Pasó un instante antes que pudiera distinguir a la doncella que la sostenía, quien lo saludó:

—¿Te encuentras bien, caballero?

Él consideró minuciosamente la pregunta, estudió los muros de piedra sin ventanas y la gruesa puerta de roble con una pequeña reja de hierro y un cerrojo grande como un escudo, y luego volvió a mirar a la doncella.

—¡Muy bien, por cierto! ¡Qué pregunta!

—Es sólo un modo de hablar, señor. Mi padre dice que corresponde preguntarle a un caballero si se encuentra bien.

—¿Acaso corresponde que un caballero pregunte dónde se encuentra, cómo llegó aquí y por qué, en nombre de los cuatro Evangelistas, tu padre me tiene prisionero?

—No es mi padre, señor. Él no está aquí. Verás, yo también soy una especie de prisionera. Estaba sentada en el salón de la residencia de mi padre, peinando lana de cordero para hacer estambre y preguntándome cómo podría ayudar a mi padre en el torneo del próximo martes, porque, verás el martes pasado lo derribaron, y cuando lo vencen se pone insoportable... supongo que le pasa a todos los caballeros.

—Hermosa doncella —interrumpió Lanzarote—, por el amor de Dios, volvamos al principio. ¿Quién me tiene prisionero aquí?

—Olvidé tu cena —dijo la muchacha—. La tengo aquí fuera.

—Espera... ¿quién?...

Ella se fue y volvió la oscuridad, pero al cabo de un momento regresó con un cuenco de madera lleno de huesos y pan mojado, una cena de perros.

—No es muy rico —dijo ella—, pero me dijeron que te lo traiga.

—¿Quién?

—Las reinas.

—¿Qué reinas?

Ella depositó el cuenco de madera en el suelo de piedra y apoyó la vela al lado para tener los dedos libres.

—La reina de Gore —se tocó el meñique—, la reina de las Islas, la reina de Gales del Norte, y... veamos... Gore, Islas, Gales. Ah, sí, la reina del Este. Suman cuatro, ¿no es así?

—¡Y qué cuatro! —dijo Lanzarote—. Las conozco a todas... brujas, hechiceras, hijas del demonio. ¿Ellas me trajeron aquí?

—Son hermosas —dijo la doncella—. Y sus vestidos y joyas... tendrías que verlos para creerlo....

—Contéstame.

—Sí, ellas te trajeron aquí, señor, y a mí también, pues yo estaba sentada en el salón de mi padre, peinando lana de cordero...

—Ya sé, y de pronto estuviste aquí. Yo me dormí bajo un manzano al sol y estoy aquí. ¿Qué quieren de mi esas mujerzuelas?

—Lo ignoro, señor. Verás, yo llegué aquí y me dijeron que te trajera la cena y después echara el cerrojo. Voy a ver, señor. Quizá pueda decirte más en la mañana. Debo irme. Me dijeron que no hablase y que me diese prisa, como si temieran que me devorases.

—¿Puedes dejarme la vela?

—Me temo que no, señor. Sin ella, me perdería al salir de aquí.

En cuanto se fue la doncella y volvió la oscuridad, el caballero hurgó en el cuenco y royó los huesos mientras pensaba en las extrañas y temibles criaturas que lo tenían prisionero.

Tenía dos razones para tener miedo. En su prolongada y tenaz batalla consigo mismo y con el mundo para convertirse en el perfecto caballero, pocas mujeres le habían llamado la atención. Así, su ignorancia le hacía temer

cosas desconocidas. Y en segundo lugar, era un hombre simple y llano; la herramienta de su grandeza era la espada, no la mente. Los propósitos y artilugios de la nigromancia, los demonios y los arcanos, le parecían ajenos y temibles. Sus pocos fracasos y menos derrotas eran debidos a obra de encantamientos, y ahora lo habían capturado por esas mismas artes, negras y nocturnas. En la oscuridad, sintió brincar su corazón y le pareció que las paredes de piedra lo asfixiaban. Su corazón saltó y el estómago se le apretó contra el pecho, impidiéndole respirar. Pero esta sensación no le era desconocida, pues Lanzarote, como todos los que se destacan en la práctica de un arte, era un hombre nervioso y sensible. Un oponente que en el campo presenciara la frialdad con que dominaba sus armas lo habría juzgado un temple de acero, ignorando el mórbido desasosiego que precedía a la lucha. Y mientras repechaba contra las barreras, esperando las trompetas, su ojo penetrante pese a todo no dejaba de observar, tabular y memorizar cada movimiento, cada gesto, cada tendencia del adversario. De manera que, aunque estuviera cerca del pánico, su segunda mente sondeaba a sus rivales, pues aunque fueran damas y reinas eran también sus enemigas, y un enemigo debe tener un propósito, un medio y una dirección.

No podían odiarlo, pensó, pues él nunca les había hecho daño. Por lo tanto, no perseguían la venganza. El robo estaba fuera de la cuestión, pues ellas estaban colmadas de posesiones y él no tenía nada salvo su armadura y su gloria. Entonces, ¿cuál podía ser su propósito? Debían de querer algo de él, algo que quizás él ignoraba que poseía, un servicio, un secreto. Como la respuesta se le escapaba, renunció a la búsqueda, pero su mente obstinada siguió analizando llevada por el hábito. Si un hombre se paraba en seco por un golpe, o se interrumpía en medio de la lucha, generalmente había una razón: una vieja herida, o a veces una vieja pena. Un hombre adoptaba la profesión de las armas por razones claras y definidas, ¿pero por qué había hombres y mujeres que estudiaban las despreciables artes de la nigromancia?

Lanzarote, nuevamente extraviado, ya tomaba las riendas para espolear a su mente hacia otro rumbo, cuando vino a él una imagen, pero una imagen vívida, clara y brillante como los vitrales de una catedral. Vio a un Lanzarote joven y decidido, aunque entonces llamado Galahad, que rodaba por el suelo polvoriento impulsado por la lanza de un mozo de catorce años. Galahad reanudaba el intento, y nuevamente volaba por los aires. Afirmó la corta barbilla y la determinación tiznó sus labios de azul. Y por tercera vez la afilada lanza lo arrancó de la silla, y cuando tocó el suelo un aullido de dolor le recorrió el espinazo. El enano, blasonado y vigoroso, ancho como un tonel, llevó con la madre al niño que sollozaba de dolor. "El otro era demasiado grande, mi señora —explicó el escudero—. Pero él se destaca entre los de su edad y no hay modo de mantener aquí a Galahad." Hubo modo de mantenerlo durante largo tiempo, pues no se podía mover. Lo reclinaron sobre bolsas de arena, para mantenerlo erguido. Y mientras yacía en esa postura para que se le curara el espinazo, el rival alcanzó dimensiones de árbol en la imaginación del niño. En sueño y vigilia la filosa lanza lo arrancaba de la montura, hasta que descubrió una cataplasma para su orgullo. Bajo el brazo izquierdo tenía un bulto minúsculo que sólo él conocía. Tres vueltas a la derecha y media vuelta atrás con los dedos de su mano izquierda, y en el campo se transformó en una nube negra y derrotó al mozo de catorce años. Pero el bulto secreto podía hacer aun más que eso. Dos vueltas a la derecha y dos a la izquierda, y podía volar y revolotear y lanzarse en línea recta. A veces, en la justa, dejaba el caballo y salía disparado y derribaba a su gigantesco oponente y, por último, hundiéndolo hacia adentro se volvía invisible. Esperaba con ansiedad estar a solas con las bolsas de arena para realizar su sueño. Curiosamente, olvidó todo eso cuando empezó a desarrollar su auténtica destreza. Y de pronto, Lanzarote, en las tinieblas de su prisión, comprendió la magia y la nigromancia y a cuantos las practicaban. "De modo que eso es lo que hacen —pensó entonces—. Pobres criaturas... pobres y desdichadas criaturas."

No es verdad, como románticamente se presume, que la gente atemorizada, herida o perseguida permanezca despierta. Harto más frecuente es que se refugien en el sueño para hurtarse provisionalmente a la tribulación. Un hombre como Lanzarote, habituado al ejercicio de las armas, templado y curtido por los peligros, acumula reservas de sueño como si se tratara de bebida o alimento, pues sabe que si carece de él, flaquearán sus fuerzas y se ofuscará su mente. Y aunque había dormido buena parte del día, el caballero buscó refugio del frío, la oscuridad y el ignorado mañana en un reposo sin sueños que duró hasta que una luz tenue comenzó a extenderse en su celda de piedra desnuda. Cuando despertó, estiró los músculos para liberarlos de la frialdad del entumecimiento y buscó calor abrazándose las rodillas. No podía distinguir de dónde venía la luz. Dimanaba de todas partes, como sucede con el crepúsculo antes de la salida del sol. Vio las piedras de su celda tachonadas con manchas de légamo oscuro. Y mientras miraba, se formaban dibujos en las paredes: árboles de copa redonda cargados de dorados frutos, flores rizadas y entrelazadas semejantes a las de los libros iluminados, un árbol de sombra benigna, y debajo de él un unicornio blanco y resplandeciente que agachaba el cuerno y el cuello para saludar a una doncella de brillantes colores que lo abrazaba, probando de ese modo su doncellez. Entonces un lecho amplio y mullido titiló y se materializó en un rincón de la celda, un lecho con una colcha de terciopelo púrpura donde se apilaban grandes cojines semejantes a joyas de tenue fulgor. Un sol heráldico resplandeció en toda su gloria y lanzó sus rayos desde el techo, entibiando el aire.

Sir Lanzarote era un caballero simple que no había aprendido a confiar en sus ojos en determinado momento y recelar de ellos un instante después. Se incorporó y vio y palpó la larga y rica túnica ocre que le llegaba hasta los tobillos. Fue al lecho y se tendió en su acogedora y blanda superficie. Se cruzó las manos sobre la nuca justo

a tiempo para ver cuatro tronos suntuosos y mullidos que titilaron, cobraron forma y adquirieron solidez en el extremo opuesto de la celda, al tiempo que una lujosa alfombra brotaba como hierba del suelo de piedra.

Un aroma en el que parecían combinarse el pétalo de rosa y el cinamomo, la lavanda y el incienso, el nardo y el clavo de olor, impregnó el recinto, y una brisa estival que no venía de ninguna parte agitó las colgaduras.

"No sé qué va a pasar, pero vamos a estar cómodos", se dijo Lanzarote.

Hubo unos segundos de silencio expectante, como en un escenario decorado y amueblado poco antes de empezar la representación, y luego los matizados acordes de varios laúdes sonaron con un ritmo lento, dulce y sincopado que evocaba el andar de las princesas que marchan en solemne procesión a la coronación de un monarca. Sólo había quedado la puerta de la prisión, un desagradable recordatorio de roble tachonado y hierro herrumbrado.

No tardó en abrirse por sí misma para permitir la entrada de las cuatro reinas, que caminaban a impulsos de ese ritmo y a cada paso se detenían para tocarse el pie. Ocuparon su sitio en cada trono, bellas y perfectas como flores de cera. Apoyaron las manos blancas y enjoyadas en los brazos de sus respectivos tronos y sonrieron con serenidad, contemplando al caballero tendido en el lecho. La música se apagó y siguió un silencio semejante al que una concha marina transmite al oído.

Entonces Lanzarote se incorporó y las saludó:

—Salve, señoras mías, y sed bienvenidas.

Ellas entonaron al unísono esta letanía:

—Salve, sir Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban de Benwick, primero y más alto caballero de la Cristiandad. Bienvenido seas y que te encuentres bien.

—¿Repetiré vuestros títulos, reinas mías? —preguntó él—. Los conozco bien. Tú eres Morgan le Fay, reina de Gore, media hermana del gran rey Arturo, hija del duque de Cornualles y de la hermosa Igraine, que luego casó con Uther Pendragon. Tú eres la reina de las Islas...

—No es necesario que los repitas todos, si los conoces —dijo Morgan.

Él dedicó un instante a estudiar sus cejas perfectas, sus ojos húmedos y brillantes, sus mejillas tersas y adorables.

—Señoras mías —dijo al fin—, si la oscuridad no me ha trastornado el juicio, fue ayer cuando me dormí bajo un manzano en una soleada planicie, en compañía de mi sobrino sir Lyonel. Desperté en una celda fría y amarga, despojado de mis armas, como un cautivo. ¿Soy vuestro cautivo?

—Eres un cautivo de amor —dijo Morgan. Y cuando las otras trataron de interrumpir, les dijo con frialdad—: Silencio, hermanas. Dejadme hablar. Ya os tocará el turno. —Se volvió nuevamente a Lanzarote.— Siéntate, mi señor —le dijo—. Tienes razón. Te tomamos prisionero.

—¿Dónde está sir Lyonel?

—Estabas solo. Nadie te acompañaba.

Lanzarote se sentó en el borde del lecho de terciopelo.

—¿Qué podéis querer vosotras de mí? —preguntó con perplejidad.

Tres de ellas lanzaron breves y roncas risotadas. Morgan sonreía.

—Un cautivo bien predispuesto es más fácil de manejar —dijo—. Por lo tanto, me explicaré. Nosotras cuatro poseemos cuanto podamos desear: tierras, riqueza, poder y objetos de increíble belleza. Además de esto, nuestras artes nos permiten el acceso a cosas del otro mundo o de las entrañas del mundo, pero más aún, si deseamos algo que no existe, tenemos el poder de crearlo. Debes pues comprender que para nosotras son muy raras las novedades. Y cuando vimos durmiendo al mejor caballero del mundo, pensamos que tú eras esa rareza, esa novedad que no tenemos. De modo que te capturamos. Pero hay algo que no podemos hacer, porque no está en nuestra naturaleza. No compartimos nada. De modo que debemos lidiar por ti. Pero las veces que lidiamos por algo en el pasado, ha sucedido que el trofeo quedara tan desgarrado y lacerado que la ganadora no lo quería.

Sabrás comprender que ni siquiera el mejor caballero del mundo vale la pena si es un despojo sangriento y desmembrado. Esperad, hermanas, estoy a punto de concluir. Hemos resuelto dejarte optar por una de nosotras, y todas hemos jurado someternos a tu arbitrio. Espero que sea así. Estas reinas no siempre han sido fieles a sus juramentos.

—¿Y si no optara por ninguna? —preguntó Lanzarote.

—Bueno, en ese caso temo que te cercarán las tinieblas y la piedra fría. Ni siquiera el mejor de los caballeros subsistiría largo tiempo, pero si se obstinara en vivir, supongo que le quitaríamos la comida y el agua. Pero olvídate de esa tétrica perspectiva. Cada una de nosotras abogará por su causa. Será muy divertido para todas, una nueva experiencia. Yo seré la última. ¿Quieres empezar tú, mi señora de Gales del Norte?

—Con gusto, hermana. —Echó la cabeza hacia atrás y su pelo brincó como una llama roja. Bajó los párpados, cubriendo en parte sus ojos de esmeralda. Avanzó hacia Lanzarote felina y seductora, hasta que él inhaló el inquietante aroma de su cuerpo, que le supo a almizcle. Los sentidos del caballero despertaron con una leve punzada de dolor, y su lengua saboreó el gusto salado del deseo. La voz de la reina ronroneó suave y profunda, como si vibrara en todo su cuerpo.— Creo que sabes lo que puedo prometerte: sensaciones que no conoces sino vagamente, un éxtasis que se elevará, crecerá, se hinchará hasta estallar, inagotable e insaciable, pues no tendrá fin hasta que conozcas la crucifixión del amor e implores la cruz y ayudes a hundirte los clavos mientras cada nervio, cada uno de tus nudosos y blancos nervios, participa del desenfreno y se arroja al furor de una pasión exaltada y frenética. Te lames los labios. Crees saber de qué hablo. Lo que tú conoces es apenas un susurro comparado con el pandemónium que te estoy ofreciendo.

Lanzarote jadeaba con pesadez cuando ella regresó a su trono y lo ocupó mirando al caballero con una tenue y victoriosa sonrisa de gato.

—Demonio —le dijo Morgan—, no jugaste limpio. No

respondas, perfecto caballero, hasta que hayas escuchado a las demás.

—¿Es jugar limpio dejar que sus ánimos se enfríen? —dijo la reina de ojos verdes.

—La reina de las Islas —dijo Morgan le Fay.

La rubia reina del mar permaneció serena en su trono, y sus ojos danzaban como a punto de reír.

—Fue una actuación brillante, señor —declaró—. Soy la primera en admitirlo. El recinto aún hiede a esa brillantez. No quiero criticar a mi querida rival, pero me parece que al poco tiempo uno podría cansarse hasta de su versatilidad en una actividad más bien simple en la cual las cabras están más versadas que los hombres y en la que los conejos son insuperables. Puede que una mañana desees un mendrugo para borrar el gusto de las especias. Y no es imposible que esos desenfrenados nervios se hinchen de tedio. Es sabido que este... arte suele pasar de fascinante a aborrecible en muy poco tiempo.

La reina de cabello rojizo desnudó sus filosos dientes.

—Métete en tus asuntos —gruñó—. Déjame en paz.

—Con calma, hermana... con gentileza. Sir Lanzarote, Mejor Caballero del Mundo, creo que has de conceder que no hay estado, clima, actividad, placer, dolor, alegría, pena, derrota o victoria cuyos excesos no nos dejen ahítos. El don que te ofrezco es el cambio. Un día todo reirá, como un rizado estanque azul que sonríe al sol mientras las ondas chocan dichosamente con los musgosos guijarros; el próximo engendrará fieras tormentas, una violencia salvaje y demoledora, capaz de desgarrarte, maravillosa. Te prometo que cada alegría será enfatizada por un pequeño dolor, que el reposo seguirá al frenesí, que el calor alternará con el frío. Tras las lujurias de la carne y el espíritu, sobrevendrá una ascética mesura, un bálsamo para no aturdirte. Prometo que ninguna experiencia se desgastará por sí misma. En una palabra, extenderé tus facultades, sensaciones y pensamientos hasta el límite máximo, para que nunca padezcas la plaga universal de la consunción, de la curiosidad insatisfecha, de las posibilidades inexploradas. Te ofrezco

la vida. Un día serás rey y al día siguiente un siervo abrumado de trabajo, para poder valorar tu condición de monarca. Donde otros te ofrecen sólo una cosa, yo te lo ofrezco todo en escalonados contrastes. —Sus ojos eran ahora gris pizarra, sombríos, y en ellos fulguraba una inminente tempestad.— Y finalmente, te ofrezco una muerte apropiada, una muerte digna y deslumbrante, el corolario adecuado a una vida apropiada, digna y deslumbrante. —Lanzó una mirada de triunfo a las otras reinas rivales.

—Sacó a relucir todos sus tesoros, ¿no es así? —dijo Morgan—. Esa promesa la mantendría ocupada, porque le daría algún trabajo cumplirla.

Lanzarote apoyó los codos en las rodillas y el mentón en las manos abiertas. Destacábanse en su rostro las blancas sombras de viejas heridas, y mantenía los ojos entrecerrados, brillantes y semiocultos. La reina del mar se esforzó en vano por leer sus pensamientos.

La reina del Este suspiró. Era como ceniza de rosas, dulce y suave y envuelta en lavanda, y en sus ojos de almendra parecían anidar la piedad, el abrigo y la comprensión unida a la tolerancia.

—Pobre, fatigado caballero —dijo con voz sosegada—. Mis amigas te han visto tal como ellas son, todo lascivia e inquietud, que son sus especialidades. Sé que todo hombre padece esos apetitos, algunos más y otros menos. Yo tengo una ventaja sobre mis rivales, Lanzarote; verás, conozco a tu madre, pequeño Galahad.

—¡Desvergonzada! —gritaron las otras dos, mientras Morgan se echaba a reír.

Lanzarote irguió la cabeza con brusquedad y sus ojos relucieron peligrosamente. Pero la dama del Este continuó con voz suave:

—La reina Elaine de Benwick allende el mar, esposa del gran rey Ban, Elaine la adorable, tan bella que los embajadores de todo el mundo olvidaban sus misiones al contemplarla. Pero ella nunca olvidó a ese mocoso de nariz chata y cara sucia llamado Galahad. Tras desempeñar su papel en el brillante teatro de la corte, nunca se

olvidaba, ni jamás se lo impedía el cansancio, de subir las escaleras circulares de la torre para llevarle un pastel a ese niño que se había olvidado de lavarse las manos. Ninguna embajada la apartaba jamás de las lágrimas de su hijo. Y las guerras y las matanzas en las murallas jamás velaban la apasionada tragedia del dedo sucio cortado con el cuchillo nuevo, que derramaba pequeñas lágrimas de sangre. Y cuando venía la fiebre ella disolvía el mundo y no regresaba hasta que la pequeña frente pecosa se enfriaba y devolvía al mundo su existencia.

Lanzarote se levantó de un salto.

—¡Basta! —rugió—. ¡Oh, cuánta suciedad y podredumbre! ¡Mira! He cruzado los dedos de ambas manos. Y aquí tienes, el signo de la cruz sobre tu cara.

—¿Estás ofreciéndote como madre, querida mía? —murmuró Morgan le Fay.

—Estoy ofreciendo la paz que él nunca descubrió en ninguna parte, la seguridad y el calor que aún sigue buscando, el elogio a sus virtudes y una gentil y compasiva conciencia de sus faltas. Siéntate, apuesto caballero. No quiero faltarte el respeto. Sé que Ginebra se parece en ciertos aspectos a la reina Elaine... pero eso es todo. Piensa en lo que yo te ofrezco.

—No estoy dispuesto a escuchar.

—Piénsalo.

—No te oigo.

—Pero me recordarás. Piénsalo.

—Señoras, ya es suficiente. Soy vuestro cautivo. Buscad hombres, si queréis. Haced conmigo lo que os plazca, pero estad seguras de que caeré luchando. Habéis fracasado.

La voz de Morgan sonó filosa como una cimitarra.

—Yo no he fracasado —dijo—. Mis sagaces hermanitas te han ofrecido los brillantes jirones de una vestidura, los fragmentos rotos de una imagen sagrada. Yo te ofrezco el todo del que esos retazos forman parte: te ofrezco el poder. Si deseas mujerzuelas con traje de fantasía, el poder te las conseguirá. ¿Admiración? Hay todo un mundo ansioso de besar traseros con sus labios babeantes.

¿Una corona? El poder y un pequeño puñal la depositarán en tu cabeza. ¿Cambios? El poder te permitirá cambiar de ciudad como de sombrero, y aplastarlas cuando te hartes de ellas. El poder atrae la lealtad sin exigírtela. La voluntad de poder hace que el bebé siga mamando con nostalgia cuando ya está lleno, le aconseja al niño que robe el juguete de su hermano, hace madurar una entera cosecha de muchachas concupiscentes. ¿Qué hace al caballero arrastrar los tormentos que le darán el galardón o la muerte? El poder de la fama. ¿Por qué hay hombres que apilan posesiones que no pueden utilizar? ¿Por qué un conquistador se adueña de comarcas que no verá jamás? ¿Qué instiga al eremita a revolcarse en la mugrienta negrura de su celda, sino la promesa de poder, o influencia al menos, en el cielo? ¿Y acaso esos santos locos y humildes rechazan el poder de la intercesión? ¿Qué crimen no se transforma en virtud en las manos del poder? ¿Y la virtud, no es en sí misma una forma del poder? ¿La filantropía, las buenas acciones, la caridad, no son préstamos con el respaldo del poder futuro? Es la única heredad que no se marchita ni se vuelve tediosa, porque no hay poder que alcance. Un viejo en quien se han secado los jugos de todos los otros deseos es capaz de arrastrarse sobre sus trémulas rodillas a la tumba sin que sus manos dejen de arañar frenéticamente en busca de poder.

"Mis hermanas han ofrecido el queso para las lauchas de los deseos menores. Han apelado a las sensaciones, a la saciedad y a la memoria. Yo no te ofrezco un don, sino la habilidad, el derecho y el deber de apropiarte de todos los dones, de todo cuanto puedas concebir, y cuando te hartes de ellos podrás despedazarlos como vasijas y arrojarlos a la pila de desperdicios. Más aún, te ofrezco poder sobre los hombres y mujeres, sobre sus cuerpos, sus esperanzas, sus temores, sus lealtades y sus pecados. Ése es el poder más dulce de todos. Pues puedes dejarlos correr un poco e impedirles el acceso al cielo como quien no quiere la cosa. Y cuando el desprecio por tanta vulgaridad acabe por asquearte, puedes reducirlos a coágulos

agonizantes tal como si echaras sal en un regimiento de babosas y las contemplaras consumirse en su propia viscosidad.

"Mis hermanas apelaron a tus sentidos. Yo apelo a tu mente. Mi don: una escalera para ascender a los astros, tus hermanos y tus pares, para que de allí puedas contemplar y, si quieres divertirte, agitar el hormiguero del mundo.

Morgan le Fay no echaba mano de una compleja artimaña. Sus palabras estaban investidas de apasionada honestidad y vibraban como un hacha de guerra al golpear un escudo de bronce.

Lanzarote la miró con incredulidad, pues el rostro de la reina de Bors se había transformado en una catapulta que disparaba palabras al rojo vivo contra sus defensas.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Qué es el poder?

—¿Qué es? El poder es algo en sí mismo, una totalidad que se autocontiene, bastándose a sí misma y sosteniéndose a sí misma, inasequible salvo mediante el poder. La sensación de poder vuelve mezquinas las otras gracias y atributos. Ése es el don que te ofrezco. —Morgan le Fay se reclinó en el trono, jadeante y sudorosa, y las otras tres reinas parecían haberse derretido bajo su calor. Entonces las cuatro volvieron la mirada hacia Lanzarote, con los ojos brillantes y achatados por una viva aunque distante curiosidad. De igual manera habrían observado a un caballo para ver su reacción ante los caparazones iridiscentes de las cantáridas o la frente de un enemigo para verle sudar la primera gota de antimonio.

Lanzarote trazó figuras con el dedo sobre la lanilla de su túnica ocre, un cuadrado y un triángulo. Las borró e hizo un círculo y junto a él una cruz, luego cerró la cruz con un círculo y adentro del círculo dibujó una cruz. Había perplejidad y tristeza en su rostro. Al fin miró a Morgan.

—Y por esa razón —dijo con voz apagada—, dos veces intentaste asesinar a tu hermano el rey.

Ella barbotó:

—Medio hermano y medio rey. Un rey débil. ¿Qué sabe él acerca del poder? Te digo, en el mundo del poder, la debilidad es un pecado, el único pecado, y se castiga con la muerte. El tema es muy interesante, claro. Pero no vinimos aquí a hablar sobre el pecado. Vamos, Perfecto Caballero. Te hicimos una oferta. La opción queda de tu parte.

—¿Opción? —preguntó inexpresivamente.

—No finjas no recordar. Debes elegir a una de nosotras.

Él meneó la cabeza con desaliento.

—No hay opción posible —dijo—. Soy un cautivo.

—Tonterías, te hemos dado a elegir. ¿Acaso no somos bellas?

—No lo sé, mi señora.

—Eso es ridículo. Claro que lo sabes. No hay en el mundo mujeres tan hermosas, o la mitad de hermosas. Nos hemos cerciorado de eso.

—Creo que a eso me refería. Habéis elegido vuestras caras y vuestros cuerpos, creándolos con vuestras artes.

—¿Y qué hay con eso? Son perfectos.

—No sé con qué habéis empezado. No sé qué sois. Podéis cambiar de aspecto, creo yo.

—Claro que sí. ¿Qué diferencia hay? No serás tan necio como para creer que Ginebra es tan bella como nosotras.

—Ved, señoras, Ginebra tiene la cara y el cuerpo y el alma de Ginebra. Ella es así y siempre ha sido así. Ginebra es Ginebra. Uno puede amarla sabiendo lo que ama.

—U odiarla —dijo Morgan.

—U odiarla, mi señora. Pero en cambio, esas caras no son las vuestras. Son sólo imágenes fabricadas, las imágenes de lo que os gustaría ser. Una cara, un cuerpo, crecen y sufren con su dueño. Tienen las cicatrices y los estragos del dolor y la derrota, pero también el brillo del coraje y el amor. Y, al menos para mí, la belleza es una prolongación de esas cualidades.

—¿Por qué prestamos oídos a esa cháchara? —vociferó la reina del Este.

—Porque podemos aprender algo, hermana. Al pare-

cer, hemos cometido un error. Vale la pena experimentar. Prosigue, señor —dijo Morgan, y sus ojos eran chatos e inexpresivos como los ojos de una serpiente.

—Una noche —dijo Lanzarote— yo estaba asomado a una ventana. Vi unos ojos rojos y a la luz de la antorcha apareció una gran loba que irguió la cabeza y me miró a los ojos, abriendo sus fauces burlonas, y los colmillos y la lengua estaban empapados de sangre fresca. "Alcánzame una lanza" dije, y el sabio varón que me acompañaba dijo: "De nada servirá. Ésa es Morgan le Fay rindiéndole homenaje a la luna".

—¿Quién era? Era un embustero.

—No, mi señora. No era un embustero y era muy sabio.

—¿Mencionas esto para insultarme?

—No... no lo creo. Lo menciono porque me gustaría saber quién eres, si la mujer adorable o la loba, o una criatura intermedia.

—Ya no lo quiero —dijo la reina de las Islas—. Es un necio. Piensa demasiado.

Lanzarote sonrió burlonamente.

—Los brujos y las hechiceras siempre han provocado el asombro de los hombres —dijo—. Sí, y el miedo... un miedo espantoso.

"Esta mañana, en medio del frío y la oscuridad, mientras aguardaba a vuestras altezas, vino a mí un recuerdo de cuando yo era un chico con la espalda lastimada y por un tiempo me dediqué a la magia, y de pronto creí entender... pero el entendimiento no ahuyenta el miedo. Lo acrecienta.

—¿Vamos a escuchar esta discusión, señoras? ¡Un chico! Nos está insultando. Convertiré sus piernas en víboras. —La reina de Gales del Norte lanzó una risita.— Qué buena idea. Y las víboras reptarán en diferentes direcciones y...

—¡Escuchadlo! —dijo Morgan—. Vamos, hijo de cerdo. Dinos por qué tu gran hallazgo te da miedo. Siempre me satisface escuchar cosas como ésta. Estimulan la imaginación.

Lanzarote se levantó y volvió a sentarse.

—Tengo hambre —dijo—. No había mucha carne en los huesos que me servisteis.

—¿Y por qué iba a haberla? Primero se los dimos a los perros. No obstante, recuérdalos. Quizás haya sido tu última comida. Sigue hablándome del miedo.

—Puede que sea una simpleza, señora. Pero tú sabes que los niños, cuando les prohíben algo que les gusta, a veces chillan y protestan y a veces se lastiman de furia. Después se tranquilizan y anhelan venganza. Pero no son tan fuertes como para vengarse de aquel a quien juzgan su opresor. Los hay que pisotean una hormiga pensando que es la criada, o quienes patean un perro llamándolo hermano. Otros arrancan las alas de una mosca y así destruyen a su padre. Y después, como este mundo lo ha decepcionado, el chico construye su propio mundo, donde él es el rey y no sólo gobierna a los hombres, las mujeres y los animales, sino a las nubes, los astros y el cielo. Es invisible, puede volar. No hay autoridad que pueda refrenarlo. En su sueño no sólo construye un mundo sino que se fabrica a sí mismo tal como le gustaría ser. Creo que eso es todo. Por lo general, termina haciendo las paces con el mundo y llegando al acuerdo recíproco de que ninguno de los dos le hará demasiado daño al otro. Ya ves, eso es todo.

—Lo que dices es cierto. ¿Pero qué hay con ello?

—Bueno, algunos no hacen las paces. Y entre éstos están los que hay que encerrar porque su demencia es incurable y su fantasía los devora. Pero hay otros más sagaces que aprenden, mediante las artes prohibidas, a materializar su sueño. Así operan el encantamiento y la nigromancia. Si uno no es lo suficientemente ingenioso o delicado, el mundo mágico no funciona y su factura deficiente acarrea daños y muertes. Y entonces sobreviene una furia como la del chico, un furor destructivo, odio y sed de venganza. De ahí el miedo, pues los brujos y las hechiceras son niños que habitan un mundo fabricado por ellos mismos, sin el alivio de la piedad ni la exactitud de la organización. ¿Y qué puede ser más temible que un

niño con plenitud de poderes? Dios sabe qué terribles son la lanza y la espada. Por esa razón, al caballero que las lleva se le enseñan primero la piedad, la justicia, la misericordia y sólo en último término el uso de la fuerza.

"Os temo, señoras mías, porque sois niños tullidos y rencorosos colmados de poder. Y soy vuestro prisionero.

—Que se achicharre en los fuegos del infierno —vociferó la reina del Este, con la cara blanca y abotagada.

La pelirroja hechicera de Gales del Norte se tiró de bruces al suelo, arañando las losas con sus dedos curvos. Arqueó la espalda y golpeó el piso con la frente y chilló hasta que Morgan alzó ambas manos, las palmas hacia adelante. Lanzarote cruzó los dedos con fuerza debajo de la túnica. Oyó las palabras mágicas y la oscuridad se cerró como un puño, el aire se congeló, y él yació desnudo sobre las piedras.

Por tratarse de un castillo producto de las ilusiones de la magia, la mazmorra donde yacía Lanzarote era notablemente fuerte y sólida, con todas las incomodidades y la rancia humedad provocadas por el tiempo y la permanencia. El caballero no estuvo mucho tiempo tendido en el suelo de piedra, pues su ánimo caballeresco también era sólido y permanente, con los cimientos hincados en los materiales más nobles y firmes del espíritu humano. Se incorporó y avanzó al tanteo por la fétida oscuridad hasta el muro, y a lo largo del muro hasta la puerta de roble tachonada de hierro. Tenía echado el cerrojo, por supuesto, pero a través de la reja pudo oler el viento helado del corredor.

Quizá debiera morir, pero en ese caso el código le exigía acercarse a la muerte como si fuera parte de la vida, y si notaba una brecha en lo inevitable debía arrojarse a ella en el acto y con todas sus fuerzas, pues si había fallas en las normas de la caballería, la dócil aceptación de la injusticia no se contaba entre ellas. Un hombre podía aceptar la muerte con buen ánimo y alegre predisposición siempre que hubiese agotado todos los

medios honrosos para eludirla, pero ningún hombre digno de sus espuelas se arrastraba a su destino o presentaba el cuello al tajo definitivo. Sabía que no servía de nada buscar un arma en la celda. No había ni una piedra floja, ni una viga de madera, ni un clavo con que armar su desnudez. Sus únicos instrumentos cortantes eran los dientes y las uñas, su garrote el puño, sus cuerdas los músculos de los brazos y las piernas. Acaso le tocara la suerte de Merlín, quedar solo y desamparado para morir de hambre y frío en la oscuridad. Pero si él estaba en lo cierto y sus captoras eran niños violentos y vengativos, no podrían dejar de asistir al espectáculo de los padecimientos de su víctima, para regodearse mientras él se esforzaba por sobrevivir. Evocó nuevamente a Merlín, a quien recordaba profetizando sobre él cuando él era un pequeño abrazado a la rodilla de su madre. Cuanto había olvidado de esa profecía, la reina Elaine se había ocupado de rememorárselo. Estaba destinado a ser, había dicho Merlín, el mejor caballero del mundo. Bien, ahora el mundo le daba la razón. La profecía se había cumplido, mayor razón para confiar en la última parte. Tras una vida larga y fogosa, moriría de amor, de las penas del amor... pero de amor. En este sitio lóbrego había tan poco amor como luz, y salvo por su amor formal y caballeresco hacia Ginebra, no había en Lanzarote amor capaz de romperle el corazón. Por lo tanto, no había llegado el momento de su muerte. Era su deber de caballero aceptar lo que Dios tuviera a bien mandarle, pero también era cierto que el mismo Dios esperaba que él empleara todos sus recursos.

Sus cavilaciones aclararon las tinieblas y entibiaron el frío. Si ésta no era la hora de su muerte, debía sacar ventaja de cualquier oportunidad que pudiera presentarse, y aun anticiparse a ella. Cuando las perversas y tenebrosas reinas vinieran a gozar de su padecimiento, lo harían protegidas con la armadura de su magia. Y Lanzarote, al igual que todos, sabía que las tácticas nigrománticas requerían ciertos ingredientes invariables. Las manos debían concentrarse en gestos y conjuros y la

voz debía proferir sílabas rituales. Despojado de cualquiera de estos elementos, un hechicero quedaba tan indefenso como una oveja. Si sus enemigas pensaban que podían acarrearle la muerte, no estaban de acuerdo con Merlín, y Merlín era el más grande, lo cual significaba que ellas, pese a todo su poder, no podían ver el futuro ni adivinarle el pensamiento. De manera que si él se ocultaba silenciosamente detrás de la puerta, no sabrían que estaba allí. Y si tomaba los brazos de la primera para impedir los gestos y con la mano libre le tapaba la boca para impedir los conjuros, mientras se protegía las espaldas de cualquier contraataque vociferando padrenuestros, acaso tuviera éxito. Al menos valía la pena el intento, y un intento —un empedernido intento— era todo lo exigido por las reglas de la caballería.

Tanteó con los dedos el borde de la puerta y comprobó que se abría hacia adentro, como era habitual. De lo contrario un cautivo frenético podría empujar la puerta y arrancarla de sus goznes, pero asentada contra el pesado dintel y el marco de piedra, estaba segura. Así, la puerta al abrirse le serviría de refugio. Pero si venían, ¿cuándo vendrían? A veces abandonaban a un hombre hasta que la oscuridad, el hambre y la desesperación demolían su espíritu hasta transformarlo en una pulpa babosa y pusilánime. Pero estas mujeres eran petulantes como niños, y la paciencia no se acordaba con sus ansiosos temperamentos. Además, eran arrogantes e iracundas. No dejarían enfriar su furia. Pero el prolongado ejercicio de las armas había entrenado a Lanzarote. Al tumulto y al clamor de la batalla podían preceder cien horas de espera, y el buen soldado aprendía a esperar.

Sir Lanzarote se apoyó contra el muro y recordó otra maña de hombre de guerra, la de dormir ligeramente estando de pie. Por momentos se despertaba y se frotaba las manos para protegerlas del frío.

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando un ruido alertó su oído: suaves pasos en el extremo del corredor. Su corazón dio un brinco, pues sólo una persona se acercaba, y al parecer, en silencio, casi con sigilo. No

era un guardia con pies calzados de hierro y con espada al cinto. En eso una pequeña luz penetró a través de la reja y Lanzarote se echó atrás para sacar ventaja de la puerta que se abría.

El enorme cerrojo corrió con tanta lentitud y discreción cuanto se lo permitía su herrumbrado mecanismo. Rechinaron los goznes y penetró una cinta y luego una estría de luz. Una figura entró y Lanzarote dio un salto. Con el brazo derecho apresó los brazos e hizo caer la vela, con lo cual volvió a la oscuridad. Cerró la mano izquierda sobre unos labios tersos y clamó en alta voz:

—Padre Nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre. Venga a nos el tu reino... —Se interrumpió, pues el blando y pequeño cuerpo de su prisionera no oponía resistencia.— ¿Quién eres? —susurró ásperamente, y un sofocado gemido escapó de la boca que él amordazaba. Aflojó un poco la mano, listo para cerrarla de nuevo.

—Déjame. Soy la doncella que te trajo la cena.

Dejó caer los brazos al costado, estremecido por el súbito temblor que provoca una tensión largamente contenida y liberada de pronto.

—Ahora no tenemos luz —dijo la vocecita.

—No importa. ¿Dónde están las reinas?

—En la cocina. Las vi a través de la puerta. Han puesto al fuego un caldero tan grande como para escaldar un cerdo. Y le meten adentro cosas que prefiero no mencionar, algunas de ellas con vida. Parecen viejas brujas de pelo blanco y están cocinando un brebaje tan potente como para hacer saltar las puertas desde Camelot.

—¿Ellas te mandaron?

—Oh no, mi señor. Si se enteraran, me echarían al caldero.

—¿No sabes dónde está mi armadura... mi espada?

—En la sala de guardia. Yo misma las puse allí.

—¿Mi caballo?

—También lo cuidé y alimenté.

—Bien. Nos iremos ahora.

—Aguarda, señor. ¿Es verdad que eres Lanzarote?

—Es verdad.

—Hay doce puertas y doce trancas antes de la libertad.

—¿Y bien?

—Yo puedo abrirlas, señor.

—Entonces hazlo.

—Oh no, sir Lanzarote.

—Muchacha, debemos apurarnos. ¿De qué estás hablando?

—El martes que viene, señor, mi padre luchará en el torneo contra aquellos que lo derrotaron.

—¿Y qué hay con eso?

—Si me das tu palabra de que lo ayudarás a vencer, abriré las puertas.

—Por el Sagrado Corazón de Jesús —gritó él, exasperado—. Están abiertas las fauces del infierno y tú regateas.

—Es imposible convivir con él cuando pierde, señor. ¿Me das tu palabra?

—Sí, claro que sí. Ahora vámonos.

—No podemos hasta que sepas lo que debes hacer.

—Entonces dímelo... rápido. Esos cuatro demonios pueden venir en cualquier momento.

—Oh, no creo que muy pronto, señor. Están concentradas en la cocina y están sorbiendo ese ingrediente mágico que viene de las Indias o Cipango o de algún lugar distante. Un ermitaño le dijo a mi padre que es la sangre maligna de las amapolas blancas...

—Doncella... —dijo él—, ¿qué me importa de quién es esa sangre?

—Bueno, lo que pasa es que al poco tiempo causa sueño. Creo que las reinas se dormirán.

Lanzarote suspiró, derrotado.

—Discutir con una muchacha cuando se empeña en algo es tan vano como pretender que una bellota se convierta en árbol. Muy bien, querida, hablemos con toda la pachorra que te caracteriza. ¿Cuál es el nombre de tu padre?

—Señor, él es sir Bagdemagus, y sufrió una dura derrota en el último torneo.

—Conozco bien a tu padre —dijo Lanzarote—, un buen y noble caballero, y a fe mía que tanto a él como a ti les prestaré mis servicios.

—Gracias, señor. Ahora debes saber que a diez millas al oeste hay una abadía de carmelitanas. Ve allí y espérame, y yo llevaré a mi padre.

—Lo prometo por mi honor de caballero —dijo Lanzarote—. Ahora vámonos de aquí. Dime, ¿es de día o de noche?

—De noche, señor. Ahora debemos tantear el camino por los corredores y las escaleras. Dame la mano, porque si nos extraviamos en esta colmena estamos perdidos.

Abrió doce cerrojos y doce puertas, doce quejumbrosas puertas, y en la sala de guardia lo ayudó a armarse, como correspondía a la hija de un caballero. Le trajo el caballo, y acarició al animal mientras él lo ensillaba. Luego Lanzarote montó y le dijo:

—Doncella, por la Gracia de Dios que no he de fallarte.

Cruzó las puertas del castillo y los cascos retumbaron sobre el puente levadizo. Se volvió para despedirse, pero no había ningún castillo... sólo el cielo constelado de estrellas y el viento del este que mecía las hierbas de la amurallada colina y el chillido estremecedor de un búho de largas orejas que cazaba topos en el pastizal. Entonces Lanzarote buscó la entrada a la meseta fortificada, y sus ojos, habituados a la oscuridad de la celda, vieron con claridad a la luz de las estrellas. Atravesó las fosas y descendió a la planicie. Como no encontró ninguna ruta o sendero, se dirigió rumbo a lo que él creyó era el oeste.

Cabalgó muchas horas, hasta que empezó a cabecear a causa de la fatiga producida por la tensión y el mortal peligro que acababa de sortear, y al fin vio un pabellón alzado bajo un árbol y hacia allí enfiló su montura. Saludó en voz alta para prevenir cortésmente a su dueño, y como no recibió respuesta, se apeó y miró adentro. Vio un catre mullido y perfumado, sin ningún ocupante.

—Dormiré aquí —resolvió—. Nadie va a negarme un poco de reposo. —Sujetó a su caballo para que pastara

en las cercanías. Luego se quitó la armadura y dejó la espada a mano. Se tendió en el catre y se durmió casi instantáneamente. Y por un tiempo siguió un camino que se internaba en penumbrosas e inexploradas cavernas, pero luego emergió de ellas para atravesar los bosques y prados de sus memorias y sus deseos. Y entonces le pareció que una hermosa mujer yacía con él, besándolo y abrazándolo con ansia y voluptuosidad, y el caballero siguió dichosamente el curso de su sueño, devolviendo cada beso con un beso y cada abrazo con exploratorias caricias hasta que la ansiedad lo trasladó a la superficie del sueño y sintió una hirsuta mejilla contra la oreja y un musculoso brazo alrededor de la cintura. Entonces brincó del lecho con un grito de guerra, buscando la espada, y su compañero saltó detrás de él, y los dos se trabaron en lucha, con forcejeos y mordiscos, rodando, pateándose, bailando como gatos. El ardor de la pelea los llevó a los tumbos fuera de la tienda, mientras el alba despuntaba hacia el este. En eso Lanzarote apresó la garganta de su rival con la ferocidad de un bull-dog y apretó con todas sus fuerzas para arrancarle la vida, hasta que los ojos hinchados, la gruesa lengua que sobresalía y las manos que tanteaban desesperadamente al aire proclamaron la rendición.

Lanzarote se apartó y se sentó, jadeante.

—¿Qué clase de monstruo eres —preguntó—, que acaricias lascivamente a un caballero dormido? Habla... ¿qué estás haciendo aquí?

—No puedo —dijo el otro, masajeándose con las manos la garganta dolorida. Y luego graznó—: Estoy aquí porque el pabellón es mío. Pensé que mi amada estaba esperándome. ¿Qué hacías en mi lecho?

—Lo encontré vacío y me eché a descansar.

—¿Entonces por qué, si no esperabas a una mujer, respondiste a mis abrazos?

—Tuve un sueño —dijo Lanzarote.

—Eso lo comprendo —dijo el que había sido su oponente—, ¿pero entonces por qué me atacaste al despertar del sueño?

—No es lo habitual que el vencedor de una pelea le dé explicaciones al perdedor —dijo Lanzarote—. No obstante, lamento haberte lastimado. Pero debes saber que últimamente he sido víctima de extraños y terribles encantamientos. Y hechos semejantes incitan a la mente a desconfiar de todo. Cuando desperté para encontrarme con un barbado reptil que me besaba, pensé que se trataba de nuevas y viles hechicerías y luché para librarme de ellas. ¿Cómo está ahora tu garganta?

—Como el cogote de un ganso cuando lo retuercen para Navidad.

—¿Crees lo que digo?

—¿Sobre los encantamientos? No me queda alternativa. Nada puedo decir hasta que esté otra vez en condiciones de luchar.

—Vamos —dijo Lanzarote—, déjame empapar un paño en agua fría y envolverte la garganta. Mi madre lo hacía cuando yo tenía el cuello duro, y servía para aplacar el dolor.

Y mientras Lanzarote envolvía con la cataplasma fría la garganta de su reciente adversario, se abrió la puerta de la tienda y entró una dama hermosa y encantadora, quien al verlos exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Qué le has hecho a mi señor sir Bellias?

Lanzarote no supo qué decir, pero sir Bellias declaró:

—Supongo que tú deberás contárselo. Yo no puedo.

Entonces Lanzarote, no sin tartamudeos e interrupciones, refirió cuanto había pasado.

—Sería vergonzoso —comentó la dama— si no fuera tan cómico.

—No lo culpes, mi amor —graznó sir Bellias—. Como ves, ha intentado hacer las paces con una cataplasma fría para aplacarme el dolor.

La dama no había dejado de observar al caballero, y de pronto dijo:

—¿Tú no eres sir Lanzarote?

—Así es, mi señora.

—Me pareció conocerte, señor, pues muchas veces te

he visto en la corte del rey Arturo. Es un honor, señor.

—Ojalá las circunstancias hubiesen sido distintas, señora.

Ella se tocó los dientes con aire pensativo.

—Sólo una cosa me preocupa, señor, y se relaciona con tu honra.

—¿En qué se ve afectada mi honra?

—De hecho, en nada, pero debemos tener sumo cuidado de que esta historia no se difunda, pues de lo contrario las risas repicarían como campanadas por todo el mundo y las caballerescas hazañas de Lanzarote se derrumbarían frente al infortunado episodio que Lanzarote vivió en el lecho. Ante todo hay que proteger a la reina.

Lanzarote palideció.

—Puedo confiar en vosotros, y nadie más lo vio.

—Sí, es verdad —dijo ella, y luego, al cabo de un rato—: Cambiemos de tema y olvidemos lo pasado. ¿Estarás en la corte, señor, durante la próxima fiesta?

—Si Dios quiere, señora.

—También nosotros, señor. Debo decirte que sir Bellias largamente ha deseado ser caballero de la Tabla Redonda. Tú tienes peso en la corte. ¿Crees que podrás interceder ante el rey para favorecer a mi señor?

Lanzarote la miró y se rindió grácilmente.

—Nada puedo prometerte, pero si sir Bellias demuestra su valía en el torneo, con todo gusto abogaré por su causa.

—Ésa es una promesa digna y caballeresca —dijo la dama.

—Cada vez que hablo con una dama —dijo Lanzarote—, me encuentro con una promesa entre manos. ¿Conocéis alguna abadía en los alrededores?

—Por cierto, señor. Hay que dirigirse al este, rumbo al sol. ¿Por qué lo preguntas?

—Otra promesa —dijo desconsoladamente Lanzarote. Se armó con lentitud, y cuando estuvo a punto de partir le dijo a la dama—: Te suplico no olvides tu promesa.

—¿La mía? ¿Qué promesa?

—Acerca... acerca del...

—¡Oh! Por supuesto —exclamó—. No lo olvidaré. Quiero decir, no lo recordaré. Y sir Bellias jurará por su honra como caballero de la Tabla Redonda. Nadie viola ese juramento.

Lanzarote no tuvo mayor dificultad en hallar el camino, una excelente carretera con pavimento de piedra, más alta al medio que a los costados. Y a ambos lados había zanjas para desagotar el agua de lluvia. El camino se internaba como una lanza por un terreno desigual, sin desviarse por nada, y el paisaje cambiaba con la marcha. Los campos eran prolijos y cultivados, circundados por setos podados con pulcritud. Era la época de recolectar el heno. Filas de hombres en harapos avanzaban por el campo con sus guadañas, seguidos por un capataz que iba de un extremo a otro de la línea, manteniéndola derecha y azuzando a los rezagados con una vara larga y delgada que silbaba como las alas de una paloma silvestre. Y pronto encontró conejeras, palomares, corrales de ovejas, y luego pequeñas casas sobre ruedas rodeadas de gallinas que picoteaban y vacas que pacían. Vio a la distancia los muros de la abadía, recién blanqueada y reluciente bajo el sol de la mañana, y cerca de ella estanques donde pululaban carpas y toda clase de peces, y cisnes semiocultos por una maraña de juncos. Cerca de los muros de la abadía había árboles frutales perfectamente alineados, y filas de colmenas de bálago de donde salía el sofocado zumbido de las laboriosas legiones. Un ligero riacho bañaba los muros y en un embalse cercano se erguía un molino cuya rueda giraba lenta y majestuosa con la corriente y a cuyas puertas se apiñaban los sacos de grano. Y por todas partes abejas, conejos, palomas, peces, árboles, diques y hombres empeñados en una permanente faena para producir comida y más comida para los enormes graneros de la abadía, cuyas enormes puertas estaban custodiadas por símbolos sagrados que pendían sobre ellas como trampas destinadas

a impedir el robo. Era una agitada y próspera factoría cuyos depósitos rebosaban de abundancia.

Cuando se acercó al muro, el caballero vio una voluminosa puerta doble que a su vez tenía un pequeño portón con una minúscula abertura. Todas estaban cerradas, pero encima había colgada una campana con una cuerda. Saltó de la montura e hizo sonar la campana. El ventanuco se abrió y despidió una pequeña rodaja de pan que le golpeó el escudo y cayó al suelo. Lanzarote miró el pan gris y polvoriento, y acaso porque no había comido ni descansado, su cólera estalló. Invirtió la lanza y golpeó la puerta con el cabo hasta que el eco de los golpes reverberó en toda la abadía.

Volvieron a abrir el ventanuco y luego abrieron la puerta y se asomó una monjita con cara de tortuga.

—Perdón, mi señor —exclamó—. No sabía. Pensé que era uno de esos peregrinos que saquean los gallineros y conejares, de modo que nos obligan a cuidarnos de los hombres, Dios nos salve, Dios los salve a todos. En seguida te abro la puerta, noble señor.

Alzó las trancas y abrió las puertas, y Lanzarote entró sin golpearla o sin siquiera arrojarle una maldición al pasar. Y no transcurrió mucho tiempo sin que estuviera sentado en un grato aposento con la abadesa, una mujer enorme con las mejillas surcadas por ínfimas venas, la boca como una fresa partida y ojos serenos y vigilantes. Ahuyentó a una bandada de monjas, que se alejaron aleteando como gallinas.

—La doncella no ha llegado, señor —le dijo—. Ni su padre. Pero serán bienvenidos, y puedes esperarlos aquí. Te haré preparar un cuarto.

Su segundo sentido le advirtió a Lanzarote que, pese a las sonrisas, la abadesa no le tenía simpatía.

—Debo mis servicios a esa doncella y su padre —dijo—. Ella me liberó de cuatro maléficas hechiceras.

—Muy bien —dijo ella—. Claro que hubiera sido más apropiado, señor, que apelaras a la Iglesia.

—Aún estaría allí, señora. La Iglesia no estaba a mano.

—No obstante, habría sido lo apropiado. La Iglesia está organizada para hacer estas cosas, para hacer muchas cosas. Pero últimamente hemos visto hacer e intentar muchas cosas que más valdría dejar en nuestras manos más expertas. No tengo costumbre de ser oscura, señor. Me refiero a los caballeros andantes que actualmente pululan por el campo en nombre del rey. Esto no traerá nada bueno. Espero que hagas llegar esta opinión a su majestad. —Se acarició las manos enormes, con sus dedos que parecían armas, guarnecidos de anillos erizados de piedras.

—Ya estoy enterado de ello —dijo Lanzarote—. Cumple varios propósitos. Mantiene a los jóvenes caballeros capacitados para la guerra, les enseña la justicia, dominio de sí y, en cuanto al gobierno, detiene las revueltas menores, ¿y qué crimen más importante que las pequeñas rebeliones? Y en último término, y quizá lo más importante, no sólo refuerza la autoridad del rey en lugares distantes, sino que lo mantiene informado de la salud de su reino.

—Es posible, señor —dijo ella—. Pero también interfiere en los actos de quienes durante largo tiempo se han encargado de estos asuntos. No hace falta que nos enseñen a colgar a nuestra propia gente. Pero cuando se altera la recaudación de rentas, gravámenes y tributos en nombre de la justicia, no sólo se altera el equilibrio, sino que se inspira inquietud y aun abierta rebelión. El gobierno del rey no debería estimular cambios indeseables para aquellos en quienes recaen. Habrá problemas, te lo aseguro. Y puedes mencionarle mi opinión al rey.

—¿Pero si los males siguen sin enmendar, señora?

—Comprende —estalló la abadesa—, yo no digo que la intención sea mala... sólo mal orientada. Los caballeros se las ven con fuerzas que ellos no entienden. En este mundo, los mejores propósitos pueden tener un fin diabólico. Podría suministrar ejemplos.

—Pero debo insistir, señora, si los abusos no son corregidos por las autoridades en cuyas manos...

—Un segundo, caballero —dijo ella, entrecerrando los ojos fríos—. No creo que ni el más irresponsable de los

caballeros andantes se atreva a negar que el mundo fue creado por Dios Padre.

—Por cierto que no, señora. Al contrario, si...

—¿Y todas las cosas que hay en él, señor?

—Por supuesto.

—¿Entonces no puede ocurrir que erradicar lo que se ha creado sea desagradable para Dios? Ustedes lo ven desde un punto de vista erróneo. Los así llamados males del mundo bien pueden existir para penitencia y castigo.

—Señora abadesa —protestó el caballero—, no debes pensar que me atrevería a discutir contigo sobre asuntos sagrados. Eso es impensable.

—Bien —dijo ella—, al fin un poco de humildad. —Respiró pesadamente, y sus mejillas, que habían enrojecido ferozmente, parecieron desinflarse y achatarse como una tortilla.

—¿No opondrías objeciones, entonces, si los caballeros andantes se limitasen a los dragones, los gigantes y los hechiceros?

Ella agitó la mano con un gesto melancólico.

—La vida es de por sí bastante fea y difícil —dijo—. ¿Por qué se obstinan en buscar cosas desagradables, feas y malignas para conmovernos y entristecernos? ¿Qué tienen de malo esas justas y torneos de los viejos tiempos? A nuestros padres les sirvieron de mucho.

Una nube de ansiosos mensajeros zumbó en los oídos de Lanzarote, y él los escuchó y decidió contenerse, pues de esta mente bien pertrechada no podía esperar sino respuestas contrarias.

—Es muy cierto —dijo—. Ahora lo comprendo. Lo lamento, señora.

Finalmente ella sonrió con su boca de fresa.

—No tiene mayor importancia —declaró—. No hay vasija de Dios que, una vez rota, no pueda encolarse con un poco de penitencia.

Lanzarote sólo sentía una mórbida tristeza, y deseó no ser tan ignorante.

—Quisiera descansar, señora. El próximo martes debo luchar.

Ella palmeó las manos.

—Estaré presente para verte, señor —exclamó la abadesa—. Una compañía tan distinguida, un porte militar tan apropiado. El martes pasado murieron cincuenta caballeros. Con un brazo tan renombrado como el tuyo, el próximo será mejor todavía.

Lanzarote fue a descansar al cuarto que le habían preparado, vencido por la fatiga y la confusión. No podía luchar con ferocidad contra hombres a los que amaba, y amaba a muchos de ellos. Pero cuando sonara la trompeta, sería capaz de matar a cualquiera. No tenía ganas de meditar al respecto. Por un rato un golpeteo le impidió conciliar el sueño, pues estaban reemplazando unos tablones viejos en la horca que había junto a la capilla, ya que la abadía gozaba de derechos y deberes feudales a la vez que espirituales. Pero no tardó en dormirse y en soñar con Ginebra, la reina de mesurados gestos, a quien en sueños le confirmó que la serviría mientras viviera. Y soñó que ella se reclinaba sobre él, diciéndole: "No puedes rehacer el mundo. Muy poco es lo que puedes hacer para rehacerte siquiera a ti mismo".

Y en su sueño se vio rodeado por un andamiaje. Se quitaba ladrillos del cuello y los hombros y los reemplazaba por otros, cubiertos de mezcla pero con aspecto de nuevos. Hasta él comprendió lo cómico de la escena y rió sin despertarse.

Sir Bagdemagus llegó a la abadía seguido por una nube de caballeros vestidos de hierro y circundado por un colorido enjambre de encantadoras damas. Y después de los saludos, los abrazos y los besos, y después de podar por completo el árbol de los elogios y de contar una y otra vez el rescate emprendido por la doncella, quien no cesaba de sonrojarse ahuyentando las alabanzas con menudos gestos, su padre y Lanzarote fueron aparte y Bagdemagus le dijo:

—No tengo palabras para agradecerte que me ayudes el próximo martes.

—Tu hija me comentó, señor, que pasaste un mal momento.

—Me derrotaron por completo —dijo honestamente el caballero—. Al parecer, no podía acertar un solo lanzazo. Y ahora tengo que enfrentar a los mismos campeones y todavía me duelen los huesos de la tunda que me dieron.

—¿Es verdad que algunos de los caballeros del rey Arturo pusieron la suerte en tu contra?

—Es verdad. Son demonios peleando. Cuando pienso que tengo que volver a enfrentarlos, mi corazón tiembla como el de un niño atemorizado.

—¿Quiénes son esos caballeros, señor?

—Bueno, los conduce el rey de Gales del Norte.

—Conozco a su mujer —dijo Lanzarote.

—Ella no está aquí. Fue en peregrinación a Nuestra Señora de Walsingham. Y creo que los más temibles eran sir Mador de la Porte, sir Mordred y sir Galatine.

—Hombres de valía —dijo Lanzarote—. Pero hay una dificultad. No querrán luchar conmigo.

—¿Por qué no?

—Varias veces los derroté y rechazaban las listas que me incluían. Por eso salí en busca de aventuras. No podía encontrar oponentes.

—Ésa es una mala noticia —dijo sir Bagdemagus—. Pero si apareces junto a mí en las listas y rehúsan presentarse, perderán por estar ausentes. Prefiero tener una victoria así a no tener ninguna.

—Oh, pero no rehusarán —dijo Lanzarote—. Nunca lo hacen. Se alejarán para atender alguna ocupación, o estarán enfermos, o algún juramento les impedirá tomar las armas. Sé cómo suelen actuar. Lo lamento, señor. Me gustaría volver a chocar lanzas con Mordred. Nunca me cayó bien. No me inspira ninguna confianza.

—¿Es verdad que es hijo del rey?

—Así se rumorea. Tú sabes cuántos rumores circulan en la corte. Si el rey tuviera tantos hijos como se comenta, no tendría tiempo para gobernar. Bien se dice que si son príncipes todos los que reclaman para su emblema la banda siniestra, las comadronas estarían mucho más ocupadas.

—¿Y qué ocurriría si usas un nuevo emblema? Hay demasiados que conocen el escudo de sir Lanzarote.

—Son demasiado listos para eso. Verían que hay un caballero desconocido detrás de la barrera y me reconocerían por el modo de montar a caballo. No son tontos. —Se tocó la sien con el cuchillo que utilizaba para cortar la carne.— ¿Hay algún refugio cerca de la palestra, alguna maleza o matorral?

—Sí... hay un bosquecillo de hayas. ¿Por qué?

—Bien, pensaba que si hay más de un caballero desconocido, eso podría desconcertarlos. Y si, digamos, cuatro de nosotros se ocultan hasta después que suenen las trompetas, no podrían retirarse. En cuanto los heraldos anuncien la lid, no pueden volverse atrás.

—Es verdad —dijo sir Bagdemagus—. ¿Cuántos caballeros deseas?

—Mándame cuatro de los mejores. Yo seré el quinto. Y que me traigan cinco armaduras blancas con escudo blanco sin ningún emblema. Al principio pueden creer que somos neófitos ansiosos de ganar una insignia.

—De acuerdo.

—Y mándamelos en seguida. Debo instruir a mis caballeros y ejercitarlos, para que luchemos como un solo hombre.

Y así se hizo sin tardanza alguna.

El martes, mientras las damas se apiñaban en los estrados como moscas de color en una torta de grosellas, sir Mordred y sus secuaces lucharon al frente de sus hombres, derribando jinetes a diestro y siniestro. De pronto, cinco jinetes blancos surgieron del bosquecillo y atacaron como un rayo blanco luego retrocedieron conjuntamente y volvieron a atacar, y así una y otra vez. Luego Lanzarote enfrentó animosamente a sus enemigos personales. Sir Mador, que fue el primero en caer, se rompió la cadera. Luego volaron sir Mordred y su silla, y al dar contra el suelo el yelmo se le enterró hasta los hombros. Galatine recibió un golpe tan fuerte en la cabeza que le brotó sangre de los oídos, la nariz y los ojos, y su montura se alejó al galope con él a cuestas, porque no podía

secarse los ojos y ver hacia dónde volver grupas. Entretanto, Lanzarote desmontó a doce caballeros con una sola lanza. Luego tomó otra y derribó a doce más, mientras sus blancos camaradas, ensoberbecidos por el triunfo, luchaban mejor que nunca. No hubo necesidad de tocar la trompeta de paz. Antes que sonara, los hombres del rey de Gales del Norte se habían ido, y sir Bagdemagus quedó dueño del campo y del galardón.

Y reía y gritaba de dicha al ver reparada su honra y acrecentada su fama.

Condujo a Lanzarote a su castillo, hablando todo el tiempo y palmeando con tanto entusiasmo el espaldar de su campeón que el ruido metálico ahogaba sus palabras. En el castillo le ofrecieron innúmeros presentes —caballos, perros, vestiduras y joyas— y Bagdemagus agotó su repertorio de alabanzas e incitó a su hija a que hiciera lo propio. Le rogaron a Lanzarote que permaneciera con ellos, que residiera con ellos, que viviera con ellos toda la vida. Lanzarote aguardó con una sonrisa a que la ronquera y el cansancio de su anfitrión le permitieran aclarar que debía partir en busca de su sobrino Lyonel.

Entonces Bagdemagus se ofreció a acompañarlo, a mandar a su hija, a sus hijos, a todo su séquito. Ordenó brindar a la salud de sir Lanzarote con hidromiel, en esos cuernos que es necesario vaciar para poder sostenerlos. Nadie se atrevió a rehusar con la sola excepción de Lanzarote, quien alegó que le producía vómitos.

Y por la mañana se alejó de un silencioso castillo gobernado por el sueño y el dolor de cabeza, regido por el hidromiel.

Lanzarote no creía haberse alejado en exceso del manzano donde habían comenzado sus aventuras. Como deseaba buscar a Lyonel, procuró volver al sitio donde lo había perdido. Encontró la carretera romana y siguió por ella hasta cruzarse con una doncella a lomos de un palafrén blanco cubierto por una red y campanillas rojas para ahuyentar las moscas, a la manera andaluza.

—¿Te encuentras bien, caballero? —preguntó ella.

—Estaré mejor cuando encuentre a mi sobrino, sir

Lyonel. Se escapó mientras yo dormía y anda perdido.

—Si él es tu sobrino, tú debes ser Lanzarote del Lago.

—Así es, mi señora. ¿Tienes noticias de algún combate en las cercanías?

—Acaso pueda ayudarte, señor —dijo ella, dirigiéndole una mirada astuta—. Hay un castillo que pertenece a Tarquino, el caballero más aguerrido de esta comarca. Él libra una guerra personal contra los caballeros del rey Arturo, y se dice que ha dado muerte a algunos y que ha tomado unos sesenta prisioneros.

—Debe de ser buen lancero.

—Lo es. Y a las puertas de su castillo exhibe los escudos de sus prisioneros.

—¡Ah! —exclamó Lanzarote—. ¿Hay algún escudo con un gallo por insignia?

—Me parece haberlo visto, señor, pero hay gran variedad de pájaros, animales, serpientes y monstruos nunca vistos o mencionados como no sea en el África. Creo que había un gallo.

—¿Con las alas abiertas... cacareando?

—Estoy casi segura de que sí, señor.

—Hermosa doncella, llévame allí, por cortesía.

Ella lo midió con los ojos y eligió cuidadosamente las palabras.

—Si se tratara de otro que no fueses tú no te llevaría a la muerte —dijo—. Tampoco te pediría una gracia, segura de que no sobrevivirías. Pero tratándose de Lanzarote, me atrevo a hacer ambas cosas. Cuando hayas terminado de luchar con Tarquino, ¿me prometes realizar un servicio, por tu honra de caballero?

—Si no hiciera esa promesa, ¿no me llevarías?

—Debo encontrar un buen caballero capaz de ayudarme, señor.

—Ya veo. Parece que no hay doncella en el mundo sin problemas cuya solución no implique hacerme arriesgar el pellejo.

—¿No has jurado proteger a las damas y doncellas?

—Por cierto que sí. Pero a veces quisiera no tener que rendir tributo a mi juramento con tanta frecuencia.

—Somos criaturas desvalidas —dijo ella con voz recatada—, y dependemos del fuerte brazo de los hombres.

—Ojalá yo fuera tan desvalido —dijo Lanzarote—. Muy bien, querida mía, lo prometo por mi honra. Llévame al castillo.

Al cabo de una hora llegaron a una casa señorial con puertas y murallas, que se alzaba junto a un arroyo. Y sobre la puerta cerrada Lanzarote descubrió el escudo de Lyonel. De una cadena sujeta a un árbol pendía una gran jofaina de bronce que hacía las veces de alarma. Lanzarote golpeó la jofaina con la lanza, pero las puertas permanecieron cerradas y la casa en completo silencio. Llevó a su caballo a beber al arroyuelo; luego volvió y golpeó nuevamente el bronce, cabalgando de un lado a otro frente a las puertas y montando en cólera.

—Quizás haya salido —dijo la doncella—. A veces permanece al acecho en la carretera.

—Pareces conocerlo bien.

—Así es, señor. Todos lo conocemos. A las damas no les causa daño alguno, sólo a los caballeros de Arturo.

—¿Por qué no le pides a él que te preste sus servicios? —refunfuñó Lanzarote.

—Porque a las damas tampoco les presta servicio alguno.

—Quizá sea más sabio que yo —dijo Lanzarote enfurecido, y se dirigió a la jofaina y la golpeó con tal fuerza que le arrancó el fondo.

—No es necesario que pierdas los estribos, señor —dijo la doncella—. Él regresará y nunca ha rehusado luchar con nadie. Me parece verlo acercarse.

Sir Tarquino se acercaba al galope, precedido por un corcel al que había sujeto un caballero herido. Y en el escudo que colgaba del arzón de la silla, Lanzarote distinguió la insignia de sir Gaheris, el hermano de Gawain.

Tarquino contuvo las riendas al ver a un hombre armado frente a su casa y la jofaina rota meciéndose al viento.

—Noble caballero —dijo Lanzarote—, deja que ese hombre herido descanse un poco en tierra. Me han co-

mentado que tienes algún encono contra los caballeros de la Tabla Redonda.

—Si eres parte de esa maldita cofradía, bienvenido seas —gritó Tarquino.

—Es grato que a uno lo reciban así —dijo Lanzarote, y ocupó su sitio en el campo. Y ambos chocaron con tan idéntica fuerza y precisión que los dos caballeros cayeron derribados.

Luego echaron mano a la espada y lucharon a pie, tirando y recibiendo tajos hasta perder el aliento. Por tácito acuerdo descansaron apoyados sobre las espadas. Y cuando pudo hablar, dijo Tarquino:

—Eres el mejor caballero, el más fuerte y templado que me enfrentó jamás, por lo cual te debo mi admiración. Preferiría que fueras mi amigo y no mi enemigo. Sólo hay un hombre en el mundo a quien no puedo perdonar.

—Es grato tener un amigo. ¿Quién es ese caballero que odias?

—Lanzarote del Lago. Mató a mi hermano Carados en la Torre Dolorosa. Y en homenaje a mi odio, ataco, capturo y encarcelo a todos los caballeros de Arturo que encuentre. Pero cuando lo encuentre a Lanzarote, lo mataré o moriré.

—Me parece una triste tontería guerrear contra sus conocidos. ¿Por qué no lo buscas a él? No creo que Lanzarote se niegue a darte una satisfacción.

—Tarde o temprano vendrá a mí —dijo Tarquino—, y preferiría luchar con él en terreno de mi pertenencia y colgar su escudo en mi puerta, encima de los otros. Pero dejemos eso. Hagamos las paces y cenemos como hermanos.

—La oferta es atractiva para un hombre cansado —dijo Lanzarote—. Pero, señor, si tus conocimientos de heráldica estuvieran a la altura de tu odio, habrías observado mi escudo.

Tarquino quedó boquiabierto.

—¿Tú eres Lanzarote?

—Está registrado en la iglesia de Benwick, "hermano":

Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban y la reina Elaine. Si te place, puedo presentarte el árbol genealógico.

—Bienvenido seas —dijo Tarquino con ronca voz. Alzó la espada y se lanzó al combate. Esta vez no hubo descanso, pues este hombre estaba empeñado en matar a su adversario y no daba cuartel. Atacaba, golpeaba y acometía, buscando una brecha.

Lanzarote conocía los peligros de un odio tan reconcentrado, la fuerza sobrehumana, la insensibilidad ante las heridas, pero también conocía las debilidades de quien depone sus tácticas. Dejó brechas abiertas para las estocadas, desviándolas sólo a último momento. Luchó a la defensiva y con escasos movimientos, tratando de vencer por cansancio a su jadeante y obstinado enemigo. Paulatinamente vio que sus pies se arrastraban y oyó su respiración sibilante, y en una breve tregua observó que Tarquino se mecía aturdido. Pero Lanzarote admiraba la grandeza de su adversario, y pensó: "Si no me odiara tanto, tendría más posibilidades de matarme".

Bajó el escudo y contuvo una acometida, luego saltó a un costado y arrojó el escudo bajo los pies vacilantes. Tarquino cayó de bruces y Lanzarote le aplastó la muñeca con el pie, levantó el yelmo y le hundió el acero en la nuca. Sir Tarquino, con una brusca convulsión, murió en el acto bajo el golpe de gracia.

La doncella corrió hacia él con gritos de entusiasmo, y Lanzarote, mirándola con gravedad, se preguntó por qué los mirones solían ser más aguerridos que los protagonistas de la lucha.

—Ahora puedes cumplir tu promesa —exclamó la doncella—. ¿Vendrás conmigo, no es cierto?

—No tengo caballo —dijo Lanzarote—. Ahí yace con el cuello partido.

—Toma el caballo del caballero herido, señor.

Lanzarote caminó hacia Gaheris, cortó sus ligaduras y lo saludó.

—¿Me prestas tu caballo? —le preguntó.

—Por supuesto —dijo Gaheris—. Me has salvado la vida.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

—Entonces entra en esa casa. Encontrarás en ella a muchos cautivos, amigos míos y tuyos. Libéralos y salúdalos de mi parte. Diles que se apoderen de todo lo que deseen y necesiten. Los encontraré en la corte del rey Arturo, en Pentecostés. Y diles que le ofrezcan mis saludos y mis servicios a la reina Ginebra. Deben decirle que están libres en homenaje a ella.

—¿Por qué tienes que irte? —preguntó Gaheris.

—Por esta doncella. Le hice una promesa. Por lo que veo las doncellas no dan puntada sin nudo. Ahora adiós. Y dile a sir Lyonel que otro día emprenderemos nuevas aventuras.

Lanzarote montó y galopó en pos de la doncella.

—Ésa fue una muy hermosa muestra de tu oficio, señor —dijo la doncella—. Bien se dice que eres el mejor caballero del mundo.

—Pronto seré el caballero más harto del mundo —replicó él—. Quizá se deba a que hago promesas sin preguntar qué prometí hacer. Lo sepas o no, Tarquino era un esforzado caballero, y aunque perdió la batalla dejó su huella en mí. Dime qué debo hacer. Quizá convenga que descanse un poco y cuide de mis magullones y heridas.

—Señor —dijo ella—, Tarquino se pasaba la vida atacando y matando caballeros. Pero cerca de aquí hay uno que molesta a las damas y doncellas. Yace al acecho y se lanza sobre las mujeres desprotegidas.

—¿Y después qué les hace? —preguntó Lanzarote.

—Las asalta. —La doncella se sonrojó.— A las jóvenes y bonitas, las somete a su inmunda lascivia.

—¿Es un caballero?

—En efecto, señor.

—Entonces, no debería actuar así. Su juramento lo obliga a proteger a las damas. ¿Te ha mancillado? Tú eres muy bonita.

—Gracias, señor. Hasta ahora me he librado de él, pero debo utilizar ese sendero, y si le enseñas a respetar su juramento, o si lo matas, alegrarás a muchas mujeres. Está al acecho no lejos de aquí, oculto en la espesura al borde del camino.

Lanzarote recapacitó, y luego dijo:

—Cabalgarás delante de mí. Debo ver lo que ocurre.

—¿Desconfías de mí, señor?

—No. Pero he conocido damas que llamaban violación a un beso que no les habían pedido, y otras que hacían una invitación quizá sin darse cuenta, y si era aceptada gritaban que las forzaban.

—Semejante pensamiento es indigno de ti, señor.

—Es posible. Al parecer, destilo pensamientos indignos cuando estoy agotado y me duelen los huesos. Pero mi plan va más lejos. Si el caballero emboscado te viera en compañía de un hombre armado, acaso dudara en atacarte.

—En ese caso, podrías batir el bosque, arrastrarlo fuera y decapitarlo.

—Cuánta sed de sangre, señora mía. Pero en ese caso, verás, ejecutaría a un hombre por delitos que conozco de oídas y temo que no lo haría con convicción. Pero si él tratara de forzarte, mi furia e indignación se aunarían para respaldar a la justicia

—Bien, dicho de ese modo...

—Suena diferente, ¿no es así? Cabalga delante. No te perderé de vista, pero él no me verá ni sospechará la trampa.

—Esa palabra no me gusta —dijo la doncella. Pero apuró a su palafrén, y mientras cabalgaba tomó cintas de sus alforjas y se sujetó el pelo, y un manto de seda verde y resplandeciente para cubrirse, que flotó suntuosamente sobre las grupas del caballo. Y al acercarse al bosque que había junto al camino entonó una dulce canción con voz alta y penetrante.

"Un buen anzuelo", se dijo Lanzarote. Vio cómo la doncella se acercaba a las curvas ramas del bosque, cantando alegremente, y un hombre armado salía al galope,

la aterraba con toda precisión, la arrancaba de la silla y la montaba en la suya. La canción se angostó en un alarido.

Lanzarote galopó hacia ellos, gritando:

—¡Alto, caballero indigno!

El raptor apartó los ojos de su presa y vio al águila que se lanzaba sobre él vestida de hierro. Entonces tiró al suelo a la doncella, quien rodó forcejeando con la capa que la envolvía. El caballero desenvainó la espada y embrazó el escudo, y al verlo, Lanzarote dejó la lanza y desnudó el acero. Un quite y un tajo y el infortunado amante cayó derribado con el cuello abierto hasta la garganta.

La doncella se acercó sacudiéndose el polvo y las briznas de pasto, y miró con desprecio al hombre herido de muerte.

—Ahora tienes el pago que mèreces —exclamó. La vida del caballero se extinguió con una violenta convulsión, y la doncella dijo—: Así como Tarquino procuraba destruir a los buenos caballeros, este hombre pasaba los días deshonrando a damas y doncellas. Su nombre era sir Perys de Foreste Savage.

—Entonces lo conocías —observó Lanzarote.

—Conocía el nombre —dijo ella.

—¿He cumplido con mi promesa? —preguntó él—. ¿Quedo en libertad?

—Con toda mi gratitud. Y con la gratitud de las damas que por doquier celebran tu nombre. Pues tienes fama, entre las bien nacidas, de ser el caballero más valeroso y cortés. Dondequiera que las damas se reúnan para hablar, siempre están de acuerdo en este punto, y también en que tienes una triste y misteriosa carencia... una falta que preocupa a las mujeres.

—¿Cuál es? —preguntó él.

—Nadie ha sabido que jamás amaras a ninguna, mi señor —dijo ella—. Y las damas sostienen que es gran lástima.

—Amo a la reina.

—Sí, de eso se habla mucho, y también de que la

amas como si estuviera tallada en el hielo. Y muchos dicen que te ha encantado para que no puedas amar a ninguna otra, para que no regocijes a ninguna doncella ni a dama alguna entibies con tu amor a causa de ese gélido encantamiento. De ahí que las damas inculpen a la reina por tener en cautiverio algo de lo que no sabe gozar.

En los ojos grises del caballero brilló una plácida sonrisa.

—Es hábito de las mujeres inculpar a las mujeres —dijo—. No puedo inculcarle al mundo lo que debe opinar de mí. Los rumores nacen por sí mismos. Pero a ti puedo decírtelo, y si es tu gusto, puedes decírselo a los demás. Soy un guerrero. Una lanza no está concebida sino para la guerra. Piensa lo mismo de mí. Acaso pensabas que me correspondía una esposa, hijos quizá. Ya tengo suficientes temores sin necesidad de añadirles las calamidades de una preocupación que mellaría mis ímpetus. Mi profesión de soldado me mantiene alejado casi todo el tiempo. De manera que mi esposa, pese a estar casada, no tendría marido, mis hijos no tendrían padre, y nuestra única alegría sería la pesadumbre de la despedida. No. No podría tolerarlo. Un marido guerrero debe estar en dos partes al mismo tiempo. Si está en el lecho, está en la guerra y si está en la guerra, en el lecho, y así dividido, es medio hombre en los dos campos. Mi bravura no alcanza para partirla en dos mitades.

—Pero hay otras formas de amor... —dijo ella con gran dulzura—. Sin duda en la corte has visto...

—Sí, he visto, y no atrajo mi atención. Intrigas, planes, celos, y siempre en perjuicio del uno o del otro. Un mes de ira por el júbilo de un momento, y siempre los celos y las dudas, corrosivos como la lepra. Soy hombre religioso, al menos en cuanto soy consciente del pecado y suscribo los diez mandamientos. Pero si el adulterio, los malos hábitos, la lujuria, no estuvieran severamente condenados por Dios, mi brazo de luchador los condenaría por quitarle las fuerzas. Y si eso no fuera suficiente, considera esto: ¿has conocido alguna vez a un amante feliz?

¿Y debiera yo, por propia voluntad, procurar y construir mi infelicidad? Sería tan estúpido como cruel.

—Los hombres muy fuertes y fogosos no pueden contenerse —dijo la doncella—. El amor los alcanza y sus resistencias se disipan como humo.

—Su fuerza se convierte entonces en su debilidad —dijo Lanzarote—. Y su propia virilidad los vuelve impotentes. ¿Debo escoger eso teniendo otra posibilidad?

—Mi opinión es que no amas a las mujeres... que algo impide...

—Sabía que dirías eso. Estoy harto de palabras. Harás circular el rumor de que yo... no soy un hombre, porque hasta ahora me he sobrepuesto a la mayor debilidad y perplejidad de los hombres.

—Pienso que el encantamiento de la reina ha de ser muy fuerte. Todas decían que lo era, y ahora puedo comprobarlo... —Y sus ojos invitantes sè apagaron y su boca lució amarga como los labios abultados de una niña a quien le roban un dulce.

—Adiós —dijo el caballero—. Y formúlate esta pregunta cuando yo me vaya: si no amo a las mujeres, ¿por qué les consagro mi vida?

—Encantamiento.

—Adiós —dijo él, y al cabalgar alcanzó el palafrén y lo sujetó a un árbol. Pero al cabo desató las riendas y le trajo el caballo a la doncella.

—Gracias —dijo ella sin mirarlo.

—¿Hay algún otro servicio que pueda prestarte?

Ella fijó los ojos en el suelo.

—No se me ocurre ninguno, señor.

—Bien... entonces ¡adiós!

Hizo virar a su caballo y se alejó al trote, y la doncella lo vio irse y sintió tristeza por él.

Ahora Lanzarote cabalgaba a solas a través de húmedas y negras florestas donde siervos de la gleba fugitivos se ocultaban en árboles huecos y angostas cavernas, pero cuando él se aproximaba se disipaban como som-

bras y no respondían a sus llamados. Luego atravesó una comarca pantanosa poblada de juncales altos como su montura y de extensiones de agua sembradas de traicioneras arenas movedizas, donde colonias de patos y cisnes silvestres vivían pacíficamente, elevándose en danzas atronadoras al verlo acercarse. En el agua vio chozas de juncos circulares con techos cónicos, cada una en su pequeña isla, cada una con su piragua. Cuando Lanzarote saludó hacia las chozas, hombres bajos y oscuros le arrojaron proyectiles de barro cocido con sus hondas, con tal fuerza que le abollaron el escudo y le hirieron el caballo. Era una comarca agreste y salvaje, donde el miedo a otros hombres inspiraba a los hombres la ferocidad. Los insustanciales espejismos y los inquietos fuegos fatuos que irradiaban su enigmática luz desde los juncos, eran menos terribles que los forasteros de su propia especie, pues en esta tierra miserable la única propiedad que conocían los seres humanos eran otros seres humanos. El furor de la suspicacia los poseía como un viento helado, y el caballero decidió encaminarse hacia un terreno más alto. En un castillo semiderruido mató a dos gigantes y liberó a sus cautivos y los envió a la reina Ginebra, y luego cabalgó muchos días en busca de aventuras, pero el anuncio de su llegada lo precedía ahuyentando a los caballeros viles y cobardes que solían apostarse frente a los ríos y los desfiladeros, quienes abandonaban el escenario de sus desmanes para ocultarse hasta que pasara Lanzarote, pues nadie se atrevía a romper lanzas con él. Su propia grandeza lo libraba a la soledad y al desamparo. Dormía en cobertizos abandonados por sus propietarios y se alimentaba de los mendrugos, bayas y hollejos que encontraba por el camino.

Now turn we back to yonge Syr Gaherys who rode into the manor of Syr Tarquin slayne by Lancelot. And there he found a yoman porter kepyng many keyes. Than Sir Gaherys threw the porter unto the grounde and toke the keyes frome hym; and hastely he opynde the

preson dore, and there he lette all the presoners oute, and every man lowsed other of their bondys

[Volvamos ahora junto al joven sir Gaheris, quien entró a la morada de Tarquino, el caballero muerto por Lanzarote. Y allí encontró un servidor que oficiaba de portero y tenía muchas llaves. Entonces sir Gaheris derribó al portero y le arrebató las llaves; y apresuróse a abrir la puerta de la prisión, dando libertad a todos los cautivos, quienes unos a otros se aflojaron las ligaduras]

Allí Gaheris encontró a muchos amigos y caballeros de la Tabla Redonda. Les contó que Lanzarote había dado muerte a Tarquino para rescatarlos, y que les ordenaba aguardarlo en la corte del rey Arturo. Hallaron sus monturas en los establos, y en la sala de armas cada uno buscó su armadura, y luego se hartaron de venado en la cocina de Tarquino. Pero sir Lyonel y sir Ector de Marys y sir Kay el Senescal decidieron cabalgar en pos de Lanzarote para secundarlo en sus aventuras, y en cuanto comieron y descansaron partieron en su busca, preguntando en todas partes dónde podían encontrarlo.

Volvamos ahora junto a Lanzarote, quien finalmente llegó a un grato castillo donde encontró una anciana que le dio la bienvenida y le sirvió carne asada, una tarta, y un pastel de cerdo reluciente de especias. La vieja castellana recordaba la corte del rey Uther, en tiempos en que ella era joven y hermosa. Le trajo vino a Lanzarote y le rogó que le dijera cómo era la corte de Arturo, qué admiraban y qué vestían las damas, cómo era la reina y qué decía, y hubiese escuchado al caballero toda la noche si él no le hubiera suplicado permiso para retirarse a dormir. Finalmente lo dejó ir a un acogedor aposento ubicado en la muralla que estaba encima de las puertas del castillo. Y él guardó la armadura en un arcón de roble y se hundió en un blando y profundo lecho de piel de

oveja, blanco, limpio y lanudo, el primer lecho en que dormía desde hacía semanas. Acababa de sumirse en un sueño sin sueños cuando unos golpes brutales y frenéticos retumbaron a las puertas. Brincó fuera de la cama, miró por el ventanal y vio a un caballero atacado por otros tres. El caballero solitario, al tiempo que se defendía, llamaba a las puertas por auxilio. Lanzarote se armó y saltó desde la ventana, lanzándose sorpresivamente sobre los tres atacantes. Los derribó uno tras otro y los hubiese matado si no hubieran suplicado clemencia.

—Sois gente mal nacida —dijo Lanzarote—. No es de caballeros lidiar tres contra uno. Por lo tanto, no os rendiréis a mí sino a este caballero solitario, y luego iréis en su nombre a la corte de Arturo y os entregaréis a la reina.

—Tú eres Lanzarote —exclamó el caballero solitario, alzándose la visera. Era sir Kay, y entonces los dos se abrazaron y se besaron con alegría.

—Señor —dijo entonces uno de los caballeros derrotados—, no queremos rendirnos a sir Kay cuando ya lo dábamos por vencido. Es un honor rendirse a Lanzarote, pero admitir que perdimos un combate contra sir Kay nos convertiría en el hazmerreír de todos.

Lanzarote desenvainó la espada.

—Tenéis una opción —les dijo—. Rendíos a sir Kay o disponeos a morir.

—Bueno, en ese caso, señor...

—En Pascua de Pentecostés —dijo Lanzarote—, os presentaréis a Ginebra diciéndole que sir Kay os envía en calidad de prisioneros.

Luego Lanzarote golpeó las puertas con el pomo de su espada, hasta que le abrieron. Y la anciana se asombró de verlo.

—Pensé que estabais acostado. ¿Cómo llegasteis aquí? —preguntó.

—Estaba en la cama, pero salté por la ventana para darle una mano a este viejo amigo mío. Y lo llevaré a descansar conmigo.

Una vez en el aposento, sir Kay agradeció a su amigo que le hubiese salvado la vida.

—Desde que salí en tu busca, señor, libré una batalla tras otra.

—Qué extraño —dijo Lanzarote—. No encontré ningún oponente durante días.

—Bien, puede ocurrir que los mismos hombres que se romperían el cuello por quebrar lanzas conmigo sean capaces de romperse el cuello con tal de huir de Lanzarote. El emblema de tu escudo incita a cualquiera a recapacitar.

—No había pensado en ello —dijo Lanzarote.

—Amigo mío —dijo sir Kay—, hay algo que quisiera comentarte, si me prometes no enojarte conmigo.

—¿Cómo podría enojarme contigo? —dijo Lanzarote.

—Es algo que me concierne muy profundamente, señor. Desde que te alejaste del rey, ha desfilado un ejército de caballeros derrotados para rendirse a la gracia de la reina. Pronto llegarán a la corte todos los cautivos de las celdas de Tarquino.

—Es mi costumbre —dijo Lanzarote—. A la reina le complace que nobles caballeros se sometan a su arbitrio. ¿Qué tienes en contra de ello?

—Puede que sean nobles, señor, pero sin duda son famélicos. Caen como enjambres de langostas y saquean las alacenas del rey. Si por algo se distingue un caballero derrotado, es por tener más hambre que un vencedor —dijo con tono compungido Kay.

—Es deleite del rey ser hospitalario, señor.

—Eso lo sé. Le gusta prodigar su generosidad... pero el senescal soy yo. Soy yo quien debe administrar esa generosidad y registrar cuanto se consume.

—El rey no es avaro.

—También lo sé. Nunca piensa en ello hasta que no queda ni un mendrugo en el depósito. Entonces me dice: "Kay, no sé adónde van a parar estas cosas. No hace una semana que matamos diez reses y pusimos en salmuera seis partidas de arenques. ¿Estás seguro de que llevas bien la cuenta? ¿Los criados de la cocina no nos estarán robando?" Luego le recuerdo cuántos nobles caballeros se sientan a su mesa, y él dice: "Sí, sí..." y deja de escu-

charme, pero insiste: "Alguna vez tendré que revisar tus cuentas". Ya ves, señor, si tus aventuras continúan por mucho tiempo, tus nobles cautivos nos dejarán en la ruina. Después de rendirse a la reina, se instalan allí y se quedan semanas enteras.

Lanzarote se echó a reír.

—Pobre Kay —dijo—. Los problemas te acosan. ¿Quieres que pregunte a mis enemigos si están bien provistos antes de luchar con ellos?

—No te rías de mí —dijo Kay—. Todos se ríen de mí. Te digo, es algo muy serio. Tus cautivos son capaces de devorar media oveja de una sentada. Y la cerveza. La cerveza corre a raudales. Aunque, por favor, no le digas al rey que te lo mencioné. Se pondría furioso. Él no toma nota del dinero ni de las provisiones hasta que no queda nada, y después me echa la culpa. Kay debe ser mezquino para que el rey pueda ser generoso.

—No lo había pensado —dijo Lanzarote—. Pero no sé qué puedo hacer.

—No son sólo los caballeros —comentó amargamente sir Kay—. Siempre traen escuderos y enanos y doncellas, todos muy voraces, particularmente las doncellas. Puede que sean adorables criaturas, pura gracia y espíritu para ti, pero a mi entender son monstruos insaciables.

—Bien, durmámonos —dijo Lanzarote—. Prometo luchar sólo contra caballeros solitarios y bien alimentados.

—Ahora vuelves a burlarte de mí —dijo Kay—. No te imaginas hasta qué punto debo ingeniármelas. Nadie se acuerda del senescal. Te digo, antes de un festín de Pascua o de Pentecostés no tengo descanso. Nunca hay recompensa alguna, pero si algo falla... Oh, sólo ahí me tienen en cuenta. A veces preferiría ser un pinche de cocina.

—Bien, pero no lo eres, amigo mío. Eres mi querido, amable y concienzudo sir Kay, el senescal más maravilloso que hubo jamás. Te has ganado un nombre para la posteridad merced a los vientres satisfechos de la corte. El mundo bien podría arreglárselas sin mí, pero sin ti no podría estar un solo día, sir Kay.

—Sólo lo dices para complacerme, señor —dijo el senescal—. Pero, sabes, hay una pizca de verdad en lo que dices.

Entonces Lanzarote dejó de sonreír y en sus ojos brilló el asombro.

—¿Por qué estás triste, señor? —preguntó su amigo.

—Triste no... bueno, puede que sí. Se trata de una pregunta. Puede que te parezca ofensiva.

—Conozco lo bastante a mi amigo para estar seguro de que no se atrevería a ofenderme. ¿Cuál es la pregunta?

—Eres hermano de leche del rey.

Kay sonrió.

—Así es. Nos alimentamos del mismo pecho, nos acunaron juntos, compartimos nuestros juegos, juntos cazamos y aprendimos a guerrear. Yo creía que era mi hermano hasta que se reveló que era hijo del rey Uther.

—Sí, lo sé. Y en los primeros años de turbulencia luchaste a su lado como un león. Tu nombre inspiraba terror en los enemigos del rey. Cuando los cinco reyes del norte emprendieron la guerra contra Arturo, mataste a dos de ellos con tus propias manos, y el mismo rey proclamó que tu nombre viviría para siempre.

Los ojos de Kay brillaban.

—Es verdad —dijo en voz baja.

—¿Qué pasó, Kay? ¿Qué pasó contigo? ¿Por qué se burlan de ti? ¿Cómo decayeron tus bríos y te hiciste tímido? ¿Puedes decírmelo? ¿Lo sabes?

Los ojos de Kay brillaban, pero era a causa de las lágrimas, no del orgullo.

—Creo que lo sé —dijo—, pero me pregunto si serías capaz de entenderlo.

—Cuéntame, amigo mío.

—Una piedra de granito capaz de quebrar un martillo por su dureza puede ser desgastada por la erosión de minúsculos granos de arena. Un corazón capaz de afrontar los golpes más adversos del destino puede ser erosionado por los pinchazos de los números, el acecho de los días, las sordas traiciones de la pequeñez, de la

importante pequeñez. A los hombres podía combatirlos, pero los ejércitos de cifras que avanzaban por la página me derrotaron. Piensa en el catorce, XIV, un pequeño dragón de cola ponzoñosa, o en el ciento ocho, CVIII, un ariete minúsculo y destructivo. ¡Si no hubiera sido senescal! Para ti una fiesta es festiva... para mí es un libro de hormigas voraces. Tantas ovejas, tanto pan, tantos odres de vino, ¿no nos olvidamos de la sal? ¿Dónde está el cuerno de unicornio para probar el vino del rey? Faltan dos cisnes. ¿Quién los robó? Para ti la guerra es un combate. Para mí son tantas varas de fresno para hacer lanzas, tantas astas de acero... contar tiendas, cuchillos, arneses de cuero... contar... contar hogazas de pan. Dicen que los paganos inventaron un número que equivale a nada, a un no, que se escribe como una O, una oquedad, un olvido. Podría coserme esa nada al pecho. Mira, ¿viste alguna vez a un hombre dedicado a los números que no se volviera bajo, mezquino, temeroso, con toda su grandeza carcomida por pequeñas cifras, así como las hormigas pueden comerse un dragón muy de a poco y dejar un hato de huesos? Los hombres pueden ser grandes y a la vez falibles... pero los números no fallan nunca. Supongo que es su rectitud implacable, su infalible, sucia y mezquina rectitud lo que nos destruye... burlones y tenaces, nos roen con sus ínfimos dientes hasta que de un hombre no queda más que un picadillo de terrores, muy bien desmenuzados y condimentados con náusea. La herida mortal de un hombre de números es un dolor de vientre que carece de gloria.

—¡Entonces quema tus libros! Rompe tus cuentas y arrójalos al viento desde la torre más alta. Nada puede justificar la destrucción de un hombre.

—¡Ah! Entonces no habría festines; en la guerra no habría lanzas ni comida que posibilitaran la batalla.

—¿Entonces por qué se burlan de ti?

—Porque tengo miedo. Lo llamamos cautela, inteligencia, previsión, madurez mental, un sentido comercial conservador y eficaz... pero no es más que miedo, organizado e invencible. Empezando por las cosas pequeñas,

le he tomado miedo a todo. Para un buen hombre de negocios, el riesgo es un pecado contra la sagrada lógica de los números. Para mí no hay esperanzas. Soy sir Kay el Senescal y mi antigua gloria se ha derrumbado.

—Pobre amigo mío. No puedo comprenderte —dijo Lanzarote.

—Lo sabía. ¿Cómo podrías comprenderme? El escarabajo que vigila la muerte no está mordiéndote las tripas. Ahora déjame dormir. Ésa es mi oquedad, mi cero, mi nada.

Lanzarote permaneció junto al ventanal, contemplando a su amigo con una sonrisa. Cuando Kay comenzó a roncar, se levantó y sigilosamente se quitó la armadura y se puso la de Kay, y tomó el escudo de Kay y, bajando al patio, encontró y ensilló el caballo de Kay. Luego abrió las puertas sin hacer ruido, salió y se internó en la oscuridad.

Y a la mañana, cuando el senescal despertó y notó que faltaba su armadura, se inquietó por un instante, pero luego se echó a reír. "Hoy habrá algunos caballeros tristes —pensó—. Se apiñan como ratas por luchar contra sir Kay. Pero con la armadura de sir Lanzarote cabalgaré en paz, y los hombres, acuciados por el miedo, me rendirán pleitesía."

Lanzarote atravesó una comarca de hermosas campiñas salpicadas de flores amarillentas y entrecruzada de gratos arroyuelos donde las truchas brincaban para cazar moscas o bien nadaban en silencio al acecho de otras truchas.

Junto a un estanque de aguas claras había doncellas lavando ropa y extendiéndola en el prado para que el sol la blanqueara. Vieron pasar al caballero y lo saludaron agitando las vestiduras húmedas recién limpias. Una atrevida muchacha de doce años le trajo una copa de vino de uvas de Corinto y palmeó la grupa del caballo, esperando que le devolvieran la copa.

—Dicen que eres sir Kay —le dijo.

—Así es, jovencita.

—Dicen que Lanzarote anda por aquí.

—Es posible.

—¡Oh! ¿Lo conoces, señor?

—Sí.

—¿Es verdad, señor, que es alto como un pino y que sus ojos destilan llamas?

—No, eso no es verdad. Es sólo un hombre. En algunos aspectos, un hombre muy vulgar.

—¿Es tu amigo?

—Sí, puede decirse que sí.

—Entonces creo que no tienes derecho a decir lo que dijiste.

—¿Qué dije?

—Dijiste que no es alto como un pino y que sus ojos no destilan llamas. Dijiste que era un hombre vulgar.

—En algunos aspectos.

—Si fueras su amigo no lo insultarías cuando no se encuentra aquí para defenderse. Pero tú eres Kay, al fin y al cabo. Quizá no sepas portarte de otro modo. ¡Devuélveme la copa!

—Gracias, jovencita.

—Si lo veo, le contaré a gritos lo que dijiste. Y te ensartará por el cuello con su lanza. Todos saben que es alto como un pino.

—Esos que veo por allá, ¿son pabellones, joven doncella?

—Sí. Pero si eres cauto no te acerques a ellos. Hay allí algunos caballeros que podrían darte un porrazo. Mejor que huyas antes de que te vean.

—¿Crees que es lo más cauto? ¿Son tan buenos caballeros?

—Bueno, no son Lanzarotes, pero podrían tender a sir Kay como ropa limpia en la hierba.

—¿Cómo se llaman?

—Sir Gawter, sir Gilmere y sir Raynold. Por aquí son famosos.

—Si no los provoco, quizá me dejen pasar.

—Oh, no se trata de provocarlos, señor. Permanecen a la espera para chocar lanzas con algún caballero que pase.

—¿Y si pasara Lanzarote?

—Bueno, en ese caso creo que buscarían ocupación en otra parte.

—Bien, supongo que debo correr el riesgo. ¿Si me derribaran, me socorrerías, joven doncella?

—Debo mis servicios a todo auténtico caballero tal como ellos me deben sus servicios a mí. Y tú me has hablado con palabras bellas y corteses. Me han dicho que sir Kay es vano, pomposo y presumido. Pero tú eres un caballero humilde y gentil y todas esas historias son falsas. Cuando hayas caído, te ayudaré a desarmarte y a calmar tu dolor, tal como corresponde a una auténtica doncella.

—*Gramercy* —dijo el caballero—. Te agradezco. Eres una dama joven y cortés.

—Pese a lo mal que puedas manejar tus armas, corregiré toda habladuría que oiga sobre ti, señor, pues pareces un caballero bien hablado. —Y la doncella lo miró alejarse.

Lanzarote se volvió para saludarla con la mano y presenció un curioso espectáculo. La muchacha había enganchado los meñiques en las comisuras de la boca, estirándola a lo ancho; con los dedos mayores se alzaba la nariz contra la cara, mientras los índices proyectaban a los costados el rabillo de los ojos, cuyas miradas se cruzaban sobre el puente de la nariz. Además proyectaba la lengua fuera de la boca, agitándola hacia arriba y hacia abajo. La mano de Lanzarote se detuvo en el aire.

La muchacha aflojó los brazos y con aire despreocupado volvió al estanque.

Lanzarote siguió su camino, pensando: "Debe haber algo que no entiendo en las jóvenes doncellas".

Y lo había. Al llegar al estanque, ella le dio la espalda, porque ese caballero le gustaba y no quería ver cómo lo herían.

Entretanto, Lanzarote pasó junto a tres pabellones de seda alzados cerca de un puente de madera que atravesaba un riacho angosto y profundo. Frente a los pabellones, tres escudos blancos pendían de tres lanzas, y tres

caballeros retozaban perezosamente en la hierba, hasta que el ruido de cascos los puso en guardia.

—Oh, Dios es generoso —dijo sir Gawter—. Miren quién viene... el gran sir Kay. El noble y valeroso sir Kay. Hermanos, tiemblo y se me encoge el corazón, pues debo enfrentarlo aunque me embargue el miedo.

—No... espera —dijeron los demás—. No puedes comerte todos los dulces.

—No puedo dejaros enfrentar a este dragón —exclamó sir Raynold—. Por poca cosa que yo sea, debo combatirlo aunque me cueste la vida.

—Esperad —dijo sir Gilmere—. No puedo dejar que arriesguéis vuestras valiosas vidas. Yo lucharé con él.

—Se irá antes de que podamos decidir a quién le corresponde sacrificarse —dijo sir Gawter—. Veamos... aquí hay tres pajitas. La más corta se lleva el premio.

Y mientras Lanzarote seguía su camino calladamente, juntaron las cabezas para echar suertes. Él cruzó el puente y siguió adelante, pero sir Gawter, el ganador, no tardó en alcanzarlo con un estrepitoso galope, gritándole:

—¡Alto, falso caballero!

Lanzarote contuvo las riendas y lo esperó. Sir Gawter hizo girar su caballo de costado, aguijoneándole el flanco.

—Si no conociera el escudo del orgulloso sir Kay —dijo—, lo conocería por su olor a grasa de cocina. ¿Cómo te atreviste a pasar por nuestro puente?

—¿Es vuestro el puente, joven señor?

—¿Me llamas embustero? Pagarás ese insulto.

—Era sólo una pregunta. No me adueñé de vuestro puente... sólo lo atravesé.

—Ah, así que amenazas tenemos. He oído hablar de tu soberbia, señor. Yo me encargaré de quitártela.

—No estoy amenazándote.

—¿Por qué pasaste sin saludar? ¿Acaso el orgullo te impide saludar a los caballeros ordinarios?

—Procuré evitar una pelea.

—¿Entonces eres cobarde?

—No. Pero no tengo motivos para disputar contigo. Te ruego que me dejes pasar, joven señor.

—Yo te daré motivos para disputar conmigo, entonces. Eres un embustero, un tramposo, un necio, un cobarde, y una deshonra para la orden de la caballería. ¿Ahora tienes motivos para una disputa?

—A un cachorro mal criado hay que darle una paliza, no disputar con él —dijo Lanzarote.

—Acabas de dejar la vida en esas palabras, caballero de cocina sucio de grasa.

Lanzarote lanzó un suspiro.

—Hice todo lo posible para dejarte escapar honrosamente, señor. Soy hombre mesurado, pero hay un límite a mi paciencia.

—Espero que al fin lo hayas alcanzado —gritó sir Gawter—. Defiéndete, si puedes. —Saludó alegremente a sus camaradas, que miraban desde el puente, tomó posición y arremetió. Su lanza se quebró contra el escudo de Lanzarote, y sir Gawter fue alzado en vilo, pescó llevado por la punta de la lanza, y aterrizó de cabeza en una zanja llena de barro. Luego Lanzarote siguió su camino sin decir una palabra.

Sir Raynold y sir Gilmere, que observaban desde el puente, no cabían en sí del asombro.

—¿Qué le ha pasado a sir Kay? —dijeron—. Este caballero no lucha como él.

—Quizás otro caballero mató a sir Kay y se apoderó de su arnés —dijo Gilmere—. En todo caso, debemos luchar con él. Hicimos un reto y no hay vuelta atrás.

Entonces cada uno de ellos lidió con Lanzarote y ambos fueron derribados. Los tres se encontraron jurando que irían a la corte a someterse a la reina como cautivos de sir Kay.

Y, como cuentan los romances franceses y también Malory, además de Caxton y Southey, Sommer y Coneybear, Tennyson, Vinaver y muchos más, Lanzarote del Lago prosiguió la marcha derribando a su paso a un caballero tras otro, y el camino a la corte de Arturo se pobló de caballeros cautivos que iban a entregarse a

Ginebra en nombre de sir Kay. Lanzarote avanzaba alegremente, divirtiéndose con su broma, pero también con la esperanza de que esa nueva fama ayudara a sir Kay a reponerse de su desconsuelo. Y encontró a muchos y distinguidos caballeros de la Tabla Redonda que habían sido prisioneros de sir Tarquino: sir Sagramor le Desyrus, sir Ector de Marys, sir Ewain y sir Gawain. Lidió con todos ellos y a todos los desmontó y, mientras él se alejaba, sir Gawain, que yacía en tierra maltrecho y magullado, habló con los demás.

—Somos unos idiotas —les dijo—. Debo de haber perdido el juicio. ¡Miren cómo conduce su caballo ese caballero! ¡Recordad cómo cabalgaba, inclinado y suelto de cuerpo! Pensad en esa lanza inconmovible, y ante todo recordad cómo saludó con la mano a los caídos. Ahora bien... ¿quién es? ¡Somos unos idiotas!

—Sólo puede ser Lanzarote —exclamaron los demás.

—Por supuesto —dijo Gawain—. Si hubiésemos usado los ojos, nos habríamos ahorrado estos magullones. Ahora, si nos topamos con un caballero con la insignia de Lanzarote, podemos atacarlo confiadamente, y yo, por lo menos, con gusto haré hincar a sir Kay de rodillas.

—Pero entretanto —dijo sir Ewain—, hemos prometido llevarle a la reina nuestras palabras de arrepentimiento, en nombre de sir Kay.

Lanzarote, al continuar la marcha, advirtió un cambio en quienes encontraba. Los caballeros ya no salían apresuradamente a su encuentro para retarlo. Algunos le ofrecían su pacífica cortesía colmada de reverencias, y otros de pronto se veían urgidos a abandonar sus puestos. Los pabellones alzados al borde del camino estaban desiertos, los puentes sin custodia, y no había en los caminos caballeros andantes. Y los hombres pacíficos lo saludaban por su nombre. Más aún, de un modo inexplicable surgían damas y doncellas que clamaban por su ayuda en asuntos extraños e incomprensibles, hablándole de maridos heridos o de tierras arrebatadas por la fuerza. Doncellas contristadas y mancilladas surgían junto al camino con mejillas enrojecidas y ojos cabizbajos,

procurando conmoverlo sin palabras. Y Lanzarote se asombró de que lo reconocieran con la visera baja y el escudo de Kay al hombro. No sabía, ni nunca había necesitado saber, que las palabras pueden cobrar alas de golondrina para volar al corazón de los desiertos.

Acaso un escudero oyó el comentario de Gawain y se lo transmitió a un fraile que pasaba, quien a su vez se lo susurró, junto con la absolución de los pecados, a una muchacha que confesaba, quien se lo contó a su padre en presencia de un juglar que iba a asistir a una boda. Forajidos, esclavos fugitivos, arqueros proscriptos que se arrastraban por el bosque, algún abad con su séquito de monjes bien montados, oyeron y difundieron la noticia en círculos cada vez más amplios. Aun los pájaros y las mariposas, las amarillas avispas, cantaron y gorjearon la nueva hasta que incluso la voz de los relucientes manantiales rumoreó que Lanzarote del Lago andaba a la ventura con el escudo de sir Kay. Enanos, campesinos y carboneros lo saludaban. Y buhoneros con mulas cargadas de baratijas, recolectores de lana con sus grandes sacos de estambre, gallardos comerciantes con mantos de púrpura de la dorada Toscana, todos repetían su nombre al pasar. Es una maravilla y un misterio cómo las palabras cobran alas y baten los campos, y nadie comprende los alcances ilimitados de un susurro.

La índole de sus aventuras cambió. Ya no luchaba alegre y abiertamente. Sólo asuntos oscuros y secretos atraían la atención de Lanzarote, sólo cosas incomprensibles.

Una dama que atendía a un caballero herido requería sangre de un enemigo para salvar la vida de su amante. Curiosas artimañas destinadas a confundirlo.

Oyó un campanilleo y, al alzar los ojos, vio un halcón que volaba entre los árboles, y al pasar junto a un gran olmo, el manojo de cintas que colgaba de sus patas se enredó entre las ramas. Una dama vino corriendo por el camino y le gritó al caballero:

—Por favor, buen Lanzarote, rescata a mi halcón.

—No sé trepar muy bien, señora —replicó él—. Búscate algún rapaz que sepa encaramarse al árbol.

—No puedo —gritó ella despavorida—. Mi marido es un hombre violento y vengativo y ama a este halcón. Si ve que lo perdí, me matará. —Y estalló en sollozos y lanzó pequeños chillidos de temor hasta que Lanzarote se apeó para calmarla.

—Muy bien —dijo apesadumbrado—. Ayúdame a desarmarme. No puedo trepar con la armadura puesta. —Sujetó el caballo al olmo, dejó las armas junto al tronco y, vestido nada más que con sus calzones livianos y una camisa, se encaramó torpemente al árbol, llegó a lo alto del ramaje y atrapó al halcón, ató las cintas de color a una rama podrida y tiró hacia abajo al ave, que se debatía con furia, para que la dama la recibiera.

En eso, de un escondite entre los arbustos salió un caballero con la espada desenvainada, y gritó:

—Ahora, sir Lanzarote, te tengo como quería, desprotegido y sin armas. Ha llegado tu hora, tal como lo planeé.

—Señora, ¿por qué me has traicionado? —la reconvino Lanzarote.

—No hizo sino lo que yo le ordené —dijo el caballero—. Ahora, ¿bajarás para morir, o debo encender el árbol y asfixiarte de humo como a un animal?

—Es vergonzoso —dijo Lanzarote—. Un hombre armado contra uno desnudo.

—Me recobraré de mi vergüenza antes de que te crezca una nueva cabeza, amigo mío. Vamos... ¿bajas, o preparo la fogata?

Lanzarote intentó llegar a un trato.

—Veo que eres un hombre decidido —dijo—. Bajaré. Pon mi armadura a un costado, pero cuelga mi espada del árbol. Luego lucharé contigo, desnudo como estoy. Así, cuando me hayas muerto, podrás decir que fue combatiendo.

El caballero se echó a reír.

—¿Me tomas por idiota? ¿Crees que no sé lo que puedes hacer con una espada? —Y alejó del árbol espada y armadura.

Lanzarote miró desesperadamente alrededor de sí, y

encontró una pequeña rama muerta y la quebró. Luego descendió con lentitud, y al llegar a las ramas más bajas, advirtió que el caballero se había olvidado de alejar a su caballo. Súbitamente Lanzarote saltó sobre el caballo y aterrizó del otro lado.

El caballero le tiró un tajo, pero Lanzarote, refugiándose tras la montura, se defendió con su garrote rudimentario. La hoja de la espada se incrustó en la madera y Lanzarote la arrojó a lo lejos, asestándole a su enemigo un mazazo que lo tendió sin vida.

—Ay de mí —gritó la dama—, ¿por qué has matado a mi esposo?

Lanzarote dejó por un instante de calzarse la armadura.

—No creo que deba responder a esa pregunta, señora mía. Si no fuese un caballero, usaría este garrote contigo, y no para golpearte la cabeza. —Luego montó y se alejó, dando gracias a Dios por encontrarse a salvo.

Mientras cabalgaba, reflexionó con perplejidad y zozobra acerca del hombre que había matado. ¿Por qué aborrecía a tal punto a Lanzarote, que ningún daño le había causado? Era inocente de esas enconadas pasiones que incitan a la gente mezquina a destruir lo que otros admiran, y jamás en la vida había ejercido ese autodesprecio que fuerza a ciertos hombres a vengarse de un mundo sobre el que cargan la culpa de sus propias ineptitudes.

Como la mayor parte de los grandes guerreros, Lanzarote era generoso y cortés. Si era necesario matar, lo hacía con prontitud, sin furia y sin temor. Y como la crueldad, a menos que sea enfermiza, sólo la engendra el miedo, Lanzarote no era cruel. Sólo una cosa podía impulsarlo a una ciega crueldad. No comprendía la traición, porque era incapaz de cometerla. Así, cuando se veía enfrentado a esa enigmática inclinación, Lanzarote quedaba intimidado, y sólo entonces podía ser cruel. Y como las búsquedas caballerescas y las historias que las refieren no son sino ejemplificaciones de las virtudes así como de los vicios caballerescos, sucedió que mientras él seguía su camino oyó los aterrados gritos de una mujer y,

al dirigirse hacia ese lugar, vio a una dama que corría perseguida por un caballero que empuñaba su espada desnuda. Lanzarote interpuso el caballo en el camino del perseguidor, quien vociferó:

—¿Cómo te atreves a interponerte entre un hombre y su esposa? Voy a matarla, según es mi derecho.

—No, no lo harás —dijo Lanzarote—. Vas a luchar conmigo.

—Te conozco, Lanzarote —dijo el hombre—. Esta mujer, mi esposa, me ha traicionado. Es infiel. Estoy en todo derecho de matarla.

—No es así —exclamó la dama—. Es un celoso que come y duerme cegado por sus celos y ve traiciones por todas partes. Tengo un primo, tan joven que podría ser mi hijo, y mi marido está celoso de este niño. Imagina cosas inmundas. Sálvame, Lanzarote, pues mi esposo no tiene misericordia.

—Te protegeré —dijo él.

—Señor —dijo entonces el esposo—, te respeto y haré lo que tú digas.

—¡Oh, ten cuidado, señor! —dijo la mujer—. Lo conozco, y es muy traicionero.

—Estás bajo mi protección, señora. No puede hacerte daño. Ahora sigamos adelante.

Habían andado un trecho, cuando el esposo gritó:

—Mira a tus espaldas. Vienen hombres armados.

Lanzarote se volvió, y en ese momento el hombre brincó sobre su esposa y de un tajo le arrancó la cabeza del cuerpo. Luego escupió e injurió al tronco decapitado.

Entonces, como esa conducta le era ajena y temible, Lanzarote, por lo general un hombre calmo y mesurado, fue presa de la cólera. Desenvainó la espada, con la cara ennegrecida por la ira y los ojos vengativos como los de una serpiente.

El marido se hincó de hinojos y abrazó las rodillas de Lanzarote, llorando y suplicando clemencia, mientras el caballero trataba de apartarlo para hundirle la espada. Pero él sepultó la cabeza entre las piernas de Lanzarote y sollozó como un niño grande.

—Levántate y pelea —rugió Lanzarote.

—No... eres un caballero y te suplico clemencia.

—Escúchame. Me desarmaré. Lucharé en camisa.

—No... clemencia.

—Me ataré un brazo.

—Nunca... ruego clemencia. Has jurado otorgarla.

Y Lanzarote, asqueado por la repugnancia que le causaba este hombre y asqueado por su propia ira, se libró de él y se reclinó contra un árbol, trémulo y afiebrado. La cabeza de la dama, sucia y salpicada de sangre, le sonreía con una mueca desde el camino donde había caído.

—Dime mi castigo. Haré cualquier cosa —gritó el marido—. Pero déjame con vida.

Entonces la crueldad de Lanzarote se enfrió.

—Te lo diré. Debes llevar este cuerpo a tus espaldas y la cabeza en la mano. No lo dejarás jamás, ni de día ni de noche. Cuando llegues a la corte, llévaselo a la reina Ginebra. Aunque a ella le cause repulsión, cuéntale lo que has hecho. La reina enunciará tu castigo.

—Lo prometo por mi honra.

—¡Tu honra! Maldita la hora en que naciste. Pero me obedecerás, porque de lo contrario te perseguiré y te haré pedazos. Ahora recoge el cadáver. No, no lo tiendas sobre el caballo. Cárgatelo a la espalda.

El hombre se alejó pesadamente con el cadáver que se mecía y le abrazaba las espaldas. Y Lanzarote respiró profundamente con la boca abierta para contener el vómito, porque su furia y su crueldad le habían causado náuseas. Tomó asiento bajo un árbol, mientras descendía la noche, sin fuerzas para moverse, sin ánimos para buscar un sitio mejor.

El sendero se pobló de pájaros nocturnos que caminaban sobre la hojarasca en busca de escarabajos, peleando entre sí y parloteando. No le prestaron atención al caballero sentado. Uno de ellos, un caudillo con cucarda y aire mandón avanzó belicosamente hacia el pie calzado de hierro y lo picoteó y alzó los ojos con ferocidad, como si lanzara un reto. Y Lanzarote sonrió porque recordaba haber hecho lo mismo, y posiblemente por las mismas razones.

Como si el desafío no respondido del caudillo hubiese disipado todo recelo, las criaturas pequeñas y silenciosas emergieron del bosque, pero esa pequeñez no significaba que fueran dóciles, sólo cautelosas. Cada una libraba una guerra contra las demás y debía resolver innumerables dificultades con sus congéneres: cuestiones de propiedad, hallazgos de tesoros, faltas de respeto debidas al tamaño, la edad y la fuerza. Ratones y topos, hurones, comadrejas y culebras, pequeñas serpientes, se apresuraron a buscar refugio ante la llegada de la oscuridad. Gobernar a una sola especie ya era bastante difícil. Gobernar a varias era imposible, y siempre lo había sido, pues las criaturas pequeñas no eran pacíficas, amables ni solidarias. Eran tan agresivas y egoístas, tan codiciosas y presumidas, tan deshonestas, pomposas e imprevisibles como los seres humanos, al punto de que resulta arduo discernir cómo llegan siquiera a comer y crecer, por no decir a reproducirse, construir nidos y madrigueras, limpiarse la piel o las plumas, afilarse el pico y las garras, almacenar comida y custodiarla, y todavía tener tiempo para atacar, esquilmar y ultrajar al otro, tomándose cada tanto un descanso para amar y morir.

En la creciente oscuridad, unas especies se escabullían y otras emergían, alternándose para trabajar en la estructura del mundo. El apagado y ensombrecido crepúsculo cedía el campo a los de ojos nocturnos, cazadores delgados y sigilosos, ladrones furtivos, roedores, asesinos agazapados que reían o ululaban, según la especie. Entre los árboles aleteaban los murciélagos con su inquieto vuelo pendular, las voces finas, chillonas y estridentes, los dientes penetrantes. Con ellos sobrevenía el frío nocturno y la oscuridad se aclaraba para mostrar las estrellas. Había tantas vidas alrededor, y todas con sus amigos y enemigos, que Lanzarote se sintió solo y desamparado, y también en él crecieron el frío y la sombra sin que brillara estrella alguna. Era una sensación nueva y extraña, pues jamás había estado solo desde que el mundo había estallado al morir la reina Elaine y él hubo de recomponerlo sin el auxilio del amor. Le temblaba todo el cuerpo, con

ese escozor por el cual todos advierten la señal de que una bruja avanza precedida por olas de encantamientos. Lanzarote cruzó los dedos de ambas manos y se mojó los labios para rezar un padrenuestro en caso necesario. Y supo que la bruja estaba cerca porque las criaturas nocturnas desaparecieron o se congelaron en una inmóvil invisibilidad, y luego oyó los pasos de un ser humano y una cálida voz que cantaba:

No te despiertes, mi amor,
aún no es de día.
Esta noche nunca ha de terminar,
esta noche, mi amor,
nunca ha de terminar,
nunca, nunca, ha de terminar.

La canción se interrumpió. Una doncella se acercó en el pálido anochecer.

—Mi señor —dijo—, oí que me llamabas.

—Yo no llamé, señora.

—Oí una soledad.

—Yo no llamé —dijo él.

Ella se sentó a su lado.

—Sentí como si un hechizo me ofuscara la mente —dijo él—. ¿Eres hechicera?

—Soy lo que Lanzarote desee de mí.

—¿Sabes mi nombre?

—Mejor que ningún otro nombre entre los nombres. Mejor que el nombre de la reina Ginebra.

Él se sobresaltó como un caballo picado por las moscas. Los brazos se le enfriaron.

—¿Qué poder ejerce sobre ti? —preguntó la doncella.

—El poder de una reina a quien he consagrado mis servicios de caballero.

—¿Y tu corazón? ¿También se lo has consagrado?

—Mi corazón es sólo una pequeña máquina de bombeo mi señora —dijo él hurañamente—. Mi corazón permanece en su sitio y hace su trabajo. He sabido de corazones que dejaban su puesto y erraban gimiendo como

almas en pena, de corazones rotos, de corazones plañideros, de corazones divertidos y juguetones, de corazones afanosos y de corazones solitarios. Quizá los haya. El mío es una bomba lenta y fija en su lugar. En el combate se apresura para darme lo que necesito. Nunca habla, nunca falta a su obligación. Mi corazón sólo se dedica a su oficio.

—Quizá no lo escuches —dijo la doncella—. Lo oí desde la distancia diciendo que habías dado término a tus aventuras y que ya debías regresar con Ginebra.

—Entonces debo educarlo: No me gusta que ni siquiera el dedo de mi pie hable a mis espaldas, mucho menos mi corazón. Señora, ¿cuál es tu propósito al cuchichear con mi corazón como los criados junto al pozo? ¿Quién eres? ¿Qué deseas de mí? Si eres una hechicera, tus artes te habrán dicho que tengo los dedos cruzados.

—¿Me has visto alguna vez?

Él se inclinó y la examinó. La noche era cada vez más espesa.

—No... no te recuerdo.

—¿Te parezco hermosa?

—Sí, eres hermosa, muy hermosa, pero puede ser obra de encantamiento. Dime qué deseas. —Había impaciencia en su voz.

Ella se acercó, tanto que sus ojos negros eran vastos y en ellos se reflejaban el cielo nocturno y las estrellas. Entonces sus pupilas temblaron y lagrimearon a causa de su esfuerzo y las estrellas perdieron nitidez y el caballero atisbó las formas de pequeños monstruos que pululaban en el doble cielo que estaba contemplando. Vio un cangrejo que se movía de lado con las pinzas abiertas, y un escorpión con la cola curva, un león y un carnero y peces que nadaban de una constelación a otra. Advirtió que lo invadía la somnolencia.

—¿Qué ves? —preguntó ella con dulzura.

—Los signos de los hechiceros para predecir la fortuna.

—Bien. Ahora mira tu fortuna.

Sus ojos se convirtieron en un estanque de aguas negras y turbulentas en cuyo fondo se formó un rostro que

ascendió a la superficie y adquirió nitidez: un rostro limpio y delineado, la barbilla bien recortada, ojos fríos y vigilantes, y una boca fuerte y abultada que se estiraba en las comisuras con aire divertido. Luego un párpado bajó por un instante, la boca se partió y los labios se movieron como en un susurro... después la cara adquirió la rigidez de una cara pintada, de la representación de una cara. Los ojos fríos parecían esculpidos; las cejas, minúsculos cortes de cincel.

—Ves una cara —dijo la tenue voz.

—Veo una cara.

—¿La reconoces?

—Sí.

—¿Es clara?

—Mucho.

Ella jadeó por el esfuerzo.

—Mira fijamente, señor. Ahí está tu destino, para toda la vida... tu amor, tu único amor.

—No puede ser.

—Sí. Y ofrezco las gracias a las criaturas del aire y el fuego y el agua, los buenos auxiliares. Ahora puedes recobrarte de la visión. Está fijada para siempre y no puede cambiar. Te has vuelto mío... esposo, amante, esclavo. Recóbrate del hechizo, mi amor.

—No creo haber estado bajo un hechizo, mi señora.

—Eso parece en cuanto se quiebra. Quizá nunca recuerdes lo que has visto, pero sé que has visto mi cara y que eres mío.

Entonces Lanzarote fijó en ella unos ojos penetrantes y se sintió hondamente perturbado, pues veía a una pobre muchacha que había perdido el juicio tratando de mover el mundo con una brizna de paja. Se preguntó si no correspondía darle la razón y tratarla amablemente, para luego conseguir un sacerdote y exorcizar los demonios de la locura. Y después evocó a ese enano de anchas espaldas que lo había iniciado en el manejo de las armas y de otras cosas. "Una mentira es algo bueno y valioso —solía decirle—. Un objeto precioso e imponderable que conviene tener en reserva. Pero nunca utilices

esta joya hasta que hayas agotado todas las verdades. La verdad es patrimonio común, algo que siempre está a mano, pero las mentiras hay que inventarlas y jamás puedes estar seguro de su eficacia hasta que las hayas usado... y entonces es demasiado tarde."

—Doncella —le dijo Lanzarote gentilmente—, me gustaría estar de acuerdo con lo que has dicho, pero no hay nada que pague un instante de paz. Alguna vez quizás aprendas a obrar grandes encantamientos, pero ahora... bien... un poco de magia es algo peligroso.

Ella se incorporó.

—Mientes —exclamó—. Viste mi cara. Estás en mis manos.

—No, doncella. No vi tu cara. Vi a la reina Ginebra. Y eso es una necedad, porque es imposible que yo pueda amar a la reina en forma deshonesta y atraer la deshonra y la vergüenza sobre mi amigo y mi señor natural, mancillando mi dignidad de caballero.

—Viste mi cara —gritó la doncella—. No hay hechizo más fuerte que el que obré.

—Tu hechizo era débil y tambaleante como un potrillo recién nacido —dijo Lanzarote—. Es cierto que aprendiste a formar imágenes en tus ojos, pero imágenes tontas, sin sentido. Sólo conseguirás que se rían de ti. Me hiciste ver a la reina Ginebra en la hoguera, rodeada por gavillas de leña, condenada por haber traicionado al rey. ¿Qué tontería es ésa? Y como si ese disparate no bastara, me vi a mí mismo con armadura completa, atravesando un pantano en una carreta tirada por bueyes. Sería gracioso si no fuera insultante. Creo que es mejor que vayas a casa y aprendas a ejercer tu magia remendando camisas rotas. Puede que algún día partas en busca de aventuras con un caballero joven y bien reputado.

Ella guardó un extraño silencio, y Lanzarote le dijo al cabo de un instante:

—Lamento herir tus sentimientos. Yo debo irme. He acordado estar en la corte de Arturo en Pentecostés, y el momento se acerca. ¿Hay algo que pueda hacer por ti antes de irme, algún pequeño favor?

Ella se acercó y habló en un hilo de voz, y la luz de las estrellas refulgía en el blanco de sus ojos, dándole aspecto de ciega.

—Sí, mi señor —dijo—. Puedes prestarme un pequeño servicio.

—Dime y lo haré.

—En las cercanías hay una noble capilla llamada la Capilla Peligrosa, y en ella yace un caballero envuelto en su mortaja y junto a él hay una espada. La custodian gigantes y monstruos formidables. Si puedes, tráeme esa espada.

—¿Cómo he de encontrarla en la oscuridad?

—No está lejos. Sigue por el sendero hasta que veas una luz. Te esperaré aquí.

Él se internó en las tinieblas, compadecido de la muchacha. Encontró la luz, una vela que ardía en una pequeña choza que tenía una tosca cruz sobre la puerta. Adentro había una figura cubierta con un paño blanco, mientras que en las paredes blanqueadas había rostros grotescos pintados que recordaban los dibujos de un niño. Junto a la figura amortajada yacía una espada de madera. Lanzarote se inclinó para recogerla y alzó un poco la mortaja. Se trataba de un fantoche de trapo vestido con ropas de hombre. Cuando volvió junto a la doncella su corazón estaba agobiado por la pesadumbre.

Ella lo esperaba en un claro, con una cara aniñada y feroz bajo las estrellas.

—¿Trajiste la espada? —le preguntó.

—Sí, mi señora.

—Dámela.

—No conviene a una doncella llevar espada.

—¡Ah! Has escapado. De habérmela entregado, no habrías vuelto a ver a Ginebra.

Lanzarote dejó caer al suelo el arma toscamente guarnecida.

—Dame un presente, mi señor —dijo ella.

—¿Qué deseas?

—Un beso... lo guardaré como un tesoro. —Se movió hacia él como si caminara en sueños, la cara erguida, los

labios abiertos, y él pudo oír las palpitaciones de su corazón.

Entonces un movimiento, un instinto profundamente arraigado en el hombre de armas, lo incitó a apresarle la muñeca y a arrancarle de los dedos el largo y filoso puñal.

Ella hundió la cara entre las manos, sollozando.

—¿Por qué querías matarme? No te hice ningún daño.

—Estoy perdida —dijo ella—. Habrías sido mío y nadie más hubiese podido tenerte.

> *And, Sir Lancelot, now I telle the: I have loved the this seven yere, but there may no woman have thy love but quene Gwenyvere; and sytthen I myght nat rejoyse the nother thy body on lyve, I had kepte no more joy in this worlde but to have thy body dede. Than worlde I have bawmed hit and sered hit, and so to have kepte hit my lyve dayes; and dayly I sholde have clypped the, and kyssed the to my heart's content dispyte of quene Gwenyvere*
>
> [Y te diré, Lanzarote: siete años ha que te amo, pero ninguna mujer puede ser dueña de tu amor salvo la reina Ginebra; y, ya que no podía gozarme de ti ni de tu cuerpo en vida, ninguna otra alegría me reservaba este mundo que tener tu cuerpo muerto. Entonces lo habría embalsamado y cuidado, guardándolo para mí todos los días de mi vida; y diariamente te habría acicalado y besado a gusto de mi corazón y a despecho de la reina Ginebra]

En Pentecostés, Arturo estableció su corte en Winchester, esa antigua y digna ciudad favorecida por Dios y Su clerecía, tumba y asiento de muchos reyes. Las rutas estaban atestadas de gentes ansiosas, caballeros que volvían para exponer en la corte la crónica de sus haza-

ñas, obispos, clérigos, monjes, caballeros vencidos ligados a sus juramentos, prisioneros de su honra. Y por las aguas del Itchen, sendero hacia Solent y el mar, los pequeños bajeles traían manjares, lampreas, anguilas y ostras, acedías y truchas marinas, mientras la marea arrastraba barcazas cargadas con cascos de aceite de ballena y toneles de vino. Los bueyes bramaban al trotar rumbo a los espetones mientras los gansos y los cisnes, las ovejas y los cerdos, aguardaban su turno tras las vallas de los corrales. Todo dueño de casa que tuviera un jirón de paño de color, una cinta, cualquier género alegre, lo colgaba de una ventana para celebrar su pequeño festival, y quienes no lo tenían, sujetaban a sus puertas ramas de pino o de laurel.

En el gran salón del castillo de la colina, el rey ocupaba su alto asiento, y cerca de él se encontraban selectos y gallardos integrantes de la Tabla Redonda, todos nobles y decorosos como si también fueran reyes; en tanto, en las largas mesas la gente se apiñaba como los dedos del pie en un zapato apretado.

Y mientras las bruñidas carnes goteaban sobre las mesas, era costumbre de los vencidos celebrar las proezas de sus vencedores, al tiempo que los dueños de la victoria hundían la cabeza menospreciando sus hechos y ahuyentaban los elogios con gestos leves y defensivos. Y así como en la penitencia pública los pecados adquieren una dimensión que no merecen, pues se da altura a los pecados pequeños y nacimiento a los que no existen, acaso esos caballeros que habían suplicado clemencia exagerasen los trabajos de los valerosos y clementes, con una gratitud que excedía los límites de lo razonable y con ansias de lograr así un poco de notoriedad.

No podía decirse esto de Lanzarote, quien permanecía sentado con la cabeza gacha en su sitial de la Tabla Redonda, donde su nombre estaba inscripto en caracteres de oro. Algunos decían que cabeceaba y acaso dormitaba, pues eran muchos los testimonios de su grande-

za, y la monótona letanía de sus victorias se prolongó durante horas. La inmaculada fama de Lanzarote tanto había medrado que los hombres se enorgullecían de que él los derrotase, hasta esta noticia era un honor. Y como había triunfado en tantas lides, es posible que caballeros que él nunca había visto proclamaran que él los había derribado. Era un modo de atraer la atención por un instante. Y mientras dormitaba y anhelaba estar en otra parte, escuchaba cómo se exaltaban sus hazañas hasta hacerlas irreconocibles, y algunos hechos de armas antes atribuidos a otros hombres eran añadidos con nuevas tintas a la reluciente lista de sus proezas. Hay un sitial en la dignidad no tocado por la envidia, cuyo ocupante cesa de ser un hombre para transformarse en receptáculo de los anhelos del mundo, un sitial generalmente reservado a los muertos, de quienes no pueden esperarse rechazos ni recompensas, pero en este momento sir Lanzarote era su indiscutido poseedor. Y vagamente escuchaba cómo su fuerza era favorablemente comparada con la del elefante, su ferocidad con la del león, su agilidad con la del ciervo, su sagacidad con la del zorro, su belleza con la de los astros, su justicia con la de Solón, su severa probidad con la de san Miguel, su humildad con la del cordero recién nacido; su monumento militar habría sorprendido al mismo arcángel Gabriel. A veces los huéspedes dejaban de masticar para oír mejor, y un hombre que hacía ruido al beber atraía miradas ceñudas.

Arturo se sentaba muy erguido en su escaño, sin siquiera juguetear con el pan, y junto a él estaba la adorable Ginebra, rígida como una estatua pintada. Solamente sus ojos ensimismados denunciaban lo errático de sus pensamientos. Y Lanzarote estudiaba las páginas abiertas de sus manos de caballero. No eran manos grandes, pero donde no tenían los nudos y cicatrices de viejas heridas eran delicadas y de fina textura, de piel suave y muy blanca, protegida por la tela de cuero flexible de sus guanteletes.

No había quietud en el gran salón, no todos se dedicaban a escuchar. Por todas partes había gente que iba y

venía, algunos sirviendo grandes tablas llenas de carne y canastos de pan, redondos y chatos como una fuente. Y había los inquietos que no podían estarse tranquilos, mientras todos, urgidos por la carne a medio masticar y los torrentes de hidromiel y cerveza, se veían obligados a reiteradas entradas y salidas.

Lanzarote agotó el tema de sus manos y miró de reojo el largo salón y observó los movimientos con ojos tan entrecerrados que casi no distinguía las caras. Y pensó que en verdad a todos los conocía por su aspecto. Los caballeros, con sus ricas y largas túnicas que barrían el piso, caminaban con ligereza o apenas creían tocar el suelo porque sus cuerpos estaban libres de los agobiantes caparazones de hierro. Los pies eran largos y delgados porque, siendo jinetes, jamás los habían ensanchado y achatado caminando. Las damas, con sus amplias faldas, se movían como el agua, pero esto era algo aprendido y premeditado, algo que las muchachas pequeñas aprendían con la ayuda de azotes en los tobillos desnudos, en tanto que sus hombros eran echados hacia atrás con arneses tachonados de clavos, y sus cabezas adquirían altura y rigidez mediante dolorosos collares de sauce entretejido, o, para las negligentes, con soportes de alambre pintado, pues aprender a alzar la cabeza con el orgullo de un cisne, aprender a fluir como el agua, no es fácil para una muchachita a punto de convertirse en una dama. Pero tanto las damas cuanto los caballeros adecuaban sus movimientos a sus vestiduras; el balanceo y el ritmo de una larga túnica bastan para dar cuenta de quién la usa. Es innecesario mirar de cerca a un siervo o un esclavo, para reconocerlo con esos hombros anchos e hinchados de llevar cargas, las piernas cortas, gruesas y curvas, los pies grandes y achatados, toda la figura lentamente abrumada por pesos innumerables. En el gran salón, los servidores soportaban sus pesos con la tarda lentitud del buey o aplastados como cangrejos, encorvados y nerviosos aun cuando se hubiesen librado de su carga.

Una pausa en la enumeración de sus virtudes atrajo la

atención de Lanzarote. Acababa de hablar el caballero que había intentado darle muerte en el árbol, y entre los bancos se incorporó sir Kay. Lanzarote pudo escuchar su voz, contando hazañas como si fueran hojas, sacos o toneles. Antes de que su amigo llegara al centro del salón, Lanzarote se levantó y se acercó al escaño del rey.

—Mi rey y señor —le dijo—, perdóname si solicito permiso para retirarme. Se me ha abierto una vieja herida.

Arturo le sonrió.

—Padezco esa misma herida —respondió—. Iremos juntos. Quizá vengas al aposento de la torre cuando hayamos velado por nuestras heridas.

Y con un gesto, ordenó a los trompetas que dieran por terminada la reunión, y a los guardias que desalojaran el lugar.

La escalera de piedra que conducía a la cámara del rey estaba labrada en los gruesos muros del torreón. A breves intervalos, una profunda aspillera o una tronera larga y biselada mostraban una parte de la ciudad.

No había hombres armados en esta escalera. Estaban abajo y habían consentido el paso de Lanzarote. La habitación del rey era redonda, una tajada horizontal de la torre, sin ventanas salvo las troneras, y se entraba por una puerta arqueada y angosta. Era una habitación exiguamente amueblada, alfombrada de juncos. Una cama ancha, y a sus pies un cofre de roble tallado, un escabel frente al hogar, y varios taburetes completaban el mobiliario. Pero la tosca piedra de la torre estaba revocada y pintada con solemnes figuras de hombres y de ángeles tomados de la mano. Dos velas y el aromático fuego eran la única luz.

Cuando entró Lanzarote, la reina se incorporó del escabel que había frente al hogar, diciendo:

—Me retiro, señores.

—No, quédate —dijo Arturo.

—Quédate —dijo Lanzarote.

El rey estaba cómodamente tendido en la cama. Sus pies desnudos, que sobresalían de una larga túnica azafrán, se acariciaban entre sí, los dedos curvados hacia adentro.

La reina se veía adorable a la luz del fuego, una esbelta cascada de brocado verde. Como de costumbre, sonreía con las comisuras de los labios, ocultando su aire divertido. Como sus penetrantes ojos dorados eran del mismo color que el cabello, resultaba extraño ver las pestañas y las finas cejas de color oscuro, una rareza lograda merced a los aceites que un caballero había traído de lejanas tierras en un pequeño frasco esmaltado.

—¿Cómo andan tus cosas? —preguntó Arturo.

—No muy bien, mi señor. Es más duro que las aventuras.

—¿De veras hiciste todo lo que te atribuyen?

Lanzarote rió entre dientes.

—En verdad, no lo sé. Suena diferente cuando lo cuentan. Y la mayor parte de ellos se siente obligada a hacer algún añadido. Cuando recuerdo que salté cuatro metros, ellos dicen treinta, y francamente no me acuerdo de todos esos gigantes.

La reina le dejó un lugar en el escabel y él se sentó de espaldas al fuego.

—Una doncella, no recuerdo su nombre, habló de cuatro hermosas reinas hechiceras, pero estaba tan excitada que sus palabras se tropezaban unas con otras. No pude entender qué había sucedido.

Lanzarote apartó nerviosamente los ojos.

—Tú sabes, mi señora, cómo suelen excitarse las muchachas —dijo él—. Un poco de nigromancia campestre en una meseta.

—Pero ella enfatizó el hecho de que fueran reinas.

—Mi señora, creo que para ella todas son reinas. Es como con los gigantes... enriquecen el cuento.

—¿Entonces no eran reinas?

—Bueno, si es por eso, cuando uno se interna en el mundo de los encantamientos, todas son reinas o bien creen serlo. La próxima vez que lo cuente, la doncella

misma será una reina. Creo, mi señor, que se abusa demasiado de esas cosas. Es una mala señal, un indicio de insatisfacción, que la gente se dedique tanto a predecir la fortuna y cosas semejantes. Quizá debiera haber una ley que lo prohíba.

—La hay —dijo Arturo—. Pero no está en manos seculares. Se supone que la Iglesia se encarga de eso.

—Sí, pero algunos conventos se han entrometido.

—Bien, ya me encargaré de comentárselo al arzobispo.

—Entiendo que has rescatado doncellas por docenas —observó la reina, rozándole el brazo con los dedos. Una helada convulsión atravesó el cuerpo de Lanzarote, que abrió la boca asombrado al sentir un dolor hueco que le apretaba las costillas y le dificultaba la respiración—. ¿Cuántas rescataste? —dijo la reina al cabo de un momento.

—Claro que hubo algunas, señora —dijo él, con la boca reseca—. Siempre las hay.

—¿Y todas te hicieron el amor?

—De ningún modo, señora. En eso tú me proteges.

—¿Yo?

—Sí. Pues del momento en que, con la venia de mi señor, juré servirte toda la vida y te consagré mi amor cortés de caballero, tu nombre me pone a cubierto de las doncellas.

—¿Y deseas estar a cubierto?

—Sí, mi señora. Mi oficio es la guerra. No tengo tiempo ni inclinación hacia otra clase de amor. Espero que esto sea de tu agrado, señora. Envié muchos prisioneros a solicitar tu gracia.

—Nunca vi una cantidad tan grande —dijo Arturo—. Debes de haber barrido unos cuantos condados.

Ginebra volvió a rozarle el brazo y, mirándolo con el rabillo de sus ojos dorados, advirtió el espasmo que lo estremecía.

—Ya que hablamos del tema, quiero mencionarte a una dama que no salvaste. Cuando la vi era un cadáver decapitado que no estaba en óptimas condiciones, y

el hombre que la traía estaba a punto de perder el seso.

—Estoy avergonzado de ello —dijo Lanzarote—. Estaba bajo mi protección y le fallé. Supongo que fue mi vergüenza lo que me incitó a imponerle ese castigo al hombre. Lo lamento. Espero que lo hayas liberado de su carga.

—En absoluto —dijo ella—. Quería alejarlo antes de que el hedor llegara al cielo. Lo envié con su carga al Papa. Su amiga no mejorará durante el camino. Y en cuanto a él, si progresa su falta de interés en las damas, es posible que se transforme en un santo, un eremita o algo por el estilo, si antes no se convierte en un maniático.

El rey se apoyó sobre los codos.

—Tendremos que elaborar algún sistema —dijo—. Las normas de la caballería andante son muy flexibles y las aventuras se superponen entre sí. Además, me pregunto cuánto tiempo podemos dejar la justicia en manos de hombres que de suyo son inestables. No me refiero a ti, amigo mío. Pero puede que llegue el tiempo en que la corona deba imponer el orden y la organización.

La reina se levantó.

—Señores, ¿ahora me concedéis permiso para retirarme? Sé que hablaréis de asuntos ajenos y acaso tediosos a los oídos de una dama.

—Por cierto, señora —dijo el rey—. Ve a descansar.

—No, señor... a descansar no. Si no preparo los diseños para las costuras, mis doncellas mañana no tendrán trabajo.

—Pero éstos son días de fiesta, querida.

—Me gusta darles algo que hacer todos los días, mi señor. Son criaturas perezosas y algunas tienen la mente tan estrecha que de un día para otro olvidarían cómo enhebrar una aguja. Excusadme.

Salió de la habitación con paso firme y altivo, y la brisa que alzó en el aire quieto envolvió a Lanzarote en un extraño aroma, un perfume que le endiosaba el cuerpo con una exaltación estremecedora. Era un aroma que

él no conocía ni podía conocer, pues era el olor destilado por la piel de Ginebra. Y mientras ella atravesaba el portal y bajaba por las escaleras, se vio saltando y corriendo tras ella pese a estar inmóvil. Y en cuanto la reina salió, la habitación fue lúgubre y perdió todo su encanto, y Lanzarote se sintió muerto de fatiga, exhausto casi hasta las lágrimas.

—Qué reina —dijo en voz baja el rey Arturo—. Y qué mujer. Merlín estaba conmigo cuando la elegí. Trató de disuadirme de ello con sus ominosas y habituales profecías. Fue una de las pocas veces que disentí con él. Bien, mi elección ha demostrado que el mago era falible. Ginebra le ha demostrado al mundo qué reina podía ser. Todas las otras mujeres palidecen en su presencia.

—Sí, mi señor —dijo Lanzarote, y sin que él supiera a qué atribuirlo, como no fuera al desmesurado tedio de la fiesta, se sintió perdido y el frío puñal de la soledad se apretó contra su pecho.

El rey reía entre dientes.

—Es costumbre de las mujeres repetir que sus señores tienen que comentar asuntos muy importantes cuando, si fueran sinceras, dirían que las aburrimos. Y yo espero que nunca sean sinceras. Caramba, qué mal aspecto tienes, amigo mío. ¿Estás afiebrado? ¿A eso te referías cuando hablaste de tu vieja herida abierta?

—No. La herida era lo que tú pensabas, mi señor. Lo cierto es que puedo combatir, viajar, alimentarme de bayas, volver a combatir y pasar noches insomnes sin que flaqueen mis fuerzas ni mi bravura, pero estar sentado en un festín de Pentecostés me ha matado de cansancio.

—Me doy cuenta —dijo Arturo—. Otra vez hablaremos de la salud del reino. Ahora ve a acostarte. ¿Tienes tu viejo aposento?

—No... uno mejor. Sir Kay ha echado a cinco caballeros de las bellas y suntuosas habitaciones que hay sobre la puerta norte. Lo hizo en rememoración de una aventura que todos, Dios nos ayude, tendremos que escuchar mañana. Acepto tu venia, mi señor.

Y Lanzarote se hincó de rodillas y apresó entre sus manos la de su amado rey y la besó.

—Buenas noches, mi natural señor, mi amigo natural —le dijo, y salió a los tumbos de la habitación y bajó tanteando los curvos escalones junto a las ranuras de piedra.

Cuando llegó al próximo rellano, Ginebra salió calladamente de una entrada en penumbras. Pudo contemplarla a la brumosa luz de la tronera. Ella le tomó el brazo y lo condujo al oscuro aposento y cerró la puerta de roble.

—Algo extraño sucedió —dijo en voz baja la reina—. Cuando me fui, me pareció que me seguías. Estaba tan segura que ni siquiera me di vuelta para verificarlo. Estabas allí, detrás de mí. Y cuando llegué a mi puerta, te dije buenas noches, tan convencida estaba de que venías conmigo.

Él pudo ver su perfil en la oscuridad e inhalar el aroma que despedía su piel.

—Mi señora —dijo—, cuando dejaste la habitación, me vi salir detrás de ti como si el que estaba sentado fuese otra persona.

Sus cuerpos se estrecharon como impulsados por un resorte. Sus bocas se encontraron, devorándose con ansiedad. Cada frenética palpitación estalló contra las costillas buscando el cuerpo del otro hasta que se apartaron, sin aliento, y el aturdido Lanzarote buscó la puerta al tanteo y bajó torpemente las escaleras. Y sollozaba con amargura.

And so at that tyme sir Lancelot had
the grettyste name of ony knyght of the worlde,
and moste he was honoured of hyghe and lowe

EXPLICIT A NOBLE TALE OF
SIR LANCELOT DU LAKE

[Y así en esos tiempos gozó Lanzarote
de mayor renombre que cualquier caballero del mundo
y en gran honra lo tuvieron las gentes de todos los
rangos

Fin de una noble historia
de Lanzarote del lago]

ÍNDICE

Introducción 9

Merlín 13
El caballero de las dos espadas 64
Las bodas del rey Arturo 91
La muerte de Merlín 114
Morgan le Fay 122
Gawain, Ewain y Marhalt 139
La noble historia de Lanzarote del Lago 230

Esta edición de 4.000 ejemplares
se terminó de imprimir en
Kalifón S.A.,
Humboldt 66, Ramos Mejía, Bs. As.,
en el mes de octubre de 2004.

JOHN STEINBECK

Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros

Refundición de mitos paganos con elementos de la cultura cristiana, el ciclo del rey Arturo es rico en imágenes y personajes arquetípicos aptos para reflejar tanto las tribulaciones del siglo XV como las del siglo XXI. Desde muy joven, John Steinbeck quiso recrear las historias del rey Arturo, Merlín y los caballeros de la Tabla Redonda para recuperar el sabor y la magia de esas leyendas perdurables. *Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros* logra maravillosamente ese propósito.

ISBN 987-566-026-4

www.debolsillo.com